HONTORIA

JUAN CARLOS GALINDO



black salamandra

HONTORIA

Un joven periodista de sucesos investiga el salvaje asesinato de una familia en Hontoria. Una historia trepidante y atmosférica con Segovia como telón de fondo

Agosto de 2016: tres miembros de una familia mueren brutalmente apuñalados en su casa de Hontoria. Once meses después, una llamada telefónica lleva el caso a la vida del periodista segoviano Jean Ezequiel. A base de horas de trabajo, alguna fuente anónima y la ayuda de su círculo íntimo, Ezequiel irá acercándose a la resolución del triple crimen y desenredando una tupida maraña de silencios e intereses creados entre las altas esferas de la sociedad segoviana. Mientras el éxito de sus exclusivas y las cifras de audiencias de su podcast Píldoras Criminales van consolidando su carrera profesional, su entorno laboral y familiar se verá sometido a fuertes tensiones.

Porque en Segovia los cruzados en busca de una verdad imposible no están bien vistos.

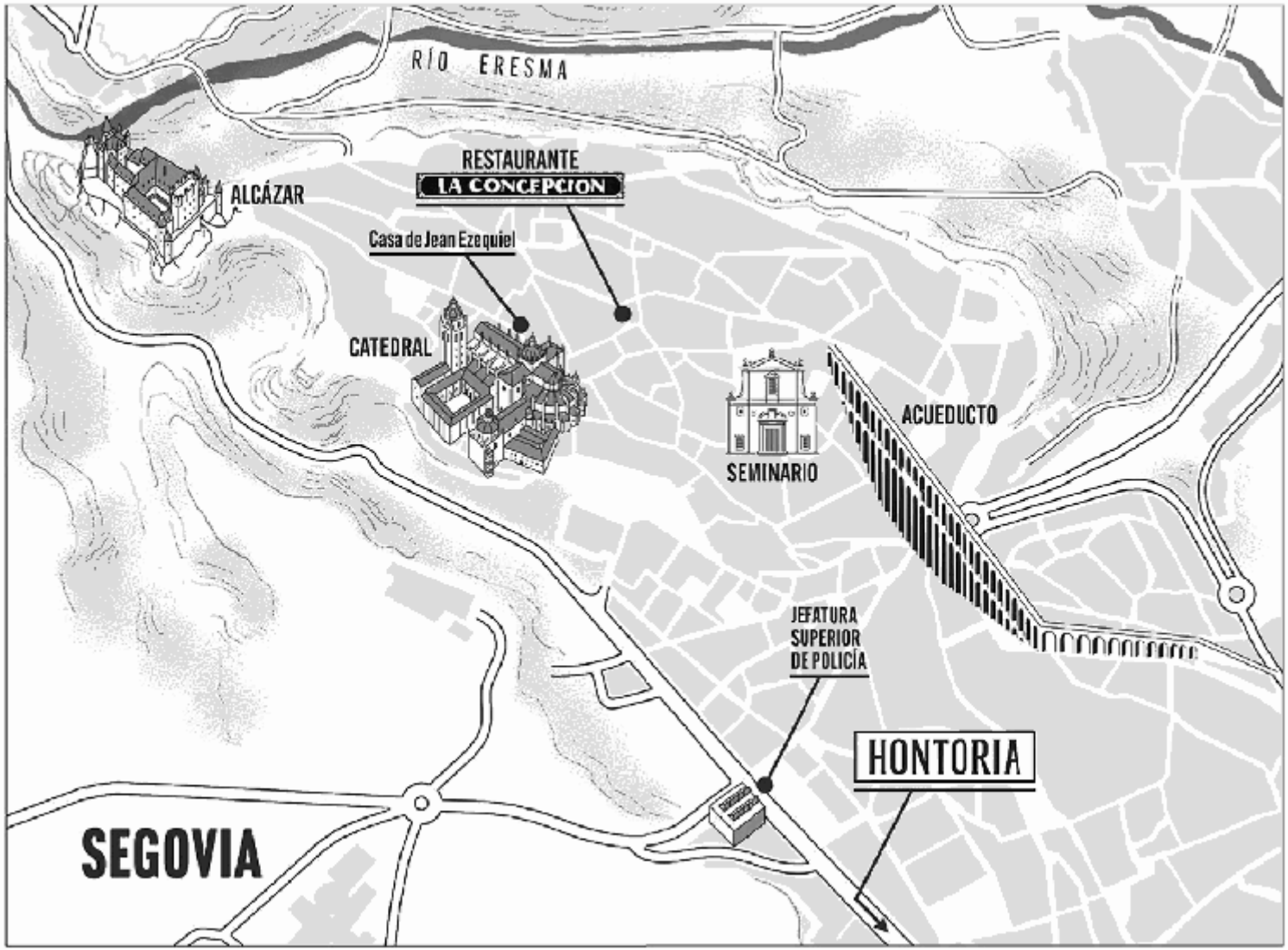
©2023, Galindo, Juan Carlos
©2023, Salamandra
Colección: Salamandra Black
ISBN: 9788419346261
Generado con: QualityEbook v0.87

Juan Carlos Galindo

HONTORIA



black salamandra


RÍO ERESMA
ALCÁZAR
RESTAURANTE
LA CONCEPCION
Casa de Jean Ezequiel
CATEDRAL
SEMINARIO
ACUEDUCTO
JEFATURA
SUPERIOR
DE POLICÍA
HONTORIA
SEGOVIA

A Mercedes,
por los siglos de los siglos

The deals we make, the lies they buy,
the secrets we keep, the silence they get.

DAVID PEACE,
Nineteen Seventy-Seven

La défaite, comme le succès,
est rarement absolue; la vie transige.

GILLES PERRAULT,
Le pull-over rouge

RADIOESCUCHA

9 dE agosto de 2016

LOCUTOR: *RadioEscucha* en Radio Segovia, más de veinticinco años siendo el portavoz de sus desdichas. Al habla Paco Gilsanz, dígame.

OYENTE: ¿Oiga?

LOCUTOR: Sí, dígame, señora. Está en antena. ¿En qué podemos ayudarla?

OYENTE: Perdona, Paco, hijo, es que hoy me he levantado muy nerviosa con lo del asesinato de la pobre familia esa de Hontoria. ¡Ay, Dios mío, qué terrible! Pero nada, que yo quería denunciar que todos los días hay botellón enfrente de casa.

LOCUTOR: ¿Dónde vive usted?

OYENTE: Pues al lado, al ladito, de los jardinillos de San Roque.

LOCUTOR: Ya veo, ya.

OYENTE: Pues no, Paco, me vas a perdonar pero no sé yo si ves. Que estos sinvergüenzas la montan día sí y día también a diez metros de la comisaría y como si nada.

LOCUTOR: Tomamos nota y se lo transmitiremos al comisario cuando venga a estos estudios. Otro oyente. ¿Sí? ¿Hola?

Capítulo 1

SI, EN el momento de su muerte, Joaquín Vila hubiera sabido ni siquiera la mitad de lo que luego salió a la luz, igual no habría luchado por su vida con tanta desesperación.

Soy Jean Ezequiel, periodista, investigador y creador de pódcast, y quiero contar cómo surgió mi fascinación por el crimen y el periodismo, cómo dejé que el monstruo creciera en mí o, mejor, cómo busqué y exploté algo que todos llevamos dentro de modo que, cuando el triple crimen de Hontoria atravesó mi existencia por primera vez, yo ya estaba preparado… o eso creía.

Ahora, en 2019 y con el caso cerrado, no sé qué pensar. No sé si mereció la pena resolverlo, no sé si toda aquella energía y aquella obsesión fueron algo más que un deseo egoísta e inconfesable de llegar tan alto como pudiera.

Joaquín Vila, su esposa, Consuelo Martín, y Sergio, el hijo pequeño de ambos, murieron apuñalados en su casa una noche de agosto de 2016. Aquel crimen y la investigación en la que me sumergí son la historia de una pérdida y de una esperanza, y también de tres víctimas, o de cuatro, según a quién se pregunte.

Mis vínculos con el asunto son múltiples pero, en lo fundamental, remiten a mis orígenes segovianos y a mis años de formación en la década de los noventa. Mi padre nació precisamente en Hontoria, el escenario de los crímenes, un antiguo pueblo que la ciudad de

Segovia ha terminado por tragarse. Recuerdo que, de pequeño, íbamos a visitar a mi tío y a su numerosa prole, y que yo odiaba esas aburridas tardes de sábado. En cuanto pude dejé de ir, pero está claro que a esas alturas ya me unía con aquel lugar algo profundamente personal, casi físico, que en no pocos momentos se manifestaba como rechazo. Respecto a mis «años de formación», creo que pueden caracterizarse por la existencia de dos vidas paralelas, una de las cuales, la más apasionada, transcurría enteramente en el ámbito de la crónica negra; es decir, en las páginas de los libros que devoraba y en las pantallas de la televisión y el cine.

Todo empezó en el verano de 1996. Yo tenía quince años y mi posesión más preciada era una bici morada con cambios Shimano 500 que empleaba para repartir la correspondencia de la extinta Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia por la ciudad y alrededores bajo los rayos de un sol que me freía la cabeza y me chamuscaba brazos y piernas. Estaba contratado de palabra por una empresa que pagaba en negro, y trabajaba de lunes a sábado de diez de la mañana a siete de la tarde. A mis padres no les hacía falta el dinero, e insistían en que lo dejara, en que haría mejor si aprovechaba el verano para estudiar inglés, pero, como cualquier adolescente yo quería ganar algo, aunque fuera una miseria, huir de la rutina familiar, respirar.

Al terminar la jornada me reunía con unos cuantos amigos en un pequeño jardín situado debajo del Acueducto, junto a la escalinata del Postigo. Alguno venía de un trabajo parecido al mío, otros del club de tenis, otros más de casa. No éramos más de cinco o seis, dependiendo del día. Indiferentes a la elegancia y majestuosidad del monumento romano que los turistas admiraban levantando la cabeza, tirábamos las bicis al suelo, nos sentábamos en el césped y disfrutábamos del fresco vespertino de Segovia. Seguro que apestábamos después de todo el día en la calle con aquel calor, y supongo que hablábamos mucho más alto de lo recomendable: teníamos quince años, varias latas de medio litro de Mahou metidas

en bolsas de plástico y una cerveza en la mano; éramos jóvenes, descarados e ignorantes.

El 5 de julio estaba solo con Alejandro, mi mejor amigo entonces, el único de aquel grupo con el que tenía una verdadera afinidad, y la cerveza se había recalentado, pero era una tarde cualquiera… hasta que dejó de serlo, hasta que Ana Turra decidió tirarse desde el punto más alto del Acueducto: casi treinta metros de caída libre. Estoy seguro de que el ruido sólido del cuerpo al caer, el impacto seco y el crujido casi simultáneo, fueron reales; lo sé porque, veintitrés años después, recordarlos aún me provoca escalofríos.

Lo demás es difuso: los gritos, la histeria, el trajín de unos y otros; la llegada apresurada de la pareja de policías municipales que bajaba justo en ese momento por la calle Cervantes; la llegada, quién sabe cuánto tiempo después, de la ambulancia; el murmullo de la gente (hombres y mujeres con ganas de volver a sus vidas anodinas, a hacer la cena y acostar a los niños, pero atrapados por la curiosidad y el morbo de la muerte) que se agolpaba junto al cadáver espachurrado en el suelo pese a los esfuerzos de los dos municipales por frenarlos; el llanto de Alejandro, que repetía «joder, tío, joder» a la luz del crepúsculo.

Mi amigo no se encontraba bien, así que nos despedimos y nos fuimos a casa. Los cuatro kilómetros que separan el Acueducto del chalet de mis padres en San Cristóbal, con sus curvas empinadas y sus cuestas, no constan en mi memoria: estaba en shock, pero sentía una extraña emoción, un oscuro impulso por saber más. Aquella noche apenas dormí. Al día siguiente y al otro y al otro seguí trabajando, pedaleando, sudando, pero en los descansos o al final del día me leía *El Progreso* y *El Ideal de Castilla*, escuchaba las noticias locales en Radio Segovia, buscaba explicaciones de aquel hecho extraordinario sin encontrar respuestas. Quizá, empecé a decirme, el azar me había puesto ante una muerte espectacular y desgraciada a partes iguales, una catástrofe íntima de la que no había nada más que contar.

El domingo, la típica conversación telefónica de mi madre con su hermana a voz en grito captó mi atención mientras remoloneaba en

la cama para no afrontar los efectos de una noche de juerga.

—Sí, sí, Carmen, hija, como lo oyes: lo lleva *El Ideal de Castilla*.

—…

—Pues te parecerá exagerado, pero es lo que pone la nota de suicidio, según dicen.

—…

—No, claro que no la he visto, pero el periodista sí.

—…

—¡Cómo se va a inventar algo así, Carmen, por Dios! Anda, no digas tonterías.

—…

—Oye, pues si tanto te interesa vas y lo compras en el quiosco y me dejas de dar la tabarra. ¿O quieres que te lea la noticia entera? Sí, dice que se suicidó porque no aguantaba más el chantaje, pero no cuentan mucho más, hija.

—…

—No, no: está claro que por respeto a la intimidad de la víctima no es.

Me levanté rápido (demasiado para mi estómago, que me lo recordó con una buena dosis de reflujo), bajé en calzoncillos y camiseta al salón, tomé prestado del revistero *El Ideal de Castilla*, subí de nuevo a la habitación y me encerré a leerlo.

La nota, firmada por una tal Rodolfa Vals, no decía gran cosa, pero abría ante mis ojos un universo inexplorado. Durante aquellos días, leí todo lo que se publicaba en *El Ideal de Castilla*. El otro periódico de la ciudad, *El Progreso*, había empezado la cobertura con fuerza, enfrascado en una campaña para aumentar la seguridad en las áreas bajas del Acueducto, donde la arcada es simple y la altura escasa, y evitar así que la gente accediera al canal y llegara a la zona más alta del monumento, pero una semana después ya estaba de vuelta en las inauguraciones y las fiestas patronales. Me enganché a lo que iba soltando Vals sobre Ana Turra, esposa de un abogado, ama de casa y madre de dos hijos, muerta en el acto tras tirarse desde lo alto del Acueducto; víctima, según la nota de

suicidio, de un chantaje que no pudo soportar. Incluso merodeé por los alrededores de su casa, cerca de las Canonjías: una de esas pocas construcciones que forman parte de una Segovia desconocida situada en el casco antiguo, disimulada detrás de altos muros, con piscinas para usar un mes al año, jardines exquisitos, antigüedades que han ido pasando de generación en generación, arte casi abandonado en los sótanos. Aburrí a quien quisiera escucharme con detalles y teorías, le escribí una carta a Vals animándola a seguir y convertí aquella triste historia en mi obsesión del verano.

Unos días después empecé a faltar a la cita con mis amigos al terminar el trabajo para irme a casa a rastrear otros crímenes en *El Caso* e *Interviú*. Más tarde supe que el grupo se había disuelto espontáneamente y sin acritud, que nadie había vuelto a aquel trozo de césped a los pies del monumento romano, que algunos padres se habían puesto nerviosos.

Gracias a la perseverancia de Vals, el caso se hinchó en las jornadas aburridas del verano y hasta dio un salto ocasional a la sobremesa televisiva de las pujantes cadenas privadas, pero luego se apagó con la misma celeridad con la que había estallado. Tras una semana de silencio, los últimos días de julio Vals publicó un reportaje en el que reconstruía lo ocurrido, aseguraba que el chantaje era de carácter sexual y sugería que los implicados estaban demasiado bien situados para sufrir las consecuencias. Vals empezaba a molestar con sus insinuaciones: la buena gente no quería ver cómo el nombre de Segovia se arrastraba por los mentideros televisivos ni cómo se hablaba con suspicacia de la víctima.

Capítulo 2

TRAS el suicidio de Ana Turra seguí otros casos con ímpetu juvenil. El crimen me daba un contexto, un filtro con el que ver la realidad en las tonalidades adecuadas. Cuando me sentaba a leer en mi habitación encontraba el acomodo que me faltaba en el instituto. Y no era por el morbo de las imágenes. Podía mirar cadáveres, cuerpos destrozados a golpes y otras barbaridades sin mucho sobresalto, pero no era un aficionado al gore. A mí me interesaban las historias, los relatos, los crímenes sin resolver, las preguntas sin respuesta; hasta en eso me costaba encajar.

En aquella época, dos casos captaron especialmente mi atención. En noviembre de 1996, Juan Medina Gordillo, *el Francés*, acabó con la vida de seis personas en un pueblo de Burgos antes de pegarse un tiro en el corazón con la misma arma homicida. Nunca quedó claro por qué hizo todo aquello («¿Que por qué? Pues porque tenía una escopeta, por eso», declaró ante la prensa Cándida, dueña del bar del pueblo). En abril de 1997, Eva Blanco, una joven de dieciséis años, murió de diecinueve puñaladas después de ser violada. Su asesino arrojó su cuerpo en una cuneta en Algete (Madrid) y la lluvia borró todos los rastros. «Debo reconocer que la resolución del caso se nos está complicando», admitió un mes después el delegado del Gobierno, Pedro Núñez Morgades.

Luego, en julio de 1997, conocí a Simón de Pablos, un chaval gordito y pecoso, el típico gafotas de mirada distraída, fanático de los sucesos. Recién llegado de Madrid, iba a estudiar en el mismo instituto que yo y sus primos, que ya me consideraban un bicho raro, nos presentaron. «Os vais a llevar bien, capullos», dijo uno de ellos, que no tenía ni idea de lo acertado de su pronóstico. En poco tiempo, de nuestra afición compartida surgió una amistad inquebrantable: aquel futuro médico forense era una mina de datos e historias y, sobre todo, el antídoto de mi soledad.

Empezamos a quedar por las mañanas para ir a la biblioteca, donde me enseñó a hurgar en los archivos y a usar esos lectores de periódicos de la hemeroteca que hasta entonces solo había visto en las películas. Allí, resguardados del calor por los sólidos muros de una antigua cárcel donde estuvo preso Lope de Vega, mi universo criminal se expandió. Devorábamos crónicas antiguas y luego las comentábamos, especialmente aquellas que se referían a Peter Sutcliffe, el descuartizador de Yorkshire, responsable de la muerte de al menos trece mujeres desde finales de los setenta. Leí tantas veces el reportaje sobre su captura que llegué a sabérmelo de memoria.

A Simón, mi atracción por la letra escrita, por la musicalidad de unas palabras que solo destilaban horror y miedo, le parecía intrascendente; su interés por el crimen era más científico, pero juntos formábamos un equipo perfecto. Amante del espectáculo, Simón no entendía mis reparos ante el morbo explotado por las teles de la época, ni siquiera por el lamentable espectáculo de Nieves Herrero y Paco Lobatón en Alcàsser. «¿Qué habrías hecho tú?», me preguntaba siempre que veíamos aquellas cintas de VHS conseguidas de una manera que nunca pude aclarar. En materia criminal éramos omnívoros: nuestro universo se nutría igual de *Alerta 112* (cutre unas veces, intenso y con ritmo otras) que de ciertos programas inclasificables que captábamos con la antena parabólica en su casa. Nos gustaban mucho los alemanes, aunque no entendiéramos ni una palabra.

A principios de agosto nos frustramos al enterarnos de que la biblioteca cerraba durante todo el mes y solo disponía de un buzón en la puerta para devoluciones. Allí dejamos nuestros últimos préstamos (*Jack el Destripador: cartas desde el infierno, Violencia en el cine: matones y asesinos en serie* y un vídeo sobre Ted Bundy) antes de coger las bicis y salir disparados por la calle Real.

Acostumbrado a Madrid, mi amigo despotricaba contra una ciudad provinciana y aburrida donde, encima, la biblioteca cerraba en vacaciones. Un día, mientras matábamos el tiempo en un banco del paseo del Salón con dos latas de Mahou y una bolsa de pipas enorme, Simón me contó que su hermano mayor publicaba, con sus colegas de la universidad, un fanzine para enteradillos de la música grunge. Yo no veía adónde quería ir a parar; de hecho, casi no sabía ni qué era un fanzine, pero él no me dejó manifestar mis dudas. Podíamos tener uno propio sobre crímenes, continuó con los ojos como platos, escribirlo con la máquina eléctrica de su madre, maquetarlo «como si fueran trabajos manuales» y hacer cientos de ejemplares en la multicopista vietnamita que guardaba su padre de sus tiempos antifranquistas. A mí todo aquello me sonaba rarísimo, pero él me transmitió toda su energía y nos pusimos a trabajar. Pronto tuve que reconocer que nos habíamos buscado un buen entretenimiento veraniego.

Al final, tras infinitas discusiones, problemas con la multicopista y retrasos, al inicio del curso de tercero de BUP distribuimos el primer número de *La letra, con sangre…* entre nuestros compañeros de instituto, quienes nos miraban con curiosidad y desconfianza. Sin embargo, la expresión pública de nuestras extrañas pulsiones afianzó nuestro perfil de raros e inclasificables, intocables en cierto modo. Nos reíamos de quienes nos consideraban frikis sin remedio, éramos muy felices y así llegamos a las puertas de la madurez.

Después, ya enfrascados en nuestros estudios de COU, no encontrábamos tanto tiempo para nuestra afición, pero la realidad tenía otros planes para nosotros: al triple crimen de Benifallim, en agosto, y a los trece homicidios cometidos en seis meses en Málaga se les sumó, el 2 de octubre, el asesinato de la joven Rocío

Wanninkhof. Decidimos cubrirlo a lo grande, hacer una edición especial del fanzine y montar un evento ayudados por el equipo de debate del instituto. Era una buena oportunidad para dar a conocer nuestro trabajo. Una tarde de viernes, ante un salón de actos lleno, una chica de otro instituto nos vapuleó con una intervención perfecta, criticó nuestros reportajes, la tendencia «morbosa» del fanzine y la «ceguera de los medios» en ese y otros casos. Se llamaba Eulalia Ramírez y tenía una clase desbordante, con su camisa Oxford de hombre por encima de los vaqueros, sus botas granate estilo militar y su larga coleta de pelo negro y tupido. Estaba claro que venía de otro mundo, un lugar al que yo quería viajar de inmediato. Aquel recital fue el inicio de una relación que ha definido mi vida hasta hoy. Ahora, casados y con una hija, ella sigue teniendo la mirada desafiante, orgullosa, de aquella chica lista, y yo sigo sin saber si estoy a la altura.

Tras pasar la selectividad, Simón se trasladó de nuevo a Madrid, adonde su familia volvía después de tres años en Segovia, otra historia de incesantes idas y venidas entre la capital y la orgullosa ciudad castellana. Por mi parte, decidí ganar algo más de dinero para irme a estudiar inglés antes de empezar la universidad, así que estuve la última quincena de junio y todo julio trabajando de peón de albañil en la empresa familiar, una constructora pequeña y sin promoción, pero que les permitía a mis padres mantener cierto nivel de vida y a mi madre abrir varios negocios, cada cual más extravagante, casi siempre deficitarios y siempre con nombre francés. De esa manía francófona, que ella disfraza de orgullo por sus raíces, viene mi nombre: Jean («Así, en francés, como tu bisabuelo; tendrías que estar orgulloso», me repetía de pequeño), Jean Ezequiel: un nombre francés y un apellido que parece un nombre y remite a un profeta loco. Cuando era niño, los desaprensivos de siempre se lo pasaron en grande y me castigaron con sus peores burlas hasta que encontraron una nueva víctima. Quizá eso marcó mi carácter más de lo que tiendo a creer.

Aburridos de mis rarezas, mis padres no se opusieron cuando no elegí Dublín, Londres, ni siquiera Manchester, para perfeccionar mi

inglés. «Me voy a Leeds», les comenté ufano. «Al menos no pasarás calor», respondió mi madre secamente, ni contenta ni disgustada, con su habitual apatía hacia mí acentuada por una reciente bronca sobre mi futuro universitario de la que saqué una rápida conclusión: o estudiaba Derecho o me buscaba la vida.

Viajé a Leeds tras el rastro del destripador de Yorkshire diecinueve años después de su detención, intrigado por la historia rebelde y criminal de ese rincón gris, frío y lluvioso de Inglaterra. Solo mucho más tarde descubrí que, en aquellos momentos, David Peace remataba no lejos de allí *Nineteen Seventy-Four*, la primera entrega de su tetralogía sobre Peter Sutcliffe y la Yorkshire aterrorizada de los setenta. Por lo que a mí respecta, en los dos meses que viví allí no aprendí gran cosa sobre aquel asunto, ni pude captar el miedo o la fascinación por el psicópata salvo en alguna conversación con los clientes habituales del pub donde trabajaba. Tampoco gané más dinero del necesario para vivir. Eso sí, bebí mucho más de la cuenta y volví hablando un buen inglés con un acento, digamos, bastante peculiar.

Después de ese extraño verano me esperaba una cita en Hontoria, donde uno de mis primos iba a casarse. Hacía años que no visitaba el lugar y acudí con pereza y desgana. La fiesta se celebró en los mismos escenarios que luego recorrí con motivo del triple crimen: la iglesia de la plaza (para el acto religioso), el bar Rogelio (para el aperitivo) y la Venta Hontoria, situada justo a la salida del pueblo (para el banquete). También recogí las mismas miradas desconfiadas, dirigidas a ese primo que, según ellos, se creía superior y ya nunca pasaba por allí. Me aburría tanto que ni siquiera me emborraché, y me escapé en un taxi en cuanto detecté la primera corbata anudada en la cabeza de uno de mis primos.

Si hubiera sabido que iba a necesitar su ayuda para tratar de desentrañar las razones últimas de aquel caso igual me habría molestado un poco más en tratar de convivir, o al menos de interactuar con alguien. Esta pieza del rompecabezas fue siempre la que más me costó encajar: creo que nunca terminé de entender esa sociedad, no conseguí bajarme del pedestal desde el que la

analizaba, no fui capaz de articular esos elementos en mi lucha por resolver el asesinato de la familia Vila Martín.

Empecé Derecho en Madrid con las mismas ganas con que asistí a aquella boda. Intentaba sin éxito encontrarle la gracia y solo la presencia de Jon Aguirre me salvó del aislamiento total. Brillante orador, joven culto de una familia bien del País Vasco, Jon era el líder nato del grupo de debate, el capitán del equipo de rugby de la facultad y, sobre todo, un fan incondicional de series como *Twin Peaks, Policías de Nueva York* o *Ley y orden*. Gracias a él descubrí una vertiente lúdica del crimen y me enganché aún más a los programas, series y películas del género negro. Cuando Jon y yo quedábamos con Simón, me sentía el Jupiter Jones de *Los tres investigadores*, me olvidaba de la carrera que no quería estudiar y de las idas y venidas en autobús desde Segovia. Pero Jon iba a ser un gran abogado penalista y Simón un buen médico forense, ¿y yo? A pesar de la oposición de mis padres y de las buenas notas que obtenía sin mucho esfuerzo, al final del segundo curso dejé Derecho y me matriculé en Periodismo en la Complutense. No sabía que había empezado una carrera tan gris como la mole brutalista y triste de la Ciudad Universitaria, pero estaba decidido a terminar y abrirme camino. En 2007, con el mejor expediente de final de carrera, me decidí por unas prácticas de verano en la oficina local de la agencia EFE, convencido de que podría cubrir sucesos y emocionado con la posibilidad de hacer mis primeros ensayos con fuentes, policías y crímenes de verdad. No fue como imaginaba, pero me sirvió.

La siguiente parada desorientó a mis profesores y terminó de desilusionar a mis padres: decidí solicitar unas prácticas de posgrado en *El Ideal de Castilla* con la idea de «hacer reporterismo», como le contaba en mi carta a la directora, Rodolfa Vals. Para mi sorpresa, Rodolfa recordaba mis misivas por el asunto de Ana Turra y me entrevistó encantada. Más tarde fue siempre un pilar para mí, sobre todo durante mis investigaciones del crimen de Hontoria, aunque nunca he terminado de comprender por qué me tomó tan generosamente bajo su ala.

A pesar del apoyo incondicional de Rodolfa, que me aseguraba un futuro profesional, y del deseo de Eulalia de quedarse en Segovia, probé suerte en Madrid, donde me fichó un periódico mediano con aspiraciones. Ir y venir a diario a la capital resultaba bastante cansado, aunque regresar cada día a casa con Eulalia lo compensaba todo. Me costó hacerme sitio en un periódico que me había contratado para renovar la plantilla, con la encomienda de «hacer la web» y adquirir presencia en «la cosa esa de internet». Poco a poco fui sugiriendo temas, coberturas y reportajes, pese a la resistencia de la vieja guardia. Con Jon y Simón en distintos puntos de la geografía española, mi atracción por el crimen había vuelto a transformarse en una pasión solitaria; no podía imaginar que, lejos de desaparecer definitivamente de mi vida, mis amigos iban a tener un papel, aunque fuera pequeño, en el caso que cambió mi carrera profesional.

Pero nada de lo anterior explica por qué decidí hacer un pódcast y contar la investigación del asesinato de la familia Vila Martín también de viva voz. Desde pequeño escuchaba mucho la radio. Aterricé en la edad adulta con Iñaki Gabilondo en la SER desde primera hora de la mañana, comiendo con Alfredo Matesanz en Radio Segovia y despidiendo el día con la voz sólida, el espíritu inquebrantable, la vehemencia y la clase de Carlos Llamas. Luego empecé a escuchar pódcast casi por casualidad, con la aplicación integrada en mi primer iPhone. Allí descubrí *Serial*: cerca de 400 millones de descargas de lo que su creadora describe como «Diez horas de audio sobre un crimen que nunca resolvimos». No es mala síntesis para un pódcast que cambió la historia del periodismo. Cuando se lanzó en España en 2014 nadie lo conocía; la primera vez que lo escuché, aluciné con la sintonía del inicio, con la magia de las voces desnudas y el audio en general, con la forma en que la narración alimentaba y excitaba la imaginación. Yo no sabía que se podía hacer eso ni, desde luego, era capaz de hacerlo en aquel momento, pero lo deseaba muchísimo. Supongo que le pasó a más gente, claro. Unos pocos se convirtieron en detectives aficionados, esa cosa rara que tanto gusta en Estados Unidos; la mayoría

buscaron el siguiente pódcast o la siguiente serie o se fueron a dar una vuelta; los últimos, los más desesperados, los de la mirada criminal, nos lanzamos a emularlo. Nada, en el periodismo de sucesos, en las docuseries o true crimes más o menos literarios volvió a ser lo mismo: un virus llamado *Serial* cambió, pervirtió y afinó la mirada contemporánea sobre el crimen.

Todos esos elementos me unieron de manera inevitable al asesinato de tres miembros de una misma familia una noche de agosto de 2016.

El caso me dio prestigio profesional, afianzó mi posición en el periódico y me catapultó como creador de pódcast; también atravesó mi vida personal como un torbellino. Tardé en darme cuenta, pero una vez sumergido no pude salir indemne. Cuando echo la vista atrás, me cuesta asimilar algunos de los errores que cometí.

Capítulo 3

EN UN caso tan complejo, con laberintos legales, arrestos y operaciones policiales fallidas es necesario escarbar en los antecedentes, centrarse en ciertas equivocaciones y en sus consecuencias, ver en qué estado se encontraba la investigación cuando una llamada de teléfono de un policía insatisfecho lo puso en mi camino en julio de 2017.

En algún momento del sábado 6 de agosto de 2016, posiblemente entre las nueve y media y las once de la noche, Joaquín Vila (55 años), Consuelo Martín (51 años) y Sergio Vila (12 años) fueron asesinados en su casa unifamiliar de la calle del Arado número 5 en Hontoria, término municipal de Segovia. Sus cuerpos estaban cosidos a puñaladas. Como prueban las heridas en los antebrazos y las palmas de las manos, Joaquín trató de defenderse, pero murió en el vestíbulo. La segunda en caer fue su esposa, que pereció en la cama, ajena a todo, envuelta en una nube de Orfidal. Sergio vivió su particular película de terror: la policía concluyó que, tras permanecer escondido en su habitación, el asesino lo atrapó cuando trataba de huir por el pasillo. No se sabe si tuvo tiempo de gritar, pero, en principio, ninguno de los vecinos oyó nada, pese a que en Arado había otras viviendas unifamiliares.

Los cadáveres los halló la Policía Nacional y no, como todavía repiten algunos medios, Ramona, hermana de Joaquín. Fue ella, eso

sí, quien hacia el mediodía del día 8 llamó a los agentes. Por aquel entonces vivía a diez metros de su hermano, pero ella asegura que tampoco vio ni oyó nada.

Según el Acta de Inspección Ocular Técnico Policial, la puerta de metal que daba acceso al pequeño jardín que rodeaba la casa estaba abierta, como muchas en el pueblo, y la puerta blindada, único acceso a un domicilio sin garaje, intacta. Ninguna ventana mostraba señales de haber sido rota ni forzada.

En cuanto entraron, los agentes percibieron una temperatura muy elevada en la casa, la misma que impidió a los expertos establecer con exactitud la hora del crimen. Solo pudieron inferir, del hecho de que el *rigor mortis* hubiera desaparecido, que llevaban más de veinticuatro horas muertos, posiblemente cerca de treinta y seis.

Con las ventanas cerradas y la puerta abierta como única vía de ventilación, la escena era difícil de soportar. El cadáver de Sergio, tirado en el pasillo con la camiseta un poco levantada, mostraba en el estómago una mancha verde generada por el ácido sulfhídrico; las bacterias habían empezado su labor de demolición y el denso olor a descomposición parecía filtrarse incluso por la piel de los brazos descubiertos de los policías, que a duras penas mantenían la compostura. Uno de ellos, con la excusa de llevarse fuera a Ramona, salió a la calle con la cara desencajada y vomitó en el césped abrasado por el sol. Otro, con los brazos abiertos en cruz para no dejar pasar a nadie, aunque se había quedado solo, empezó a caminar despacio hacia atrás con la mirada perdida, sin tocar nada.

Que el asesino pudiera haber entrado sin esfuerzo, o incluso invitado por Joaquín, y que quizá conociera previamente la casa, desconcertó a los agentes; también que cada indicio obtenido en esa escena de pesadilla llevara a una nueva pregunta, pero lo más intrigante de todo era que el perpetrador hubiera actuado casi como un profesional: en el lugar no había ni una sola huella digital (los investigadores creen que usó guantes de lana o cuero, no de látex) y, aparentemente, su único descuido había sido dejar unas pisadas, más tarde identificadas como de unas botas Dr. Martens del número 42, en algunas manchas de sangre.

Los agentes de la Policía Científica llegados desde Madrid pocas horas después no tuvieron que aplicar luminol ni preocuparse de un posible falso positivo: allí la sangre no suponía un problema. Otra cosa eran las huellas. Según el informe pericial, en la casa había rastros dactilares de las víctimas, del hijo mayor, Jaime, y de Ramona, hermana de Joaquín, pero, pese a que los especialistas utilizaron suero fisiológico e hisopos en el exterior (en pomos, agarraderos y en la balaustrada de acceso a la casa), obtuvieron siempre el mismo resultado: nada. Y como ni Jaime ni Ramona estaban en la ecuación en aquellas primeras horas solo quedaba pensar que el asesino había limpiado aquellas superficies antes de irse y que había llevado la protección adecuada en el interior.

Siempre con un halo de desconfianza y frustración, la familia de Consuelo consiguió que buscaran huellas en su cadáver mediante un sistema complejo y polémico porque implicaba un alto grado de manipulación del cuerpo. Así se descubrió que tenía restos dactilares del hijo mayor, Jaime, en distintas partes del cuello y la cara, pero ese dato no levantó sospechas en aquel momento.

A pesar de la famosa huella de la bota, fuera no había rastro alguno de sangre ni ADN ajeno a la familia y a los primeros policías que llegaron a la escena del crimen; el asesino debía de haberse cambiado antes de salir, se tomó su tiempo. En cualquier caso caminó por las calles de un pueblo en el que todo el mundo se conoce con la ropa manchada de sangre o con una bolsa o mochila llena de pruebas del que pronto se convertiría en uno de los crímenes sin resolver más famosos de España. Nunca se encontraron ni el arma homicida ni las ropas manchadas ni las botas.

El perímetro exterior, establecido con eficacia por esos dos primeros agentes y reforzado después por el Grupo I de la Unidad de Delincuencia Especializada y Delitos Violentos (UDEV) de la Comisaría Provincial de Segovia, ayudó a mantener a raya a los curiosos hasta que llegó el juez para el levantamiento de los cadáveres, pero ese y otros esfuerzos fueron inútiles contra el rumor y la especulación.

La noche del crimen, el bar Javi no cerró hasta las dos de la madrugada, cuando terminaron las partidas de mus que se habían prolongado entre lingotazos de anís Castellana, carajillos y piques y vaciles. En algunas casas del pueblo, el calor se combatía con el zaguán abierto o en el jardín, donde los vecinos aprovechaban el fresco para hablar de cualquier cosa. Había en el aire un ligero olor a fertilizante natural. En aquellas primeras horas, la policía interrogó a dos decenas de personas. A unos costó acallarlos, evitar que se fueran por las ramas; a otros hubo que arrancarles las respuestas (anodinas en el mejor de los casos) con fórceps. Las televisiones tuvieron más suerte, o mejor tino.

Estos son extractos de los testimonios más destacados de algunos vecinos ante los medios o ante la policía:

> EMILIA (62 años), vecina de Hontoria, asegura frente a las cámaras de Antena 3 que eran una familia «muy normal, muy trabajadora». Después, pese a la advertencia de la periodista y los sucesivos cortes que su gesto repetido provocaba, mira directamente a la cámara y suelta la bomba: «Se oyeron gritos, hija, muy fuertes, pero no me pareció raro porque no era la primera vez.»
>
> JAVIER (38 años), dueño del bar Javi, dice a los reporteros de la televisión pública que él no vio nada raro, que estaba muy concentrado en el mus, que «la pelea del Litri y el Juan por una mano mal jugada fue el único momento reseñable de la noche» y que (pero esto ya no salió en antena) está «hasta los cojones» de tener que ganarse la vida en ese agujero, «aguantando a esos señores mitad jubilados mitad currantes, ocho de cada diez decididamente alcoholizados, cada día un poco más quemado, un poco más viejo».
>
> ABUNDIO RUIZ (61 años), vecino del pueblo, asegura a la policía: «Esos eran unos beatos más agarraos que un chotis. ¿"Buena gente", dice? Pues no sé, pregunten al hijo… al mayor, claro. En todo caso, yo ya me conozco a los que van de buenos: a mí, el muy cabrón de Joaquín se me metió en las tierras; movió una linde, aunque luego dijera que no. Yo le

canté las cuarenta. ¿Que cómo exactamente? Pues fui a su casa a cagarme en su dios; aquí las cosas se arreglan así, agente, no me mire con esa cara.»

DON MIGUEL (60 años), párroco de Hontoria, dice a la COPE: «Reconozco que el crimen me sumió en una crisis. ¿En qué plan divino puede caber esto? Esa familia era una joya, un pilar de nuestra comunidad. Joaquín me ayudaba tanto… Consuelo era catequista y Sergio monaguillo, y mire a Jaime, con las pocas vocaciones que hay hoy en día… Esa familia representaba todo lo que la gente de por aquí respeta y valora. No entiendo nada, señor comisario; que Dios los tenga en su gloria.»

CONCHITA (69 años), vecina de Hontoria, fue de las primeras en hablar con los medios. Bueno, más bien con Antena 3, cuyas cámaras llegaron antes que nadie. La televisión la pilló en la puerta de su casa, en una calle perpendicular a la del Arado.

La periodista, sin más recursos para hacer que hable, le pregunta:

—¡Señora! Terrible, ¿verdad?

—Terrible, terrible, terrible. ¡Ay, Dios mío, qué pena más grande! —responde Conchita, a quien el llanto le ha aflautado la voz.

—¿Los conocía bien?

—Muy bien. Eran como hermanos para nosotros. ¡Ay, Dios mío, qué pena!

—¿Vio u oyó algo esa noche?

—Mi Pepe me ha dicho que no diga nada, pero le juro por lo más sagrado que a las once o las doce pasó alguien corriendo por delante de la ventana de acá, la de la salita de estar, no sé si me entiende. Yo me había quedado traspuesta, pero el ruido me despertó.

—¿El ruido?

—Los jadeos, la carrera; yo qué sé, hija.

Al día siguiente cuenta la misma historia ante las cámaras de Telecinco, aunque ya sin el delantal, peinada y con un toque de color en los labios, en el jardincito de atrás de la casa y no junto a la puerta de la cuadra.

Más tarde, en el club de la mujer rural, en las clases de inglés para adultos y en el ensayo del grupo de teatro, varió un poco la hora y añadió algún que otro adorno, pero mantuvo la historia en lo esencial.

Ante la policía, sin embargo, afirmaba que, en caso de ser llamada como testigo en el juicio, no podía asegurar nada delante del juez, que todo era «muy lioso». Ahí se acabó la versión alargada de los quince minutos de gloria de María de la Concepción.

> JESÚS GARCÍA (56 años), director de la sucursal de Bankia en Hontoria, responde a la policía: «¿Que si tenían dinero? Bueno, sí, lo normal, aunque ya le digo yo que muchas veces en estos pueblos la gente tiene más de lo que se piensa… quiero decir: ya hemos puesto todas las cuentas a disposición de las autoridades. Ahora, dinero como para generar envidias, como para que alguien quisiera hacerles daño, eso no. Consuelo iba una vez al mes a actualizar la cartilla, nada más; era Joaquín el que manejaba los recursos de la familia. Él tenía mucha relación conmigo porque le gestionamos un préstamo para ampliar las instalaciones y modernizarlas a raíz del contrato de El Corte Inglés; y también le llegaban las ayudas de la PAC, cuando todavía eran algo, y algunas subvenciones de la Junta. Todo muy normal, ya le digo. Y luego, no es que me quiera yo meter donde nadie me llama, pero eran de gastar poco, por decirlo de manera amable.»
>
> FELISA PAJÓN (60 años), dueña de la Despensa de la Feli, comenta a los reporteros de la televisión local: «La Consuelo era una mujer muy buena, recatada y tranquila; muy como éramos las mujeres antes, no sé si me entiende. Y no lo digo porque fuera amiga mía, que lo era, y muy buena: fíjese que no dejó de ir ni un solo día a mi tienda, ni cuando abrieron el

mamotreto del centro comercial de allá abajo ni cuando llegó el puto chino ese. Me va a perdonar, señor policía, pero eso es así: muy amigos aquí todos, pero cuando el Juanito, porque cualquiera se aclara con su nombre real, cuando el Juanito ese abrió la mierda de tienda que tiene, la mitad del pueblo se fue a comprar allí para ahorrarse unos céntimos de nada. Mi Consuelo no. Ahora, la pobre padecía un poco de los nervios; bueno, un poco no: le dolía mucho la cabeza, la molestaba la luz, tenía que tomar pastillas para dormir. Pasaba ratos muy malos, no sé si me entiende. Ahora todo eso ya da igual, claro.»

ÁNGEL BICO (20 años), amigo de Jaime Vila, dice a la policía: «Esto ha sido un bajón total para todos. Jaime era muy majo, aunque ya no tan enrollado como antes. Siempre había sido de ir a misa y eso, pero antes, aunque era el más pequeño del grupo con diferencia, salía con nosotros, se tajaba en los botellones, nos bajábamos juntos a Segovia… lo típico. Y últimamente pues no: estaba con que si quería ser cura, que si odiaba la vida que llevaba… Ahora lo estará pasando fatal, el pobre. ¿Sus padres? No sé. Eran majos y muy educados, buena gente, pero eran también muy estrictos con él, con las horas de llegada y todo eso, y más desde que su padre tuvo la movida con el loco de Abundio. Bueno, y luego estaba lo de su casa: allí no hemos estado nunca, ni para jugar, ni para merendar ni nada, y eso en un pueblo como este es muy raro. Pero no quiero yo hablar mal de los muertos. Pobre gente.»

El robo se descartó desde el principio como posible móvil del crimen: en el domicilio no faltaba nada y, además, los Vila Martín no vivían como ricos; a ojos de sus vecinos, eran una familia de trabajadores del campo con unas pequeñas tierras para cultivar cereal y una modesta explotación ganadera que producía leche de origen certificado para El Corte Inglés. Joaquín trabajaba de sol a sol, no iba mucho al bar, no era muy sociable y por eso mismo no tenía enemistades. Toda su actividad pública se reducía a ser el

vocal de la asociación de vecinos del pueblo y a ayudar al párroco en la misa de los domingos, donde hacía las lecturas y las preces ante un público menguante y apático. Consuelo era un ama de casa en un pueblo convertido por razones prácticas en un barrio de Segovia, con todo lo que eso implica.

Nada de lo anterior explicaba la saña con la que alguien había acabado con sus vidas una noche de agosto. Algunas heridas mostraban alrededor una contusión provocada por el mango del cuchillo al golpear la piel tras haber entrado la hoja al completo, y varias habían sido infligidas después de la muerte. «Las heridas *post mortem*, innecesarias para el delito», se lee en el atestado policial, «expresan la emoción del momento; en este caso, la ira. El ensañamiento da cuenta de un odio subyacente, lo que apunta a que el asesino era conocido de la familia».

Las primeras cuarenta y ocho horas, esenciales en la resolución de cualquier caso, pasaron sin que la investigación avanzara. De hecho, al menos las primeras veinticuatro transcurrieron sin que nadie advirtiera que Joaquín, Consuelo y Sergio habían sido asesinados. El juez instructor decretó el secreto de sumario. Más tarde se supo que la policía cometió algunos errores en la escena del crimen; por ejemplo, no recoger los restos que Joaquín, el único que opuso resistencia al agresor, pudiera tener en las uñas. El ADN no es la varita mágica del CSI, y por lo general no lleva a los agentes hasta el asesino, pero nunca sabremos qué podría haber aportado.

La cobertura mediática fue menguando: tras la ronda habitual de declaraciones vecinales y con el entorno de las víctimas bajo escrutinio policial, las televisiones se quedaron sin carnaza y los periódicos con poco que publicar. La atención fue languideciendo en las semanas posteriores, luego llegó septiembre y el caso prácticamente cayó en el olvido.

Al menos en la investigación policial, el tiempo es el peor enemigo de la verdad, pero el Grupo I de la UDEV, escaso de medios y de personal, parecía querer ignorarlo y no había cejado en su empeño.

Primero acudieron a la victimología, que estudia el periplo de las víctimas en sus últimas horas de vida, pero esta reflejó tres existencias anodinas (trabajo, colegio, compra, parroquia…). Quedaba la llamada «sospechología», el estudio minucioso de un grupo reducido de sospechosos en las horas posteriores al asesinato.

Sus pesquisas se centraron, pues, en el entorno de aquel matrimonio aparentemente sin amigos ni enemigos. Ramona, hermana y vecina de Joaquín, tenía una coartada sólida, igual que sus dos hermanos de Segovia, que trabajaban en sus tierras, y los familiares de Consuelo, todos vecinos de La Granja de San Ildefonso.

Por su parte, se suponía que Jaime Vila, hijo mayor de Joaquín y Consuelo y superviviente de la masacre, estaba en el Seminario de Segovia ese sábado desde las ocho y media de la tarde, lo cual le había salvado la vida. El hecho de que hubiera asistido con sus compañeros a las oraciones a primera hora de la mañana del domingo afianzaba su coartada.

Alto y fornido, pero también tímido, reservado e incluso huraño a los ojos de algunos, Jaime no vivía en el hogar familiar desde hacía meses, cuando una bronca monumental con su padre había terminado, para sorpresa de muchos, con el portazo del chaval y el ingreso en el Seminario. Con todas las demás vías de investigación cerradas, la policía trabajó sobre esa pista, una hipótesis que situaba a un joven introvertido, trabajador y religioso en el centro de la trama de lo que ya se conocía como «el triple crimen de Hontoria».

Tras el descubrimiento de los cuerpos, Jaime había llegado a casa de sus padres escoltado por los agentes que habían ido a recogerlo al Seminario y, más tarde, había aparecido acompañado por sus tíos, completamente destrozado, en el entierro de su padre, su madre y su hermano. Así lo contaba EFE:

> **SEGOVIA, 14 DE AGOSTO DE 2016**. El funeral por Joaquín Vila, Consuelo Martín y el hijo de ambos, Sergio, de 12 años, acuchillados el pasado día 6 en su domicilio de Hontoria, se celebró la tarde de ayer en Segovia. Alrededor de trescientas personas asistieron a la misa en la capilla del tanatorio de San Juan de la Cruz. También acudieron algunos

> compañeros de Jaime, el hijo mayor, seminarista, y sus amigos del pueblo. Siete sacerdotes oficiaron la ceremonia, en la que estuvo presente la subdelegada del Gobierno en Segovia, Berta Ferrer, vecina de Hontoria y amiga personal de Ramona Vila, hermana de Joaquín. Ferrer se limitó a decir que la investigación sigue abierta y que la policía no sabe aún si el asesinato fue cometido por una o varias personas. El cuerpo de Joaquín será enterrado en el cementerio del Santo Ángel de la Guarda de Segovia, mientras que su esposa y su hijo menor serán inhumados en La Granja de San Ildefonso, en el panteón de la familia materna.

Meses después, Jaime había encabezado una protesta en la plaza de Hontoria, pidiendo justicia y denunciando la «lenta labor de la policía» para encontrar a quienes le habían arrebatado «de forma abyecta lo que más quería». En ese acto se vio a un chico muy distinto, más maduro, que había abandonado la timidez y se había armado de valor para denunciar un crimen brutal. Fuera ya del Seminario, vivía con su tía Ramona, y había dejado atrás su apariencia palurda y gris de antaño.

Siempre muy próximo a él se encontraba Miguel Castaño, don Miguel, párroco del pueblo, amigo de la familia y portavoz oficioso de Jaime y Ramona. Entre otras cosas, organizó una colecta para «el superviviente de la tragedia», escribió una columna en *El Progreso* sobre la violencia y el perdón y no dejó de oficiar una misa al mes por los fallecidos. En las fotografías de prensa de aquellos días se los ve a los tres juntos, como un equipo, en excelente sintonía. Más tarde, don Miguel inauguró la ampliación del colegio de Hontoria en la que se había empeñado desde tiempo atrás, con un aula adaptada para alumnos con necesidades especiales de la que se beneficiarían niños de toda la provincia, según rezaban los titulares de la época. En la foto ya no estaba Jaime, pero sí Ramona y su amiga Berta Ferrer: las dos figuraban como impulsoras de un proyecto educativo que ponía a Hontoria en el mapa.

Pero nada de eso arrojaba luz sobre los asesinatos. Cuando los esfuerzos de los primeros investigadores se mostraron francamente

insuficientes para resolver el caso, ni siquiera con refuerzos enviados desde Madrid, este pasó directamente a manos de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas de la UDEV y a depender en última instancia de la Comisaría General de la Policía Judicial.

La dirección de las pesquisas recayó en manos de Silvia Galán, una de las policías con más proyección de España. Tardó en preparar el caso, pero a inicios de 2017, y gracias a la Operación San Frutos (llamada así por el santo patrón de Segovia, que daba además nombre al Seminario donde estudiaba Jaime), llegó a una serie de conclusiones, tras encontrar agujeros en la versión del hijo mayor, quien hasta entonces se había considerado otra víctima: contradicciones en sus testimonios y varios elementos que no cuadraban con lo hallado en aquella casa unos meses antes.

Tres testigos aseguraron que Jaime mintió al declarar que no tenía llaves de la casa de sus padres, y la Policía Científica encontró pruebas de que, pese a argumentar que «no podría haber ido a su casa desde el Seminario y después volver (un recorrido de unos seis kilómetros) porque no sabía conducir y a esas horas de la noche no había transporte público», sí que había vuelto varias veces a la casa paterna. A los investigadores también les pareció sospechoso que se hubiera ofrecido a testificar hasta en tres ocasiones, elaborando complicadas teorías que implicaban a otros vecinos del pueblo en una trama de envidias, odios y venganza. Finalmente, calzaba un 42 y, aunque se suponía que estaba en su habitación del Seminario mientras asesinaban a su familia, no podía probarlo: los testigos solo lo habían visto llegar por la tarde y luego ya la mañana del día siguiente. Ni siquiera el hecho de que su teléfono móvil hubiera estado toda la noche en su habitación del Seminario de Segovia podía considerarse una prueba a su favor, puesto que bien podría haberlo dejado ahí y haberse dirigido sin él a la casa paterna.

Los móviles del asesinato podían ser fundamentalmente dos. En primer lugar, Jaime odiaba a su hermano menor, muy unido a su padre (algunos expertos apuntaron a una versión adolescente del síndrome del príncipe destronado). En segundo, las muertes

suponían un beneficio económico para él, único heredero de la casa, las tierras, los dos coches y la granja: un patrimonio de más de un millón de euros. ¿Era suficiente?

La exposición de motivos elaborada y firmada por Galán, ocho folios de argumentos detallados al milímetro, procuraba sustentar las sospechas en el joven y ponía en bandeja al juez la firma de sendas órdenes de registro de la casa de la tía Ramona, adonde Jaime se había trasladado tras abandonar el Seminario, y de una pequeña caseta situada en la parcela de su padre en el despoblado de Juarrillos, donde pasaba gran parte de su tiempo libre.

El juez finalmente emitió esas órdenes en el mes de marzo de 2017. En el disco duro de su ordenador, hallado en casa de la tía, no había nada reseñable, pero en el registro de la caseta se encontraron varios diarios suyos llenos de odio hacia su hermano y su padre y referencias sexuales sobre Ramona.

Jaime fue detenido y el caso fue a parar a manos de la Fiscalía de Menores. «Falta comprobar mucho», aseguró un investigador tras los primeros interrogatorios. Así, el crimen de Hontoria pasó de estar desahuciado a tener una solución a la vista, y las televisiones volvieron a la carga; psicólogos, comunicadores y criminólogos de todo tipo hicieron su agosto y los periódicos rescataron del olvido a sus mejores cronistas de sucesos.

Berta Ferrer, como representante del Gobierno en la provincia, aseguró a EFE que la investigación estaba «centrada» y que confiaban en que el caso estuviera resuelto muy pronto, aunque sin dar más detalles. Sin embargo, la fiscal encargada del caso, Inmaculada Piñero, enfrió los ánimos: «Tras la Operación San Frutos, la policía ha propuesto una hipótesis bien construida, pero claramente insuficiente: hacen falta pruebas y no hay una sola, todo son conjeturas», aseguró. Se refería por ejemplo a que, incluso si Jaime sabía conducir, no se había probado que usara uno de los dos coches familiares u otro vehículo para ir a su casa, matar a sus padres y su hermano y volver luego al Seminario, al fracaso del registro de la casa de Ramona Vila y al escaso valor probatorio, en un caso de asesinato, de los diarios hallados en Juarrillos, por más

violencia que contuviesen. Ni siquiera sumados a las fantasiosas versiones de Jaime ante la policía alcanzaban, en su opinión, para postular que el joven estuviese perturbado, extremo que el psicólogo forense había desechado de plano tras reunirse con él. «Todo esto queda muy bien en la tele, pero en la vida real las pruebas tienen que ser concluyentes», sentenció la fiscal Piñero. El juez ordenó la liberación de Jaime Vila del centro de menores en junio de 2017.

Poco después, la fiscalía pidió el sobreseimiento de la causa contra él y un juez desestimó el recurso de los hermanos de Consuelo, quienes ya en los días posteriores al crimen habían insistido en que se explotara a fondo esa vía, después de que se encontraran huellas dactilares de Jaime en la cara y cuello de su hermana, y ahora no dudaban en acusarlo abiertamente. «Nos pidió que creyéramos en él, pero yo no puedo, no con esos indicios. Para mí es culpable, y un psicópata que nos ha engañado a todos», declaró Noelia, la hermana mayor, en la rueda de prensa convocada tras la decisión del juez de descartar a su sobrino como sospechoso.

La tía Ramona Vila reaccionó violentamente a los ataques de la familia de Consuelo contra su sobrino, pero el momento (con Jaime en el centro de la cobertura de unos medios volcados sobre el caso), el mensaje y el lugar elegido para difundirlo (por teléfono, a gritos, en el programa matinal de un canal generalista de televisión) no podrían haber sido más desafortunados. Totalmente fuera de sí, declaró: «¡Menuda banda de cabrones desagradecidos y malparidos, y ellas todavía peor! ¿Qué es eso de que les ha engañado y de que es un psicópata? ¿Qué es eso de pedir al fiscal que le persiga? ¿A un chaval que es sangre de tu sangre? ¿Eh? Él es una víctima más, así de claro, y que lo escuche toda España.»

Tras el varapalo judicial, y tras el cierre oficial de la línea de investigación que apuntaba a Jaime (hecho que supuso un golpe devastador para el prestigio de Silvia Galán, quien no solo tuvo que sufrir durísimos ataques de la prensa, sino crueles reproches por parte de sus superiores y burlas soterradas por parte de sus subordinados), dos nuevos expertos investigadores se incorporaron al equipo policial. Así lo contaba *El Progreso*:

> **REDACCIÓN. SEGOVIA, 7 DE JUNIO DE 2017**. Dos nuevos policías expertos en investigación criminal revisarán toda la información disponible para tratar de resolver el triple crimen cometido en Hontoria en agosto de 2016. Así lo aseguró la subdelegada del Gobierno, Berta Ferrer, quien indicó que, además de la incorporación de estos dos agentes, se pretende que otros expertos que no hayan trabajado en el caso puedan realizar aportaciones y contribuir a intentar resolverlo. Ferrer anunció también que se ha abierto una causa interna en la comisaría de Segovia para intentar esclarecer quién filtró a los medios detalles que se encontraban bajo secreto de sumario.

Pero el efecto de esa incorporación fue nulo y, diez meses después, la investigación del crimen de Hontoria, uno de los casos más comentados del año anterior, entró en un largo periodo de barbecho sin detenidos ni sospechosos, solo preguntas sin respuesta. Y así es como llegó a mis manos.

Capítulo 4

EN EL verano de 2017, yo estaba tratando de aprovechar las vacaciones de los redactores veteranos para afianzarme como narrador de sucesos en el periódico sin descuidar mi pódcast *Píldoras criminales*, un pequeño espacio iniciado dos años antes tras la estela de *Serial*, donde lo mismo investigaba un caso reciente que me sumergía en alguno de mis crímenes preferidos de la historia en piezas siempre breves, sin artificios y con mi voz y la música de Mogwai como únicos elementos. Transmitía desde mi piso y todo era francamente casero. Para entonces, ya había dedicado un programa al asesinato de Joaquín, Consuelo y Sergio, pero trabajando desde la distancia, sin mancharme las manos. El resultado fue un resumen de mero observador y me dejó insatisfecho, por lo que me decidí a repetir y profundizar en el asunto. Mi intención, esa segunda vez, era acercarme de verdad al núcleo de aquel crimen.

Ese julio, el infierno había decidido instalarse en España, y aunque Madrid no era Montoro (47,3 ºC) la atmósfera era asfixiante. A trasluz se podía ver el asfalto emitiendo ondas que deformaban los objetos. Los motores de los coches y los aparatos de aire acondicionado anclados de cualquier manera en las fachadas se aliaban con las salidas de ventilación del metro y otras fuentes de calor para hacer irrespirable el aire de la calle. La gente estaba cansada, silenciosa, irascible; hartos todos de la enésima ola de

calor, de la ropa pegada a la piel, de la atmósfera asfixiante del transporte público, del olor del otro, del frío industrial de los centros comerciales.

En esos días, mi ámbito de actuación eran los juzgados de plaza de Castilla, a veinte kilómetros de San Fernando de Henares y las grandes causas de la Audiencia Nacional, donde se celebraba el macrojuicio por la Gürtel, la clase de delito que no me interesaba en absoluto: demasiado obvio, demasiado político, demasiado aburrido, con protagonistas de serie B.

«No quiero ni que te flipes ni que te enredes, Ezequiel», me había dicho esa misma semana Juan Gómez, redactor jefe de la sección de noticias nacionales, uno de los muchos que me llamaban por mi apellido no en virtud de una rancia tradición periodística, sino para evitar un nombre extraño, casi ridículo, que no sabían ni querían saber cómo se pronunciaba. «Vas a plaza de Castilla a tiro hecho, con el caso buscado, y me encuentras a alguien (víctima o delincuente, qué más da) para hacer un buen reportaje, algo que chute un poco la audiencia de la web. Y así, de paso, dejamos de hablar un rato del puto calor este. ¿Estamos?»

Mi jefe era un periodista apasionado que gestionaba su sección como si fuera la de un gran periódico. Por encima de todo, le interesaba el valor periodístico de los hechos, aunque no escondía su gusto por lo espectacular. Llevaba siempre camisas de manga corta, no tanto viejas como antiguas, con bolsillo en el pecho para los cigarrillos y el boli BIC. Era duro, el puesto lo exigía, pero por alguna extraña razón que sé que nunca confesará me protegía y hasta me consentía a veces.

En Madrid se tramitan cerca de 900.000 causas judiciales al año, por lo que la actividad no decae en julio tanto como podría esperarse. El problema era encontrar algo accesible y abierto que acabara con la sequía que imperaba entonces en materia de sucesos potentes y que, de paso, me permitiera avanzar en mi carrera, hasta entonces bastante modesta. Decidí jugármelo todo a una carta: la de Fernando Rodríguez, *el Fernandito*, el célebre alunicero. Un secretario judicial que me debía un favor me dijo por dónde saldría

para recoger su coche y marcharse si volvía a librarse de la cárcel. Ya se me había escapado en un par de ocasiones, así que procuré estar bien alerta.

Es evidente que los juicios y los lugares donde se celebran son mucho más aburridos y prosaicos que en la ficción. El espacio (o más bien su ausencia), el lugar elevado del juez, el sitio destinado al público o la luz no tienen nada que ver con los de las películas y series de televisión. En la sala del Juzgado de lo Penal número 12, donde estaba citado aquel día el Fernandito, se rompió el aire acondicionado nada más empezar la vista, así que el abogado defensor consiguió un aplazamiento y a mí me tocó salir corriendo de allí, bajar dos pisos por las escaleras, atravesar el aparcamiento y plantarme delante del único coche que podía pertenecer a aquel delincuente poligonero: un Audi A5 Coupé rojo con alerón trasero y llantas de diseño. Mientras esperaba, noté que un perro callejero se aliviaba en un rincón.

El Fernandito apareció poco después, cuando yo todavía no había recuperado el aliento, y se dirigió hacia su Audi. Estaba igual que dos años atrás, durante su última aparición televisiva: cara gorda salpicada de acné en distintos grados de desarrollo, flequillo cortado como si hubieran usado un cuchillo jamonero y unas gafas de sol enormes y absurdas. A su favor, habría que decir que era bueno en lo suyo: primero robaba el coche, siempre de alta gama, luego elegía el lugar a reventar y se llevaba todo lo que podía en medio de un subidón adrenalínico de primer nivel. Pero la huida era lo más divertido. La leyenda decía que podía conducir a doscientos kilómetros por hora de noche y sin luces, y era verdad, según me contaban los mismos policías que no habían conseguido darle caza y habían tenido que conformarse con pillarlo por vago, por dejado, por volver siempre al barrio días después de cada alunizaje a ver a su madre y a la novia de turno, a presumir y a ayudar a partes iguales. Puede que el Fernandito no fuera tan célebre como el Piojo, pero tenía una fama bien ganada, entraba y salía de la cárcel sin mayor trauma y todo indicaba que estaba preparando el golpe de su vida. Yo, por mi parte, sabía que su sueño iba mucho más allá de ganarse

unos euros reventando escaparates con un coche, por más lujoso que este fuera, que aspiraba a un libro biográfico que acabara llevándose al cine o, en el peor de los casos, a que le dedicaran un par de noches de sábado en Telecinco, algo con lo que agrandar su mito (¿por qué no?, no sería ni mucho menos el primero en recorrer ese camino). Eso me daba confianza para pedirle una entrevista.

No fue tan fácil. Antes de que yo abriera la boca, el Fernandito me amenazó con saltarme todos los dientes si no lo dejaba montarse en su coche inmediatamente. Pero logré impresionarlo mostrando mis conocimientos sobre su vida criminal.

—Mira el puto figurín este, ¡yo me habría imaginado que solo sabrías de Barbies! —disparó antes de lanzarse a un monólogo que solo pude interrumpir en dos ocasiones para intentar, sin éxito, reconducirlo a través de preguntas concretas.

Al final, le pedí que me dejara tomarle unas fotos; a lo que, para mi sorpresa, accedió. Así que me di a la tarea de sacar las mejores instantáneas posibles con mi pequeña Nikon, pero al cabo de unos instantes me arrebató la cámara de las manos y se puso a revisar los retratos con una habilidad y una calma que solo podían corresponder a un delincuente profesional. Finalmente, chasqueó la boca y me dijo:

—Coge esta mierda.

—¿Cómo?

—Que cojas la puta cámara, ¿estás sordo o qué?

El perro debió de asustarse porque salió disparado, pero luego se detuvo un poco más allá y me miró con cara de pena.

Cogí la cámara con las dos manos, con miedo de tirarla al suelo, y él sacó un móvil de gama tan alta como los coches que acostumbraba a robar y se hizo cuatro selfies como un auténtico profesional de las redes sociales. Luego me pidió mi número, que le di sin atreverme siquiera a dudar, y me las pasó por WhatsApp. Todo ocurrió tan rápido que no me dio tiempo de pensar en que aquello infringía sin pudor varios preceptos periodísticos más o menos sagrados, mucho menos en que a Juan Gómez le iban a encantar esas fotos, por muy horteras que fueran… o precisamente por eso.

El reportaje fue un éxito, tal como esperaba Gómez. Ya fuera por el titular que le puso («El Fernandito, rey de los aluniceros, revela sus secretos»), eficaz y amarillista a partes iguales, o porque la gente necesitaba dejar de hablar de una maldita vez del tiempo, funcionó de maravilla.

Poco después, todavía en mi semana de gloria, me encontraba de nuevo merodeando por los juzgados de plaza de Castilla, en el centro de una península arrasada por el calor, tratando de aprovechar el momento sin mucho éxito cuando sonó el teléfono. Vi un número oculto en la pantalla y, por un miedo absurdo a que fuera el Fernandito con alguna queja sobre el reportaje o alguna amenaza, colgué una vez, y otra, y una tercera. Estaba en las puertas del juzgado, me moría de calor y no pensaba con claridad; incluso me pareció ver al mismo perro del aparcamiento cruzando la calle camino de las Torres Kio, pero el móvil volvió a vibrar y me decidí a cogerlo sin saber lo que aquella conversación significaría para mi futuro.

Capítulo 5

—¿Hola?

—¿Qué tipo de periodista cuelga cuando ve un número oculto?

—¿Quién habla?

—Alguien con quien te interesa charlar, chaval, para que aclares unas cuantas cosas en ese programa que haces.

—¿Programa…? Ah, ¡el pódcast!

—Como se llame, ¿qué más da? ¿Te interesa o no?

—Todavía no sé de qué me está hablando.

—Anda que… A ver, ¿conoces el triple crimen de Hontoria?

—¿Cómo? ¡Claro que sí!

—Perdone usted, señor periodista. Entonces también sabrás lo de la Operación San Frutos.

—Por supuesto.

—Pues lo que no sabes es por qué se cerró el caso en realidad.

—Espere, espere, vamos a ver…

—¿Te dice algo la «doctrina del fruto del árbol envenenado»?

—Deme un segundo —pedí mientras procuraba ver la pantalla del móvil, oscurecida por el reflejo de la luz del sol.

—Ni se te ocurra buscarlo ahora, joder, y menos todavía tomar nota. ¡Qué gente! —soltó el desconocido como si estuviera viéndome —. Atento: sentencia del Tribunal Constitucional 114/1984 y artículo

11.1 de la Ley Orgánica del Poder Judicial de 1985. Busca ahí y empezarás a comprender. Te llamo mañana a la misma hora. No intentes devolverme la llamada, no hables con nadie de esto y procura no dejar rastro de tus búsquedas en internet. Supongo que puedes apañarte con eso, ¿no?

—Sí, gracias, pero ¿qué gana usted llamándome?

—No seas obvio ni te hagas el tonto. Imagino que ya has deducido dónde trabajo. Algunos simplemente no estamos contentos con lo que ha hecho la fiscalía. Hasta mañana.

—Adiós —respondí a una línea ya muerta.

La llamada se repitió al día siguiente a la misma hora. Para entonces yo ya había leído todo lo que había podido sobre la doctrina del fruto del árbol envenenado, incluidas la sentencia de 1984 y la ley de 1985 que la consagraron en España. También había escogido un lugar más tranquilo y fresco para hablar.

—¿Me está sugiriendo que en el caso de Hontoria había pruebas que quedaron anuladas? —pregunté nada más contestar la llamada.

—Las pruebas obtenidas ilícitamente son todas ilícitas.

—Bueno, ya, pero ustedes trabajaban con las órdenes pertinentes emitidas por el juez, ¿no?

—No necesariamente.

—¿Y cómo es posible?

—Muy sencillo. Pese a que la exposición de Galán estaba argumentada a la perfección, el juez no vio la necesidad de mirar, por ejemplo, en la moto de Jaime, aparcada fuera del área establecida por la orden de registro.

—Lo entiendo: es muy difícil esconder algo en una *scooter.*

—Bueno, pues un agente encontró justo allí el colgante que la madre acostumbraba a llevar en el cuello, y no contento con haber registrado ilícitamente aquella moto fue y lo plantó en la caseta mientras se realizaba el registro autorizado por el juez.

—Lo que me está contando es muy grave.

—¡No me digas!

—¿Sabía Silvia Galán algo de todo eso?

—En ese primer momento, no.

—¡Pero estaba allí!

—Sí, igual que otras veinte personas entre agentes de la Policía Nacional que debían establecer el perímetro, agentes de la UDEV, refuerzos de Madrid, técnicos y fotógrafos, los dos abogados del chaval…

—Y nadie vio nada, y lo hecho por aquel policía dejó sin validez esa prueba tan importante, ¿verdad? Pero no recuerdo haber oído hablar de eso.

—No. La fiscal decidió taparlo, cerrar la Operación San Frutos, de la que tampoco era gran partidaria, y pasar a otra cosa.

—¿Y Galán? ¿Cómo se enteró?

—Yo me enteré de lo sucedido y no pude ni quise guardar silencio. Cuando lo supo se puso hecha una furia; en mi vida la había visto así.

—¿Y aun así no hizo nada?

—Su idea era ir de frente: expedientar a ese agente cuya estupidez dejaba la imagen de la unidad por los suelos y tratar de apretar al chaval para que confesara, ya que no podía usar ante el juez esa prueba de la presencia de Jaime en la casa el día del asesinato de sus padres y su hermano…

—La posible presencia…

—¿Cómo?

—Que esa prueba apuntaba a la posible presencia de Jaime en la casa.

—Bueno, sí. A garantista no me vas a ganar, pero he interrogado a mucha gente y te aseguro que ese chico habría terminado confirmando que su madre llevaba ese colgante cuando murió.

—En cualquier caso, era una apuesta de riesgo, y un poco desesperada.

—Galán no tenía miedo a arriesgarse.

—Pero la fiscal Piñero cerró el caso…

—Sí, y eso fue el principio del fin de mi jefa.

—¿Y la intención de estas llamadas es que yo, como periodista, avive la llama de la sospecha sobre Jaime usando el colgante y esta historia del fruto del árbol envenenado?

—Básicamente, sí; pero no es una historia, sino una doctrina del Constitucional.

—Bueno, pues no sé qué decirle.

—La apuesta de mover el árbol a ver qué pasa no encierra riesgo alguno para ti. Además, piensa que esta no tiene por qué ser nuestra última colaboración.

—Ya entiendo.

—Pues ya me dirás.

—Sí —dije de nuevo demasiado tarde.

—Lo que me cuentas no está nada mal, aunque no sé si es suficiente —me dijo Gómez mientras esperábamos la comida en la terraza del bar cutre que hay en los bajos de la redacción. El calor era infernal, pero mi jefe necesitaba fumar y yo hablar con él a solas.

—¿Suficiente? No me jodas, Juan. Tengo una buena fuente que me revela irregularidades en uno de los casos sin resolver más mediáticos de los últimos años y tú me dices que no es suficiente.

—Eso de que es una buena fuente lo dices tú —me provocó.

—No, lo es porque tiene información que no ha salido a la luz y que solo puede saberse desde dentro, y porque está dispuesto a soltar más.

—No sé, necesitaríamos contrastarlo por otro lado.

—Claro, pero no creo que con Julio Palacios te pongas tan quisquilloso.

—No me jodas, Ezequiel. Ni te compares ni me juzgues. Sabes bien que aquí las reglas son para todos. Y no dejes que esa llamadita te ciegue. Vete tú a saber por qué quiere contarte esas cosas. Todo el mundo tiene sus intereses.

—¿Ah, sí? Pues no se me había ocurrido —ironicé.

—Por cierto —siguió él—, me llamó Palacios para preguntarme si ahora cualquier novato puede publicar en el periódico y para sacarle

defectos a tu artículo sobre el Fernandito. Ten cuidado, te vendría mejor estar a buenas con él.

—Oído, cocina, pero… ¿qué pasa si consigo confirmar lo que este tío me ha contado hasta ahora?

—Mira, vayamos con calma. No quiero patinar con este asunto y, sobre todo, no quiero ser el responsable de que te des una hostia —dijo mientras llegaban otras dos cervezas que por desgracia no eran Mahou—. Ahora, lo que hagas fuera del periódico…

—¿Me estás diciendo que use el pódcast para ver qué pasa?

—¿Yo? —respondió con algo parecido a una sonrisa escondida bajo su enorme bigote. El sitio se había ido llenando y, aun estando al aire libre, se levantaba una densa humareda de tabaco que apestaba casi tanto como el cenicero rebosante de los Ducados exprimidos por Juan durante la comida.

—Oye, última vez que quedamos en la terraza, me estoy asfixiando.

—Claro, señor jefe de sección —replicó divertido mientras se acariciaba los antebrazos morenos y peludos.

Capítulo 6

A VECES pienso que hacerse mayor consiste en aceptar cosas que hasta hace poco nos parecían francamente inaceptables, como usar mocasines, por ejemplo, o preferir la tortilla de patatas con cebolla. En mi caso, tuve que aceptar ir a trabajar a Madrid y volver cada día a Segovia mezclado con los miles de personas que abarrotan el AVE y acaban viviendo, a la vez, en dos sitios y en ninguno.

Cuando empecé a investigar el crimen de Hontoria ya vivía con Eulalia y Gabriela, nuestra hija de tres años, en un ático frente a la entrada lateral de la catedral, a un minuto de la plaza Mayor. No era muy grande ni muy luminoso, pero nos lo había regalado mi suegro, Luciano Ramírez (el señor Ramírez para sus subordinados, don Luciano para socios y gente de sus círculos empresariales y, finalmente, Luci para mi suegra, aunque solo en casa), estaba recién reformado, tenía suelos de madera oscura y paredes color arena pálida y, la verdad, era ideal para nosotros. El cuarto de Gabriela estaba al fondo, junto a nuestra habitación, y pasábamos gran parte del tiempo en la cocina abierta al salón. Por mi parte, convertí la terraza porticada, aislada del resto de la casa y cerrada al exterior (cuatro pisos más abajo estaba la calle Marqués del Arco, azotada siempre por un viento infatigable) en mi «santuario»: el lugar donde escribía y donde grababa mis pódcast.

A mi suegro se lo consideraba un pilar de la sociedad segoviana. No era un rico de la lista Forbes, pero tenía un patrimonio que, en resumen, podría describirse como extenso y diverso. Digamos que atesoraba el suficiente número de casas, terrenos, negocios e inversiones como para que nadie se preguntara ya la procedencia de todo aquello ni cuánto poder suponía, ni siquiera Eulalia: para ella, el dinero simplemente estaba ahí, y lo utilizaba sin estridencias, con la normalidad de quien nunca ha tenido que preocuparse por eso.

Recuerdo que mi suegro me pidió que le hablara de tú desde el primer día («Llámame Luciano, por favor») mientras aprisionaba mi mano enclenque entre sus potentes pinzas (cuya fuerza, por cierto, no tenía relación alguna con el trabajo manual). Recuerdo también que me observaba de arriba abajo con una mirada intimidante, aunque sin hostilidad, y que yo intenté desde aquel mismo instante asomarme mínimamente a su indescifrable interior. Por fuera, era alto y robusto, pero también elegante; tenía un pelo insólitamente espeso y una tez sonrosada que no parecían corresponder a su edad y, tan vital y expansivo, dejaba poco espacio a quien estuviera a su lado.

No me costó mucho enterarme, por aquí y por allá, de que era arrendador de tierras y gestor inmobiliario sin agencia además de inversor de insólita sagacidad (hacía negocios con sus iguales en Segovia o Valladolid, su ciudad de origen, pero tenía la gracia de esquivar proyectos que después zozobraban). Al parecer, una de sus jugadas maestras consistió en quedarse fuera del consorcio empresarial que asumió la construcción inacabada del Círculo de las Artes y la Tecnología, un mamotreto de uso público situado cerca de la estación del AVE. Eso demostró su calculada distancia con los poderes públicos. Él estaba allí antes y permanecería después de que las autoridades actuales se hubieran marchado para dejar su sitio a otras. Se le podía ver en este acto o en aquel, al lado de la alcaldesa socialista o del presidente de la Diputación, del PP, pero no se casaba con ningún partido. Más tarde averigüé que tenía amistad con ciertos políticos, pero de esos que están más allá de la coyuntura y los cargos, una esfera accesible tan solo a unos pocos.

Pese a que no era un hombre con intereses artísticos (lo suyo era la acción), asistía lo mismo a un concierto de la Filarmónica de Castilla y León que a un acto de la Real Academia de San Quirce. Apoyaba todo tipo de iniciativas y repartía hábilmente su dinero para tener contentos a todos, pero sin llamar la atención, de modo que nadie pudiera saber realmente hasta dónde llegaban los fondos y hasta dónde el mito.

Poco antes de que el Instituto de Empresa decidiera instalar en Segovia su segunda sede universitaria en España, mi suegro, siempre bien informado, compró, reformó y puso en alquiler un número indefinido de apartamentos dentro y fuera del casco antiguo. Así, cuando llegaron a la ciudad varios miles de estudiantes de todo el mundo con recursos suficientes para pagarse una educación de élite, él ya estaba listo para recibirlos.

Entre esos apartamentos estaba el piso que nos dio cuando nos casamos (pese a que estoy seguro de que no me cree digno de su hija y jamás me ha prestado más de unos pocos minutos de su atención) y en ese piso, mi despacho, que, por tanto, también debo agradecerle a mi suegro.

Es pequeño y no me ha costado llenarlo de cosas que mantengo ordenadas obsesivamente. En una esquina de la gran mesa bajo la ventana crece una pila de libretas Moleskine granates cosidas y pautadas, todas iguales, pero cada una con un fin específico: guiones del pódcast, apuntes sobre casos, esbozos de artículos… En otra esquina cuelga de un soporte rotativo y flexible un micrófono TC Helion, justo encima de una pequeña mesa de mezclas (no hace falta nada más para grabar un pódcast).

Un bote metálico alberga una colección de bolis de tinta negra, recargables y borrables, que pasaron a sustituir a las estilográficas Parker con mis iniciales grabadas cuando perdí la tercera. Eulalia se limitó a dejar de regalármelas y yo capté la indirecta; desde entonces solo uso esos bolis y lápices de madera con goma (no sé qué puede decir de mí el hecho de que todo mi material para escribir lleve incorporado el de borrar). Como ir por la calle con aquellas Moleskine enormes era ridículo, empecé a comprar cajas de

pequeños blocs con espiral y tapas de diferentes colores, ideales para llevar en el bolsillo de la chaqueta y con hojas cuadriculadas para mantener ocupadas las manos en garabatos y dibujos imposibles mientras hacía llamadas o esperaba en sede judicial. Confieso que hay algo de misticismo periodístico en todo aquello, así como en mi empeño de huir de las pantallas y apuntar y esquematizar a mano y sobre papel. Como buen obsesivo, además, me gusta anotar una y otra vez ciertas ideas y borrar a conciencia cualquier error. Cuando las hojas se terminan, devuelvo el bloc a la caja con la fecha de uso apuntada en la esquina inferior derecha para distinguirlo de los que todavía están por estrenar.

En la pared de la derecha, según se entra en el despacho, está la «estantería de los horrores», como suele llamarla Eulalia, donde guardo mis true crime preferidos. Allí, *Zodiac* de Robert Graysmith, el misterio sin resolver por excelencia; *Le bûcher des innocents*, el mejor relato del caso Grégory Villemin, uno de los más apasionantes de la historia, y *Le pullover rouge*, el drama del último hombre ejecutado en Francia, un inocente metido en una trampa que no supo entender, un libro contado con la rabia y la prosa propias de una gran obra literaria, comparten lugar privilegiado con las obras de David Grann, un superdotado del periodismo de gran formato. Y coronándolo todo, un póster de Alain Delon en *Le Samouraï*, con su impecable gabardina gris azulada a juego con sus ojos, el sombrero algo ladeado y esa mirada de hombre que está por encima de todo y de todos.

La otra pared frontal estuvo durante meses invadida por fotografías del crimen de Hontoria, imágenes intrascendentes desde el punto de vista de la verdad, o de la búsqueda de la verdad, puesto que no mostraban nada que no estuviera descrito en los atestados policiales. Pero atesoré otras instantáneas de la familia Vila Martín, mucho más reveladoras, y en un momento dado de la investigación puse una muy especial en el centro con la idea de verla con solo levantar la mirada para no permitirme perder cierto vínculo emocional con las víctimas. En ella se ve a Consuelo, Jaime, Sergio y Joaquín ante el altar de la iglesia de Hontoria. Es el día de la primera

comunión de Jaime. Él lleva un áspero traje azul marino que le queda evidentemente grande y está de pie muy cerca de su madre, aunque sin tocarla. A su lado, Sergio, con pantalón corto blanco, chaqueta de punto, una corbata absurda y zapatos de bebé, da la mano a su padre. Consuelo y Joaquín visten como lo han hecho siempre la mitad de los españoles cuando creen que se arreglan, aunque el pelo crespo de ambos, la postura incómoda frente a la cámara y las toscas manos delatan su origen. Hay quien ha querido ver en esa fotografía un presagio, una imagen terrible que escondía las claves de un desastre futuro (la mirada vacía de Jaime, su gesto incómodo ante la cercanía de su madre…). Todólogos y supuestos expertos televisivos se lo pasaron en grande cuando se filtró con la Operación San Frutos todavía en boga. A mí no me emocionaba: me interesaba la verdad, no la justicia, ni mucho menos la redención de esa familia; quizá por eso no podía dejar de mirarla.

—¿Quién son? —me preguntó Gabriela un día, señalando la foto y devolviéndome a la tierra. Había entrado en el despacho en silencio y estaba mirando a la familia Vila Martín con la curiosidad inigualable de una niña de tres años. Eulalia llegó al rescate, la distrajo con un libro de pintar y unos rotuladores y así me ahorró una respuesta que no tenía.

Después de que Gabriela preguntara por aquella imagen, y ante el silencioso reproche de Eulalia, eliminé cualquier rastro del caso de las paredes del despacho y lo guardé todo en una carpeta a la que aún hoy vuelvo a menudo. Ahí sigue la foto de la discordia, claro, con muchas de la casa de los Vila Martín el 8 de agosto de 2016 y después, ya sin rastro del crimen; de Jaime en el entierro de su familia y más tarde, solo en el campo, o con su tía Ramona, morena y guapa, de luto; también alguna de la caseta de Juarrillos, del bar Rogelio y el Javi, tan cerca que ni siquiera se hacen competencia, y una de un prado con dos vacas aleladas y tres naves del polígono al fondo para no olvidarme de cómo es en realidad Hontoria.

Entre ellas emerge una y otra vez la imagen descolorida de una familia japonesa, los Miyazawa, sentada en unas escaleras. No tiene que ver con el caso, pero de alguna manera el crimen de Hontoria

resuena en ella. Los padres, Mikio y Yasuko, posan en el escalón de arriba mientras el niño, Rei, con cara de embobado, y la niña, Niina, con gesto de disimulo, lo hacen en el inferior. Todos parecen tranquilos, en armonía. La foto está sin fechar, pero es de algún momento a mediados del año 2000, en el barrio residencial de Setagaya, en Tokio. Los miembros de aquella familia murieron en su casa el penúltimo día de ese año redondo en uno de los crímenes más desasosegantes de la historia reciente, sin móvil ni sospechosos, sin arma homicida ni apenas hipótesis, más allá de las aportadas por los miles de páginas escritas en diarios de todo el mundo, posts en redes sociales y vídeos en YouTube que cortan, pegan y centrifugan los mismos indicios y posibilidades de siempre.

Se sabe que, en poco más de dos décadas, la policía de Tokio ha procesado unas 12.500 informaciones y testimonios sobre ese misterio. Después de cortar los cables de teléfono, allanar la propiedad y matar a los Miyazawa a puñaladas, el asesino permaneció en la casa, defecó, se duchó y dejó la ropa usada en el suelo, navegó por internet con el ordenador familiar, comió algo y esperó a no sabemos qué; pese a lo cual, la policía no ha podido encontrar jamás un perfil genético coincidente en sus archivos.

Conservo esa foto porque el crimen no está resuelto, porque en un país con uno de los índices de criminalidad más bajos del mundo y el porcentaje de resolución más próximo al cien por cien, nadie ha conseguido averiguar quién o quiénes acabaron con la vida de la familia Miyazawa. Me recuerda que no siempre se llega a la verdad, que hay cosas que nunca comprenderemos, misterios que no desentrañaremos jamás.

Entre toda la parafernalia negro criminal, cubierta no pocas veces por la montaña de libros pendientes de leer que ocupa el último espacio libre de la mesa, está la carátula del CD *Rock Action* de Mogwai. Me lo compré en el Sonorama 2005, al terminar el concierto, para intentar que los miembros del grupo me lo firmaran, aunque ya lo tenía en casa y lo había escuchado un millón de veces desde que salió en 2001. Fue un gesto de mitómano, un impulso difícil de explicar si no se tiene en cuenta que eran las dos de la

madrugada, estaba borracho, aterido y medio alucinado por el espectáculo que acababa de presenciar. Pasar una noche de verano en vela para escuchar a una banda de post rock en medio del campo en Aranda de Duero es algo que solo se puede hacer de joven, pero lo cierto es que ese día unos cuantos entramos para siempre en comunión con Mogwai. Por supuesto, no conseguí el autógrafo, pero aguanté como pude hasta el amanecer, arrepentido del exceso de confianza en mis fuerzas, pasando de cualquier manera el final de una fiesta demasiado larga. Nunca supe en qué momento perdí el CD y me quedé solo con la carátula, que guardo convencido de haber vivido un momento único. A veces todavía sonrío al encontrármela por ahí.

Así es mi cueva del tesoro, el lugar en el que empezó todo. Allí, en mi silla de *gamer*, aislado del resto de la casa por una puerta corredera de cristal con cámara, mirando las gárgolas de la catedral mientras las dos mujeres de mi vida dormían ajenas a todo, grabé mi primer pequeño éxito sobre el crimen de Hontoria, el primer eslabón de una cadena de la que no me iba a librar fácilmente y también la primera piedra en el camino de quienes querían cerrar el caso en falso.

PÍLDORAS CRIMINALES

El fruto envenenado

BUENAS tardes, días o, más probablemente, noches a todos los oyentes de *Píldoras criminales*, una comunidad que crece por momentos y que, a partir de las revelaciones que os traigo hoy, sin duda reunirá a muchos más amantes de la aproximación cultural y periodística, no tendenciosa ni macabra, al misterio, al lado incomprensible de los crímenes. A quienes me han preguntado si son así de breves todos los programas debo responderles que sí, que casi siempre han sido y serán espacios de pocos minutos, pero llenos de preguntas, ritmo y misterio.

Soy Jean Ezequiel y os traigo una novedad que va a poner del revés el triple crimen de Hontoria, pero, antes de seguir, dejadme que ceda un momento el protagonismo a la música que ha estado de fondo, ni más ni menos que *Two Rights Make One Wrong* de Mogwai, estos señores escoceses oscuros, tristes y con temas esencialmente instrumentales; la única banda que suena en este espacio, como ya saben los habituales.

Antes de nada quiero deciros que los datos que voy a presentaros surgen de una investigación periodística propia tras once meses sin saber quién mató a la familia Vila Martín. Olvidaos de teorías de la conspiración y de disparos al azar, lo que tengo hoy para vosotros es algo que he obtenido de mis propias fuentes: este pódcast no se hace eco de rumores ni de información no contrastada.

A quienes no estén al tanto del caso o vivan a miles de kilómetros de España, les pongo al día rápidamente, aunque si alguno quiere información más detallada puede escuchar el especial que le dediqué en el capítulo tres de la temporada pasada.

El 6 de agosto de 2016, Joaquín, Consuelo y Sergio, el hijo de ambos, murieron apuñalados en su casa de Hontoria, un pequeño pueblo a pocos kilómetros de Segovia. La brutalidad del crimen y el hecho de que no hubiera ningún motivo evidente desconcertó desde el primer momento a los investigadores. Jaime, el hijo mayor, fue detenido meses después y exonerado. La investigación se cerró por falta de pruebas concluyentes… al menos según la versión oficial, porque ahora sabemos que en realidad no fue así.

Si os hablo de la «doctrina del fruto del árbol envenenado», ¿en qué pensáis? No, no vamos a ponernos religiosos ahora: olvidaos de Adán y Eva, aunque no está tan lejos de aquello del pecado original que todo lo ensucia. Se trata de una jurisprudencia fijada en Estados Unidos en la década de los veinte del siglo pasado a partir del caso Silverthorne Lumber Company, un asunto con doscientos cincuenta dólares y una pena de cárcel de por medio. Fue la primera vez que el Tribunal Supremo de ese país estableció que las pruebas contra un sospechoso no se podían conseguir de cualquier manera, conculcando los derechos fundamentales de un individuo.

«¿Y qué tiene que ver esta doctrina, establecida hace casi un siglo, con un crimen en un pequeño pueblo de Castilla?», os estaréis preguntando. «¿Se va a poner a darnos una clase de derecho?», os estaréis temiendo. No os preocupéis. El asunto es sencillo: resulta que esa doctrina también se aplica en España desde 1984, a partir una sentencia del Tribunal Constitucional, y en los registros realizados en las propiedades de Jaime Vila dentro del marco de la Operación San Frutos, a finales de la primavera pasada, alguien se extralimitó y buscó en lugares que no estaban incluidos dentro de la orden del juez, por ejemplo en una moto aparcada fuera de la finca de los Vila Martín, donde encontró un colgante que Consuelo, la madre asesinada, siempre llevaba al cuello, y que, desde ese momento, quedó anulado como prueba. Pero es que además intentó

plantarlo en una caseta que frecuentaba Jaime, y que la policía sí tenía autorizado registrar, con lo cual invalidó todo el registro y lo que en él se consiguiera.

Así pues, la mala actuación de un agente dio al traste con el trabajo de todo el equipo liderado por Silvia Galán. Esto me lo contó alguien que participó en el registro pero que no ha querido desvelar su nombre, aunque ya habrá quienes estén sacando sus conclusiones.

Cuando lo supo Galán, joven y prestigiosa inspectora, quiso depurar responsabilidades, reconocer el error, aun a costa de su prestigio, y usar la fuerza de esa prueba, aunque no se pudiera llevar ante el juez, para conseguir que el culpable confesara. Una apuesta tan arriesgada y valiente como la propia Galán, según me cuentan mis fuentes. Nunca sabremos hasta dónde podría haber llegado porque la fiscalía decidió aprovechar para cerrar el asunto y tapar los errores. Fijaos cómo se recreaba la fiscal Piñero en Radio Segovia: «Todos queremos resolver el caso, pero necesitamos pruebas concluyentes y, a pesar del esfuerzo de todos, no vemos la luz por ningún lado. La policía ha actuado con diligencia, pero no tiene sentido continuar la investigación en estos términos.» Un momento: ¿«diligencia»? Esa no parece la mejor palabra para definir lo que ocurrió en aquel registro. Por cierto, todos mis intentos por ponerme en contacto con la fiscal han fracasado, pero ya sabe, señora Piñero: aquí nos tiene para aclarar lo que sea necesario.

Pero, más allá del interés que pudiera tenerse en cerrar la investigación, ¿no apuntaba esa prueba invalidada ni siquiera a la posible existencia de otras que señalaran claramente a Jaime, no apuntalaba otras que ya existían, como el ADN encontrado en el cuerpo de Consuelo? Es lícito pensar que el hecho de que Jaime la tuviera en su poder no implica que fuera culpable, que pudo haberla encontrado mucho después del crimen, en algún lugar recóndito de la casa, o que su propia madre pudo habérsela regalado con motivo de su ingreso en el Seminario, pero ¿por qué no se le pidió jamás que lo aclarara? Jaime no se refirió al colgante en ninguna de sus diversas y hasta fantasiosas declaraciones ante la policía y los

medios. Así que, quizá, nunca sabremos lo que realmente pasó en aquella casa.

De todas formas, creo que la información que os he ofrecido hoy en *Píldoras criminales* es suficiente para que, lejos de permitir que aquel crimen caiga en el olvido, alguien vuelva a mostrar interés en resolverlo.

Si queréis saber más detalles sobre el triple asesinato de Hontoria y conocer otros hitos de la historia criminal, seréis siempre bienvenidos. Contad con que leeré atentamente vuestras sugerencias y vuestras críticas en Twitter, Facebook e Instagram. Ah, y por favor, compartid y puntuad alto este espacio. Ya sabéis: cuantos más seamos, menos posibilidades habrá de que la verdad siga oculta.

Por mi parte, seguiré preguntando porque esa es la esencia de la verdadera investigación.

Os dejo con la música que Mogwai compuso para la serie *Les Revenants*: puro misterio.

Gracias por estar ahí, y hasta muy pronto.

Capítulo 7

EL ÉXITO de ese capítulo del pódcast me sorprendió: se situó en pocas horas como el más descargado y mejor valorado en la categoría de true crime de iTunes y Ivoox, y entre los cincuenta primeros de la clasificación general de Spotify. Sin embargo, nadie relacionado con la investigación se pronunció. Me aburrí de mirar el teléfono esperando una llamada que pudiera abrir nuevas puertas. De entrada lo atribuí a que estábamos a principios de agosto, con medio país de vacaciones; luego me fui convenciendo de que en realidad hacía falta mucho más, y de que me encontraba al inicio del camino.

En una redacción casi vacía durante aquellas mañanas veraniegas en las que cubría cualquier hueco, recibí algunas felicitaciones de conocidos que habían escuchado el pódcast y una llamada, no por esperada menos incómoda, de Juan Gómez.

—Ezequiel, en cinco minutos nos vemos abajo y te comento unas cuantas cosas mientras me fumo un piti, ¿estamos?

—Allí nos vemos —contesté algo nervioso mientras me levantaba para cruzar la sala y bajar al aparcamiento al aire libre.

La sede del periódico es un lugar con trampa: reformada a todo trapo en tiempos de bonanza, la zona central luce bien, está limpia e iluminada, con mucho más espacio del necesario para los periodistas que nos hemos ido quedando tras los sucesivos recortes de plantilla.

Pero, si se prescinde de los ascensores y se baja la barra de la puerta antipánico que da acceso a las escaleras, se ve que a esa zona no llegó el presupuesto, o que este acabó en el bolsillo equivocado: la mugre ha cubierto de gris el beige original de la pared a todo lo largo de la penumbrosa escalera de escalones combados. Nadie bajaba por ahí y quizá por eso me gustaba. Elegí esa ruta para ir al encuentro de Juan, quien, ansioso por fumar, se presentó incluso antes de los cinco minutos establecidos.

—Esto de quedar al sol se va a convertir en un clásico, ¿no podíamos hablar en tu despacho con el aire acondicionado encendido? —le solté con una leve sonrisa para no convertir la pregunta en un reproche insolente.

—Yo también estoy encantado de verte, Ezequiel. Como bien sabes, en mi despacho no se puede fumar y yo soy un pobre adicto, así que deja de quejarte y atiende. Estuviste muy bien con lo del árbol envenenado y toda esa movida.

—¿Quieres publicarlo?

—Tampoco te pases. No vamos a ir ahora detrás de un pódcast, ¿cómo quedaríamos?

—Pero dijiste…

—Ni dijiste ni leches —me cortó rápidamente—. Me gustaría que hicieras unas cuantas llamadas a ver si podemos rascar más y publicar algo coincidiendo con el primer aniversario de los asesinatos; llamadas que no serán agradables pero sí necesarias.

—Estupendo.

—Pues venga, ya te puedes ir y así dejas de sufrir. Qué mal se te da disimular, joder.

—Venga, Juan. Mil gracias —dije ya a medio camino de la puerta, de la sombra, del aire sin humo.

Las llamadas fueron un fracaso: solo pude hablar de verdad con uno de los contactos que me proporcionó Juan, pero incluso ese se limitó a justificar su silencio y a pedirme que no insistiera. Estaba otra vez atascado; no había sido capaz de hallar nada que pudiera salir en el periódico y la oportunidad de dar el salto definitivo en mi carrera con el aniversario de los crímenes como excusa se evaporó.

Tras dos jornadas agotadoras asumiendo el peso de editar todas las piezas de la sección (fundamentalmente sobre la resaca del caso Gürtel), el jefe me obligó a tomarme el viernes libre y yo aproveché para ir a comer con Eulalia en La Concepción, uno de los restaurantes más emblemáticos y caros de Segovia. Nos sentamos a una mesa a la sombra, bajo el gran toldo que cuelga de los soportales de la plaza, un sitio reservado a última hora gracias a mi amistad con Julio, uno de los cuatro dueños del lugar y el amo y señor de la terraza. Era el momento ideal para distraerme un poco, así que lo aproveché tanto como pude pese al humo de los fumadores y a las conversaciones a gritos de los turistas y los jóvenes alumnos del Instituto de Empresa.

Dos horas más tarde, mientras completábamos los cien metros escasos que separan el restaurante de casa con varias cervezas y una copa de Contrabandista a cuestas, me puse taciturno. Se suponía que íbamos a dormir una siesta antes de que yo tuviera que ir a recoger a nuestra hija a la escuela, pero Eulalia, que me conoce bien, me acompañó hasta el despacho y me dejó ahí, repasando notas y buscando resquicios que me permitieran seguir adelante con el crimen de Hontoria.

Mi madre me quiere, pero no me soporta: no le gusta nada el hombre en el que se ha convertido su hijo. No le caigo bien y ella a mí tampoco, aunque lo llevemos con elegancia casi siempre. En eso pensaba mientras me acercaba a casa de mis padres para la acostumbrada comida de los sábados. Eulalia tenía guardia en el hospital y Gabriela estaba con mis suegros, algo que ocurría a menudo y que mi madre veía con suspicacia, aunque no dijera nada.

Entré por la puerta de atrás de la finca, directo al jardín y la pequeña huerta, donde estaba seguro de que encontraría a mi padre, volcado en la pasión que ocupaba la mayor parte de su tiempo de jubilado. Por el camino me hice con un cubo, hielos y unos tercios de Alhambra Especial, la única que él tomaba.

—¡Comemos a las dos, no os paséis con la bebida! ¡Y dile a tu padre que se duche y se cambie antes de sentarse a la mesa! —gritó mi madre por toda bienvenida.

Quedarme en la sombra a hablar con él y tomar algo se ha convertido en una agradable costumbre. Su forma de ver la vida y de entender el trabajo, desprovista de cualquier idealismo, me sirven para volver a posar los pies en la tierra. «Siempre se me hace muy corto», estaba pensando cuando nos dirigimos al interior.

Mi madre proviene de una clase media asentada que intentó sin éxito subir al escalón siguiente, pero tiene costumbres y maneras de falsa noble. Para ella, el protocolo es religión, así que cada sábado procura poner la mesa como si estuviésemos en el palacio de Buckingham. Pero cocina muy bien y a mí me encanta comer, así que hace años que he decidido pasar por alto sus manías. Eso sí, pese a su rigidez de maneras, cualquier frase que no le guste puede ser motivo de discusión, sobre todo si no le ha ido bien en su último negocio, o con sus amigas del Casino.

Aquel día, noté desde los entrantes que se avecinaba la guerra.

—Pues ayer fui a casa de la Conchi. Fijaos, la pobre, tan sola —dijo—. Pero igualmente qué suerte: mirad qué bien le salieron las hijas, las dos estudiando fuera, una en Navarra y la otra en Inglaterra.

—Indirecta captada, mamá. Gracias.

—De indirecta nada, hijo. Venga, cariño, dile algo tú también; no te quedes ahí como si te diera igual —contraatacó mi madre sin miedo de abrir un segundo frente.

—Deja al chico en paz, anda —respondió mi padre aburrido. No entendía por qué me gustaba tanto el periodismo, por qué había abandonado Derecho o al menos no me había dedicado a algo práctico, como él, que construía casas y ganaba dinero; sin embargo respetaba mi decisión y, como demostraría poco después, no dejaba de apoyarme.

—Que le deje, dices. ¡Bastante le hemos dejado ya!

—¿Por qué no aflojas un poco, mamá? Puede que no te guste, pero estoy tratando de hacer algo importante.

—No te hagas la víctima. No está mal que, por una vez, alguien en esta casa te diga las cosas como son.

—Algún día comprenderás por qué hago esto —repuse con ganas de zanjar el asunto.

—A lo mejor, pero entonces ya no tendrá ninguna importancia —replicó ella, experta en decir la última palabra. Fue una victoria pírrica que dio paso a un silencio denso durante el resto de la comida.

Después de los postres, mi padre me invitó a volver a la sombra del jardín y rematar la jornada con un Laphroaig Triple Wood sin hielo, solo con unas gotas de agua mineral para liberar el aroma a turba. Era a finales de agosto y el calor no había cedido un milímetro, pero preferí no decir nada que pudiera estropear el momento. Allí sentados, con aquellos ridículos sombreros de jardinero calados para protegernos del sol que se colaba entre el follaje y nuestros vasos anchos en la mano, dejamos pasar el tiempo sin hablar apenas, quizá no felices, pero sí tranquilos.

—No tengas en cuenta lo que dice tu madre, sabes que estamos contigo —dijo de pronto, su primera frase en más de media hora.

—Supongo, pero mira que es complicada.

—Bueno, ya la conoces. Siempre la ha puesto nerviosa todo eso de los crímenes.

—Sabes que no es solo eso.

—Oye, ¿cómo va tu investigación?

Mi padre sabía ser franco y directo, pero había aprendido con mi madre el arte de esquivar los asuntos espinosos con un giro radical de la conversación.

—¿La de Hontoria?

—Claro, cuál va a ser. Aquí tu señor padre ha aprendido a ponerse el pódcast, aunque se me hace raro escucharte ahí, la verdad.

—Bueno, ya ves. Creo que no se me da del todo mal, pero avanzo poco o nada. Di el golpe con aquello de las pruebas invalidadas, aunque luego todo ha vuelto a pararse.

—Pues no lo conviertas en una cruzada…

—No creo que haya llegado a tanto.

—Igual no, pero te conozco. Dale duro y gánate un sitio, no hagas tonterías en el periódico, que al final es el que te paga el sueldo, y ten cuidado.

—Si no lo dices revientas, ¿eh? ¿Ha sido ella quien te ha mandado leerme la cartilla?

—No seas capullo; soy tu padre, me preocupo.

—Vale, vale.

—Por cierto, resulta que el tío que tiene el abono justo al lado del mío en el fútbol es un policía nacional retirado, Mariano Larrea. Fue él quien me dijo lo del pódcast: es un loco de esas cosas truculentas desde que se jubiló.

—Y tú aquí dándoles a los pepinos y los tomates —respondí con una sonrisa.

—Ya te vale. Vacílame, pero luego no dices nada cuando te los zampas —repuso riendo con ganas; suelto, ligero y disfrutón como le gustaba ser—. Bueno, a lo que iba. Que el tal Mariano te quiere conocer, hablar contigo, intercambiar impresiones sobre el caso.

—¿Y tengo que llamarlo? No sé, está retirado. Fue policía en Segovia, pero esto lo han llevado los de la UDEV y sobre todo la gente de Madrid: otro mundo.

—Mira que eres… Haz lo que quieras. Pensaba que igual te venía bien hablar tranquilamente con alguien que sabe de ese y otros muchos casos.

—Bueno, ya veré. Gracias, papá —contesté antes de dejar que el sol nos adormilara un poco en aquel banco, de nuevo en silencio.

Capítulo 8

SEGOVIA es una ciudad tranquila, no es solo un latiguillo usado por sus habitantes para defenderse de la gente de una capital indeseablemente cercana para muchos: la muerte de los Vila Martín era el primer homicidio en la provincia en más de dos años, y el primer crimen múltiple en más de dos décadas.

El principio de septiembre trajo días de verano apabullantes, remate de tres meses de calor y cambio climático en directo. Mi investigación de los asesinatos seguía en punto muerto y yo no rascaba nada nuevo ni publicable. Me había entretenido unos días con casos antiguos sin resolver para preparar el siguiente programa de *Píldoras criminales*, pero lo de Hontoria era como una piedrecilla en el zapato. Sin alternativas para seguir adelante, dos semanas después de la conversación con mi padre llamé a Mariano Larrea. Sentía curiosidad por aquel tipo que, por lo visto, tras una vida anodina de policía de provincias, se había convertido en un adicto a los crímenes más siniestros.

Seco y correcto, Mariano me invitó a comer en su casa en cuanto intercambié cuatro palabras por teléfono con él. No me dio muchas opciones. Vivía en un piso de la calle Víctor Sanz Gómez, un enclave de clase media baja situado frente a los restos abandonados de la antigua estación de ferrocarril. En el camino recorrí calles estrechas y mal asfaltadas llenas de coches aparcados de cualquier manera; se

oían los televisores a tope y el retumbar rítmico del reguetón maltrataba las paredes; las fachadas estaban adornadas con manteles, sujetadores y fajas beige talla XL puestas a secar. El portal de Mariano, sin embargo, parecía limpio y digno. Me abrió la puerta su mujer, ataviada con un delantal en el que se secó o se limpió las manos antes de agarrarme por los hombros para eliminar la diferencia de altura y plantarme dos sonoros besos.

—Espero que te guste el cordero —me lanzó mientras me repasaba de arriba abajo sin disimular su extrañeza cuando se fijó en la pajarita—. Pasa, mi marido está en la habitación del fondo.

Mariano salió a mi encuentro en medio de un pasillo sin luz, me dio la mano y una sonora palmada en la espalda y me guio a su «guarida», un rincón bien ordenado y con ventana a un patio interior. En ese pequeño espacio había un sillón de orejas, dos sillas plegables, una mesa atestada de papeles dispuestos en pilas y una estantería de metal, más propia de un garaje o un almacén, donde se acumulaban algunos libros y muchos archivadores y fundas de CD y DVD. El clásico póster de Clint Eastwood en *Harry el sucio* rompía la desnudez de las paredes, de un color crema desgastado. Olía a algo que no conseguí definir. No había rastro alguno de sus treinta y cinco años como policía.

—Sí, lo sé: no encontrarás ni una placa ni una foto de promoción, nada. Algún día te explicaré por qué —soltó dando buena muestra de su capacidad para leer rostros.

A sus sesenta y cuatro años, estaba algo encorvado, pero su delgadez, sus ojos verdes algo vidriosos y el buen pelo que conservaba lo hacían parecer más joven. Enseguida me explicó cómo había dado con mi pódcast en una de sus batidas regulares por Google en busca de información sobre crímenes. Me reprochó el tono, que consideraba «de flipado» y me preguntó cómo me iba en el periódico. Luego, cuando la conversación giró hacia el crimen de Hontoria, no tardé en darme cuenta de que lo controlaba perfectamente.

En toda su carrera de aburridos patrullajes por la calle Real, o en otros enclaves para interceder en peleas barriobajeras o luchar

contra el menudeo de drogas, Mariano nunca tuvo un verdadero caso en sus manos, ni vio acción real y, para colmo, como supe después, un incidente desafortunado le obligó a marcharse por la puerta de atrás. Era un hombre con una vocación frustrada que había tenido una carrera anodina y finalmente malograda, aunque eso es otra historia.

Hasta que hablé con él en aquella apacible tarde, yo creía que sabía mucho sobre el caso, que había absorbido todo lo escrito, que era casi una autoridad en la materia, pero Mariano no solo había leído mucho, sino que había tenido acceso a ciertos informes policiales filtrados por algún amigo de los que aún le quedaban en el cuerpo, se había pateado Hontoria de arriba abajo, había bebido carajillos con los vecinos de la familia en el bar del pueblo y había hecho el trabajo de campo que no había tenido ocasión de hacer como policía. Y todo para llegar, al igual que yo, a ninguna parte.

—Es todo tan raro, tan macabro, tan inexplicable —me resumió en un momento de la conversación, avanzada la tarde, tras un resoplido—. Cuando atraparon al chico me dije: «Ya está, Mariano, ya lo tienen», aunque también me apenaba la situación de aquel joven: no se me ocurre nada peor que te culpen de matar a un miembro de tu familia siendo inocente.

—¿Como los padres de Madeleine McCann? —le pregunté.

—No, qué va: esos nunca han sido condenados por nada.

Caía la tarde. Habíamos sobrevivido a la digestión del cordero con patatas y estábamos tomando un café y una copa en El Caballo Blanco, el típico bar de barrio en el que nos habíamos refugiado del calor de aquella casa asfixiante. Mariano llevó la conversación hacia un tema recurrente: el magnetismo de los crímenes sin resolver y sus implicaciones morales, sobre todo cuando hay familiares en la lista de sospechosos.

—Los casos evidentes son los peores. Quiero decir, se resuelven pronto y eso está bien, pero a los verdaderos aficionados nos enseñan muy poco. Mira, por ejemplo, el de aquel pobre tipo que mató a su padre clavándole un pico de construcción en la cabeza en San Cristóbal de la Vega, allí donde Cristo perdió el mechero.

—¡Uf! —me limité a decir.

—No es que me tocara investigarlo ni nada de eso: ya sabes que los pueblos son de la Guardia Civil. Pero ahí tuvieron muy poco trabajo. Impactó mucho porque era el primer homicidio en años en la provincia, fíjate tú, pero no había nada que rascar: el hombre estaba mal de la cabeza, fin del asunto.

Según avanzaba la tarde fuimos pidiendo más sol y sombra, una mezcla de anís y coñac a partes iguales que te altera primero para luego envolverte en una ligera bruma mental cuando ya tienes dos o tres de esos «chismes», como los llamaba Mariano, entre pecho y espalda.

—¿Te suena el nombre de Dan Rassier? —me soltó de repente.

—No sé quién es. ¿Estamos jugando a las adivinanzas?

—Algo así. ¿No te suena?

—Que no.

—¿Seguro?

—Venga, ¿quién es?

—Otro falso culpable que me sirve para probar mi teoría del sheriff.

—A ver.

—Dan Rassier era un profesor de música en un pueblo perdido de Minnesota que tuvo la mala suerte de vivir cerca de donde desapareció Jacob Wetterling en 1989.

—El niño cuya desaparición inició la costumbre de poner en los cartones de leche retratos de menores extraviados.

—El mismo.

—Bien, ¿y qué tiene que ver con todo esto?

—Pues que años después de que la desaparición del chaval se convirtiera en un caso célebre en Estados Unidos y el resto del mundo, el sheriff del pueblo declaró a Rassier *person of interest*; ya sabes, algo así como un sospechoso, y la policía allanó su vivienda sin la orden de un juez. Qué digo, sin el menor indicio de que estuviera relacionado con los hechos. Y no solo lo maltrató, sino que en pocas palabras le arruinó la vida. Su padre murió meses después

de un ataque al corazón provocado por el estrés. Aquella era la forma habitual de trabajar del sheriff y sus agentes: torpe y descuidada. Nunca fueron capaces de resolver aquel caso, ni más del ochenta por ciento de los que cayeron en sus manos. Pero el sheriff se mantuvo en el cargo, votado por los ciudadanos del condado durante más de dos décadas. Nadie lo criticó: los ciudadanos lo apoyaban cada cuatro años y punto.

—¿Qué intentas decirme?

—Pues eso, que la gente quiere que la dejen en paz, elegir al mediocre si es posible, y que decidan y paguen otros. Las sociedades son imperfectas y quienes cobran por protegerlas a veces se relajan, se corrompen o simplemente no valen para el puesto, pero de ahí a que haya algo más…

Volvimos a hablar de los condenados que claman su inocencia, víctimas primero del odio asesino contra sus familias y, más tarde, del odio social; hombres como Todd Willingham o Jeffrey MacDonald, nombres y vidas completamente ajenos a aquel bar en pleno barrio segoviano del Cristo del Mercado.

—¿Te parece que este asunto de Hontoria y Jaime Vila podría haberse convertido en otro caso en el que se condena injustamente a una víctima? —le pregunté.

—No estoy seguro, pero quién sabe. A lo mejor tienes razón en que había un gran interés en cerrar el caso y el tal Jaime es otro culpable que se va de rositas.

Volví achispado en el autobús urbano que me dejaba en la plaza de los Huertos, muy cerca de casa. Por el camino, mientras luchaba con la modorra y pensaba en lo tarde que se había hecho, en que ya no iba a ver despierta a Gabriela y en que ni siquiera me había dado cuenta de que esa era la noche de series y pizza con Eulalia, le daba vueltas al tema y trataba de imaginar cómo llevar a efecto el único movimiento posible a esas alturas.

Estaba claro que tenía que conseguir hablar con Jaime Vila, aunque todavía no sabía cómo.

Capítulo 9

SEGÚN se acercaba el otoño de 2017 parecía que el clima nos iba a dar por fin cierto respiro. En aquellos días, me levantaba antes de que amaneciera para sentarme en mi despacho a repasar una y otra vez mis notas mientras veía el sol colorear la catedral de un naranja pálido. Era el único momento del día en que me permitía aquella debilidad; después, a primera hora de la mañana, llevaba a Gabriela al colegio dando un agradable paseo por el borde de la muralla. Luego, cerca del Acueducto, tomaba el autobús hasta la estación del AVE y me dejaba arrastrar por la rutina diaria y por la lucha para consolidarme en el trabajo. Madrid es una ciudad magnífica que te vampiriza y te roba el alma a fuerza de rutinas machaconas y desplazamientos continuos, y si trabajas allí pero vives fuera la sensación de continuo tránsito te pulveriza. La alta velocidad ferroviaria fue una gran solución para decenas de miles de personas de ese extrarradio gigante de la capital que invade otras provincias. Yo todavía no tengo claro si me hizo bien o no.

Llegaba a la estación de Chamartín todas las mañanas a las 9.30 h. Si tenía que cubrir algo, iba desde allí, a pie a los juzgados de plaza de Castilla y en tren o en metro al resto de los destinos. Si no, me iba directo a la redacción y me quedaba editando las piezas de otros y haciendo trabajo de mesa y última hora hasta las seis y media. Un periodista no es un funcionario, como se esforzaba en

recordarme mi jefe, y el horario no se cumplía siempre, por lo que a menudo terminaba metido en problemas tratando de cambiar el billete o esperando largos ratos en la estación, y llegaba a casa cuando el día ya se había consumido. Trabajar en Segovia habría sido más sencillo y barato, como me recordaba mi suegro siempre que tenía oportunidad, y yo sabía que no le faltaba razón. Sin embargo, cada vez que daba un paso en mi carrera volvía a llenarme de fuerzas para enfrentarme a aquella lógica. No sabía que, inopinadamente, ese otoño iban a cambiar muchas cosas.

Durante las primeras semanas de septiembre, antes de que mi investigación adquiriera un cariz inesperado, cubrí varias jornadas del juicio contra Bruno Hernández, *el Descuartizador de Majadahonda*, acusado de asesinar a su tía Liria y a su inquilina Adriana y descuartizarlas con una picadora industrial de carne. A pesar de que no había cadáveres, las evidencias eran aplastantes y en octubre fue condenado a veintisiete años de cárcel.

El juicio fue un pequeño circo que atrajo a no pocos periodistas y me sirvió para ganar experiencia. En su declaración, el acusado, que padecía esquizofrenia paranoide, aseguró que no recordaba nada. La defensa usó la enfermedad como argumento, pero el fiscal destruyó aquella vía con paciencia, ante un jurado popular fascinado por las pruebas que, una tras otra, acreditaban la premeditación con la que había actuado el acusado para matar a su tía y quedarse con su patrimonio. Es lo más cerca que hemos estado muchos de un juicio como los de las películas. «Se trató de actos razonados y destinados a un solo fin: hacerse con la casa de la calle Sacedilla de Majadahonda y poder vivir en ella y explotarla económicamente», concluía la sentencia. «Puede estar loco, pero no es tonto», resumió uno de los psiquiatras para regocijo de la audiencia periodística y los amantes de los titulares sensacionalistas.

Ante los escasos avances de mi investigación, le pedí ayuda a mi padre, quien me aconsejó que fuera a ver a Bernardo, uno de mis ocho primos de Hontoria, que tiene mi edad. Ir hasta el pueblo natal de mi padre en coche desde Segovia es una experiencia llena de recuerdos para mí, diez minutos ideales para repasar las imágenes

de aquellas aburridas tardes de sábado que viví de niño. El taxista me llevó una lluviosa tarde de octubre por el Puente de Hierro y las casas construidas a principio de siglo que flanquean la carretera de Villacastín. Una vez más, comprobé que casi nada había cambiado: podredumbre, ropa tendida y una sensación general de descuido y envejecimiento prematuro de fachadas y rostros. Dejamos atrás las fábricas de plásticos abandonadas, algún olmo muerto y seco y las vacas de mirada anonadada antes de llegar al puente viejo que cruza la vía del tren y da a la parte antigua del pueblo. Ahí también todo estaba más o menos como lo recordaba, o quizá como quería recordarlo. Era menos rural, sin duda, más barrio de las afueras de una ciudad de provincias, con sus bloques de cuatro pisos aplastados unos contra otros en calles estrechas, pero ahí debían de seguir el bar Javi, el bar Rogelio, la Despensa de la Feli y la iglesia a la que tantas veces habían acudido Joaquín y Consuelo con sus hijos Jaime y Sergio, el templo de un pueblo que vivía con lo justo, un edificio sobrio de paredes encaladas, escasa luz y algunos adornos horteras.

El taxi me dejó en la plaza de la Constitución, justo al lado de los dos bares del pueblo. Antes de la cita, me acerqué a la casa de don Miguel, el cura, pero no había nadie. Durante las últimas semanas había intentado contactar con él, tan próximo a los Vila Martín, parte esencial de la vida de una familia de pueblo aferrada a las creencias y ritos católicos, pero siempre me saltaba el contestador y al final desistí. Ante aquel coqueto chalet, sin embargo, me prometí que en algún momento iría a buscarlo y a preguntarle por detalles que solo él sabría sobre las semanas posteriores al asesinato, por Jaime y sus reacciones más íntimas en aquellos días de zozobra. Él había estado cerca, muy cerca, y merecía la pena probar.

Había quedado con Bernardo en el bar Javi, con su barra de madera y ladrillo en L, su suelo sufrido con restos de serrín, su cartel de whisky DYC, su dispensador de chuches y sus mesas listas para las partidas de mus. Al fondo, al lado de las dos tragaperras, sendos reservados con capitoné en polipiel daban al conjunto un aspecto extraño. Al llegar, tuve que aguantar las miradas de los

parroquianos, porque si hay algo que sabe todo el mundo en un lugar tan pequeño como Hontoria es quién no forma parte de la tribu.

Momentos después de sentarme en uno de los reservados, un tipo en una de las mesas gritó: «Bernardo, *cagonlá*, ¿no decías que no podías venir a echar la partida?», a lo que mi primo respondió con un manotazo al aire antes de dirigirse hacia mí y saludarme con una sonrisa deforme. Era un tipo extraño: su gusto por el alcohol le había deparado una nariz enrojecida y ostentosa, con algunos capilares reventados que no desentonaban en su cara algo abotargada y de ojos saltones. Pero ni ese ni otros vicios confesos le habían impedido ser el único de sus hermanos que había ido a la universidad: se había sacado la carrera de Informática sin esfuerzo y hasta con buenas notas. Quizá por eso miraba siempre con un gesto de ironía y suficiencia.

Un saludo, un apretón de manos y al grano: pura cortesía segoviana.

—Dice tu padre que te has metido en el follón de los Vila Martín —me soltó tras darle un buen trago a su tercio.

—Sí, quiero averiguar qué pasó realmente y necesito que me ayudes, aunque, para serte sincero, no sé ni cómo empezar…

—Pues espabila.

—Quisiera que me pusieras en contacto con Jaime Vila. Está claro que nadie sabe realmente lo que ocurrió aquel día, y él puede ayudar. Hay cosas que no están nada claras.

—A ver, no es que me importe, pero ¿por qué no dejáis en paz al chaval? No entiendo por qué iba a «ayudarte». Además, me sorprende que tengas el morro de pedirme algo así cuando has pasado de nosotros toda la vida. ¿No éramos unos paletos?

—Vaya, eso es ir a la cara. Pues mira, llámame interesado, pero no tenía otra forma de acercarme a él.

—¿Y yo soy tu medio? Pues lo llevas claro, majo.

—Venga, Bernardo.

—Apenas lo conozco. Ya era raro antes de que pasara todo. Si salía iba con los mayores, con el grupo de Bico y compañía, y luego

no ha dado más que bandazos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes que tras los asesinatos dejó el Seminario, volvió al pueblo, se mudó con su tía Ramona y luego a un piso, solo; se echó novia, una chica de por aquí a la que dejó enseguida, y luego otra de Madrid con la que vive ahora.

—Trabaja en lo del padre, ¿no?

—Sí, se quedó con el negocio y lo está sacando adelante con sus tíos, que ya curraban con Joaquín.

—¿Y con Ramona crees que podría hablar?

—No te lo aconsejo, primo: esa tía es un bicho y se defiende como gato panza arriba. No sé qué ocurrió cuando Jaime se fue de casa. Uno oye de todo, pero al primero que preguntó le dejó en ridículo en medio de este bar, en plenas fiestas del pueblo, delante de todo el mundo. Y es la amiga íntima de Berta Ferrer, la que era subdelegada del Gobierno cuando pasó todo. Ahora manda algo en el partido en Madrid y ella está todo el día dándoselas por eso.

—¿Cómo que «uno oye de todo»?

—Pues eso, que esto es un pueblo. Son tonterías y burradas, básicamente, pero pueden ser muy dañinas: que si ella lo tenía dominado, que si se quería quedar con la pasta que había heredado, que si se lo follaba en su propia casa…

—¡Qué dices!

—Como lo oyes. Ya sabes que estos sitios pueden estar llenos de cabrones —dijo riendo mientras se acababa el segundo tercio de un trago y alzaba la mano para pedir el siguiente—. Pero, vamos, que eso de que estaban liados es una tontería.

—¿Y la casa?

—Pues flipa. Pese a que dinero no le falta, Jaime vive allí, en el mismo sitio donde mataron a su familia. Imagínate. Aunque se pasa mucho tiempo en una caseta en las tierras de Juarrillos. Ya te decía que es raro.

—Ya. Pero la policía comprobó que él estuvo en la casa varias veces después del crimen, así que igual todo es consecuencia de una

obsesión o algo así.

—Ah, ¿sí? Pues si llegas a hablar con él no vayas por ahí porque igual consigues que te ponga la cara calentita, y no tienes pinta de poder defenderte.

—Ya, gracias.

—Y ándate con ojo por Hontoria. No te creas que somos todos unos paletos que no sabemos de nada. Puede que nadie te haya leído en el periódico, pero más de uno ha escuchado el pódcast, sobre todo desde que lo mencionaron en la tele. Y ya te digo yo que más de uno tiene sospechas de Jaime, menudos son por aquí, pero a nadie le hace gracia la imagen que das del pueblo.

A partir de ahí, Bernardo llevó la conversación por otro lado y, tras la quinta cerveza, me dijo que se iba, me dio un buen manotazo en la espalda y me dejó con la cuenta por pagar y un montón de interrogantes.

A pesar de sus advertencias, yo sabía cuáles eran los siguientes pasos: hablar con Jaime, preguntarle por todo lo que no cuadraba del caso y, de alguna manera que no me causara más problemas de la cuenta, aclarar qué pintaba Ramona en el asunto.

Capítulo 10

SIEMPRE me ha gustado pasear por San Millán, viejo arrabal a los pies de la muralla de Segovia, una transición entre dos mundos. Más de un siglo antes del crimen de Hontoria, la sociedad segoviana vivió un doble asesinato que marcó a ciudadanos y artistas y contribuyó a darle un aire misterioso al barrio que Julián María Otero describió así en su *Itinerario sentimental* de 1915: «Plazas irregulares y calles laberínticas, cuestas y escalinatas, rincones y encrucijadas. Todo desierto, todo silencioso. Huertas, siniestras como todas las huertas, que siempre guardan el secreto de un crimen.» Ya entonces se lo conocía como el Barrio de las Brujas, un sector más de una ciudad «destartalada y pobre» con una esperanza de vida de unos veintisiete años.

Los hechos ocurrieron la noche del 30 de mayo de 1892. El hacendado Alejandro Bahín y su criada fueron asesinados en la casa Ayala Berganza, la construcción más imponente en un barrio formado en su mayor parte por casitas insalubres de uno o dos pisos, amontonadas entre sí y siempre con aspecto de estar a punto de derrumbarse. Los tres perpetradores, simples ladrones capturados poco después, fueron ejecutados mediante garrote vil. Ahora aquel edificio alberga un hotel al que de vez en cuando acuden «expertos» en misterios a la caza de espíritus rebeldes y de

fenómenos inexistentes con los que llenar sus programas radiofónicos o sus pódcast y saciar el hambre de sus audiencias.

Había quedado en el bar del hotel con Rodolfa Vals, la directora de *El Ideal de Castilla*, que me había llamado la tarde anterior. Llegué pronto, me senté, pedí un café con hielo y me quedé mirando embobado la lámina que colgaba de la pared. Me pareció una idea nefasta, pero ahí estaba una reproducción a tamaño real de *Las brujas de San Millán*, el cuadro de Ignacio Zuloaga que, en 1907, terminó de condenar al barrio. La obra evoca un aquelarre supuestamente presenciado por Ramón Uranga, amigo del pintor, en el sótano de aquel casón. En el lienzo se ve a seis mujeres mayores de aspecto ciertamente siniestro que esperan no se sabe bien qué junto a unos enseres en un paisaje enturbiado. La que está sentada en el centro dirige una mirada torva al espectador. Ella y la que está de pie a la izquierda, con unos grandes anteojos de carey, habitaban mis pesadillas de pequeño. De nada me sirvió saber, años después, que las modelos del cuadro, aquellas brujas feas, eran las criadas del ceramista Daniel Zuloaga, tío del pintor.

—Menuda idea poner eso ahí, ¿eh? —me dijo Rodolfa a modo de saludo para traerme de vuelta a la tierra.

—Hola, Rodolfa, perdona, siempre me ha dado mal rollo ese cuadro —respondí con torpeza mientras me levantaba para darle la mano e intentar cogerle el abrigo.

—Deja, deja. —Me frenó con un gesto—. Gracias por venir.

—No, a ti por llamarme. No creas que me he olvidado de lo mucho que te debo, no solo por las prácticas, sino por tu cobertura del suicidio de Ana Turra.

—Anda, anda, no seas exagerado. Menuda historia aquella: fui un poco kamikaze.

—A mí me gustó, ya te digo, aunque siempre me quedé con ganas de saber más.

—Tú y todos. Bueno, casi todos. En fin, no sé si será como para darme las gracias. Por lo que veo, te estás apañando bastante bien.

—Se hace lo que se puede. Tú tampoco te quejarás.

—Pero no hemos venido aquí a hablar de mí —me lanzó en uno de esos ramalazos que sabía tan característicos de ella—. ¿Sigues detrás del caso de Hontoria?

—Claro, ¿por qué? Es verdad que hace tiempo que no avanzo, pero ahí sigo, buscando ahora la manera de hablar con Jaime.

—Pues por eso mismo. No sé si te servirá de algo, pero le he estado dando vueltas y puede que la clave se encuentre en probar si Jaime estuvo o no toda la noche en la residencia del Seminario, y si existe la posibilidad de salir de allí sin que se sepa.

—Y luego ir hasta Hontoria y volver.

—Sí, sí, pero la vuelta es otra historia: para mí, la clave está en cómo pudo escapar, si escapó, en plena noche. Después podría haber regresado a primera hora de la mañana, con el guardia de seguridad ya fuera de turno y aprovechando el trajín de los que iban a rezar, al obispado, al huerto o a donde sea, sin que nadie le hiciera mucho caso.

—No es mala idea, pero creo que eso ya lo investigó la policía y en el sumario no viene gran cosa.

—Puede que lo hayan investigado, pero lo hicieron dentro de sus márgenes. Ellos necesitan hechos, pruebas; tú eres periodista y puedes seguir una corazonada. Reproduce el itinerario más probable, consigue acceder a los datos de las cámaras, mira con otros ojos, busca. Ayer, antes de llamarte, me estaba acordando de un caso que investigué hace tiempo: una serie de robos sin importancia en el Seminario, perpetrados por un cura con deudas de juego. Te aseguro que aquello es un auténtico laberinto, un complejo que cubre varias manzanas, con entradas secretas al obispado, pasarelas al aparcamiento… y eso que en aquella época la parte que da a Grabador Espinosa todavía estaba ocupada por la antigua sede de Correos. Ahora está vacía, ¡imagínate las posibilidades!

—¿Y por qué me lo cuentas? ¿Por qué me lo regalas en vez de usarlo tú o alguno de tus redactores?

—Porque eres mi fan número uno —me respondió con cierta coquetería—. No, en serio, porque todavía recuerdo cuando viniste

aquí a trabajar sin cobrar, porque he escuchado tu pódcast y creo que puede llegar mucho más lejos que cualquier cosa publicada en *El Ideal de Castilla*. Si algún día descubres algo, es mejor que tenga ese alcance y no el de mi humilde periódico.

—Humilde pero riguroso.

—Gracias, pero sabes que no se trata de eso. Digamos que es mi venganza por lo de Ana Turra: tengo ganas de que este crimen sí se resuelva, al contrario de aquel, y se sepa quién lo cometió. Y, además, quién sabe, igual en el futuro me puedes devolver el favor.

—¿Tienes plan para comer?

Solté aquella oferta a modo de agradecimiento, pero también con muchas ganas de seguir charlando con aquella mujer y pocas de ir a comer a Pedraza, a la imponente casa de campo de mi familia política, como casi todos los domingos. Escribí a Eulalia para avisarla y pasamos las dos horas siguientes en la terraza del Secreto de San Clemente, en pleno paseo del Azoguejo, equidistantes del Acueducto y la iglesia románica que da acceso a San Millán, trasegando dobles de cerveza y degustando el menú del domingo, una versión elegante y sabrosa del que sirven de lunes a viernes. Pero mi cabeza ya estaba en otro sitio, a la caza de Jaime, cada vez más convencido de que había una huella que seguir.

RADIOESCUCHA

13 dE noviembre de 2017

LOCUTOR: *RadioEscucha* en Radio Segovia, más de veinticinco años siendo el portavoz de sus desdichas. Al habla Paco Gilsanz. Dígame.

OYENTE: Hola, buenos días.

LOCUTOR: Buenos días.

OYENTE: Le llamaba porque algún desgraciado ha vuelto a arrasar con su cuatro por cuatro los jardines de la Princesa, aquí en Hontoria. Y para una zona un poco decente que tenemos en el pueblo…

LOCUTOR: Dice que lo ha hecho con su coche. ¿Cómo sabe que es un cuatro por cuatro?

OYENTE: Hay marcas de las ruedas por todas partes. No hay que ser del CSI, vamos.

LOCUTOR: Ya veo. Mire, Hontoria es un barrio de Segovia, así que le podemos ayudar haciéndole llegar su queja a la Policía Municipal, pero usted tendría que denunciarlo.

OYENTE: Ya, y para qué.

LOCUTOR: Bueno, pues para que las fuerzas del orden lo sepan y actúen en consecuencia.

OYENTE: Las fuerzas del orden, como usted dice, saben que ha sido otra vez el cabrón de Abundio Ruiz y no hacen nada. Ya veo que usted tampoco. Adiós.

Capítulo 11

AQUEL mismo domingo comenté con Eulalia la nueva vía de investigación que me había propuesto Rodolfa y, aun cansada y de mal humor, encontró fuerzas para sonreír y prometerme que, como buena doctora, haría de Watson conmigo. Eulalia es una lectora sobresaliente por gusto e intensidad. Lee en cualquier parte y a cualquier hora, y ni el trabajo primero ni la maternidad después la han alejado de los libros. Nuestra biblioteca es excelente gracias a su buen gusto, reflejado en una cuidada selección de títulos y algunas primeras ediciones valiosas. Pero lo mejor es su memoria: un músculo perfectamente entrenado que le permite citar, relacionar y hablar de cualquier libro con soltura. Y cuando se trata del universo holmesiano, solo los mejores expertos se acercan a su competencia.

Dimos una vuelta por los alrededores del complejo episcopal bajo la lluvia, desde el Torreón de Lozoya hasta la calle Obispo Gandasegui, cogidos de la mano como adolescentes. Ella adora Segovia, sabe mucho más que yo de esta ciudad y es capaz de convertir cualquier paseo en un entretenido pasatiempo. Su madre «había estudiado Historia para luego quedarse en casa, pero tener buena conversación», como solía recordar Eulalia con sorna, y desde muy pequeña le había inculcado el amor por la ciudad, por su

fascinante pasado, complejo y a veces cruel, y por las sucesivas capas históricas superpuestas en sus calles y edificios.

Esta vez, sin embargo, no hice tanto caso de sus anécdotas, preocupado por anotar la posición exacta de cada cámara de videovigilancia y agobiado al darme cuenta de la envergadura de la tarea.

Tras el paseo, de nuevo ignoraba por dónde continuar. En algún rato suelto llamé a la residencia de futuros curas donde vivía Jaime en agosto de 2016, pedí hablar con el padre Urrutia, el director, y luego metí la pata al contarle que quería comprobar la coartada del joven aquel 6 de agosto. Me colgó y, durante las dos semanas siguientes, no atendió al teléfono móvil ni al de la residencia, e incluso me bloqueó en WhatsApp.

Tuve que aparcar mi obsesión ante la abrumadora cantidad de trabajo que se me vino encima. Por aquellas fechas puse todo mi empeño en un especial para el pódcast por el XXV aniversario del crimen de Alcàsser, el 13 de noviembre, donde hacía un repaso concienzudo de lo que ocurrió aquel día y los setenta y cinco siguientes hasta el hallazgo de los cadáveres de Desirée Hernández, Miriam García y Antonia Gómez. Para forzar el formato, leí descaradamente el guion, de modo que aquello pareciera una sentencia o al menos una lista de hechos probados, y después despedacé teorías de la conspiración con un análisis de todas las pruebas. La única nota ajena a mi lectura monótona la aportaron dos de los guardias civiles que estuvieron en el registro del piso de Antonio Anglés. En un par de minutos, detallaron con voz ronca y cansada aquellos meses de caza frustrada del monstruo. Evité preguntarles si creían que estaba vivo o daban por buena la versión de que se había ahogado en aguas irlandesas al tirarse del barco en el que huía (no quería especulaciones, sino hechos), y tampoco hice referencia alguna a la cobertura mediática (un tema ya muy manido).

El programa fue muy bien, y recibí felicitaciones de conocidos y desconocidos, pero cuando mi añorado amigo Simón me llamó desde Córdoba, donde vivía con su marido, Jorge, y ejercía de

médico forense, sentí por un momento que todo el esfuerzo había merecido la pena.

En el periódico seguía cubriendo lo que me ordenaran y el viejo Palacios se mostraba cada vez más cordial conmigo, aunque no tanto como para compartir coche al barrio de Usera, donde, según nos avisaron, estaba teniendo lugar un atraco con rehenes. Un pobre hombre, ebrio de ron y sin ninguna planificación ni acierto, había intentado asaltar a punta de pistola falsa una sucursal de Bankia en la que no había más de seiscientos euros y las cosas habían acabado torciéndose de un modo que empeoraba por momentos. Llegué en taxi al mismo tiempo que Palacios, quien antes de bajarse del coche ya estaba dictando por teléfono detalles para la crónica. Con ese flanco cubierto y al ver que no había llegado ninguna televisión, saqué el móvil y me puse a grabar al asaltante, que apuntaba con la pistola a la nuca de un rehén y gritaba que por menos de seis mil euros de allí no salía nadie. El vídeo exclusivo del atraco, resuelto poco después con el arresto del ladrón, acompañó la crónica de Palacios en la edición online, y mi relato alternativo en *Píldoras criminales*, con audios exclusivos que el periódico había desechado, dio otro impulso al pódcast. El viejo periodista incluso accedió a llevarme de vuelta.

Incapaz de decir no a cualquier oportunidad, me pateaba las calles de Madrid y los pasillos de los juzgados, hacía críticas para la sección de Pantallas (justo por entonces se estrenó *Yo fui un asesino*, la historia de José Rabadán Pardo, *El Asesino de la Katana*, uno de los muchos true crime que empezaban a proliferar en televisión) e incluso firmé un artículo sobre el caso del padre de la niña Nadia, aquel estafador sin clase ni código ético alguno.

Enganchado a la espiral de aprobación, promoción y perspectivas de éxito, tras la muerte de Charles Manson preparé otro capítulo de *Píldoras criminales* titulado *10050 Rodeo Drive*. Forzando de nuevo el formato, leí sin presentación ni prólogo fragmentos de *Helter Skelter*, el glorioso y excesivo relato del desvergonzado fiscal del caso, Vincent Bugliosi, y crónicas de Joan Didion mezcladas con

retransmisiones televisivas desde la casa de Sharon Tate rescatadas del archivo infinito de YouTube. No me fue nada mal.

Todo eso me aseguraba un futuro, según creía, aunque a la vez me apartaba del crimen de Hontoria, al que no pude volver hasta el puente de la Constitución, a principios de diciembre, cuando me propuse muy en serio dedicar los días libres a reproducir las distintas alternativas que pudo tener Jaime Vila.

La mañana de ese sábado me pesaba el cuerpo y la cabeza me retumbaba por culpa de la resaca y el desvelo. La edad no perdona, y la noche anterior habíamos decidido aprovechar que la niña estaría con mis padres durante todo el puente para darnos un homenaje y salir de cañas por la plaza Mayor. Primero, a Juan Bravo, la fonda del chef Rubén Arnanz, a por la tortilla con fumé y gambas al ajillo, las gildas gigantes y las mejores albóndigas de caza de nuestro país. Luego, a La Concepción, menos sofisticado pero igualmente magnífico, donde recurrimos a sus imprescindibles: croquetas de jamón, tortilla de patata y torreznos de cerdo ibérico. Todo regado con múltiples cervezas para mí y Pago de Carraovejas en menor cantidad para Eulalia, que supo pasarse a tiempo a la Coca-Cola. Allí, en un reservado con vistas a la plaza, con jazz de fondo y tan cómodos como en nuestra casa, se nos hizo un poco tarde. Con el bar ya cerrado y poco antes de que Marta, una de las dueñas, nos echara con una sonrisa cómplice, mi costumbre de rematar la faena con una copa de Contrabandista hizo el resto. Llegué a casa moderadamente borracho y feliz.

El otoño tiene muchas cosas buenas, pero ninguna como poder vestirse bien. El verano es fatal para la elegancia: si quieres ir más o menos decente tienes que pasar calor y llevar la ropa arrugada (¡cómo odio el lino!). En cambio, a partir de octubre puedes vestir pantalones de pinzas o de pana, tirantes, chaquetas de tweed o de algodón con lustrosos forros, llevar una pajarita sin asfixiarte y coronar el atuendo con un sombrero oscuro de ala ancha o una gorra impermeable a juego con el Barbour cuando llueve. «Disfrazarte de señor», como decía bromeando mi padre.

De esa guisa me dirigía hacia el Seminario, no sin antes haber intentado resucitar con el combinado mortal que tanto me ayudaba en las resacas: medio litro de café con hielo para la sed y la modorra y una buena porción de auténtico ponche segoviano comprado el día anterior en la pastelería El Alcázar: mazapán, crema y bizcocho borracho dispuestos en capas en un equilibrio perfecto de texturas y sabor.

Salí con el ánimo renovado a unas calles desiertas, barridas por una lluvia racheada que había espantado a todos los foráneos a excepción de un grupo de voluntariosos japoneses que estaban apostados en silencio ante la puerta de la catedral. No sé si ocurre en otras ciudades, pero en Segovia existe cierta clase de señores para los que nunca llueve: caiga lo que caiga, caminan sin paraguas, la cara un poco ladeada, la mirada desafiante de «aquí no pasa nada», las piernas un poco tiesas, las manos en los bolsillos o, los más orgullosos, con los puños apretados, como a punto de arremeter contra el primero que les haga notar que se están mojando.

Me crucé con varios de ellos mientras me dirigía hacia el Seminario atravesando la plaza Mayor para subir por Cronista Lecea, encargar comida en Suprême, la tienda de delicatessen que hay de camino y llegar a la puerta principal en menos de cinco minutos. Ventajas de Segovia.

A todos nos consta que la Iglesia católica ha perdido fuelle en las últimas décadas. Para adaptarse a las verdaderas dimensiones de su feligresía, ha ido cerrando conventos, monasterios e iglesias. En Segovia, algunos de esos edificios con varios siglos de historia se convirtieron en hoteles de cinco estrellas, restaurantes de lujo o sedes académicas. Otros permanecen como gigantes abandonados, vestigios de otra época; unos cuantos malviven medio vacíos: conventos enormes habitados apenas por un puñado de monjas, todas por encima de los ochenta años, ignorados por una sociedad que pasa ante sus muros como si no hubiera nada al otro lado. Antes, unas planchaban las mantelerías de las casas con posibles y otras preparaban maravillosos dulces. No sé si queda algo de todo

eso. Tampoco hay vocaciones y, sin embargo, el complejo del Seminario se mantiene imponente: una manzana entera en pleno casco antiguo; residencia de mayores, de curas retirados, hogar para estudiantes de la fe católica, oficinas del obispado y otras dependencias.

Quería hacerme un plano mental de la situación, así que me quedé un rato apoyado en la pared del gran aparcamiento que comunica con el complejo al otro lado de la calle Obispo Gandasegui y me puse a pensar mientras la lluvia castigaba mi paraguas negro. Gracias a mis paseos con Eulalia sabía ya que la vieja cámara de videovigilancia situada en la puerta de aquel enorme lugar en el que llegó a tocar Mecano en 1984 no funcionaba. Durante la Operación San Frutos se había publicado un detalle con el que me topé en uno de mis monótonos repasos mañaneros a las notas sobre el caso y que me parecía un buen punto de partida: la habitación de Jaime estaba en la parte de abajo, cerca de la pasarela cubierta de ladrillo visto y arcos apuntados que comunicaba con el aparcamiento. Si realmente salió esa noche de la residencia, podría haber evitado pasar por la recepción, que, a modo de distribuidor, dividía el edificio en cuatro partes y daba a la puerta principal, donde un guardia de seguridad hacía el turno desde medianoche hasta las seis y media de la mañana.

Su primera posibilidad habría sido meter un coche prestado por no se sabe quién en el aparcamiento del Seminario, opción muy poco probable teniendo en cuenta las dimensiones de la puerta, el escándalo que habría supuesto abrirla en plena noche y el hecho de que habría tenido que registrar el vehículo para que le franquearan la entrada. Jaime no era tonto y, además, en teoría no sabía conducir.

Pasé entonces a la segunda posibilidad: alguien le había dejado aparcado un coche cerca de allí para reducir el trayecto a pie, mucho más indiscreto a según qué horas por las calles desiertas de Segovia. En ese caso, habría tenido que atravesar la pasarela y recorrer el aparcamiento a lo largo, en paralelo a Obispo Gandasegui y a uno de los laterales del complejo, para usar después la puerta secundaria,

salir a una calle peatonal desierta a esas horas, coger el coche y dirigirse hacia Hontoria. Esto planteaba un problema, me dije mientras paseaba cerca del muro del aparcamiento: si uno cruza a pie la plaza de Adolfo Suárez, la cámara de la subdelegación de Gobierno tiene puntos muertos que no existen si uno pasa en coche. Quizá la grabación no permitiera reconocerlo, pero no sé si habría querido arriesgarse de ese modo. Lo cierto es que, pasada esa zona, el trayecto en coche por el casco antiguo evita las escasas cámaras instaladas. Tendría que haber torcido a la derecha en la subdelegación, por Eulogio Martín Higuera, tomar Licenciado Peralta hasta la plaza Avendaño y luego pasar por la del Moro, dejar atrás la iglesia de San Sebastián, a la izquierda, y acceder a la calle de San Juan esquivando la vigilancia del Palacio de Justicia, que queda un poco más arriba. De ahí, tras girar en la rotonda del Acueducto, debería haber subido por Padre Claret y luego ante la antigua cárcel (la alternativa estaba cortada por obras) para terminar pasando, camino de la carretera vieja, delante del cuartel de la Guardia Civil, con sus cámaras en los cuatro costados, heredadas de los tiempos de plomo de ETA, donde no habría tenido escapatoria. Aunque siempre podría haber dado la vuelta completa por la circunvalación desde Padre Claret hacia arriba por el tanatorio y salir bien librado. No obstante, pensé, un chaval de diecisiete años, fueran cuales fueran sus intenciones, habría intentado evitar a toda costa el control que la Guardia Civil pone casi todas las noches en la rotonda, cerca del desvío.

Pero con esto no se agotaban las opciones. Por ejemplo, después de escaparse podría haber bajado por las escaleras del Postigo, pegadas al Acueducto, a las que se accede por un pequeño pasaje empedrado desde la puerta del aparcamiento del Seminario, luego atravesar el Azoguejo hasta la zona de la comisaría, cuya vigilancia habría esquivado al ir a pie por las callejuelas adyacentes y los jardinillos de San Roque para luego coger el vehículo prestado, aparcado por ahí, y tirar recto por la antigua estación de ferrocarril y de nuevo la carretera vieja sin pasar por el cuartel. «Demasiados factores en juego», pensé. También podría haber robado un coche

en cualquier sitio, se me ocurrió en un momento de desesperación antes de hacer una nota mental para intentar comprobarlo más tarde, o podría haber ido en moto, reflexioné algo irritado, meterse por direcciones prohibidas, burlar cámaras y vigilancia con el casco y reírse en diferido de mí y mis teorías.

Para planificarlo todo y elegir un trayecto que no fuera el más obvio; para esquivar cámaras, pedir prestado un coche o a lo mejor robarlo, tenía que haber tenido claro de antemano lo que iba a hacer. Pero ¿y si no había puesto tanto cuidado y simplemente había seguido la ruta más lógica porque su idea no era ir a la casa de sus padres a acabar con ellos y con su hermano? ¿Y si solo quería hablar, quedar a escondidas con su madre, su gran aliada, para tratar de arreglar las cosas y después todo se había torcido? ¿Y si había improvisado la visita requerido por alguien? Me refugié en un pequeño zaguán abierto, saqué el boli y la libreta y, después de un rato batallando para conseguir que pintara en aquellas condiciones de humedad y frío, resumí todo aquel barullo mental antes de perderlo en los laberintos de mi cerebro.

Todavía inventándome opciones, me volví a casa, no sin antes pasar por Suprême a recoger las delicias encargadas por la mañana. Miré el reloj y me sorprendió que fuera tan tarde. Seguía lloviendo, pero el sol pugnaba por salir tras unas nubes grises. Caminaba algo desanimado, pero durante la comida Eulalia me empujó a agotar cualquier vía, por improbable que fuera.

Ella suele tomarse las cosas con mucha más naturalidad y mesura que yo. No duda a la hora de escoger un camino y no ceja en su empeño hasta conseguir lo que quiere. Por ejemplo, al elegir Medicina y no Empresariales o Derecho, más acordes con el destino que su padre tenía pensado para ella; al hacerse traumatóloga (una de las mejores), y no neuróloga o cardióloga o quién sabe qué especialidad más glamurosa; al decidirse por la sanidad pública y no por una clínica privada en la que volver a tratar a su círculo social de siempre como pacientes con seguro; y lo que es más importante, al salir conmigo, alguien completamente fuera de su círculo social, y llegar hasta el altar. Un par de horas después, cuando se fue a

trabajar, gracias a ella yo estaba dispuesto a dar un paso de consecuencias imprevisibles.

Capítulo 12

—PERO vamos a ver, ¿no habíamos dejado claro que la comunicación solo iba en un sentido, que no íbamos a usar el buzón cuando yo quisiera hablar contigo y nunca al revés? ¿Por qué me has dejado un mensaje? Ya has revelado el escondite, estarás contento.

—Tranquilo, solo quiero pedirte una cosa.

—Ni tranquilo ni hostias: tú no tienes derecho a pedirme nada.

—Bueno, por ahora no nos ha ido mal, ¿o tenías otra forma de airear lo del colgante?

—Para lo que ha servido.

—Bueno, eso ya se verá, pero lo cierto es que yo he cumplido.

—Mira, no sé lo que quieres ni si voy a poder, o a querer, ayudarte, pero esta es la última vez que hablamos. Espero que merezca la pena.

—Es sencillo, creo: necesito los resultados del análisis de las cámaras de toda la zona que pudo recorrer Jaime aquel día para ir a Hontoria.

—«Sencillo», dices, ¡tócate los cojones!

—Bueno, tú estabas en la Operación San Frutos y ese análisis formaba parte de la investigación. Seguro que puedes acceder a él.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Estar más cerca de la verdad de lo que ocurrió aquellos días.

—Ya, claro.

—Gracias —añadí cuando ya había colgado.

Pasaron unos días en los que estuve incluso más obsesionado que antes. El hecho de que las notas me hubieran ayudado me animó a repasarlas de nuevo, y no solo eso, sino que, además, me hice un esquema de los hechos, una lista de teorías por comprobar y una cronología, y lo colgué todo de la pared donde había estado la foto de la familia Vila Martín en la comunión de Jaime. Hasta entonces, había acumulado más información de calidad sobre el caso que cualquier otro periodista, había sacado a la luz una prueba fundamental desestimada por un error de forma, había tratado de reconstruir el periplo del único sospechoso, si bien sin llegar a ninguna conclusión sólida. Era un principio, pero desde luego no lo suficiente. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza: ¿lo había hecho Jaime? ¿Cómo? ¿O era el colaborador necesario de otro culpable? ¿Significaba algo que fuera el único beneficiado de todo aquello? Aproveché también para hacer unas llamadas y asegurarme, gracias a un agente amigo de Mariano y fan del pódcast, de que no se había denunciado el robo de ningún vehículo esa noche en toda la provincia de Segovia, posibilidad que, por tanto, podía descartar sin dudas.

Mi fuente en la UDEV me llamó unos días más tarde.

—Oye, no tengo ni idea de lo que buscabas, pero me parece que has pinchado en hueso. ¿Quién eres, el puto Colombo?

—Estoy siguiendo una corazonada.

—Si ya te digo yo que… Por cierto, es increíble el poco tráfico que hay por Segovia un sábado por la noche; aquello está muerto, joder.

—Hay quien prefiere llamarlo «calidad de vida».

—Bueno, a lo que iba: el único vehículo que aparece cerca de la Universidad de Valladolid y luego en las cámaras del cuartel de la Guardia Civil es un Audi A3 matrícula 2803 BHL.

—¿De qué hora hablamos?

—Mira que eres pesado.

—Bueno, no te cuesta nada decírmelo y yo me quedo con el detalle.

—A las 23.27 h pasó por una cámara de la UVA en la calle Coronel Rexach, y pocos minutos después por el cuartel.

—¿Se reconoce a Jaime?

—Alucinas. Solo se ve a un varón con gorra de béisbol, punto.

—Ya veo. ¿Y qué otros vehículos circularon por el cuartel?

—Te estás pasando ya, me parece a mí. ¿Qué más te da si no aparecían en la primera cámara?

—Pues porque pudo coger el coche en otro lugar, o ir en moto.

—Sí, motos hay un par: *scooters* sin placa ni nada, probablemente conducidas por gitanillos de la zona del Tejerín, y un camión con matrícula francesa que debió de haberse equivocado y se salió de la circunvalación. Ah, y un par de taxis.

—¿Vacíos?

—Vacíos en teoría: no se ven del todo bien. Ya te digo que las cámaras son lo que son: el pasajero podía ir agachado en ese momento, o dormido y medio repantingado, o estar detrás del conductor en un ángulo muerto, yo qué sé. Ni siquiera permiten determinar si el indicador de «libre» está en rojo o en verde porque graban en blanco y negro. De todas formas, no creo que el chaval cogiera un taxi para ir a masacrar a su familia, no me jodas.

—No, claro, pero es que igual no estaba pensando en eso, o tuvo que improvisar el viaje.

—Bueno, lo que sea. A mí, olvídame. Me gustaría decir que ha sido un placer, pero no.

—Gracias —acerté a decir, esta vez sí antes de que colgara. No hubo respuesta.

¿Quién estaría detrás de aquella voz?, me pregunté tras la conversación. Por lo pronto, no tenía manera de saberlo y, si esa vía quedaba cerrada, solo me quedaba comprobar aquella matrícula, intentar como fuera localizar esos taxis… e ir de frente con Jaime, perseguirlo y conseguir hablar con él.

Estaba seguro de que en Hontoria las cosas se complicarían. Hacerme el encontradizo estaba descartado, y cualquiera que haya estado cinco minutos en un pueblo como ese desecharía la

posibilidad de seguir a nadie. Encima, mi encuentro con Bernardo y hasta mi discreta aparición en el programa de Ana Rosa (un tertuliano había citado el pódcast mientras un rótulo en la parte inferior de la pantalla entrecomillaba citas del último episodio junto a una pequeña foto mía) me daban una notoriedad nada recomendable. Tomé entonces la solución más drástica y absurda desde un punto de vista práctico. Aproveché las libranzas que había acumulado en noviembre, las junté con unos días de vacaciones pendientes y me despedí del periódico hasta el año nuevo. Entonces me fui a Hontoria y me senté a esperar en un banco de piedra blanca pagado por una caja de ahorros ya desaparecida frente a la casa de Jaime, bajo una ridícula parra. Hacía frío, y vacas y señoras se turnaban para mirarme de tanto en tanto.

En invierno, la jornada en el campo es más corta, así que llegué allí a las tres de la tarde. Como me había contado Bernardo, Jaime vivía con su novia en el lugar donde murió apuñalada su familia. Antes que nada, quería preguntarle por qué. ¿Era un psicópata que se regodeaba en la tragedia o bien un tipo destruido, con el alma mutilada, que prefería vivir allí que en cualquier lugar desconocido? Puede que ninguna de las dos cosas.

La casa era la típica construcción de pueblo: una planta, piedra de forma irregular puesta a mano en el primer metro de fachada y luego enfoscado de color mortecino. Cualquiera podía saltar la verja, pero no hacía falta porque la puerta estaba abierta, como aquella noche de agosto de 2016. Sin embargo, se habían instalado unas rejas en las ventanas que no estaban allí la noche de los asesinatos. ¿Qué temía Jaime, o a quién? No había ningún coche aparcado y las casas de alrededor parecían vacías; noté algún movimiento de visillo de alguna vieja condenada a la penumbra de la sala de estar, poco más, pero en unos minutos tuve la certeza de que el Gran Hermano rural había hecho su trabajo: todo el mundo sabía que estaba allí.

Por el lado izquierdo de la finca, antes de llegar a los pastos, seguía una calle, otras casas similares, la misma nada gris. Allí había vivido Emilia, la mujer que aseguró haber oído gritos que no denunció porque «no era la primera vez». Había muerto ya. Un poco

más lejos estaba la casa de Conchita, la de los quince minutos de gloria televisada.

En un pueblo de esa zona de Castilla el frío es seco, soportable mientras haya sol y no sople el viento del campo. Pese a mis calcetines dobles, en un rato dejé de sentir los pies. Se me había ocurrido ir con unos castellanos granates nada apropiados para la ocasión. El olor típico del campo me llegaba a ráfagas, y el paisaje amarillo y destartalado me desanimaba. Aquella operación ya no me parecía buena idea. Cada vez que miraba hacia el bar Javi, las cinco señoras que echaban la partida junto a la vidriera me lanzaban miradas divertidas. Debían de estar apostando al julepe, un juego tradicional casi desaparecido de las mesas de cartas. Tres horas después seguía en aquel banco. Las mujeres se habían retirado pasadas las cinco y media, felices con su partida, contentas por el efecto del Castellana con agua y hielo. Al irse, varias de ellas me sonrieron y se despidieron con un gesto de la mano. Debía de estar de lo más ridículo. Cerca de las seis, sin rastro de Jaime, me fui a tomar algo al Rogelio. ¿Qué más daba, adónde más iba a ir después de regalarme a mí mismo tres horas de frío y un buen dolor de espalda?

El Rogelio es igual a otro millón de bares de España. Un dueño castigado por un horario infinito, o su hijo, o su mujer, o incluso los tres, detrás de la barra; una suciedad discreta pero persistente en esquinas y perfiles; una vitrina de pinchos encima del mostrador en «L» o en «U»; al menos un jamón colgado de la pared y otro tapado con un trapo en la cortadora; grifos de cerveza industrial; propaganda de las marcas que pagan la decoración, incluida una foto trucada con la cara Rogelio como estrella de White Label; un par de ruidosas tragaperras; un futbolín; a veces, una diana; la máquina de tabaco; banquetes de madera a juego con las mesas; suelo de loza moteada o rústica de imitación; serrín y olor a desinfectante, ausencia de esperanzas…

Para alguien que desea conseguir información, lo bueno de un bar de pueblo es que tiene varias horas punta a lo largo del día, lo malo es todo lo demás. A esa hora, Rogelio era una muestra de

laboratorio de ese experimento social fallido. Los que allí alternaban eran los hijos y algunos nietos de las señoras del julepe, hombres que miran constantemente el móvil, sean del campo o de la ciudad, que hacen su vida en Segovia y van de compras a Madrid, que comparten un código social indescifrable para los extraños.

No hice caso a la cara que me había puesto el dueño al entrar y pedir un tercio de Mahou ni a su bufido cuando reclamé una copa para servir la cerveza. Ignoré las miradas, me bebí la mitad de un trago y procuré ahogar el eructo que me vino de repente. Me gusta mucho la cerveza. Cuando me tomo una, no digamos ya dos, me cuesta parar. Eso sí: cuando llego a ocho me cuesta seguir, y mi mala conciencia católica y las exigencias laborales y familiares me empujan a largos periodos de abstinencia. Aquel era un bar grande, pero la atmósfera resultaba asfixiante. Acodado en la barra, me armé de valor para tratar de obtener algo de información.

—¿A ti qué te pasa? —me interpeló Rogelio hijo desde el otro extremo—. Sí, a ti te digo —insistió ante mi falta de reacción.

—Nada, ¿por? —le respondí con cierto temblor en el labio.

—Mira, majo, sabemos que eres primo de Bernardo, pero también un periodista fisgón, y aquí, después del circo que se montó en su día, no nos alegra ver a los de tu calaña, menos que se nos trate de paletos.

—Tú eres hijo de Rogelio, ¿verdad? —repuse como si no me hubiera dicho nada—, de la misma generación de Jaime. Igual sabes cómo puedo ponerme en contacto con él. Lo único que quiero es hablar, entender su lado de la historia.

—Pero tú eres tonto o qué. ¿No hablaste con tu primo? ¿No te avisó? Como sigas así vas a cobrar.

—He ido a esperarle a su casa y no ha aparecido —continué—. Igual le puedes decir que le busco. Toma mi tarjeta, me podéis llamar en cualquier momento —añadí mientras se la extendía. Esperé en vano a que la cogiera y dejé caer el trozo de cartón plastificado encima del latón húmedo. Pagué con una moneda de dos euros, me di la vuelta y salí, tan digno como pude, con las piernas temblando y un sabor ácido en la boca. Siempre he sido algo

cobarde, y ese intercambio con Rogelio, un bigardo de 1,85 y más de cien kilos, me había dejado sin fuerzas. Me apresuré para coger el último autobús de vuelta a Segovia.

Al día siguiente repetí el fracaso vespertino, escarnio del personal incluido, y me encaminé hacia el Rogelio cansado y con la misma sensación de fracaso. Había que ser un poco lerdo para no encontrar a Jaime en un pueblo de menos de quinientos habitantes. Igual se estaban riendo de mí. Si no conseguía nada, tendría que plantearme otra estrategia. Cuando entré en el bar no me temblaron las piernas, aunque la tranquilidad duró poco: alguien con algún carajillo de más se levantó con violencia y arrastró la silla. El ruido me hizo dar la vuelta a tiempo para ver, en la esquina derecha del local, a un tipo instalado en esa edad indefinida que gastan los hombres de campo a partir de los cincuenta (piel marchita por el sol, bronceado de currante y brazos musculados) agarrado por un compañero de partida que le decía mirándome: «Déjalo estar, *cagondiós*; déjalo estar.»

—Ese es uno de los tíos de Jaime, hermano de su padre, y trabaja con el chaval. Es el mejor ejemplo del tipo de problemas que vas a tener si sigues así —me ladró Rogelio acercándose a la barra.

Iba a contestar de alguna manera cuando, por los altavoces que reproducían la machacona programación de LOS40 Classic («solo tus números uno»), empezó a sonar *The Rhythm of the Night*: música disco de los noventa a tope, un placer culpable de mi época de discotecas y borracheras de ron cola. Le dije el título de la canción a Rogelio, que pareció desconcertado, pero tiró de instinto de camarero y, como por arte de magia, hizo aparecer otro tercio en la barra. «Igual esta gente no está tan mal», pensé. Me lo serví y me lo bebí de un trago. Materializó uno más y yo traté sin éxito de tomármelo con calma. Estaba atrayendo la atención de más gente, pero me traía sin cuidado.

Justo entonces pasó por la puerta Jaime. Tiré un billete de diez euros en la barra y salí disparado a tiempo de verlo entrar en un Range Rover azul. Me miró antes de arrancar y sonrió. Me di cuenta de que me había dejado el Barbour encima de un taburete en la

barra, pero ni se me pasó por la cabeza volver. «Ya lo recuperaré más tarde si hay suerte», me dije. Pasó un taxi y yo salí corriendo detrás mientras hacía señas con los brazos hasta que se paró. Monté de manera atropellada y grité:

—¡Siga ese cochazo azul!

—¿En serio? —me preguntó el taxista riéndose.

—Totalmente —respondí jadeante.

—Pues allá vamos —repuso mientras pisaba el acelerador del Skoda Fabia.

Al pasar por el puente estrecho que da a la carretera vieja, Jaime torció a la derecha dirección Segovia. Conducía muy bien, no como mi taxista, que por poco se deja medio coche en el murete. Iba nervioso o emocionado, quién sabe, con la barbilla encima del volante, que aferraba con fuerza, y los ojos un poco achinados, como si no viera bien.

—Es que me he puesto lentillas y me pica el ojo que flipas —me dijo como si me estuviera leyendo la mente—. Este cabrón va que se las pela —añadió metido en su papel.

Llegamos rápido a las curvas que dan al Puente de Hierro y las primeras casas de Segovia. Jaime las tomó con la solvencia que le daba la costumbre; nosotros, como buenamente pudimos. Estaba claro que sabía que lo seguíamos, y me daba la impresión de que intentaba llevarnos a algún sitio. Continuó a toda velocidad por la ruta que podía haber tomado aquella noche del 6 de agosto, pero en sentido inverso. Al bajar por el Camino Nuevo, después de haberse saltado un semáforo y de que el taxista se persignara tres veces, viró con fuerza justo antes del instituto Andrés Laguna y la panadería Molinga para subir por la calle las Lastras. Íbamos directos al campo, que en varios sitios de Segovia surge a cien metros de una vía principal. El taxista se pasó el desvío, frenó con fuerza, dio marcha atrás y subió por la cuesta detrás del Range Rover. El Skoda olía a neumáticos quemados. En la acera, un niño se nos quedó mirando con la boca abierta, como si soñara despierto, y las dos señoras con abrigo de piel que lo llevaban de la mano nos gritaron algo. Cuando llegamos al final de la cuesta, justo antes de que

empezaran los antiguos campos de labranza, ahora baldíos, vimos que Jaime nos esperaba arriba, burlón. Según nos acercábamos, arrancó de nuevo y se metió por las tierras sin ni siquiera forzar su vehículo. El taxista, sin pensar en lo que hacía, lo siguió y se quedó atrapado en el barro.

—¡Me cago en todo! —gritó mientras apagaba el taxímetro, ya en veinte euros—. Vamos a sacar este trasto de aquí y ahora hablamos usted y yo de cuánto le va a costar este viaje.

No se me ocurrió réplica posible. Salí del coche a la vez que Jaime nos hacía una señal con las luces, daba la vuelta y se perdía en dirección al hospital público situado al otro lado de aquellas tierras.

Tardamos un rato en desatascar el taxi ayudados por unas tablas que encontramos en un pequeño cobertizo. Cuando lo conseguimos, estábamos agotados y llenos de barro. El taxista me pidió cincuenta euros con cara de no estar dispuesto a descontar ni un céntimo y yo me limité a pagar, darle las gracias e irme. La experiencia me había costado un dinero y volvía a casa sucio, congelado y sin el Barbour; pero lo peor, sin duda, era la sensación de ridículo que me invadía. Jaime sabía muy bien a qué jugaba: estaba claro que lo había menospreciado.

Al día siguiente volví a montar guardia sin éxito y luego me pasé por el Rogelio a recuperar el Barbour. «¿Qué te creías, que además de paletos éramos unos ladrones?», me soltó Rogelio padre antes de devolvérmelo. Me podría haber ahorrado el frío y la larga espera por tercera tarde consecutiva si antes de salir de casa hubiera mirado el email vinculado a la cuenta del pódcast, por lo común lleno de basura, propuestas sin interés e insultos entre los que se había colado el email de Jaime, escueto y sin fórmulas de cortesía, pero no lo leí hasta bien entrada la noche, cuando ya había cenado con Eulalia y me desvelaba agobiado por los fracasos. Decía así:

> *No sé lo que buscas, pero estoy harto de verte merodeando. Si quieres hablar conmigo pásate por la finca de Juarrillos mañana a la hora del almuerzo. Ven solo y no llegues tarde. Es tu última oportunidad.*

JAIME

Vaya, «a la hora del almuerzo». ¿Y eso cuándo era? ¿A las diez? ¿A mediodía? Iría pronto, para asegurarme. En todo caso había conseguido lo que quería.

Capítulo 13

«TODO lo que necesita un detective es calzado cómodo y paciencia», decía el bueno de Germán Areta, interpretado por un inmenso Alfredo Landa, en *El crack*, pero yo no tenía ni lo uno ni lo otro la mañana que me dirigí a pie a Juarrillos, un despoblado a las afueras de Hontoria, separado del pueblo por la AP-61. Si Juarrillos seguía en el mapa era solo por la ermita de San Antonio y por el empeño de la familia Vila Martín, sobre todo de Joaquín, de mantener el cultivo tradicional del cereal y dedicar unas tierras, ya más cerca de Revenga, al negocio ganadero.

Había llevado a Gabriela a su último día de colegio antes de las vacaciones de Navidad y luego cogido el autobús que me había dejado a más de dos kilómetros del lugar, un buen trecho sin camino entre los carriles de acceso a la carretera y tramos de campo yermo. El día no ayudaba y, pese a que era invierno, el sol apretaba con ganas desde el cielo completamente despejado. Alguna lagartija se atrevía a salir para ir de un agujero a otro de la cerca de piedra y, durante el trayecto, tratar de llevarse algo a la boca. Las moscas se entretenían con el cuerpo de un gato atropellado y el aire olía a una mezcla de hierba tostada, agua estancada y materia descompuesta.

Eran cerca de las once cuando llegué a la puerta abierta de la finca con los pies doloridos, la chaqueta en la mano y un cerco de

sudor en la espalda: había subestimado la distancia y la fuerza del sol de invierno segoviano.

El Range Rover del otro día, cuya carrocería, de un impecable azul metalizado, podría haber servido de espejo, bloqueaba el paso con su tamaño imponente. A la derecha, el clásico cobertizo para guardar aperos y cambiarse de ropa; a la izquierda, protegida por unos arbustos secos, la famosa caseta de Jaime: su refugio en los peores momentos; al fondo, una amplia extensión de tierra en la que se veían unas decenas de cabezas de ganado y, un poco más allá, lo que supuse que eran los campos de cereal. Todo parecía más o menos nuevo o renovado y no había rastro de Jaime ni de sus tíos. Desde el estrecho camino de arena y grava alcanzaba a ver la puerta entreabierta de la caseta. Rodeé el coche y me acerqué con cuidado, saludando con voz temblorosa. Nada. Llegué a la puerta y asomé la cabeza. Nada de nada. Me sudaban las manos. Casi sin darme cuenta entré y me vi de pronto en medio de una estancia pequeña y oscura, que olía a cerrado y a polvo. Tiré de una cuerda y una bombilla se encendió en el techo. A simple vista no había nada sospechoso. ¿Qué esperaba, encontrarme una sala de torturas? Jaime no parecía un sádico, pero menos todavía un idiota, y el episodio de la persecución me había enseñado que podía ir un paso por delante de mí.

Una colleja brutal me dejó atontado; una sola patada y las piernas ya no me sostuvieron. Una vez en el suelo recibí otra, seca y humillante, en el culo.

—¡No, no, por favor! —grité aterrorizado y dolorido.

—¡Qué coño haces aquí. Ya me habían dicho que eras subnormal, pero no un criminal. Esto es propiedad privada, payaso! —me soltó Jaime a voces.

—Pero… —balbuceé mientras me incorporaba para quedar sentado en el suelo.

—Pero qué, ¡*cagondiós*! Te dije que vinieras, no que te metieras en mi casa sin permiso. ¡En mi casa! ¿Qué creías que ibas a encontrar? Pensé que querías hablar, no jugar a detectives.

—Yo no…

—¿Qué querías preguntarme, pico de oro? ¡Desde ahí abajo ya no te parezco tan estúpido, ¿eh?! —me gritó de pie en la puerta con los brazos en jarras.

—Yo no…

—Tú no qué, imbécil. Pues iba a hablar contigo. Me dije: «¿Por qué no?» Hasta tenía unos botellines fríos ahí fuera y un poco de chorizo de matanza con un cacho de pan. Te iba a contar lo poco que hay que contar a ver si así dejabas de pasearte por el pueblo con esa facha.

—Pero tenías el colgante, las peleas con tu padre, el odio a tu hermano…

Cruzó la estancia en menos de un segundo y me agarró de la cara estrujándome las mejillas con las manos callosas.

—No aprendes, ¿eh? Te lo voy a resumir. Aquí no hay misterio, ¡¿te enteras?! —me gritaba a un centímetro: podía oler su aliento a embutido mientras el miedo me enviaba reflujos ácidos del estómago a la boca—. ¿Cómo voy a matar a mis padres y a mi hermano de diez puñaladas? Pero ¿en qué cabeza cabe? Alguien me dejó sin familia y desde entonces gentuza como tú ha dicho de todo sobre mí, que soy otra víctima. ¿Te enteras? Muy mal jugado, pringado. Muy mal jugado.

Se dio la vuelta y se fue con un gesto de suficiencia. Salí de allí como pude, bajo la atenta mirada de un enorme mastín. Todavía con el miedo en el cuerpo, volví a casa en otra larga caminata campo a través primero, por el borde de la carretera después, hasta los barrios algo desorganizados que dan paso al casco antiguo de la ciudad.

En la actitud de Jaime, pensaba por el camino, en su reacción excesiva mezclada con la seguridad del que no tiene nada que temer, había algo que no cuadraba y no iba a parar hasta encontrarlo. Ya en la zona urbana pedí un taxi. Al llegar a casa me puse a mirar la foto de los Miyazawa y, de una manera estúpida, sentí que era un talismán y me daba fuerzas.

Capítulo 14

EL ENCONTRONAZO con Jaime no me alejó del caso, más bien al contrario. Tras la Navidad, aproveché para averiguar si el hijo de los Vila Martín había cogido un taxi aquella noche de agosto de 2016. Bajé a la parada junto a la escultura de Luperca amamantando a Rómulo y Remo, un conjunto de bronce a los pies del Acueducto que siempre me hace pensar en la gloria romana de la ciudad.

Allí, cuatro taxistas dispuestos en círculo fumaban y hablaban mientras esperaban clientela. A casi todos los conocía de vista, puesto que el autobús que me llevaba a diario a la estación del AVE salía de ese mismo punto. Incliné la cabeza y acto seguido me toqué el ala del sombrero a modo de saludo antes de preguntar directamente por aquella noche y contarles de qué manera creía que podían ayudarme.

—Para eso tienes que hablar con el Piraña —me respondió uno de ellos mientras tiraba el purito al suelo y lo aplastaba con la zapatilla.

—¿Y ese quién es?

—El desgraciado que lleva la radio, un borracho que nunca debería haber sido taxista y al que retiraron a la oficina antes de que matara a alguien.

—¿Y dónde lo puedo encontrar? —interrumpí antes de que siguieran con el rollo.

—Pues dónde va a ser, hombre: en el bar.

—Me imagino, pero ¿no es muy pronto?

—Para el Piraña nunca es ni muy pronto ni muy tarde, su vida es una fiesta —me dijo otro de los taxistas con sarcasmo. No parecía que nadie tuviera mucho aprecio por aquel señor—. Date una ronda por los bares aquí cerca y lo encontrarás tomándose el primer café vitaminado. Y mejor que hables con él mientras pueda usar esa memoria de elefante que resiste nadie sabe cómo a la borrachera diaria.

—De acuerdo, muchas gracias —dije a modo de despedida tocándome de nuevo el ala del sombrero.

—Y este ¿para qué querrá saber eso? —oí de refilón a uno de ellos antes de que un autobús apagara la conversación.

La ronda duró poco: lo encontré en el bar Brasil, en la calle San Francisco, entre joyerías y tiendas de casquería. Era un tipo desagradable, con una barriga enorme pero delgado de piernas, de gran papada y ojos pequeños y saltones con los que me miró extrañado cuando le pedí al camarero otro carajillo para el señor y su cuenta.

—¿Quién eres y qué quieres?

—Buenos días, señor…

—Puedes llamarme Piraña, como todo el mundo. ¿Qué quieres? —insistió antes de sorber el café.

—Verá, estoy tratando de esclarecer ciertas circunstancias que pueden estar relacionadas con un crimen y me gustaría saber si alguien cogió un taxi entre las 23.30 h y las 23.40 h por la zona del Seminario el 6 de agosto de 2016.

—Nah, aquel sábado fue una mierda: no había nadie, todo el mundo estaba en las fiestas de los pueblos.

—¿Está seguro? ¿No necesita mirar sus registros?

—Mis registros están aquí, hijo —respondió dándose golpecitos con un dedo en la sien.

Salí a la calle sin tener nada claro si me podía fiar de la memoria de un hombre en plena demolición, pero tampoco podía hacer nada

más, así que supuse que podía descartar la posibilidad del taxi y decidí alejarme de laberintos inútiles. Eso sí: al llegar a la calle Real, me di cuenta con disgusto de que el olor a fritanga se me había pegado a la chaqueta.

* * *

Los primeros días de 2018 volví a la rutina del tren, el metro y el agobio, a las idas y vueltas de un mundo a otro. Para colmo, esa semana tenía que ocuparme de la página web del diario hasta las nueve de la noche, un turno rotatorio establecido para cubrir las vacaciones de los portadistas.

Cuando uno trabaja durante años en una redacción desarrolla un instinto para captar conversaciones que se suceden a su alrededor, no siempre cerca. Una tarde, casi a la hora del cierre del papel, con la redacción llena y la portada de la web parada, capté una conversación de Julio Palacios en la que, entre los «qué huevos tenéis, sí señor» y los «ya decía yo», escuché una pregunta que lo cambiaba todo: «Pero entonces ¿estáis seguros de que ese tal Abundio se cepilló a los Vila Martín?»

Sentí un agujero en el estómago; me temblaba la mano con que aferraba el ratón. Me levanté y me dirigí a toda prisa a la mesa de los subdirectores, que estaban puliendo la portada del papel. La mayoría me miraron con desgana, un par con interés. Les conté lo que había oído y algo se puso en marcha en la mente de alguien. Preguntaron a Palacios, que lo confirmó y dio algún dato más, tranquilo, sin sospechar mi intención de redactar la noticia para los lectores de la web. Había que confirmarlo, pero a nadie pareció importarle. A partir de ahí, la situación se desarrolló de manera atropellada, entre voces y nervios.

—Venga, tú, prepara una alerta. Pon: ¡«La policía detiene a un vecino como sospechoso del triple crimen de Hontoria»! —me gritó el adjunto al director.

—Así, sin contexto, ¿la gente se acordará? —me atreví a preguntar.

—Tira, tira. ¿Qué quieres, que lleguemos los últimos?

—¿Y la pieza?

—¿Qué pieza?

—Una a la que enlazar la alerta para que los lectores puedan consultarla.

El pequeño teatro del absurdo dio paso a unos minutos de nervios, situación que terminó cuando mandamos la alerta, los últimos, enlazada a una pieza que no había hecho Palacios, solo faltaba, y que contaba muy poco. La nota se fue ampliando, pero solo estuvo completa cuando cerró la edición impresa y su contenido se trasladó a la edición digital. Palacios se guardó información para un reportaje que se publicó días después, tras el registro de la casa de Abundio:

EL TRIPLE CRIMEN DE HONTORIA
EL ENIGMA DE UNA SALVAJE VENGANZA RURAL

JULIO PALACIOS. MADRID, 3 DE ENERO DE 2018. El infame, brutal y sanguinario asesinato a puñaladas de Joaquín Vila, Consuelo Martín y Sergio Vila Martín una tórrida noche de verano de agosto de 2016 puede estar cerca de resolverse. La detención de Abundio Ruiz, llevada a cabo por agentes de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV) de la Policía Nacional hace dos días, puede ser la ficha definitiva del puzle. Ruiz, de 62 años, tiene un amplio historial delictivo que incluye una condena de cinco años por homicidio involuntario con atenuantes en 2008, tras abrirle la cabeza con el mango de una azada a otro vecino de Hontoria en medio de una discusión. También fue acusado de la desaparición de Elena Valishova, mujer de 45 años con la que mantenía una relación y que lleva en paradero desconocido desde 2015, aunque finalmente fue puesto en libertad por falta de pruebas.

El supuesto asesino en serie rara vez sale del pueblo donde nació. Vive con sus padres y, según ha podido saber

este diario de fuentes de la investigación, recibe una pensión de invalidez porque padece una enfermedad nerviosa. Además, ha emprendido diversos negocios cuando menos alegales. Pero ¿qué tiene que ver con el crimen de Hontoria? ¿Por qué la policía cree que es la mano ejecutora detrás de uno de los asesinatos sin resolver más famosos de España?

El señor Ruiz — cuya coartada solo respaldó en su momento su anciana madre— conoce a las víctimas y, según se dice en el pueblo, siempre estuvo enamorado de Consuelo Martín. Meses antes del crimen tuvo una fuerte discusión con Joaquín Vila, al que acusaba de haber invadido sus tierras, argumento que repitió en su declaración ante la policía poco después del asesinato, además de reconocer que había acudido a la casa de los Vila Martín para «cantarle las cuarenta». Tenía, por tanto, motivo o motivos, y oportunidad, y había estado poco antes en la vivienda que se convirtió en escenario de una sanguinaria pesadilla. Vive en la calle paralela, a tres minutos de la casa de sus supuestas víctimas, y el hecho de que lo conocieran explica que no haya tenido que forzar la puerta. Todo indica, además, que, como tantos asesinos, estaba deseoso de atraer a la policía y, en definitiva, de jugar con los agentes.

«Tiene una personalidad obsesiva y recurre a la violencia cuando se siente contrariado», asegura el perfil psicológico realizado en la cárcel de Cebreros (Ávila), en la que estuvo recluido entre 2008 y 2013. En el registro de su casa, en medio de montañas de basura y objetos inservibles, caos del que solo se libraban la cocina y la habitación de sus padres, se encontraron varios juegos de llaves distintos en una bolsa de lona negra cuya propiedad el acusado no quiso reconocer y unas botas de la talla 42.

«A los padres los tiene machacados, incluso les pega, y les roba la pensión. Habrá oído eso de que "Eres más tonto que Abundio", pero este de tonto no tiene nada», aseguró un

vecino que prefirió mantener el anonimato al ser preguntado por un hombre que tiene atemorizado a todo el pueblo.

En la primavera de 2017, la policía detuvo a Jaime Vila en el marco de la Operación San Frutos. Hijo de Joaquín y Consuelo y hermano de Sergio, Jaime salvó su vida aquel fatídico 6 de agosto porque no estaba en casa de sus padres, sino en el Seminario de Segovia, donde había ingresado poco antes para iniciar sus estudios en la fe católica. En poco tiempo, Jaime pasó de víctima desconsolada, rostro del dolor de un pueblo, a objeto de duros interrogatorios y registros, así como de un salvaje escrutinio por parte de algunos medios del que no ha salido indemne. La policía creyó que tenía al responsable, pero la Fiscalía de Menores (al frente de la instrucción del caso porque Jaime tenía 17 años cuando ocurrió el desgraciado asesinato triple) ordenó su liberación al considerar que solo contaban con indicios y conjeturas.

Desde algunos medios alternativos propios de estos tiempos convulsos, algunas teorías han intentado revitalizar la causa contra el chaval, ponerle contra las cuerdas retorciendo las mismas pruebas que ya fueron desechadas. Ahora, la detención de Ruiz exonera a Jaime, le hace algo de justicia, si eso es posible a estas alturas, y acerca el enigma a una solución.

Ruiz ya mató a un vecino y posiblemente a una mujer que cometió el error de confiar en él. Si se confirma que es el autor del triple crimen de Hontoria, uno de los casos más famosos de la historia reciente estará cerrado y España podrá ver entre rejas a uno de sus asesinos en serie más violentos.

«Qué cabrón», pensé nada más terminar de leer. Al final, alguien vinculado a la investigación, y a quien evidentemente no le gustaba nada la Operación San Frutos, le había servido en bandeja una gran exclusiva.

Las televisiones también se atribuyeron toda clase de exclusivas (que pocas veces lo eran de verdad) durante los meses que

transcurrieron desde la detención de Abundio Ruiz y el registro de su casa hasta que el juez le dictó sentencia. Abundio era la presa perfecta: «loco, solitario, raro, violento»; era el malo de película, un plato del gusto de las mentes ralentizadas. Su rostro sucio y mal afeitado presidía las tertulias, acompañado de titulares como «Abundio, el loco del pueblo que puede ser el asesino de Hontoria», «Abundio, un asesino en serie detrás del triple crimen de Hontoria» o «El loco que tenía sometido a todo un pueblo»; o se repetían una y otra vez unas imágenes, a la salida del registro de su casa («una cochiquera cochambrosa»), cuando los periodistas se abalanzaron sobre él preguntándole si finalmente confesaría que había apuñalado a los Vila Martín.

Los expertos invitados al plató se erigían en psicólogos y hasta en psiquiatras, citaban hechos inciertos e informes policiales inexistentes y, sobre todo, daban rienda suelta a sus prejuicios; las reporteras se afanaban en recabar la última opinión sobre «Abundio», a secas. Una de ellas entrevistó en medio del campo a una mujer que a duras penas conseguía apartarse el pelo de la cara ante el azote del ventarrón.

—¿Cómo es Abundio? ¿Es cierto que no es una persona normal, que le gustan cosas raras y pega a sus padres? —le preguntó.

—Pues… sí: eso me han dicho —respondió obedientemente la señora.

—¿No le parece incomprensible que su madre siga defendiéndole?

—Sí, mucho.

El análisis de las pruebas presentadas contra Abundio no fue menos sesgado. Ya que tenían al asesino perfecto, no lo iban a soltar así como así. De este modo, los manojos de llaves encontrados en una bolsa de lona negra se convirtieron en «llaves de la mayoría de las casas del pueblo» (lo que automáticamente lo retrataba como un ladrón o «potencial asesino en serie»), y las botas del 42 descubiertas en su casa pasaron a ser de inmediato «unas botas Dr. Martens». Todo valía, y poco importaba lo que el propio Abundio tuviera que decir (por ejemplo, que negara siempre

que la bolsa llena de llaves fuera suya) o incluso lo que tuvieran que decir la policía o el juez. Las televisiones estaban cerrando el caso por adelantado y, por si hacía falta (en realidad no) justificaban su condena con toda clase de mitos sobre el sospechoso: que como buen potencial asesino en serie «era muy inteligente y un gran manipulador, por eso se hacía el tonto» y que, si no lo ponían tras las rejas ya, sin duda cometería «crímenes cada vez más violentos». Una presentadora famosa no se cortó a la hora de cerrar su monólogo inicial con un rotundo: «No cabe duda de que nos hallamos delante de un monstruo.»

En medio de aquel vendaval, yo me limité a pasearme por el pueblo y a hablar con agricultores ceñudos en el bar, con jubilados aburridos de jugar al dominó en el hogar social, con jóvenes reunidos para beber litronas en el parque (los más cafres y divertidos de todos), con mujeres sentadas a la sombra del patio abierto con su labor entre las manos… Algunas de estas últimas eran las mismas que jugaban al julepe unas semanas atrás, y sonrieron cuando me acerqué (al menos había conseguido ser un personaje reconocible). He aquí un resumen de lo que averigüé:

Pese a que nadie podía probar nada, los mayores daban por cierto que Abundio había perdido la cabeza por Consuelo; los jóvenes, que era un pajillero al que le gustaban los niños. En general, se pensaba que su casa era algo así como el castillo de los horrores (pese a que las fotos policiales filtradas lo desmentían), que guardaba llaves de casi todas las casas del pueblo, que seguramente había robado muchísimas cosas y que no había matado a más gente tan solo porque no los había encontrado dentro. Un buen porcentaje de mujeres aseguraba que había matado a su tía para quedarse con la casa en la que habitaba con sus padres; los hombres, que estaba sexualmente superdotado («es como un burro»), y que sus periódicas ausencias del pueblo se debían a que algunas viudas ricas de Madrid le pagaban para acostarse con él.

Para mí, no cabía duda de que Abundio Ruiz era un tipo rencoroso y violento, pero también estaba claro que la maquinaria mediática quería ofrecer a su público un personaje unidimensional,

inequívocamente maligno y dispuesto a cometer crímenes horribles, dignos de un monstruo. A esas alturas yo no sabía si él había asesinado o no a los Vila Martín, pero me rebelaba contra un consenso superficial basado en conjeturas, exageraciones y mentiras evidentes que se presentaban como verdades.

Capítulo 15

DESPUÉS de que Simón, mi gran amigo de la adolescencia, me felicitara tras la emisión de un capítulo de mi pódcast, habíamos recuperado el tiempo perdido enviándonos por WhatsApp innumerables mensajes sobre crímenes recientes, últimos avances en investigación forense y nuevas publicaciones sobre casos legendarios. Era como recuperar el fervor y la cercanía de la adolescencia, aunque por medios electrónicos. De todas formas, llegado un punto sentimos la necesidad de vernos en persona, y Eulalia y yo hicimos un viaje de fin de semana a Córdoba.

Iba preparado para encontrarme con la figura oronda de mi amigo, pero no para descubrir que su gordura le impedía hacer más ejercicio que ir andando cada día al trabajo, a pocos minutos de su casa, y eso calzándose unas zapatillas que cambiaba por zapatos al llegar al hospital (era un hombre elegante y no se habría permitido ir por ahí con algo menos que unos Oxford). Ni su mala condición física ni su desagrado por el calzado cómodo dejaban prever que por fin cumpliríamos nuestro sueño de viajar juntos, al menos una vez al año, al escenario de un crimen mítico (queríamos ir a Vitoria y seguir los pasos de Juan Díaz de Garayo, *el Sacamantecas*, violador y asesino decimonónico; a Paradas, en la provincia de Sevilla, para ver la finca Los Galindos, donde se cometió uno de los crímenes sin resolver más famosos de España; a Marmellar, en Tarragona, un

pueblo fantasma donde se han encontrado varios cadáveres, etcétera, etcétera). De todas formas, conocer a su marido fue un placer, y también que ambos conocieran a Eulalia, y sobre todo comprobar que no había perdido ni un ápice de interés por el crimen (pese a que su labor forense no le había deparado ningún caso realmente interesante) y que nuestro afecto mutuo permanecía intacto.

Jamás he sentido una afinidad similar con ninguno de mis compañeros del periódico, donde además mantengo un perfil social bajo (por no decir inexistente), pero cuento con el cariño decididamente gratuito de Antonio Jimeno, paisano segoviano y antiguo compañero de instituto que siempre se ha empeñado en reconstruir los puentes que yo dejo caer por pura torpeza.

—Alegra esa cara, hombre —me dijo una mañana en medio de la redacción con ese estilo segoviano que ignora saludos y preámbulos —. ¿Tienes un segundo? Quiero enseñarte algo.

—Espera a que termine de editar esto y den las tres, estoy de guardia en la sección y no me puedo mover de aquí —le contesté molesto por la palmada en la espalda que casi me descoyunta.

—Cómo sois los de Nacional. Se te va a quedar el culo cuadrado. Qué bien te vendría salir por ahí y que te dé el aire.

—Joder, Antonio, ¿me estás vacilando? —respondí—. Ya sabes que me tiro a lo primero que salga, pero tengo que lidiar con muchas historias.

—Venga, no te pongas así. A las tres en el bar de abajo, que tengo algo que te va a gustar.

—Vale.

—Anda, que cualquiera diría que me estás haciendo un favor.

—Pues igual sí, quién sabe.

—Mira que puedes llegar a ser borde. Te veo a las tres.

Llegué cinco minutos tarde, pero Antonio no estaba. Noté la mirada intrigada de algunos parroquianos que habían convertido aquel sitio en su segunda residencia y que a esas alturas estarían tratando de ubicarme sin éxito en su bruma mental. Respiré hondo,

me prometí no reprocharle nada a Antonio y busqué una mesa apartada.

—Antonio Jimeno —dije exagerando el gesto y olvidándome de mi promesa—, redactor de Economía, treinta y siete años, porte elegante, vestir sencillo pero con aire distinguido, ojos verde mar y una pasión desbordante por llegar tarde.

—Tenía que hablar con una fuente, perdona. De todas formas, ni me molesto en avisar; total, ¿cuándo fue la última vez que me cogiste el teléfono o me contestaste a un mensaje de WhatsApp?

—*Touché*.

—Bueno, al loro —dijo tras pedir dos cafés con dos orujos «como en los viejos tiempos»—. Tú estabas obsesionado con el crimen de Hontoria, ¿no?

—Hombre, «obsesionado» igual es mucho decir. Y además, ahora que han detenido a Abundio Ruiz me he quedado sin asunto —respondí poco convencido.

—Bueno, ya me entiendes. No me líes. El caso es que te he traído esto —repuso mientras deslizaba un par de folios por la mesa sin dejar de mirarme.

—¿Y esto qué es?

—Lee, lee.

Era una fotocopia de una noticia publicada en *El Ideal de Castilla* en 2005:

GRAN OPERACIÓN EN SEGOVIA
CONTRA UNA ESTAFA DE AYUDAS DE LA PAC

Agentes de la Guardia Civil han llevado a cabo durante la última semana una operación en las localidades de Hontoria y Revenga contra una trama a gran escala para recibir ayudas de la Política Agraria Común (PAC) por actividades no realizadas. Los implicados podrían haber obtenido hasta cinco millones de euros. Hay varios detenidos (según ha podido averiguar *El Ideal de Castilla*, se trata de R. V., B. F., M. M., C. H. L. y J. G.) y se investiga a una decena de personas más.

Por el momento, no se ha informado del grado de implicación de cada uno de los detenidos, ni si se trata de organizadores de la trama o de meros testaferros.

La organización ponía en contacto a ganaderos, propietarios de tierras, agricultores y gestores de derechos de la PAC a lo largo y ancho de la provincia para solicitar y recibir ayudas por labores de pastoreo, actividad que luego cambiaban a la de fertilización de tierras para pedir una segunda ayuda sin realizar ninguna de esas labores y embolsándose el dinero. Para ello se servían de documentación falsa y de una serie de sociedades pantalla y personas jurídicas que la investigación de la Guardia Civil está tratando de identificar.

El Juzgado de Instrucción n.º 1 de Segovia ha abierto diligencias. El caso es el mayor fraude en ayudas agrícolas que jamás haya tenido lugar en Castilla y León, y uno de los principales en España, aunque muy lejos siempre de los engaños italianos con olivos de cartón para multiplicar la superficie cultivada por la que solicitar ayudas.

El caso supone, además, un duro varapalo para la comunidad rural segoviana, que suma ahora a los efectos de la sequía de los últimos años el desprestigio generado por unos pocos con este escándalo.

Levanté los ojos y miré a Antonio sin entender nada.

—Es una noticia de cuando hacías tus pinitos en el periodismo de provincias, ¿qué tengo que ver yo con esto?

—A ver si no vas a controlar tanto el caso al final.

—Bueno, he leído mucho. Ya habrás oído el pódcast.

—Ya, vale. Una pista: mira las iniciales. Dos de las detenidas eran Ramona Vila y Berta Ferrer, ellas montaron ese tinglado.

—¿Seguro?

—Y tanto. Estuve semanas detrás del tema.

—¿Y cómo es que no me he topado jamás con esta noticia en los cientos de búsquedas que he hecho en Google en los últimos

meses? Te aseguro que he leído prácticamente todas las notas relacionadas con Hontoria que se han publicado alguna vez en la prensa local en el último siglo. De hecho, puedo decirte que, quitando las ferias agrarias y las fiestas patronales, tampoco son tantas.

—No la has encontrado porque no está en la red.

—Pero ¡qué dices! Sé que *El Ideal de Castilla* tenía web en 2005; algún rastro tenía que dejar esa nota.

—Ya, pero es que esta la borraron.

—¿Qué?

—Para sorpresa de todos, el juez cerró el caso de repente. En la vista preliminar, el abogado defensor le sacó los colores a la Benemérita y las pruebas quedaron invalidadas por un defecto de forma. El juez cogió un mosqueo de aúpa y puso fin al proceso antes siquiera de que empezara.

—Vaya, pues qué «defecto de forma» más conveniente.

—Lo importante es que Berta Ferrer se reunió con el flojo ese que estaba antes de que llegara Rodolfa, y con unas insinuaciones de que podía hacer que un par de anunciantes relacionados con sus empresas se retiraran del periódico consiguió lo que ahora tantos añoran: el derecho al olvido. De todas formas, *El Ideal de Castilla* no es *The New York Times*; ¿cuántos habrán leído la noticia en papel? Porque en la web ya te digo yo que nadie. No habría hecho falta ni borrarla. Y los posibles lectores habrían tenido que interpretar convenientemente las iniciales. Pero doña Berta también quería que se borrara y se borró.

—Y el resto de los medios ¿qué? Hubo un registro, detenciones, alguien tenía que haberse enterado.

—Tú has visto mucha tele. ¿Qué medios? ¿*El Progreso*? ¿El mojigato de *Radioescucha*? Yo tampoco insistí mucho, la verdad. No era nadie y estaba allí para hacer méritos, no para complicarme la vida. Me hice con esta copia del archivo un poco porque sí.

—Ya veo, ya. ¿Y qué relación crees que tiene con lo de Hontoria?

—Y yo qué sé. Cúrratelo un poco. A ver: es la hermana de Joaquín Vila y estuvo metida en algo gordo con Berta Ferrer, futura

estrella de la política. No tengo idea de si eran las jefas o meras testaferros, tontas útiles de alguien más listo. Igual enfadaron a quien no debían y lo pagó el hermano, o igual nada de nada, tío, pero, por si acaso…

—Tiraré del hilo, a ver qué pasa —dije casi para mis adentros—. Gracias.

—No hay de qué. Para eso están los colegas ¿no? Por cierto, hablando de colegas. ¿Por qué no te apuntas a la barbacoa que hago en casa de mis padres en Bernui dentro de dos sábados? Van a venir Álex, el Chino, Sergio y su nueva novia, Tomás con María y más gente del instituto.

—Bueno, quizá me pase. Si eso, te aviso —contesté con pocas ganas.

—No te apures, los dos sabemos que no vas a venir.

—Ya, imagino que no, pero qué quieres que haga. En fin, muchas gracias por esto. Ya te contaré.

—Cuídate, tío —se despidió levantándose y dejando cinco euros encima de la mesa.

PÍLDORAS CRIMINALES

Así se mata en Segovia

BUENAS tardes, días o, más probablemente, noches a todos los oyentes de *Píldoras criminales*. He puesto de fondo la maravillosa *Music for a Forgotten Future* (muy hermanos Cohen) y después sonará lo que dé tiempo de *May Nothing but Happiness Come Through Your Door*, las dos de Mogwai, para siempre el grupo cabecera de este espacio de misterio y true crime.

Soy Jean Ezequiel y hoy os traigo una aproximación sociológica al crimen de Hontoria. Desde distintos lugares del mundo me habéis pedido detalles sobre Segovia y Hontoria que os permitan entender mejor el contexto de aquellos asesinatos. Me he propuesto hacerlo de lo general a lo más específico, de la constante universal al matiz rural. Hay cifras brutales, detalles alucinantes y algunas historias que espero que nos proporcionen el contexto para entender mejor todo. Hoy el programa es un poco más largo, pero creo que tiene sentido. Allá vamos.

Hay grandes zonas de Estados Unidos en las que no se aclaran más del quince por ciento de los asesinatos; ni siquiera más del diez cuando se descartan como sospechosos familiares y conocidos de la víctima. Según datos del Murder Accountability Project, una meticulosa y activa organización sin ánimo de lucro cuyas investigaciones ya han dejado en evidencia al FBI en varias ocasiones, han muerto más estadounidenses por crímenes sin

resolver que soldados en todos los conflictos en los que ese país ha estado implicado desde la Segunda Guerra Mundial.

¿Os parece exagerado? Tened en cuenta que hablamos del país de Samuel Little, condenado en 2003 por estrangular a cuarenta y ocho mujeres, y de quien los expertos sospechan que mató a muchísimas más; del país de los llamados Texas Killing Fields, un área de apenas diez hectáreas en la que se han encontrado más de treinta cadáveres desde inicios de la década de los setenta, la mayoría de mujeres que permanecen en calidad de desconocidas.

Un oyente razonablemente informado dirá que España no es Estados Unidos, y Hontoria, ni mucho menos Texas, que aquí se asesina menos y el crimen se persigue de otra manera, y tendrá razón.

Según el primer informe completo publicado por el Ministerio del Interior a principios de año, en España hubo 302 homicidios en 2015 (último año del que se tienen datos), es decir, 0,6 por cada 100.000 habitantes, la mitad que en Francia y ocho veces menos que en Estados Unidos. «Lo habitual son arrebatos relacionados con conflictos interpersonales entre gente que se conoce, no son sicarios», aseguraba el psicólogo José Luis González, coordinador del informe, en una entrevista publicada en *El País*. Tampoco son psicópatas, ni asesinos en serie, figura que queda tan bien en los titulares, pero que es tan escasa por estas tierras. González insistía en que aquí se resuelven entre el noventa y el noventa y cinco por ciento de los homicidios. En realidad, la cifra está en torno al ochenta por ciento, según un informe de la ya disuelta Brigada de Análisis y Revisión de Casos de la Policía Nacional, que incorporaba datos de casos entre los años 1990 y 2015. En total, 468 muertes sin resolver, un índice muy bajo en términos estadísticos, enorme en términos personales.

Frente a ese casi medio millar de historias desasosegantes, el crimen de Hontoria tiene dos peculiaridades: por un lado, fue muy cruel y, por otro, muy difícil de resolver.

Las tres víctimas perecieron en un estrecho margen de tiempo, masacradas por un atacante decidido, violento y hábil en el manejo

del cuchillo, un atacante que muy probablemente las conocía y había estado antes en la casa. Podemos imaginar el estupor de Joaquín cuando entendió lo que iba a pasarles, el horror de Consuelo, el pánico de Sergio mientras intentaba esconderse, cuando se decidió a salir… Todo lo sucedido tenía un tufo a venganza.

En cuanto a los motivos del crimen, la policía trabajó durante meses con la hipótesis, aplastante desde el punto de vista estadístico, de que el culpable debía de ser una persona del entorno cercano de los Vila Martín.

Pero volvamos a nuestro asunto. Permitidme responder algunas preguntas para explicaros mejor el contexto de este crimen triple.

Primera: ¿En Segovia se mata? Pues poco y cada mucho tiempo. Os doy algunos datos: según el Ministerio del Interior, en Segovia se comete una media de menos de veinte infracciones penales por cada mil habitantes. En Madrid la cifra sube a cuarenta y tres, y en Barcelona, por ejemplo, a cincuenta y cuatro por cada mil. Y esto ha sido así históricamente. En los sesenta tomos de los Estudios Segovianos publicados por la Real Academia de San Quirce entre 1949 y 2018, no hay una sola entrada por las palabras «asesinato» o «crimen», muy pocas por «robo», y creo que coincidiréis en que una ausencia así no puede apuntar simplemente a una falta de interés de los compiladores y sí, más bien, a una realidad en la que el crimen no es, ni mucho menos, el pan de cada día. Y cuando se han producido asesinatos (y los ha habido, desde luego) estos han resultado más o menos previsibles (una vez explicados, claro) y asimilables. Lo que tenemos entre manos rompe con toda esa tradición, descoloca.

Segunda: ¿Cómo es Hontoria? Hontoria no es un punto de la España vacía ni de la España vaciada. De hecho, la población se estabilizó cuando la misma gente que había huido de allí se dio cuenta de que, en el antiguo pueblo, ahora convertido en un barrio de Segovia, podían comprar la casa que estaba fuera de su alcance en la capital de provincia, a apenas unos pocos minutos en coche. El resultado es un lugar feo y sin alma, entre rural y residencial, y con

los males de uno y otro mundo. De hecho, toda la periferia de Segovia está plagada de lugares parecidos.

Tercera: ¿Es Abundio Ruiz un asesino en serie, como han proclamado algunos medios? Según aquella monografía seminal, *Serial Murders, Pathways for Investigations* (algo así como «Asesinatos en serie: elementos para las investigaciones»), publicada por el FBI, para considerar siquiera a alguien como un posible asesino en serie tiene que haber matado al menos a tres personas en tres lugares y ocasiones diferentes. Pero no vale con eso: hay más requisitos que de una u otra manera se han de cumplir; ciertas características, ciertas motivaciones, cierto *modus operandi.*

Supongamos que Abundio Ruiz fuera culpable de todas las muertes de las que se le acusa: la de su vecino, caso por el que fue condenado; la de los Vila Martín, caso por el que está imputado, y la de Elena Valishova (si es que está muerta), caso por el que se le acusó sin pruebas suficientes desde el punto de vista del juez. Lo primero que salta a la vista es que, mientras que en una de ellas, la del vecino, todo apunta a las consecuencias de un carácter explosivo, en las otras dos se podría presumir premeditación y planeación. Las motivaciones no parecen coincidir en los tres casos, y el *modus operandi* es completamente distinto. Abundio Ruiz confesó ante la policía que había tratado de mover el cadáver de su vecino para ocultarlo (cosa que sorprendentemente no se usó en su contra en el juicio), mientras que abandonó sin más los cuerpos de los Vila Martín y, de ser verdad que mató a su pareja, habría hecho desaparecer todo rastro de ella.

Si hay algo que parece estar claro es que Abundio Ruiz no es un asesino en serie; otra cosa es que haya sido él quien mató a los Vila Martín…

Y eso es todo. Espero que haya alguna pregunta menos después de estos minutos, aunque es probable que hayan surgido muchas más. Así son los grandes crímenes que nos cautivan.

Si queréis seguir conmigo la estela de este y otros casos, seréis siempre bienvenidos. Contad con que leeré con atención vuestras

sugerencias y vuestras críticas en Twitter, Facebook e Instagram. Ah, y por favor, compartid y puntuad alto este espacio. Ya sabéis: cuantos más seamos, menos posibilidades habrá de que la verdad siga oculta.

Por mi parte, seguiré preguntando porque esa es la esencia de la verdadera investigación.

Os dejo con *Dial: Revenge*, tema sublime de Mogwai que he elegido inocentemente, sin segundas intenciones, pese a lo que pudiera sugerir el título. Gracias por estar ahí y hasta pronto.

Capítulo 16

«LOS crímenes de los tiempos en que vivimos nos definen y nos condenan», decía David Peace. Esa y otras frases parecidas me venían a la cabeza mientras paseaba largamente por Segovia en busca de aire, calma y claridad. Había pasado ya más de medio año desde que me había propuesto investigar los hechos de Hontoria y seguía sin tener claro qué tipo de crimen había sido, mucho menos cuánto podría definir nuestro tiempo y en qué sentido. Era como si estuviera exigiéndole a la ciudad, y en particular a la ciudad antigua, las respuestas que me faltaban.

La población entera de Segovia cabe en un barrio pequeño de Madrid, pero por eso mismo los prejuicios, las afinidades y los desencuentros adquieren una intensidad mucho mayor: la identidad compartida acentúa lo bueno y lo malo de cualquier sociedad. Sé muy bien lo que quiere decir la gente con eso de «¿Vives en Segovia? Qué bonito, ¿no?». Segovia es espectacular de muros adentro, la zona que el turista conoce, se patea, fotografía y graba. Pero el resto, con sus excepciones, es funcional en el mejor de los casos, una barriada cualquiera de Madrid en miniatura y sin metro. Imagino que le pasa a casi cualquier ciudad monumental: el pacto con la belleza y la tradición se rompe fuera del casco histórico. Esto no es necesariamente malo, nadie puede vivir en un escenario, las ciudades necesitan servicios, sitios cómodos, crecer más allá de las

exigencias de un entorno lleno, en el caso de Segovia, de joyas románicas y con el subsuelo recorrido por la canalización del Acueducto y restos superpuestos de una historia milenaria y compleja.

Tengo varias rutas predilectas para caminar, pero empiezo siempre con el mismo ritual: antes de ponerme en marcha, paso por La Chiquilla a comprarme un bocata de jamón serrano pata negra de la dehesa extremeña, luego vuelvo a atravesar la plaza y, con el estómago lleno y la mente despejada, paso por delante de casa y bajo por Marqués del Arco hasta el barrio de las Canongías y el Alcázar, donde me paro un momento a observar, más allá, la iglesia del Santo Sepulcro, a la izquierda de la alameda, y el monasterio del Parral, a la derecha. Después, dependiendo de las ganas, la temperatura y el tiempo disponible me voy por el camino paralelo al río Eresma, subo a Zamarramala o tiro por la ronda hacia el paseo del Salón y las zonas aledañas al Azoguejo. Esta última fue la ruta elegida la tarde de finales de enero a la que voy a referirme.

Absorto en mis pensamientos, me adentré en pequeñas plazas y calles desiertas de San Millán, el antiguo Arrabal Mayor, un barrio que ya hace tiempo dejó de ser el rincón tétrico y criminal de otra época. Ubicado extramuros y al suroeste de la ciudad medieval, mezcla bloques de cuatro o cinco alturas con una elegante iglesia románica. El recorrido hasta los pies de la muralla es más agradable por la tarde, cuando no es necesario esquivar a los grupos de turistas que van en busca de descanso y refresco un poco más arriba, en la continuación lógica de su camino hacia el parque del paseo del Salón.

Fue entonces cuando me crucé con el fantasma de Joaquín, su vivo retrato, aunque algo más gordo y desmejorado. Al principio no lo vi, pero su cara se me quedó grabada y un instante después reconocí el parecido. Más de una vez había creído encontrarme a Jaime por la calle, pero nunca a Joaquín. Me di la vuelta, aceleré el paso y lo llamé.

—Ignacio, Ignacio Vila. —Su gesto al volver la cara confirmó mi impresión: todavía no me había vuelto loco.

—¿Quién eres?

—Tranquilo, señor Vila, lo he reconocido por las fotos del entierro de su hermano.

—Puede ser, pero no me has dicho ni quién eres ni qué buscas —replicó, y echó a andar de nuevo.

—Me llamo Jean Ezequiel. Soy periodista y he seguido muy de cerca el crimen de su hermano y su familia —expliqué con todo el tacto que pude mientras caminaba a su lado.

—¿Jean? ¿Qué coño de nombre es ese?

—Ya ve.

—¿Otro plumilla? ¿No habéis sacado ya suficiente mierda? —lanzó deteniéndose. Ladeó inadvertidamente la cabeza y dejó ver una enorme cicatriz en su mejilla. Tensó el cuerpo y una gran vena apareció bajo la piel de su cuello.

—No, mire, no es eso.

—Entonces, ¿qué es, si se puede saber? A ver cómo explicas este atraco en plena calle. Qué falta de todo. Por qué no nos dejáis en paz de una puta vez: ya han detenido al loco ese. Se acabó.

—Perdone, solo quería preguntarle por algo que puede que tenga que ver con todo aquello.

—¿Ah, sí? —dijo con la misma brusquedad, pero también con algo de curiosidad que no se molestó en ocultar.

—Verá, me ha llegado cierta información que vincula a Ramona con el fraude de las ayudas a la PAC que la Guardia Civil investigó en 2005.

—Eso se archivó —respondió rápidamente, sin negar que su hermana estuviera implicada.

—Sí, lo sé, pero me preguntaba…

—¡Pues no te preguntes tanto, que estás muy perdido! —me cortó ya casi a voces—. Ahí lo que pasó es que Joaquín necesitaba dinero para la ampliación de la granja por lo de El Corte Inglés y estuvo tentado. Dudaba, y Ramona insistía e insistía, hasta que Consuelo tomó cartas en el asunto y mi hermano se apartó.

—¿Así, tal cual? —pregunté mientras le sujetaba mínimamente el brazo para que no fuera a echar a andar otra vez. Aquel gesto no le gustó nada: estaba perdiendo la paciencia.

—Suéltame. ¿Qué más quieres que te diga, joder? ¿Que entonces fue cuando Ramona empezó su guerra contra Consuelo? Cuánto odio… ¡joder con mi hermana! Pero, vamos, que no sé qué tiene que ver toda esa mierda familiar con que a mi hermano, a su mujer y a su hijo los mataran a lo bestia. Ya son ganas, joder.

—Tiene razón, discúlpeme y buenas tardes —me despedí, y emprendí la ruta de vuelta a casa alucinado con el encuentro.

El día terminó con una sabrosa cena con Eulalia. Como siempre que nos tomábamos una copa de más, alargamos la sobremesa. A veces teníamos charlas más entretenidas que cualquier serie de televisión, a veces no tanto.

—Hoy he ido a la tienda de Clara —empezó a contarme tras acabarse la copa.

Aquel día nos había dado por tomar Cerrosol, un verdejo de Segovia que a pesar de su punto amargo final (o quizá por eso mismo) entraba de maravilla. Como de costumbre, yo había bebido bastante más que mi mujer, pero de todas formas abrimos la segunda botella.

—¿Qué Clara? —dije tan despistado como siempre respecto de su amplio círculo social.

—La que estaba conmigo en el coro del colegio mayor.

—¿La hija de aquel directivo de Caja Segovia?

—Exacto. Me extraña que la sitúes tan rápido.

—Bueno, esta vez no era difícil porque su padre está metido en todos los fregados de la ciudad.

—Ah, ya. Bueno, pero la chica es maja y ha abierto un sitio tremendo aquí detrás, en la calle Velarde. Vende fragancias, aceites, algo de decoración, y tiene mucho estilo, la verdad. Ya ha salido en *Yo Dona*.

—Mmm.

—Mmm, ¿qué? A ver si la pobre tiene que pagar por los pecados del padre.

—Bueno, no, claro, pero igual es más fácil abrir una tienda si tu padre ha recibido una jubilación millonaria de una caja de ahorros arruinada. Ya sabes, esa clase tan española de emprendedores.

—Ya estamos con los discursos. Ni siquiera sabes si ha recibido dinero de él. Además, su padre no era el único que estaba metido en aquello, y es el juez quien tendrá que «dirimir responsabilidades», como suele decirse.

—Eso espero, aunque no te extrañe que se vayan todos de rositas: la Fiscalía Provincial ya ha pedido que se desestimen todos los cargos.

—Pues por algo será.

—O no, precisamente tú sabes bien cómo funcionan muchas veces esas cosas…

—Otra vez con ese rollo no, por favor.

—Ya, perdona. Me he pasado de frenada.

—Mira, ¿qué tal si nos ponemos una serie?

Capítulo 17

MIS INTENTOS por averiguar qué había pasado con el fraude de la PAC y si estaba relacionado, aunque fuera remotamente, con el crimen de Hontoria chocaron con un muro: todo aquello era tan rocambolesco, tan circunstancial, que nadie entendía mi propósito.

Empleé una bonita mañana de mi único día libre entre semana para investigar. Después de siete llamadas al Juzgado de Instrucción n.º 1 y de alguna más a distintas instancias de la Guardia Civil, la contestación más extensa que conseguí fue: «Ya le he explicado que no comentamos casos cerrados, ¿para quién me dijo que trabajaba?», pregunta para la cual carecía de respuesta. No era un detective ni me había contratado nadie, en el periódico no tenían ni idea de que me dedicara a esto en mis ratos libres y no estaba escribiendo un libro ni una tesis.

Y lo peor es que a esas alturas estaba tan obsesionado que no había decepción que pudiera apartarme del camino. Incluso confiaba en mí mismo y en mi capacidad de resolver el misterio, lo cual era casi delirante.

Me quedaba una carta para averiguar si Ramona Vila y Berta Ferrer estaban detrás de todo aquello y de cuánto dinero estábamos hablando, pero tendría que esperar al sábado, a la partida de petanca a la que me había invitado Mariano, para pedirle ayuda.

Una ventaja de la petanca es que se puede jugar casi en cualquier sitio. Mariano me había citado en el parque de la Dehesa, un antiguo erial convertido en un frondoso jardín. Allí, en un costado cerca del muro exterior de la casa cuartel de la Guardia Civil, hay varias pistas de tierra.

Por el camino me compré *El Progreso*, atraído por la foto de portada en la que se veía a un grupo de diez hombres en semicírculo que miraban orgullosos a la cámara. El titular rezaba: «La Orden de los Caballeros de la Capa Española sigue creciendo en Segovia.» En primer plano estaba mi suegro (en las fotos, siempre más corpulento de lo que ya es de por sí) de capa negra con embozo de terciopelo azul. A su lado, el presidente de la Diputación, tocado con un sombrero un tanto ridículo, y más a la izquierda un juez y otro empresario bien conocidos. Los demás eran gente por el estilo. Una rápida búsqueda con el móvil me permitió enterarme de que, a pesar del nombre y las pintas de los miembros, esa organización, al menos en otras ciudades, no era ni mucho menos una logia conspiradora, sino un grupo de amigotes con gustos folclóricos. En Segovia, a juzgar por la foto, la «orden» formaba parte de la parafernalia de un pequeño grupo de poder.

Cuando llegué al límite de las pistas, vi enseguida a Mariano. Estaba concentrado en su jugada, así que esperé bajo el sol de principios de febrero, que caía inmisericorde sobre la arena caliente, tapándome como podía con el periódico. La diferencia de temperatura con las zonas de sombra debía de ser de diez grados. Al parecer, Mariano consiguió algún hito, porque los otros jugadores lo felicitaron y después se fueron no sin antes mirarme como a un bicho raro. Me acerqué.

—Qué calor, ¿no? —le dije por todo saludo.

—Pues quítate algo de todo eso que llevas encima y listo. Joder con el figurín.

—Hombre, si no me protejo y nos pasamos aquí dos horas me voy a poner rojo como una gamba.

—Si ya te digo yo… Bueno, qué, ¿listo para perder?

Jamás había jugado a la petanca y lo primero que aprendí es que es mucho menos sencillo de lo que parece.

—Estás tirando desde fuera de la zona —me dijo Mariano señalando el círculo trazado en la arena.

—¿Qué?

—Que estás fuera. ¿No lo ves?

—Estoy empanado, perdona. Debe de ser el calor. Ya podríamos haber quedado cuando el sol bajara un poco.

Francamente, lo único que quería era hablar con él de mi tema, pero él parecía empeñado en jugar.

—Pero ¿no dices siempre que te encanta madrugar? Además, la jefa quiere que vaya luego a no sé qué leches con ella.

Por suerte, la petanca es un juego perfecto para conversar. Un poco como el golf, pero más asequible.

—Te quería comentar una cosa —dije bajito después de un rato.

—¿Qué dices?

—Que te quería comentar algo —repetí ahora demasiado alto, justo antes de realizar mi primer lanzamiento decente de la mañana.

—Ya me imaginaba. Cuando pones esa cara de hospital, mal asunto. A ver, dispara.

—Verás. Mi colega Antonio Jimeno, el que estuvo hace años en *El Ideal de Castilla*, me pasó una noticia de 2005 sobre un fraude en el cobro de las ayudas de la PAC. La trama estaba centrada en Hontoria y Revenga y, alucina, Ramona Vila y Berta Ferrer estaban implicadas, aunque la nota solo citaba sus iniciales. En todo caso, Ignacio Vila me confirmó que su hermana estaba relacionada de algún modo, pero he estado llamando a la Guardia Civil y al juzgado que llevó el caso y no he rascado nada.

—Eh, eh, eh, espera. A ver, más despacio. ¿Qué juzgado era y por qué me suena a chino?

—Era el de Instrucción n.º 1 de Segovia, y no se sabe nada porque solo salió en ese diario local que, además, lo borró de su web cuando el juez vio que un formalismo jurídico invalidaba las pruebas y cerró el caso antes de abrirlo. A mí me parece demasiada

coincidencia, una cosa del estilo del asunto del colgante de Consuelo que encontraron en la moto de Jaime.

—Bueno, parece una cagada similar a esa, pero para el carro.

—Reconozco que es un tiro a ciegas, pero he averiguado que aquel asunto motivó un pleito entre Ramona y Consuelo cuando esta última impidió a su marido participar. Y era mucha pasta. Igual ese trapicheo no solo molestó a Consuelo y, como dice mi colega Antonio, molestaron a quienes no debían.

—Mucho flipado periodista veo por aquí, pero pocos hechos, pocos argumentos sólidos. ¿Y lo de la noticia borrada? Porque supongo que no es tan fácil.

—No lo es ahora, pero en 2005 no se anduvieron con muchos miramientos.

—¿Y lo del hermano de Joaquín y Ramona? No me vas a decir ahora que te presentaste en su casa, ¿verdad? Porque es una bestia de cuidado.

—¡Qué va! Me encontré con él por San Millán y como es tan parecido a Joaquín…

—Sí, es que vive por ahí. En Madrid no habrías tenido tanta suerte, ¿eh? Para que luego digas.

—Calla, que no sé ni cómo me atreví —dije ya mucho más suelto, aliviado al ver a Mariano relajado—. Yo creo que estuvo a punto de saltarme los dientes.

—¿Y qué se supone que puedo hacer yo? Te advierto que no tengo muy buenos contactos entre los verdes.

—Tú eres todo bonhomía, Mariano, seguro que tienes buenos contactos en todas partes. Se trataría de averiguar si hay alguien indignado con ganas de contar algo más.

—Ya. Así de fácil, ¿verdad?

—Así de fácil. Por cierto, has perdido —lo advertí mientras dirigía mi mirada a la pista de arena, donde dos de mis bolas reposaban cerca del objetivo sin haber sido alcanzadas por las de Mariano.

—La madre que te parió —repuso él con cara de incredulidad.

Tardé dos semanas en conocer los resultados de las pesquisas de mi amigo, que se había ido al pueblo de su mujer unos días. Mariano tiene una reticencia pertinaz a hablar de ciertas cosas por teléfono, no porque alguien vaya a estar espiándolo, sino porque es un tipo de los de antes y prefiere decir las cosas en persona, a la cara.

Quedamos en el bar Norte, no lejos de su casa, donde, tras sellar su quiniela en la ventanilla dispuesta a tal efecto al lado de la barra, me confirmó la historia de Antonio paso a paso: Ramona y Berta habían sido detenidas en aquella operación. Todo indicaba que había mucho dinero en juego, pero el fraude debía de ser complicado y ni siquiera empezaron a investigar en serio. Nunca pudieron comprobar nada. Puede que la pasta fuera a parar a manos de quien sea que había organizado la trama y que simplemente utilizaba a esas dos señoras, puede incluso que se la quedaran ellas, pero en ese caso habían sabido gastarlo con cuidado.

—Ah, y esto te va a gustar —agregó Mariano—: el juez es amigo de tu suegro.

—No fastidies. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo un guardia civil al que le hablé de ti en confianza. Da la casualidad de que sale a cazar con ellos.

—Imagino que el tipo ya habrá ido a contarles todo a sus compañeros de caza para ganarse su favor.

—Pues no lo sé, pero no podemos hacer nada al respecto. Y, además, ¿qué importa?

—Tú no conoces a mi suegro, Mariano.

Dos días después, el policía jubilado venció sus manías y me llamó. Quería contarme algo que en un primer momento le pareció una tontería, pero que podía tener interés: otro guardia, que era novato en la época del supuesto fraude, le había contado, casi de pasada, cómo poco después del cierre del caso alguien llamó a la Guardia Civil para que se personara en el chalet que Berta Ferrer tiene en Revenga, donde se estaba celebrando una fiesta por todo lo alto. El motivo de la denuncia no era el ruido de los altavoces ni las luces tipo feria de abril, sino el escándalo, los gritos y los insultos que un vecino había oído desde la propiedad colindante. El guardia,

ahora cabo y esposo de una compañera de clases de punto de cruz de la mujer de Mariano, le dijo que cuando llegó todavía seguía la gresca, y que Ramona, bastante borracha, no paraba de insultar a Consuelo, de sacarle los colores a su hermano y de ponerse en evidencia. Una vez calmada la cosa, nadie quiso poner denuncia. Ya se sabe, los trapos sucios se lavan en casa.

Era muy poco, pero confirmaba que entre los Vila Martín, una familia tranquila y bien avenida en apariencia, anidaba el odio.

Capítulo 18

EL ORDEN, el sistema y el rigor son barreras eficaces contra el caos en una investigación, pero no evitan que la obsesión crezca en el interior de quien investiga. Buscar casos similares al de Hontoria y encontrar coincidencias con otros crímenes me ocupaba mucho tiempo y, hasta donde conseguía ver, me ayudaba más bien poco. Tenía miedo de que la búsqueda de la verdad dejara paso a la mera afición, o incluso al morbo.

Una tarde me encontraba en mi despacho, centrado en una buena pila de casos sin resolver bajo la mirada protectora del señor Delon, cuando sonó el teléfono. Era mi primo Bernardo con una propuesta que me pareció completamente absurda, pero que acepté con tal de plantarme de nuevo en Hontoria y dejar de perder el tiempo entre papeles.

Quien no haya visto nunca una matanza del cerdo no se puede imaginar la cantidad de sangre, los ruidos y el olor que genera todo aquello. Al animal, de unos ciento cincuenta kilos, tras matarlo, se lo cuelga de un gancho para desangrarlo y hacer morcilla. Se puede sentir el calor que desprenden los cubos mientras las mujeres baten para que no coagule. A esas alturas del rito, yo ya estaba haciendo enormes esfuerzos para aguantar el asco y no vomitar allí mismo, en medio del campo. Los familiares y amigos de los anfitriones, que observaban todo aquello en un ambiente festivo, me miraban con

curiosidad (se conoce que estaba muy pálido, casi verde), no sé si alguno me reconoció de mis anteriores andanzas por Hontoria.

—¡Vaya flojeras estás hecho! —me soltó Bernardo con una carcajada.

Me enteré de que las pocas familias que mantienen la tradición de la matanza suelen celebrarla a finales de febrero. Esa era algo tardía, lo que solo aumentaba mis dudas acerca de las razones que podía haber tenido para invitarme, sobre todo por cómo había terminado nuestra última cita.

—No me extraña que estas cosas ya no se hagan —le dije a mi primo con un sabor horrible en la boca.

—Pero ¡qué dices, macho! No se hace porque se han puesto muy tontos y exigentes con el rollo sanitario y ahora no puedes trasladar al marrano muerto, ¡y ponte tú a mover un bicho vivo de este tamaño en un coche o en una furgoneta! No lo cuentas. Por eso ahora se reserva a quienes tienen ganado en casa. No es porque a la gente le dé asco, eso es cosa de remilgados como tú.

—Ya, pues si me has traído para verme sufrir lo has conseguido.

—Tú calla y atiende. Ya entenderás qué haces aquí.

El cerdo estaba tumbado boca arriba en un banco de madera y varios hombres se afanaban en chamuscarle la piel y quitarle todos los pelos. Uno aplicaba el soplete, otro agua muy caliente para ir limpiando y otros dos rasuraban con cuchillos. Yo tenía metido el olor a chamusquina en la garganta, pero nadie más se inmutaba. Después, el matarife, con un cuchillo extremadamente afilado, aunque no muy largo, de mango de plástico y hoja de acero al carbono (esto lo supe después) abrió en canal al animal y dividió las dos papadas. Pasó entonces a disponer de la cabeza. El crujir de los huesos se podía oír de lejos, pero lo peor fue lo de la enorme lengua. Según iba cortando, las distintas partes del animal iban cayendo en uno de los cubos de plástico preparados para ello. Pese a las náuseas, me fascinaron la habilidad y la precisión con las que el matarife manejaba el cuchillo: no le tembló el pulso ni siquiera cuando tuvo que cortar cerca de los intestinos, operación que podía arruinar toda la carne en caso de error.

—Alucinante, ¿eh? —comentó Bernardo.

—Pues sí. Es asqueroso, pero no puedo dejar de mirar. Qué crack con el cuchillo es este tío.

—Ya te digo. Se llama Manolo Fernández y es matarife desde los dieciséis. Lo aprendió de su padre y él es el último de una larga estirpe. Se ha ido a vivir a Extremadura porque aquí la cosa va mal y no hay mucho trabajo, pero viene en esta época a ayudar a algunas familias amigas.

—Entiendo.

—Quieres decir que sigues sin saber qué coño haces aquí, ¿no?

—Correcto.

—Bueno, pensé que igual te interesaría verlo y saber que solo hay una mujer matarife en toda la región: Ramona Vila. Y su alumno aventajado es Jaime, o al menos lo era, pese a que a su madre no le gustaba nada que dedicara su tiempo a estas cosas.

—Pues me lo podrías haber contado y ahorrarme el espectáculo.

—Ya. No sé, te vi muy perdido la otra vez, y luego me dieron el enlace de tu pódcast y se me ocurrió que a lo mejor podías sacarle jugo a esta experiencia para que la próxima vez hables con conocimiento de causa.

—Gracias, es todo un detalle.

—Ya ves, la gente de pueblo no es tan mala como tú crees.

—¿Te dejas invitar a una cerveza?

—Creía que no ibas a decirlo.

Capítulo 19

TRAS la experiencia de la matanza del cerdo, procuré centrarme en el trabajo, pero siempre a la espera de alguna novedad sobre el caso, contando las semanas para el juicio a Abundio y mirando una y otra vez el correo electrónico del periódico, el del pódcast y mi correo personal de Gmail, adonde me llegaban las alertas de Google diseñadas para no perderme nada: «triple asesinato», «triple crimen de Hontoria», «Jaime Vila», «Abundio Ruiz», y así hasta una quincena de términos y combinaciones. Todos los días expurgaba mi buzón de entrada en busca de algo, pero me quedaba con las manos vacías. Leía las pocas notas y análisis que aún se dedicaban al tema y que, en el noventa y nueve por ciento de los casos, no aportaban nada y terminaban en la basura. Tampoco funcionaron mis rondas de llamadas a distintas fuentes policiales: el tema era tierra quemada, y más con la perspectiva desde la que yo pretendía abordarlo.

Pero al final mi paciencia tuvo recompensa, si bien no por la vía prevista. Una tarde, con la actualidad en estado comatoso, volví temprano a Segovia para dar un paseo con la familia antes del anochecer. Mi idea era aprovechar la media hora escasa en el tren para dejar el trabajo terminado, repasar las notas del último caso con el que estaba y el informe que había preparado para la reunión de temas de la mañana siguiente. Se trataba de la muerte de un

hombre hallado en su casa de Carabanchel el 24 de febrero con veinte puñaladas repartidas por todo el cuerpo. No habían robado nada, no tenía antecedentes y nadie había forzado la puerta. Por entonces, los homicidios habían descendido todavía más en Madrid (de por sí una de las capitales más seguras de Europa), y por eso mismo había más tiempo para ocuparse de casos como aquel. Sin embargo, Juan Gómez no me lo había encomendado por eso, sino porque había reconocido enseguida las similitudes con el crimen de Hontoria. De todas formas, me advirtió que no podía descuidar mis tareas en la redacción «para andar jugando a los detectives». Si no conseguía nada claro, me vería obligado a pasar página en breve.

Bajé como siempre por las escaleras de la redacción y atravesé el aparcamiento hacia la salida trasera del edificio, la más próxima a la parada de metro. Al sacar los guantes de los bolsillos delanteros del Barbour, un papel doblado varias veces y sujeto con una goma salió volando. Lo cogí y me lo guardé hasta que encontré un lugar despejado y ajeno a miradas inquisitivas. Me sentía un poco ridículo, pero esa sensación se evaporó cuando lo desdoblé y lo leí. Estaba escrito en ordenador:

> *¿Sabe quién es Ángel Bico? Amigo de Jaime, veinte años cuando mataron a los Vila Martín, una breve declaración y unas cuantas líneas en el sumario… Pues bien, no se deje engañar. Mire debajo de las alfombras. Ángel Bico, veintidós años ahora, policía nacional en Segovia. Participó en el registro de la casa de Abundio y ¿se imagina quién le dio a Antena 3 las imágenes exclusivas del interior de la vivienda de ese tipejo que ciertamente se merece lo peor? En fin, hable con él e igual empieza a entender algo.*
>
> DAVE TOSCHI

El resto del folio estaba ocupado por una foto de un policía nacional de uniforme. Muy joven, pelo y ojos claros, cara angulosa. Me sonaba, aunque no sabía bien de qué. ¿Quién me habría hecho llegar aquella nota? ¿Alguien de la redacción que quería que se

investigara el tema? Una información de tal nivel solo podía manejarla Julio Palacios y, en el caso altamente improbable de que decidiera compartirla conmigo, nunca se haría el misterioso de esa manera. ¿Un policía que había usado a algún compañero de la redacción, del bar, del servicio de limpieza o a alguien de la paquetería para hacerme llegar el mensaje en algún momento de distracción? Incluso podría tratarse de una de las personas que no quisieron hablar conmigo por teléfono. Quienquiera que hubiera sido, conocía mi fascinación por *Zodiac* y me había hecho un guiño en la firma. Tenía un nuevo aliado salido de la nada, alguien que no me veía tan desencaminado.

Di por perdido el caso del apuñalado de Carabanchel y me encerré en el despacho ya bien entrada la noche, abrí la caja con los documentos de Hontoria, cogí la carpeta de las imágenes y me puse a escrutarlas. No tardé en encontrar lo que buscaba: fotos de Ángel Bico como personal de apoyo de la UDEV en el registro de la casa de Abundio Ruiz. Las miré una y otra vez. Muchas eran pantallazos de la televisión, parte de las imágenes exclusivas filtradas por el propio Bico, siempre según mi fuente. Decidí recurrir a las imágenes de vídeo en la web del canal. No se veían mucho mejor porque la marca de agua para evitar que otros se aprovecharan de la exclusiva se difuminaba con el movimiento y creaba un efecto molesto. Me armé de paciencia y fui parando el vídeo e imprimiendo las imágenes.

—¿Por qué no juegas a las siete diferencias? —me sugirió Eulalia desde la puerta acristalada del despacho—. Siempre has sido bueno y lo mismo sacas algo en claro —añadió. Estaba guapísima con uno de mis pijamas.

—Uy, sí. Gracias —respondí.

—No te quedes hasta muy tarde —se despidió en susurros mientras cerraba la puerta.

Me tiré al suelo y puse todas las imágenes en orden cronológico. Después, rodeé con un círculo rojo los objetos de cada escena y con uno azul a los allí presentes. Una flecha fluorescente marcaba la posición de Abundio Ruiz en cada momento. Durante el registro, la

comitiva pasaba varias veces por distintos lugares, como las escaleras de entrada o la puerta del garaje, y aspiraba a obtener algo de ahí.

En un primer momento no vi diferencias en la disposición de cada objeto; sí en el sitio que ocupaban policías, secretarios judiciales y el acusado, pero nada sustancial. Volví a la carga y miré objeto por objeto. Entonces noté algo: una de las grandes macetas negras de la entrada parecía cambiar de un momento a otro, su superficie se volvía más uniforme, como si alguien hubiera cogido un objeto y lo hubiese puesto delante, camuflándolo en aquel gran fondo negro. El cambio era mínimo, así que el objeto tenía que ser más o menos pequeño… «como una bolsa negra», pensé con el pulso acelerado.

Me levanté de un impulso, pero sufrí un vahído y tuve que sujetarme a la mesa, respirar hondo, calmarme. Las rodillas me ardían por haber estado hincado en el suelo. De la caja de cartón oculta bajo el escritorio saqué un gran fichero con partes del sumario del caso: allí estaba el acta de registro de la casa de Abundio, un documento ampliamente difundido por la policía en su momento. Busqué el lugar donde se había encontrado la bolsa con las llaves. Yo acababa de verla en una foto, pero cuando la policía dio con ella estaba en otro sitio. Volví a sentir una especie de mareo, pero bien distinto al de antes. Parecía que por fin había dado con algo.

Capítulo 20

HABÍA quedado con Ángel Bico un sábado por la tarde en la estación de autobuses al otro lado de la comisaría. Me parecía un sitio raro, pero Mariano había organizado el encuentro a través de un colega suyo, ahora superior de Bico, y no quería quejas ni complicaciones. Quizá aquel policía no deseaba que lo vieran conmigo y aplicaba la vieja táctica de esconderse a plena vista, entre turistas que volvían a Madrid y habitantes de los pueblos de la provincia apresurados por coger el último autobús del día. O a lo mejor era tonto, quién sabe. En una esquina del edificio había una terraza llena de gente a pesar del frío.

Vi llegar a Bico con los andares inconfundibles de un joven de veintidós años encantado con su cuerpo musculado. Parecía algo agresivo, orgulloso y desconfiado, lo que debía de ocultar cierta inseguridad interior. Me hizo una seña y comencé a caminar a su lado. No se tensó ante los tanteos con que suelen empezar las conversaciones entre desconocidos, pero en cuanto entramos en materia se cerró en banda.

—No sé si sabías que soy amigo de Jaime —dijo para frenar mis preguntas.

—Sí, claro. Leí tu declaración en el sumario. Tuvo que ser muy duro para todos vosotros.

—Déjate de historias. Sé quién eres y a qué te dedicas. Estoy aquí porque me lo ha pedido mi jefe, aunque no entiendo qué pretende con esto, pero antes de venir he escuchado tu pódcast. ¿Qué se te ha perdido a ti en todo esto? ¿Por qué tienes tanto empeño en llevar la contraria?

—Fuiste personal de apoyo de la UDEV en el registro de la casa de Abundio Ruiz, ¿verdad?

—Sí, ¿y qué?

—No sé. He mirado muchas veces las imágenes de aquel día y creo que hay algo raro.

—Y a mí qué me cuentas.

—Bueno, estabas allí.

—Yo y mucha más gente, pero raro como qué.

—Raro como una bolsa negra, igual que aquella en la que encontraron las llaves, que estaba delante de una maceta y finalmente apareció en el garaje, pese a que Abundio ha negado siempre que fuera suya.

—No sé de qué me hablas, y Abundio es un mentiroso y un chalado.

—Sé que fuiste tú quien filtró las imágenes a Antena 3 —lancé para tratar de acorralarlo.

—Esta conversación se termina aquí —remató, y se alejó dando grandes zancadas.

Habíamos andado en círculo y seguíamos cerca de la comisaría. Me quedé allí parado y lo vi volver al edificio. A los dos minutos, salió del aparcamiento una furgoneta, y detrás, Bico… en un Audi A3 con matrícula 2803 BHL.

Aquello no podía ser una coincidencia. Tenía que volver a hablar con él como fuera, conseguir que respondiera a mis preguntas. Si no tenía relación alguna con el crimen de Hontoria, debía explicarme lo del coche, el mismo que salía en las cámaras del cuartel, y si había manipulado pruebas para cebar la causa contra Abundio Ruiz, necesitaba confirmarlo.

El siguiente paso era esencial, y no quería precipitarme. Descarté seguirlo en taxi como había hecho con Jaime y llamé a Mariano para pedirle que me consiguiera su dirección. Se negó («Olvídate de toda esa historia y quedemos pronto para comer y hablar», me dijo antes de colgar), pero no me costó mucho averiguarla a través de un funcionario. «Si cincuenta euros me separan de un dato esencial, bien pagados están», me decía una y otra vez, consciente de lo triste que es ir convirtiéndose en lo que uno aborrece. Además, me había ahorrado otros cincuenta por aceptar que me diera solo el número de la finca y no el del piso.

Ángel Bico vivía con su hermana, profesora de nocturno en un instituto, en un modesto piso en la plaza de Santa Eulalia, frente la portada del siglo XV y los muros semiderruidos de la Casa de los Hermanos Buitrago, comuneros y capitanes de Juan Bravo. Supuse que tenía el domingo libre y me apoyé en la pared para esperar. Aquel proceder había sido desastroso para mis intereses en el caso de Jaime, pero no veía otra opción.

—¡Tú otra vez! ¿Qué coño quieres? —me gritó nada más salir del portal.

—Necesito hablar contigo, Ángel —dije alzando la voz para que me oyera a la distancia, usando su nombre de pila por primera vez —. Sé que tu coche sale en las grabaciones de las cámaras del cuartel de la Guardia Civil camino de Hontoria la noche del 6 de agosto de 2016.

Estaba sorprendido y no podía ocultarlo. Miró a derecha e izquierda y cruzó la calle.

—Pero qué dices, tío.

—La matrícula y el modelo coinciden. ¿Lo conducías tú o se lo dejaste a tu amigo Jaime para ir a Hontoria? ¿Sabías lo que iba a hacer? —Antes de que me diera cuenta, tenía la espalda contra la pared y a Ángel encima, cogiéndome del cuello. En un rápido movimiento, sacó mi móvil del bolsillo de los pantalones y lo despedazó contra el suelo.

—¿Me estabas grabando?

—No —dije con la garganta.

—Bueno, ahora ya da igual. Vamos a dejar unas cuantas cosas claras tú y yo y a dejarnos de jueguecitos de periodistas.

Un puñetazo en el estómago hizo que me doblara y le liberó de la necesidad de sujetarme.

Un señor que paseaba un caniche cruzó con disimulo a la otra acera; en el parque, dos niños dejaron de jugar al fútbol para asistir en primera línea al espectáculo. No había nadie más a esa hora de la mañana por la calle.

—Igual era algo más que un simple espectador en aquel registro. Igual planté alguna prueba para que mis compañeros se llevaran una alegría al encontrarla. Al fin y al cabo, todos estábamos dispuestos a creer cualquier barbaridad sobre el cabrón ese. Igual ayudé a que esa escoria no volviera a ver la luz del sol. Pero va a ser siempre tu palabra contra la mía.

—¿Y todo eso para ayudar a un amigo? —pregunté como pude, todavía con el aliento entrecortado.

—Joder, tío, no te has enterado de nada —me dijo ya de espaldas, camino a casa.

RADIOESCUCHA

13 dE marzo de 2018

LOCUTOR: *RadioEscucha* en Radio Segovia. Más de veinticinco años siendo el portavoz de sus desdichas. Al habla Paco Gilsanz. Dígame.

OYENTE: Buenos días, Paco, ¿qué tal?

LOCUTOR: Bien, gracias, cuénteme.

OYENTE: Me puedes tutear, Paco, que podría ser el nieto de todas esas viejas que llaman todos los días.

LOCUTOR: Bueno, pues cuéntame, joven radioescucha.

OYENTE: Pues nada, que aquí en el barrio del Cristo del Mercado, en la calle Doctor Víctor Sanz Gómez, hay unos agujeros en el asfalto que flipas.

LOCUTOR: Tomamos nota y se lo pasamos a Urbanismo.

OYENTE: Ya, gracias. Ah, y otra cosa, ya que estamos. El otro día salió lo del crimen de Hontoria en *El País*, en una lista de los crímenes sin resolver más famosos de España. Ya ha pasado año y pico y vosotros ni mu, cuando todo el mundo sabe quién fue. Pero que pague alguien, quien sea, es lo único que os importa, ¿no? Venga, un abrazo.

Capítulo 21

AL DÍA siguiente escribí al jefe para decirle que no me encontraba bien y me quedé en Segovia. Eulalia se limitó a levantar una ceja cuando se lo dije. Me pidió que la pusiera al día y le relaté una versión edulcorada de los hechos de la jornada anterior para después asegurarle que mi plan era volver a casa tras dejar a Gabriela en el colegio y preparar la siguiente emisión del pódcast. No era del todo cierto, pero se fue al hospital tranquila, demasiado atareada, quizá, para darse cuenta de las fisuras de mi historia, quizá consciente de mis mentiras, pero dispuesta a darme margen.

Me duché mientras la niña desayunaba, me apliqué pomada antiinflamatoria en el cardenal de la tripa y me puse mi disfraz de agente federal: un tres piezas azul oscuro, casi negro, camisa blanca y corbata granate. La idea era ir a entrevistar a la hermana de Ángel Bico. Era profesora por la tarde noche, por lo que casi seguro estaría en casa por la mañana. Eso sí, el plan solo funcionaría si Ángel se iba y ella colaboraba.

Volví a la plaza de Santa Eulalia y me planté allí sin sombrero delator y oculto tras un libro, atento a las idas y venidas en el portal de los hermanos Bico. Ángel salió pasadas las diez con una bolsa de deporte en la mano. No había manera de saber si iba al gimnasio o al trabajo. Aproveché la salida de otra vecina para colarme sin llamar al portero, miré los datos en el buzón de latón situado bajo la

escalera y lo fie todo al efecto sorpresa en la puerta del segundo B. Patricia abrió enseguida, extrañada. Quizá esperaba a alguien, pero ya no había marcha atrás. Me presenté como un compañero de su hermano y ella supuso que era de asuntos internos, o un funcionario con alguna misión administrativa, y no pidió ningún tipo de prueba sobre mi identidad. Había superado el momento más complicado.

—Yo soy Patricia, la hermana de Ángel. Ha salido y no viene hasta la hora de comer. Pero pase. ¿Quiere algo de beber? —me dijo algo atropellada.

—Un café, si es tan amable. Muchas gracias, Patricia.

Estábamos en un salón pequeño pero coqueto, unos estores de lino filtraban la luz de la ventana. Nos sentamos en dos sillones de orejas y vi que encima de la mesa, junto a la bandeja con el café, descansaba un ejemplar de *Un asunto tenebroso*, de Balzac.

—Gran libro, una de las primeras novelas negras —dije torpemente para tratar de romper el hielo.

—¿A qué ha venido? —me cortó.

—El coche de su hermano ha salido en una investigación —comencé a decir con cuidado—. Es probable que no sea nada, pero tenemos que descartar algunas cosas.

—No lo entiendo —murmuró—. Ángel es un joven nervioso, pero también un buen policía, como usted sabrá. Ya ha dejado atrás aquellos arrebatos —añadió. Estaba claro que temía que ese momento llegara, pero por algo que no tenía nada que ver con los crímenes de Hontoria.

—No estoy aquí por esos arrebatos. Mire, Patricia —dije incorporándome un poco—, supongo que está al corriente del triple crimen de Hontoria. Pues resulta que el coche de su hermano sale dos veces en el registro de otras tantas cámaras situadas en el itinerario que Jaime Vila tendría que haber seguido para ir a Hontoria y matar a su familia en 2016.

—¡¿Cómo?!

—Que el coche de su hermano sale…

—Le he entendido —me interrumpió de nuevo—. ¡Pero qué cosas dice! Primero, sabrá mejor que yo que Jaime ha quedado libre de

toda sospecha y que el culpable está en la cárcel. Y, segundo, aunque Ángel y Jaime eran muy amigos, mi hermano no le habría prestado el coche, ni a él ni a nadie. Es su capricho, un trasto tuneado de segunda mano en el que se ha dejado mucho dinero, como si nos sobrara, ¿sabe? Si sale en las cámaras, lo conducía él. No lo dude.

Me quedé de piedra: lo que me decía aquella joven tenía sentido. Parecía que esa vía se cerraba, aunque para estar seguro tendría que ser el propio Ángel quien me lo dijera. Sentí que todo aquello era como un laberinto. Me faltaba la respiración y el cuello de la camisa me ahogaba justo a la altura donde aquel policía fuerte y fuera de quicio me había agarrado el día anterior. Pedí, como pude, un vaso de agua para ganar algo de tiempo. Patricia se levantó y me dejó solo en el saloncito. Mi mirada se posó entonces en una foto dispuesta sobre un tapete de ganchillo. Los dos hermanos abrazaban a una mujer a la que reconocí al instante: Elena Valishova.

—¿Es su madre? —le pregunté mientras aceptaba el vaso de agua y mostraba mi agradecimiento con una inclinación de cabeza.

—No, pero como si lo fuera. Mis padres le dieron trabajo cuando llegó a España y ella nos crio después de que murieran en un accidente. Se dejó la piel para dárnoslo todo. Luego, de una manera que nadie comprendió nunca, se enamoró del desgraciado de Abundio Ruiz y eso le costó la vida, digan lo que digan y aunque no haya sido condenado. Lo pasamos muy mal y Ángel no se ha recuperado, la quería mucho.

De repente estaba todo dolorosamente claro. Ángel había aprovechado su presencia en los registros para plantar pruebas contra Abundio por pura inquina personal, como venganza, para que pagara aunque fuera tarde, y en otro caso por la muerte de la mujer a la que consideraba su madre. Aquello reforzaba mi idea de que la acusación contra Abundio era una falacia.

—Bueno, creo que ya la he molestado suficiente. No es necesario que le diga nada a Ángel, esto no va a ninguna parte.

—No se preocupe —dijo aliviada, aunque con un matiz de sospecha en la voz. Me acompañó a la puerta para acelerar mi

marcha.

Capítulo 22

LA PRIMAVERA se presentó sin aviso previo a principios de abril, justo a tiempo para conocer la fecha del juicio contra Abundio Ruiz, que se celebraría en Segovia a finales de mes. Acostumbrado a una justicia lenta, me parecía todo muy acelerado, pero me bastaron unos minutos para saber que la media en las audiencias provinciales para asuntos penales era de tres meses.

Repasé mentalmente todo lo que había ocurrido en las últimas semanas y me felicité por mis progresos. Tras la detención de Abundio, conseguí vincular a Ramona con una trama de malversación de ayudas agrarias; descubrí que Ángel Bico, un policía amigo de Jaime, había plantado pruebas contra él; pagué por una dirección, mentí a una profesora bienintencionada y me aproveché de su cariño por su hermano para conseguir pruebas. «Pero todo eso no sirve de nada si no ocurre un golpe de suerte que me ayude a acabar de desentrañar este asunto», pensé, pero me corregí enseguida: no era el azar lo que me había llevado hasta ahí, no fundamentalmente. Sabía que me habían utilizado, que no era una casualidad que ciertos indicios hubieran llegado a mis manos.

El correo que recibí el viernes 13 de abril era una nueva demostración de esto último. Procedía de una cuenta creada en 10 Minute Mail (anónima, imposible de rastrear y que se autodestruiría pasado ese tiempo), y contenía un código QR seguido de un

pequeño texto: «Ve allí mañana cuando haya anochecido. Lleva una pala. No digas nada a nadie. Tu discreción será recompensada.»

Cogí el móvil y abrí al instante el código QR no fuera a caducar. Mientras intentaba comprender lo que era, Juan Gómez me interrumpió gritándome desde su despacho:

—Ezequiel, ¿ya hay algún plan para dar seguimiento al juicio contra Abundio Ruiz en la web?

—Eeeh, no, todavía tenemos que hablar con Palacios y decidir qué hacemos.

Apareció en la puerta y se quedó apoyado contra el marco.

—Bueno, no nos durmamos, que quedan diez días. Yo lo veo claro: tú el directo y él la crónica para web y papel. No tenemos fotero en Segovia ni pasta para un colaborador, así que sacas tú las fotos. Busca cosas especiales, que para planos generales ya tengo a EFE.

—Vale, concretamos el lunes con Palacios, si te parece.

—De acuerdo. ¿Con qué andas ahora que estás como en la luna? Es la primera vez que te menciono algo relacionado con el rollo de Hontoria y no pegas un bote. No vaya a ser otro caso como el del apuñalado de Carabanchel, no me jodas. Menuda pérdida de tiempo al final.

—Tranquilo, Gómez, no ando con nada importante entre manos. Solo esperando el gran día del juicio final contra Abundio Ruiz.

—No te hace ninguna gracia que lo hayan pillado, ¿verdad?

—Bueno, es que tengo mis dudas.

—¿Y en qué te basas para decir eso? No vas a saber tú más que los polis.

—¿Qué polis? ¿Estos o quizá los de la Operación San Frutos?

—Muy listo. Ya me entiendes. Y, además, eres tú quien se trata con ellos, así que tú sabrás. Pero ¿qué? ¿Tienes algo nuevo sobre el caso o no?

—Varias cosas, pero pendientes de sustanciar.

—Espero que no hayas dedicado ni un minuto del tiempo que te pago a eso.

—Bueno, algún rato muerto por ahí nada más —le mentí con una sonrisa equívoca—. Y no me pagas tú, sino los dueños del barco.

—No digas tonterías, sabes que me molesta.

—Tranquilo, solo es que me interesa mucho el caso y no veo claras las conclusiones de la policía.

—Harías bien en recordar que esto no es una novela de esas que te pasas el día leyendo.

—Ya lo sé. Si lo fuera, todo cuadraría mejor.

—Anda, dale una vuelta a los teletipos a ver si se nos escapa algo.

—Marchando.

A pesar de que los viernes estaba prohibido hablar de trabajo, tanto si salíamos como si pedíamos algo para cenar en casa mientras veíamos una serie, Eulalia me notó tenso, acelerado, distinto. Cuando rechacé una segunda cerveza me preguntó qué me ocurría y yo le conté que tenía algo al día siguiente por la tarde noche que podría dar la vuelta al caso justo antes del juicio contra Abundio Ruiz. Como de costumbre, Eulalia captaba significados de mis gestos y reacciones que escapaban a mi propio entendimiento. Mi inseguridad no ayudaba nada y mentí cuando me pidió detalles, algo cada vez más habitual. «Una mentira piadosa», me decía para tranquilizarme.

El sábado me pasé el día inmerso en mis asuntos y distraído de todo lo demás. Eulalia tuvo que irse sola con la niña a la comida en casa de mis padres. Me prometí compensárselo y, a las ocho y media, salí de casa y me dirigí al Acueducto para coger un taxi. La localización del mensaje indicaba un punto detrás del Parador Nacional, en la finca del caserío del Terminillo, en La Lastrilla. El taxista, poco hablador, me dejó tiempo para pensar y agobiarme. ¿Qué había allí escondido? ¿Tendría que cavar mucho con la estúpida pala plegable que había metido de cualquier manera en la mochila? Al lugar solo se podía acceder a pie, así que le pedí al taxista que me dejara en la puerta del hotel, al final de la cuesta. Anduve unos cuantos metros alumbrándome con la linterna del móvil y divisé un almendro negro y seco junto a un trozo de cerca

derruido. Me subí y observé el panorama desde aquel punto privilegiado. Era luna nueva y las luces de la ciudad destacaban con fuerza. A mis pies tenía la catedral, a un lado, y el Acueducto, al otro, y aquí y allá el perfil discontinuo de la muralla, pero no conseguí disfrutarlo. Por otra parte, de no haber estado tan ensimismado aquel lugar me habría dado miedo. Las viviendas y el espacio para ganado de aquel vetusto caserío, abandonado por la marquesa que lo habitó hasta 1936, se encontraban en la ruina. El punto exacto donde tenía que cavar se situaba en medio de un patio rodeado a duras penas por un muro de piedra. Me puse en marcha y enseguida tuve que quitarme el sudor de la cara con la manga de la camisa. No había llevado guantes y mis manos, poco acostumbradas al trabajo físico, empezaron muy pronto a pagar las consecuencias.

En ningún momento se me ocurrió reflexionar sobre si Jaime era el tipo de criminal sofisticado que esconde las pruebas lejos del lugar del delito, o si incluso habría guardado a propósito algo que lo incriminara, como hacen algunos. Tampoco sobre cómo era posible que alguien supiera eso, ni por qué iba a hacerme partícipe precisamente a mí. Solo pensaba en cavar. Al medio metro toqué una bolsa de plástico. Excitado, terminé de sacarla con las manos y, antes de abrirla, me quedé paralizado. Creía haber oído risas, pero era imposible, allí no había nadie. Conseguí desatar la cuerda que mantenía cerrada la bolsa. Dentro había un par de botas estilo Dr. Martens. No me dio tiempo a disfrutar del hallazgo porque las risas se convirtieron en carcajadas y la luz de los faros de un coche aparcado en medio de la noche me cegó.

—¡¿Quién está ahí?! —grité muerto de miedo.

—Tus amigos de la vieja guardia, Jean Ezequiel. A ver si te enteras de que esto no es un juego de niños. ¿Te gustan las botas? La próxima ocasión, en vez de darte un susto, dejamos que te des una buena hostia tú solito, ¿qué te parece? La vida no es una película.

La voz me sonaba mucho, pero no conseguí identificarla.

—Estamos en el bar del Parador, por si te quieres tomar una, querido —dijo otra voz que reconocí enseguida: era Palacios

partiéndose de risa.

Arrancaron, dieron media vuelta y se fueron. Yo me quedé allí plantado, con ganas de gritar, muerto de vergüenza. Me limpié como pude y empecé a bajar la cuesta hacia Segovia.

Llegué a casa tarde, sudado, con ampollas en las manos y el orgullo herido. Dejé las botas en la puerta, como hacíamos siempre, doblé ensimismado la gorra impermeable para meterla en el abrigo y entré con cuidado de no hacer mucha bulla. Eulalia me esperaba en el sofá, leyendo. Me miró, preocupada al principio, luego solo divertida o quizá un poco irritada.

—Pero ¿de dónde vienes a estas horas y con esas pintas?

—Creía que lo tenía.

—Que tenías qué, Jean, ¿qué? —preguntó subrayando su perfecta pronunciación de mi nombre, como siempre que se ponía tensa.

—A Jaime, el caso, todo.

—¿Y eso justifica tus mentiras?

—Lo siento, de verdad. Recibí un chivatazo, unas pruebas… —A duras penas aguantaba el tono.

—No seas crío, Jean, anda. Vete a la ducha, que estás hecho un asco y luego, si te apetece, me cuentas.

—Creía que lo tenía —repetí.

—Ya. ¿Y has pensado que tal vez sea inocente, un pobre tipo que se ha quedado sin familia, una víctima más?

—Sí, claro, todos los días.

—Y entonces, ¿por qué haces como si él fuera el único culpable posible?

—Porque las otras posibilidades no tienen sentido.

Capítulo 23

ANTES del inicio del juicio, Gómez nos citó a Palacios y a mí en su despacho para darnos una charla sobre el periodismo, comentarnos sus impresiones acerca de la marcha de la sección y, sobre todo, para que dejáramos de comportarnos «como putos críos» y trabajáramos en equipo. Nos lo decía a los dos, pero miraba a Palacios. No sé cómo, pero se había enterado de la jugarreta de las botas enterradas. La mirada de mi compañero gritaba «¡chivato!» a todo volumen. Aguanté como pude en silencio y me retiré con la sensación de haber obtenido una pequeña victoria moral. Necesitaba fuerzas para afrontar mi primer gran juicio, un proceso por un crimen horrible en una ciudad pequeña y con los nervios de todos los implicados a punto de estallar. Era el terreno de juego perfecto para las peores prácticas e iba a tener que vigilar mucho mi propio quehacer.

La primera reacción previsible de la gente ante un caso como el del triple crimen de Hontoria es el linchamiento. Las redes sociales lo han llevado a otro nivel, pero la esencia se mantiene porque se trata de una eficaz herramienta de cohesión social que permite al colectivo diferenciarse y distanciarse del «monstruo». Si es culpable o no resulta secundario. Durante el juicio contra Abundio Ruiz, el espectáculo fue similar a otros: la masa vociferante se reunió en la puerta del juzgado para gritar a la bestia y desahogarse. Ninguno

sabía quién era Christian Ranucci, pero sin duda lo habrían condenado a muerte sin necesidad de juicio, como hacían ahora con Abundio. Los gritos de la calle llegaban hasta la pequeña sala de prensa, y yo me preguntaba cómo se podía celebrar un juicio con jurado popular en esas condiciones; suponía depositar demasiada fe en el pueblo.

El juicio fue rápido; los directos, agotadores. Los ánimos se calmaron un poco después de que el primer día el juez desalojara la sala abarrotada cuando alguien gritó: «¡Muerte al asesino!», pero incluso en las jornadas más insulsas Gómez me pedía que actualizara el directo todo el tiempo animándome con los datos de audiencia de la cobertura. Acreditarme como reportero gráfico a la vez fue imposible, así que llegaba temprano para sacar fotos de ambiente, buscar retratos entre quienes esperaban a la cola para acceder a la sala como espectadores y cazar a los protagonistas al entrar. Luego corría hasta la zona de prensa para acceder antes de que se iniciara la sesión. No crucé una palabra con Palacios, que vivía bastante mejor y se limitaba a dictar las piezas que otros montaban en la redacción. Tampoco leí sus crónicas, a excepción de la última.

Con una gran puesta en escena, la fiscalía hizo todo lo necesario para convencer a un jurado de por sí muy condicionado por el circo mediático. En su intervención inicial, la magistrada resumió varios informes psiquiátricos de los últimos años sobre el acusado. No todos eran coherentes con lo que argumentó después la sentencia, pero poco importaba. Trastorno límite de la personalidad con un patrón general de inestabilidad en las relaciones personales e impulsividad, trastorno obsesivo compulsivo y trastorno adaptativo mixto eran los rasgos más característicos. «Lo de siempre, puesto en términos científicos», comentó un compañero en la sala de prensa antes de que la fiscal soltara la primera novedad: el señor Ruiz tenía un coeficiente intelectual superior, destacando su capacidad verbal. El monstruo era, además de asocial y violento, listo y embaucador. En el jurado se pudo ver a algunos tomando nota mental de aquello. Abundio no tenía escapatoria.

Las pruebas eran todas circunstanciales, cuando no inexistentes, pero la fiscalía confiaba en el efecto de su discurso. Ciertos miembros del jurado gozaban al ver sus prejuicios refrendados.

Mientras, la defensa de oficio permanecía en su rincón sin muchas ganas de combatir. Su errático papel y la decisión de llevar a declarar a Abundio al final del proceso hicieron el resto. En un interrogatorio extraño y a ratos absurdo, como si el abogado defensor no hubiera preparado en absoluto al acusado, este justificó sus ataques de furia asegurando que había padecido «unas fiebres de Malta mal curadas» (un dato que no constaba en ninguno de los extensos informes elaborados sobre su salud mental); murmuró que no era un hombre violento, pero se refirió a Elena Valishova como «esa zorra estúpida», a toda voz, cuando su defensor le preguntó por ella. No había rastro de su presunta elocuencia. En ningún momento dio la impresión de seguir alguna estrategia, de conocer sus derechos siquiera, de saber que, a diferencia de los testigos, no tenía que decir la verdad si eso iba en su contra. El juez le amenazó con expulsarlo en varias ocasiones. Los rostros de los miembros del jurado no daban lugar a dudas, y las televisiones se sumaron al banquete.

Con todo a favor, los fiscales recurrieron a una doble maniobra con la que pretendían rematar su retrato del acusado. Primero llamaron a declarar a Benedicta Martínez, *la Bene*, una popular vecina del pueblo que vivía a veinte metros de Abundio Ruiz y a quien la policía había interrogado ya en 2016 sin que aportara nada relevante. En el juicio, en cambio, la Bene declaró que había visto aquella noche a Abundio entrando en su casa por la puerta del garaje con una bolsa en la mano. Nadie explicó por qué no se lo contó a la policía después del crimen, y tampoco hubo nadie que subrayara la escasa fiabilidad de los testigos oculares, de sobra conocida y utilizada hasta la saciedad. La defensa, anonadada, no aprovechó la ocasión.

Después llamaron a la madre de Abundio, Josefa, una mujer mayor con una energía sorprendente que, durante media hora de interrogatorio bien preparado por los fiscales, terminó de destrozar

la credibilidad de su hijo. Habló de intimidación cotidiana, contó episodios terribles de violencia doméstica y convenció a todos de que su retoño se merecía pasar el resto de su vida en prisión. Fue un testimonio inaudito, un golpe de mano perfecto de la fiscalía: que una madre hablara así de su hijo era más eficaz que cualquier prueba, mejor incluso que desmontar su coartada.

Tras apenas hora y media de deliberación, el jurado emitió su veredicto por unanimidad: culpable de los tres asesinatos. El juez lo sentenció a prisión permanente revisable según lo dispuesto en los artículos 78.bis 1.b y 78.bis 2.b del Código Penal tras su reforma de 2015, referidos al asesinato múltiple, y al considerar que existían agravantes por ser una de las víctimas un menor y haber alevosía y ensañamiento. Era el décimo individuo que recibía esa pena desde que se introdujo la norma. Además, tenía que indemnizar con 120.000 euros a Jaime, el único superviviente de la familia Vila Martín.

La sentencia suponía un esfuerzo extraordinario para cerrar de una vez por todas el caso llenando los huecos necesarios. «En pocas ocasiones este tribunal ha tenido oportunidad de juzgar delitos tan crueles y reprochables, no solo la muerte de tres personas, sino los actos que la propiciaron y las circunstancias que la rodearon», rezaba en el punto 2 de los fundamentos de derecho. También ofrecía una descripción detallada de los asesinatos para incidir en la crueldad del condenado. Respecto de la muerte de Consuelo, decía: «Desentendiéndose el acusado de que la mujer se hallaba tumbada en la cama, desprevenida y sin posibilidad de oponer una defensa eficaz, le clavó repetidas veces el arma homicida causándole heridas contundentes, además de las previsibles heridas incisas, una de las cuales, con compromiso vital al provocar un shock hipovolémico y una hemorragia masiva, determinó su muerte.» Y sobre las heridas de Joaquín: «La autopsia contabilizó al menos diez heridas en el cuerpo de la víctima, sobre todo puñaladas en el cuello y tórax. Estas le fracturaron huesos en los brazos, donde el cuerpo presentaba heridas defensivas, y le seccionaron un dedo de una mano.»

Se hablaba de alevosía «súbita e inopinada», dando por hecho que Abundio entró en la casa a invitación de Joaquín y que Consuelo dormía, y añadía el agravante de desvalimiento en el caso del pequeño Sergio. Además, procuraba eliminar cualquier duda sobre el estado mental de Abundio Ruiz: «El segundo informe sobre el estado de las capacidades cognitivas y volitivas del acusado, elaborado por las médicas forenses Jimena López y Emma Martín del Servicio de Psiquiatría del Instituto de Medicina Legal, es concluyente, y fue ratificado en el acto del juicio oral: no presenta alteración de sus funciones psíquicas superiores, destacando únicamente en su exploración la presencia de una personalidad clúster B con marcados rasgos antisociales. Dicha personalidad determina que sea un hombre con gran frialdad afectiva, escasa empatía y capacidad de remordimiento, no afectando sus capacidades cognitivas y volitivas, que se encontraron intactas.» Y, más adelante, para rematar: «Se declara probado que, si bien el acusado sufre una anomalía o alteración cerebral, ello no limitaba, ni de forma importante ni de forma leve, su capacidad de saber y entender lo que estaba haciendo y/o de actuar conforme a esa comprensión. Dicha conclusión se apoya en el informe pericial elaborado por la psicóloga F. F. G., debidamente ratificado en el acto del juicio oral, y en el emitido en dicho acto por el psiquiatra R. R. C. a petición de la acusación particular, por considerarlo más convincente que el de la defensa al avalar los informes de los médicos forenses y de las psicólogas del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Segovia CI 1919, CI 91548 y CI 91616 y PS 027 y PS 078.»

Trabajar en Segovia, a cinco minutos de casa a pie, era toda una novedad para mí y un adelanto de lo que conseguiría si me amoldaba a los deseos de mi suegro y dejaba de pensar a lo grande, pero no supe aprovechar aquellas comodidades. Me levantaba muy pronto y me acostaba muy tarde. Al terminar cada sesión del juicio me iba a casa y me dedicaba a preparar el material para los capítulos del pódcast que colgaba cada dos días con distintos aspectos del proceso. Eulalia, que tenía que quedarse de guardia algunas noches, se vio obligada a recurrir a sus padres y a su

nutrido servicio doméstico porque simplemente no podía contar conmigo. Yo procuraba al menos tenerla informada de los avatares del juicio, pero ella me escuchaba con interés decreciente.

Una rueda de prensa puso la guinda a todos esos días de ajetreo y atención mediática tan poco habituales en Segovia. El fiscal jefe (sonrisa enorme) y los responsables policiales de la investigación (peinados alicatados, uniformes impecables) se mostraron orgullosos y hasta prepotentes ante la prensa, el público presente y el pueblo en general (frente al móvil, la tableta, el ordenador o la televisión) para celebrar la condena del monstruo, felicitarse por el trabajo bien hecho y, sobre todo, «por haber castigado por fin uno de los crímenes más insidiosos de la historia reciente de España y haber devuelto la paz y la tranquilidad a la sociedad».

El crimen de Hontoria se cerraba, casi dos años después, con una sentencia firme contra un asesino tan inequívoco como deleznable y la sociedad podía respirar tranquila. Ese era el espíritu de la gran mayoría de los titulares al día siguiente, incluida la crónica victoriosa de Palacios. Sin embargo, por alguna extraña razón, porque no tenía nada más a lo que aferrarme o por una fe desproporcionada en mis habilidades y en lo descubierto hasta el momento, yo creía que todavía quedaban cosas por desvelar.

PÍLDORAS CRIMINALES

El true crime pasa factura

BUENAS tardes, días o, más probablemente, noches a todos los oyentes de *Píldoras criminales*. Los más fieles ya habrán identificado la música que ha quedado de fondo como terreno firme sobre el que construir este pódcast. Es *San Pedro*, de Mogwai. Quienes hayan visto el videoclip recordarán a ese hombre caminando por las calles sucias y nevadas de algún suburbio, sombrero y abrigo negros, buscando quién sabe qué, un poco como todos.

Soy Jean Ezequiel y hoy traigo uno de esos capítulos digresivos que algunos tanto criticáis (gracias) y otros tanto pedís (gracias también, aunque menos, que el elogio debilita): un buceo rápido por la escena del true crime. ¿Por qué nos obsesiona el crimen? ¿Hasta dónde estuvieron dispuestos a llegar algunos para esclarecer misterios y, no nos engañemos, figurar aunque sea fugazmente en la escena mediática o literaria?

El true crime, género escuálido en España, brilla en ocasiones en Estados Unidos, donde ha sido explotado hasta la náusea. En su evolución ha habido puntos de inflexión con un alto coste para los implicados. Si aceptamos que lo inventó el argentino Rodolfo Walsh con su cruda y rotunda *Operación masacre*, de 1957, debemos pensar en que ese libro, entre otras publicaciones, le costó la vida; si creemos que nació con *A sangre fría*, una novela, pero también una crónica brutal que refleja el sinsentido de la muerte violenta, debemos pensar que supuso el final literario de Truman Capote,

quien nunca más volvió a escribir de verdad y, aplastado por su implicación personal y literaria con Perry Smith y Richard Hickock, se hundió en el alcohol y la escritura vanidosa.

El true crime pasa factura.

Alguien conoce esto mejor que nadie: en 1977, un asesino en serie que se hacía llamar el Hijo de Sam mató a seis personas e hirió a otras tantas en una especie de delirio criminal que aterrorizó a Nueva York. Las víctimas eran siempre parejas dentro de un coche aparcado en la calle, al abrigo de la densa oscuridad de la noche neoyorquina de aquellos tiempos. Cuando David Berkowitz fue detenido y confesó los asesinatos con una sonrisa escalofriante y una absoluta ausencia de empatía, todo el mundo respiró tranquilo, y la policía, los fiscales y los políticos se apresuraron a colgarse la medalla. Casi no había sitio en la foto para tanto hombre blanco de mediana edad encantado de haberse conocido.

Sin embargo, en la mente analítica del periodista Maury Terry algo no cuadraba. Inició entonces su particular descenso a los infiernos, una búsqueda de «una verdad mucho más oscura» que se llevó por delante su matrimonio y su salud física y mental. En 1988, publicó *The Ultimate Evil*, una fascinante mezcla del mejor periodismo de investigación con teorías conspiranoicas, afirmaciones sin pruebas (si bien más de una resultó luego ser acertada) y la verborrea propia de una mente brillante y desbocada. El libro fue un éxito rotundo, lo que a la larga hundió aún más a Terry. No es el momento para analizar si tenía razón o no, si había otros asesinos además de Berkowitz, si detrás de todas aquellas muertes y de la desaparición de personas relacionadas con el caso estaba una secta satánica, si todo se cerró en falso. Dos agentes de distintos departamentos de policía de Nueva York revisaron el caso a raíz de sus revelaciones y aseguraron que era muy probable que Berkowitz no actuara solo, pero nada de eso sirvió a Terry, cada vez más desprestigiado y paranoico. Aunque, ya sabéis, estar paranoico no implica que a uno no lo estén siguiendo. En sus apariciones televisivas de los años noventa se lo ve gordo, con la cara hinchada bajo el maquillaje, con pinta de muñeco de cera, el pelo por encima

de las orejas, la dentadura amarillenta y deteriorada, la luminosa punzada de su retórica convertida en un disco rayado.

Teniendo en cuenta cuánto bebía y fumaba, y el estrés al que se sometió durante años, es un milagro que llegara a 2015. Murió solo, en la cama de un hospital. La última persona que lo visitó fue un detective de la policía de Yonkers, ciudad a tres kilómetros al norte de Manhattan. Habló con él del caso y le pidió que contactara con un abogado; esas fueron sus últimas palabras. El true crime pasa factura.

Estoy seguro de que muchos de vosotros habéis ido, o soñado con ir, a San Francisco, donde, a finales de los sesenta, tuvo lugar la serie de crímenes sin resolver por excelencia, y que tendréis en la memoria la oscura imagen del Asesino del Zodiaco, todo de negro, encapuchado y armado, una pesadilla recurrente instalada en el imaginario colectivo. Ese caso es la gran incógnita, el juego en el que han caído cientos, miles de aficionados y profesionales, una trampa mortal para las mentes obsesivas. Dos personas, por encima de todas, vieron sus existencias marcadas por ese misterio y el fracaso de sus pesquisas: Robert Graysmith, caricaturista del *San Francisco Chronicle* y Dave Toschi. El primero supo al menos hacer de esa investigación su modo de vida y ganar mucho dinero con varios *best sellers* y los derechos de la inolvidable película de David Fincher, pero no preguntéis por las víctimas colaterales en el ámbito familiar. Al segundo, por su parte, le fue todavía peor: el Asesino del Zodiaco era una pesadilla que volvía recurrentemente a su vida, que lo empujaba al abismo, que minaba su salud y que acabó poco a poco con su amor por el trabajo policial y hasta con sus ganas de vivir.

Yo creo que el Zodiaco era Arthur Leigh Allen. Creo que Graysmith acertó con su teoría, aunque ni a él, ni a Toschi, ni a nadie, le haya servido para nada, y Allen muriera sin confesar ni ser acusado formalmente. La obsesión por el crimen pasa factura.

«¡Soy Lisbeth Palme, ¿es que no lo ve? Y ese que está ahí es mi marido, Olof Palme, el primer ministro!», gritaba una mujer a la policía a escasos centímetros del cadáver de su esposo, cuatro

minutos después de que un desconocido le disparase una bala de gran calibre en una calle de Estocolmo el 28 de febrero de 1986. Ese fue el inicio de uno de los mayores circos de la historia de la investigación criminal. Los errores y las teorías absurdas se llevaron por delante carreras policiales y prestigios periodísticos. Obsesionado con el magnicidio y su posible conexión con la extrema derecha sueca, el escritor y periodista Stieg Larsson, el rey de la novela negra nórdica, dedicó todas sus energías disponibles a construir una hipótesis que ayudara a resolver de una vez por todas el caso. Estuvo cerca, aseguran quienes vivieron su pasión por la investigación, pero fumaba sesenta cigarrillos al día, comía mal y dormía peor. Murió en 2004 sin llegar a ver el caso resuelto, pese a los 10.225 interrogatorios realizados por la policía. Quizá los poderes fácticos de Suecia estén intentando cerrar el caso de otra manera, pero lo cierto es que la obsesión por el crimen pasa factura, amigos.

Termino con una referencia a la reina contemporánea del true crime, o al menos a la periodista que fue capaz de cambiarlo todo. En 2018, Michelle McNamara hizo explotar el panorama literario con *El asesino sin rostro*, una apuesta suicida en el sentido estricto de la palabra. Dueña de una prosa impecable y una gran habilidad para conectar pruebas y hechos, McNamara se obsesionó con el caso del Asesino del Estado Dorado (como ella misma lo bautizó), lo dejó todo para resolverlo y murió en 2016 víctima de un ataque al corazón mientras dormía. En su sangre se encontraron Adderall, alprazolam y fentanilo, fármacos que tomaba para no perder el ritmo y conseguir terminar el libro, pero también para sobrevivir en el círculo vicioso de pesadillas y paranoia en el que se hallaba sumida. Nunca vio al monstruo atrapado, nunca supo cuán importante había sido para acabar con él, pero su decisión de descubrirlo puso el listón muy alto, quizá demasiado. Su libro es un artefacto extraño, toda vez que ella murió antes de terminarlo y fueron algunos compañeros investigadores quienes lo remataron, pero merece la pena pasearse por su paisaje sombrío. McNamara supuso la aparición de un nuevo tipo de autor de true crimes, que es también un detective ciudadano, alguien ajeno a las fuerzas del orden pero

que usa la ingente cantidad de fuentes disponibles en internet para investigar un crimen (en Estados Unidos son legión, y han resuelto casos, pero también han creado controversia y hasta causado la muerte de inocentes). No hay duda de que su obsesión (¿será verdad que estudió a cientos de jugadores de waterpolo estudiantil porque creía que el asesino había practicado ese deporte?) la llevó por el mal camino, pero igualmente se convirtió en un ejemplo, ¿sabéis por qué? Porque entendió como pocos que preguntar incansablemente es la esencia de la verdadera investigación.

«Parece que nos hemos olvidado de preguntar», le dijo el comisario Esmeraldo Rapino, leyenda de la policía española y la investigación de homicidios a la periodista de sucesos Cruz Morcillo. La experiencia con la muerte y el misterio de ambos es fecunda. Su misión les ha dado una óptica todavía inaccesible para mí, los dos aman el trabajo de calle, el pateo, la búsqueda. A estas alturas empiezo a comprenderlos.

Si queréis seguir conmigo la estela de personas como Rapino y buscar la verdad, por ejemplo, sobre el triple crimen de Hontoria, seréis siempre bienvenidos. Contad con que leeré con atención vuestras sugerencias y vuestras críticas en Twitter, Facebook e Instagram. Ah, y por favor, compartid y puntuad alto este espacio. Ya sabéis: cuantos más seamos, menos posibilidades habrá de que la verdad siga oculta.

Por mi parte, seguiré preguntando porque esa es la esencia de la verdadera investigación.

Os dejo con *San Pedro*, tema que lleva sonando en bucle toda la emisión.

Gracias por estar ahí, y hasta pronto.

Capítulo 24

TRAS el juicio, Gómez me dio tres días libres en el periódico «por los servicios prestados», no sin antes advertirme que tuviera el móvil cerca por si acaso. El primer día, como no tenía ganas de pasear después de dejar a Gabriela en el colegio, fui a desayunar a La Concepción. Hacía una estupenda mañana de primavera, pero en vez de la terraza preferí la barra: café doble con hielo, bocata de tortilla francesa y un buen libro para tratar de despejarme. Sin embargo, había alguien dispuesto a perturbar mi paz.

Junto a los paseantes segovianos, siempre hombres, que desafían airados la lluvia, los expertos en hablar de nada son el segundo grupo social más característico de Segovia. Imagino que existen en otras ciudades, pero yo conozco a estos: artistas consumados en el manejo de la conversación vacía, el tema banal, el comentario sobre el tiempo o sobre el hecho de que sea miércoles o sábado, lo mal que va la cosa, etcétera.

Es un fenómeno que se da también entre las mujeres, pero en el que los señores de mediana edad con mucho tiempo libre son maestros. Aurelio, uno de los más acabados ejemplos, estaba apoyado en la barra eternizando con sorbos microscópicos un café ya frío. Enseguida empezó a hablar del tiempo, pero me lo quité de encima como pude y volví a la lectura.

Para mi sorpresa, sin embargo, una voz volvió a interrumpirme.

—Anda que, menuda historia lo del triple crimen, ¿eh? —Era Julio, ese día de servicio al otro lado de la barra—. Mi chico se tragó todos los directos, estaba alucinado con que pasara algo así en Segovia.

—Sí, menos mal que ya ha terminado —respondí de forma mecánica, aunque sorprendido porque quisiera entablar conversación.

Los camareros de La Concepción (donde se sirve un steak tartar brutal, un Dry Martini muy decente y el mejor zumo de tomate preparado de la ciudad), sobre todo los veteranos, pertenecen a una estirpe en vías de extinción: vestidos con pajarita, chaleco y chaqueta, nunca tiran mal una caña (algo fundamental para mí), pero sobre todo saben hablar lo justo y solo cuando es pertinente. Julio estaba rompiendo una regla fundamental.

Hora y media y dos cafés con hielo después, levanté la cabeza y miré al reloj de pared, un código que tenía pactado con los camareros para cambiar los cafés por cerveza a partir de las once y media, nunca antes. No soy alcohólico, pero puedo parecerlo: cuento cada cerveza que bebo, me pongo un horario para empezar, me justifico continuamente.

—No paras con eso del crimen, ¿eh? —atacó de nuevo Julio señalando el libro que reposaba en la barra, *Los crímenes de Moisés Ville* de Javier Sinay. Había una fuerza, un interés, un morbo, yo qué sé, que empujaba de nuevo al camarero fuera de sus límites.

—Bueno, esto es distinto —repliqué.

—¿Por?

—Porque sucedió lejos, y está resuelto y cerrado.

—Bueno, el de Hontoria también se resolvió ya.

—Pues no lo sé. Yo creo que no se podía condenar a Abundio con esas pruebas.

—A ver, no imagino a nadie quejándose porque ese señor esté en la cárcel. Si no por esto, pues por lo de aquella pobre mujer —dijo mientras secaba un vaso. Era un día entre semana y todo estaba muy tranquilo.

—Las cosas no funcionan así.

—Perdona, pero sí funcionan así. Tú sigues ahí dándole vueltas y… no digo que no tengas razón, ni que sí… al fin y al cabo yo qué sé de estas cosas… pero la gente ya está a otra historia: el nuevo cornudo de la tele, el siguiente escándalo de algún famoso… No hay ningún plan detrás de todo esto, es solo la vida.

Continué con aquello en mi cabeza mientras iba paseando en dirección al cementerio para tomar un poco el aire antes de comer. Empezaba a hacer demasiado calor para ser mayo. Subí la cuesta de Padre Claret y dejé a un lado el Asador Maribel, con su olor a carne churruscada de cordero lechal de Sacramenia.

El camposanto de Segovia data del siglo XVIII, aunque nada de su apariencia exterior lo denote. Una sencilla puerta enrejada en azul divide en dos un muro color crema oscuro, desgastado en su parte inferior por la humedad y el moho. A la izquierda, la ermita del Santo Ángel de la Guarda, que da nombre al lugar. Desde algunos ángulos hay una vista espectacular del Acueducto, pero dudo que alguien suba allí para disfrutarla.

Nuestra relación con la muerte es irracional y, sin embargo, seguimos acudiendo a los cementerios, nos plantamos delante del sepulcro de nuestros seres queridos y lloramos o rezamos; buscamos reconciliarnos con un recuerdo idealizado; reprochamos al muerto, ahora indefenso, una antigua afrenta; intentamos rematar una conversación inconclusa; nos confesamos, maldecimos, contamos historias, nos quedamos callados con cuatro flores absurdas en la mano.

Yo no tengo tumbas que visitar, pero igualmente voy y me dejo llevar por las veredas de tierra flanqueadas por cipreses tísicos, camino a un lado y a otro de tumbas cutres, amontonadas, entre las que se alzan sepulcros en granito, casi como carros de combate, adornados con cruces celtas y todo tipo de parafernalia.

Aquel día, sin embargo, era distinto: buscaba la tumba de Joaquín. No fue fácil localizarla en aquel laberinto. Quién sabe qué esperaba, pero me sorprendió la discreción de la lápida, en piedra gris y apenas con una sencilla inscripción. No había señales de que

alguien se molestara en cuidarla o mantenerla, cosa que no casaba con el orgullo y la preocupación por el qué dirán de Ramona Vila.

En el camino de vuelta volví a pensar inevitablemente en el caso. Intenté determinar qué podía hacer aún, busqué resquicios en las teorías de unos y otros y pensé, no sé muy bien por qué, en la ausencia de Jaime en el juicio. No tenía obligación de ir, es probable que quisiera poner tierra de por medio, pero no cuadraba con su deseo de restitución, con su papel de víctima indignada. Ni él ni Ramona habían abierto la boca tras la sentencia: ni una declaración ante las cámaras, ni un comunicado de prensa, nada. No era capaz de explicar aquel silencio, la falta de reacción.

A mitad de la pendiente que lleva hasta el Acueducto aceleré el paso para llegar a tiempo a la reunión en Cándido, una tradición que unía a mi familia con la de Eulalia todas las primaveras desde hacía años, compensada apenas, y no del todo, por la comida.

Segovia no se entiende sin Cándido. Su historia es un cliché andante, pero la ciudad, que vive de la imagen que proyecta, tiene en ese rincón al pie del Acueducto una especie de punto de partida. El mesonero entendió cómo funcionaba el turismo antes de que existiera y se inventó aquello de partir el cochinillo con un plato que luego lanzaba al suelo, una maravilla de la mercadotecnia. Ideó un gesto que se ha vuelto icónico además de hacer patentes las virtudes de un cerdo con la piel crujiente y una carne tan suave que no necesita ni cuchillo. Primero el hijo y ahora los nietos se han limitado a seguir la estela que abrió el pionero hace más de un siglo.

El edificio ocupa la esquina de la plaza del Azoguejo y la calle Teodosio el Grande. Por fuera es la típica construcción costumbrista de ladrillo, madera y entrada en soportal con columnas de granito, aunque con el ya mítico «Horno de asar» escrito sobre el enfoscado blanco. La sorpresa viene al entrar y subir a los salones, al perderse por ese laberinto de estancias apretadas adornadas con una mezcla de esculturas de Cándido, pinturas de diversa calidad, flores, cuadros con autógrafos y las omnipresentes fotos de los ilustres que han comido allí. Mis preferidas son las de Cary Grant, Grace Kelly y Julio Iglesias, pero ahí están los Machado y Dalí, Sofía Loren y Lola

Flores, Miguel Induráin y Ronaldo, además de muchos toreros y políticos (Eva Perón, Felipe González, Rajoy, Lula…), con un lugar preeminente para el rey emérito, que parece estar por todas partes en aquellas paredes atestadas de historia. Debido a esa sucesión de salones más bien pequeños el lugar engaña, pero cuando está lleno da de comer a cuatrocientas personas, y eso sin tener en cuenta la terraza.

Y allí nos reunimos una vez más las dos familias, en medio del ruido infernal de un grupo de turistas que llenaba el salón aledaño: mi madre (encantada) y mi padre (intimidado por la figura de mi suegro); el propio Luciano y mi suegra Leonor, Eulalia, Gabriela y yo.

Mi madre se desenvuelve de maravilla en esa clase de citas. De hecho, gracias a esa característica coincidí con Eulalia en una comida igual de aburrida a la que fuimos arrastrados por nuestros respectivos progenitores. Recuerdo que, cuando vi aparecer a mi futuro suegro acompañado de la chica que me había fascinado y machacado en aquel debate en el instituto, no me lo podía creer. En aquella época, no sé muy bien cómo, mi madre había conseguido que Luciano apoyara uno de sus proyectos y se llevaban bien. A partir de ese día se instituyó la tradición, la cita anual en Cándido, ese rato incómodo durante el que yo dejaba el cochinillo para los turistas y pedía judiones y el secreto mejor guardado de la carta: mollejas salteadas con espárragos trigueros; para terminar, un ponche segoviano que, por desgracia, palidece ante el original de la pastelería El Alcázar.

A última hora de la tarde, medio dormido por el efecto de la comida y el vino, una llamada de Mariano me rescató del sopor: quería quedar al día siguiente como fuera. Me sorprendió su urgencia, pero igualmente acepté. Me puse un último café con hielo para terminar de espabilarme mientras pensaba en qué tendría el policía jubilado para mí.

Capítulo 25

PESE a la muralla que había levantado a su alrededor, hecha de discreción y de rígidas convicciones morales, Mariano era un buen tipo, y ni siquiera los veinte años que nos separaban impidieron que nuestra relación se fuera estrechando. A menudo comíamos juntos y luego alargábamos las sobremesas tomando grandes cantidades de café y algún que otro sol y sombra. Era un buen conocedor del alma humana y yo siempre temía que notara mi ansia por enterarme del incidente que había acabado con su carrera. Una tarde, pidió una copa de Castellana solo, se lo bebió de un trago y cambió de tono.

—Sé que llevas tiempo queriendo preguntarme por qué dejé la policía. No, no, déjame terminar —me cortó cuando intenté intervenir—. Me imagino que has buscado en internet y que no has encontrado nada en relación con lo que pasó, pero en las próximas horas voy a presentarte a una mujer que te puede ayudar en tus investigaciones sobre Hontoria y ella lo sabe todo sobre mi asunto, así que no tiene sentido que yo siga mostrándome tan misterioso. Lo más probable es que te lo cuente y, la verdad, prefiero hacerlo yo.

Noté que me enrojecía e intenté decir algo, pero no se me ocurrió nada. Él continuó:

—Ya sabes que nunca alcancé ningún rango en la Policía Nacional, a pesar de los años, y siempre trabajé aquí, en Segovia. Digamos que me acomodé rápido al horario, a un sueldo justito pero

para siempre… Ojalá mi oficio me hubiera gustado tanto mientras estaba en activo como cuando me retiré. En fin, a lo que vamos. En 2015, le ofrecieron un puesto de oficina a mi compañero de toda la vida y a mí me emparejaron con un novato con pedigrí: Abel Gómez Ferrer, el hijo de la subdelegada del Gobierno. Él había estudiado Derecho en Comillas, pero quería «forjarse una carrera desde abajo», según me dijo a la primera oportunidad. Era impetuoso, demasiado impetuoso, en realidad, estaba hecho un toro y adoraba las armas. Era una joya, vamos.

—Perdona, Mariano, pero no sé muy bien por qué me estás contando esto —le interrumpí.

—Ya va, ya va —contestó con un gesto irónico en la cara—. A ver si vas a ponerte nervioso ahora, después de meses esperando. El caso es que después de quince días o así, nos tocó el turno de guardia una noche de sábado. Como te imaginarás, las noches no son muy movidas por aquí, excepto si alguien llama por algún caso de violencia machista. Se trataba, por tanto, de andar todo el rato igual: subir con el coche patrulla por la calle de San Juan, bajar por la calle Real, una caminata por el paseo del Salón y la Ronda, regreso al coche, un recorrido por las zonas de botellón para que nadie se desmadre y vuelta a empezar.

—Sí, seguro que nos hemos cruzado alguna vez hace años, pero ¿no eras un poco mayor para esas guardias?

—Puedes dejar de hacerlas, claro, pero es que me gustaban: eran un pequeño cambio y me daban una sensación de libertad.

—Entonces…

—Bueno, pues esa noche estábamos en el coche patrulla, hablando de cualquier cosa para combatir el sueño, y el chaval empezó a darme la brasa con el rollo de las armas: que si era una pena que no nos dieran la Glock porque era una pasada, pero que su HK al menos era mejor que mi STAR PK 28, una «antigualla pesada y fea», según él. Enseguida se puso a detallarme las virtudes de su arma reglamentaria: «ligera, moderna y perfecta para llevar de paisano». Esto último lo dijo como si ya fuera inspector. «Y olvídate de que si es saltarina y pierde precisión: eso lo dicen los

que no practican lo suficiente, coño», añadió como si no supiera que tenía por compañero a un carcamal que no pisaba nunca el campo de tiro.

—Parece que era todo un friki.

—Peor. Y yo pensando: «Cómo me ha tocado a mí semejante flipado», cuando de repente me dice que nos vayamos a la barriada del Tejerín, donde le han soplado que unos jóvenes del clan de los Baños («Ya sabes, Mariano: pura escoria») habían reactivado el narcomenudeo en la zona. Y fuimos, claro, porque me dijo que solo íbamos a echar un vistazo y porque no iba a quedar ante el hijo de Berta Ferrer como el clásico policía comodón que en realidad era. Allí nos plantamos como dos idiotas, sin ni siquiera dar el aviso por radio. No sé si conoces el barrio. Es un lugar venido a menos por culpa de esa gente. Un sitio de bloques de pisos pequeños para familias obreras con vistas a una montañita que cualquier día se les cae encima. Y allí estaban los miembros del clan, en medio de la cancha de baloncesto recién construida en otro intento fallido de revitalizar la zona. Un segundo grupo, en la esquina, tenía el material. «Estos no han visto *The Wire*», pensé. Y hacia allá que se va aquel flipado con cuerpo y andares de Ray Donovan, pero sin su saber hacer, con la mano en la pistola, dando voces. Entonces uno de ellos, un crío, hace un gesto raro llevándose la mano hacia el pecho y este subnormal saca su HK reluciente y se lía con la palanca exterior del seguro. Y allí estaba yo, viejo y oxidado, con mi vieja STAR fabricada en Éibar que casi no sabía ni empuñar. El caso es que disparé. Desde luego, la bala no pasó ni cerca del macarra, pero terminó en la pierna de una niña.

—Joder, Mariano, qué horror, pudo ser un desastre —dije sin mucho acierto, como si aquello no fuera un desastre de por sí.

—Pero ahí no terminó todo. Cuando usas tu arma en acto de servicio tienes que pasar una revisión psicológica, hablar con el loquero para ver qué hacen contigo. El flipado nada, claro, pero en mi caso el psiquiatra recomendó una baja indefinida por «estrés postraumático», e hizo un informe que ponía en serias dudas mi capacidad para trabajar como policía. Nunca supe si todo formaba

parte del mismo plan, ni siquiera si había algún plan, pero al chaval lo trasladaron y le va de maravilla, mientras que a mí me enseñaron la puerta. Yo estaba hecho polvo, asqueado y harto, así que acepté sin más.

—¿Y la niña? —pregunté consciente de lo que Mariano me estaba dando a entender: que todo el asunto se había enterrado bajo sólidas capas de dinero y silencio.

—Quedó con una ligera cojera de por vida. Y, sin embargo, no hubo detenciones, el atestado se completó y se archivó, y a los Baños les dieron un buen dinero que valía como indemnización y cláusula de silencio. Nadie habló con los medios. Es verdad que la tradición y muchas sentencias judiciales aceptan que, cuando un agente teme por su integridad o su vida, puede disparar, pero la verdad es que nada sucedió según las reglas.

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Yo? —me contestó con una tensión desconocida en su voz—. No hice nada, básicamente. Para una vez que disparo en mi vida y mira. El odio hacia ese chulito que quería aventuras y se metió en la policía, hacia ese crío de buena familia y mejor estrella, fue dando paso a un desprecio de mí mismo por no haber sido un buen policía, por no estar en condiciones de usar mi arma y no ser consciente de mi ineptitud. Por eso no ves por aquí ni rastro de mi vida como agente.

Cuando terminó le costaba respirar, tenía la boca seca y los ojos más acuosos de lo habitual. Yo no sabía dónde meterme, pero no podía olvidar que me había dicho que todo aquello tenía que ver con la muerte de los Vila Martín.

—Vas a pensar que soy un cabrón insensible, pero tú no tuviste nada que ver con el caso de Hontoria, ¿verdad?

—No, yo estaba de baja aquel verano, y de todas formas la UDEV entró en escena enseguida, y luego los refuerzos enviados desde Madrid.

—Entonces, ¿por qué me cuentas esto ahora?

—Mira —repuso más tranquilo—, lo importante es que tengas en cuenta lo siguiente: como bien sabes, Silvia Galán coordinó la

Operación San Frutos, lo que seguramente ignoras es que es la novia de mi hija Ana, de modo que conoce perfectamente lo que acabo de contarte. Tengo la intención de presentártela mañana mismo. A lo mejor puedes hacerle una entrevista y quedar bien con la gente del periódico, yo qué sé.

Por supuesto, aquella respuesta no me dejó satisfecho. Quería que me explicara cómo era posible que, después de tantas horas de conversaciones, teorías compartidas y lecturas, y de lo que me había costado hacerme con fuentes sólidas, no me hubiera hablado antes de que conocía nada menos que a Silvia Galán. ¿No se fiaba de mí? ¿Tenía que ver con la relación que tenía con su hija, de la que tampoco hablaba nunca?

Capítulo 26

UNOS cientos de entusiastas, incluido mi padre y Mariano, sostienen a la Gimnástica Segoviana, el equipo de fútbol de la ciudad, que nunca ha pasado de Segunda B. Durante años, fui con mi padre a verlos al estadio un domingo de cada dos, muchas veces con las manos y la nariz congeladas por el viento segoviano. Allí, al abrigo del calor humano y el humo de los Farias, aprendí todo tipo de tacos, me atraganté con mi primer anís y comprendí en qué consistía la camaradería. Suena rancio porque lo es, pero me encantaba ese rito esencialmente masculino, por eso me sorprendí cuando Mariano me contó que Silvia Galán, novia de su hija y policía encargada de la investigación de las muertes de Hontoria, era socia de la Gimnástica y había sugerido que nos encontráramos allí, en el partido contra la Arandina.

No creía que la entrevista fuera a interesarle al periódico a esas alturas, tras la condena de Abundio, así que pensaba grabarla para *Píldoras criminales*. Sería el primer capítulo después de mi reciente fichaje por la gran plataforma de contenidos de audio Global Podcast y había mucho en juego. Me había preparado a conciencia para evitar cualquier pregunta de cuestionario. Sabía que ella no querría hablar del coste de ser mujer y lesbiana, en su, por otro lado, meteórica y frustrada carrera, y que cualquier incursión en el terreno personal daría al traste con todo.

Nada más presentarnos, Mariano se volatilizó, y Silvia Galán tardó diez segundos en dejarme claro que solo había aceptado hablar conmigo porque se lo había pedido el padre de su novia y que no pensaba hacerlo hasta que terminara el partido porque «al fútbol se va a ver el fútbol». Eso sí: añadió que, si decidía quedarme y entrevistarla, solo podría citar lo que contuviera la grabación, que me olvidara de tratar de conseguir algo *off the record*.

Llevaba un traje gris de lana fina similar a los que lucía en fotos y piezas televisivas de 2017, en el punto álgido de la Operación San Frutos, durante los registros de la casa donde vivía Jaime Vila y la caseta de Juarrillos. También iba peinada de modo muy parecido (la misma coleta prieta), y su rostro, delgado y con un gesto irónico grabado en la sonrisa, apenas había sufrido cambios.

Nos sentamos en la tribuna cargados con pipas y latas de cerveza, como si no hubiera legislación que prohibiera el consumo de alcohol en recintos deportivos.

A nuestro lado estaban los más frikis, una especie de club informal que conocían cada detalle no solo de la Segoviana sino también del rival. Silvia se pasó los noventa minutos del juego intercambiando con ellos estadísticas, rumores de fichajes y comentarios. Según su opinión, el mediocentro de la Segoviana estaba sobrevalorado y valdría más la pena contratar, para la siguiente temporada, a un delantero centro rematador que aprovechara las poquísimas ocasiones que el equipo de sus amores generaba en cada partido. Debo reconocer que, a pesar de los nervios, disfruté de estar allí.

Cuando el árbitro pitó el final, Galán volvió a darse cuenta de mi existencia y me propuso ir a un lugar tranquilo para la entrevista.

—¿Qué te parece el bar del Lago? —me preguntó.

—Bueno…

—Mira, no es el mejor sitio del mundo, ya lo sé, pero está aquí al lado y la piscina está cerrada, así nadie nos molestará mientras me entrevistas. Además, Javier sigue haciendo el único Bloody Mary bebible de esta bendita ciudad.

Cuando llegamos comprobé que el complejo estaba peor de lo que recordaba. Junto al aparcamiento casi vacío se extendía un camping muy deprimente. Entramos en el bar, pedimos sendos Bloody Mary y nos sentamos frente a un ventanal con vistas a una pileta vacía en medio de un jardín descuidado. Estábamos solos.

—Tienes una hora —me dijo nada más sentarnos mientras ponía en marcha el cronómetro de su reloj de pulsera.

Me tomé dos segundos y lancé mi primera pregunta. Sesenta minutos después, paró el reloj, cogió mi móvil y detuvo la grabadora. Se levantó, me dijo que las bebidas estaban pagadas, me dio la mano, me deseó suerte y se marchó. Mientras yo remataba los restos del Bloody Mary ya tibio, me fijé en una carpeta de cartón que se había dejado en la mesa. Iba a salir corriendo a devolvérsela cuando vi un post-it en la parte inferior que decía: «Espero que te sirva.»

Contenía, entre otras cosas, una copia de los diarios de Jaime Vila Martín hallados en Juarrillos.

PÍLDORAS CRIMINALES

¿Un asesino anda suelto?

BUENAS tardes, días o, más probablemente, noches a todos los oyentes de *Píldoras criminales*. Empezamos suave con *Whisky Time*, tema que Mogwai compuso para la banda sonora de la serie francesa *Les Revenants*. Es el prólogo perfecto para la caña que nos espera.

Soy Jean Ezequiel y hoy os traigo una novedad sobre el caso del triple crimen de Hontoria. En exclusiva para *Píldoras criminales*, y gracias a Global Podcast, habla Silvia Galán, la inspectora que estuvo al frente de la frustrada Operación San Frutos. Los que consideren que el caso se ha cerrado con la condena de prisión permanente revisable contra Abundio Ruiz tienen aquí una segunda oportunidad. Si queréis seguir buscando la verdad, no os separéis de vuestros teléfonos, tabletas u ordenadores.

Atentos porque Galán, cuya brillante carrera policiaca se truncó tras el fracaso de la operación que dirigía, dinamita la versión oficial y expresa su sospecha de que el asesino de Joaquín, Consuelo y Sergio sigue ahí fuera.

He aquí la entrevista íntegra a la inspectora Galán.

Silvia Galán, segoviana de cuarenta años, fue durante más de veinte meses una mujer atrapada por una obsesión. Miembro de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas, se hizo cargo de las pesquisas del triple crimen de Hontoria y pasó

meses trabajando sin descanso en medio de un creciente desasosiego por la falta de resultados. Al final, asumió toda la responsabilidad del supuesto fracaso de la operación que dirigía. Tras la decisión de la Fiscalía de Menores de poner en libertad al hijo mayor de los Vila Martín, y pese a tratarse de una de las mujeres que habían progresado más rápidamente en el escalafón, decidió dimitir de su cargo y abandonar el cuerpo.

No obstante, sigue creyendo que Jaime Vila, hijo mayor de la familia asesinada y detenido durante aquella investigación, o alguien próximo a él, tiene que haber sido el asesino.

Galán, quien ahora vive en Madrid, trabaja como consultora externa para el Murder Accountability Project de Estados Unidos, donde recaba datos para ayudar en la resolución de asesinatos y desapariciones sin resolver. Está especializada en crímenes contra mujeres. Con la libertad que le da su trabajo en el sector privado, Galán se atreve a afirmar que «de ninguna manera» pudo Abundio Ruiz cometer el triple asesinato y que «han condenado a un hombre con menos pruebas de las que teníamos contra Jaime simplemente para cerrar aquello como fuera». Decidida a proteger su intimidad, no permitió que le hiciera fotos, así que no he podido subir ninguna a la web del pódcast, donde, sin embargo, encontraréis a vuestra disposición otros materiales. La entrevista se llevó a cabo en Segovia a principios de junio. He editado la grabación para eliminar partes redundantes.

PREGUNTA: Abundio Ruiz acaba de ser condenado a prisión permanente revisable por los asesinatos de Joaquín Vila, Consuelo Martín y su hijo Sergio Vila Martín. ¿Qué le parece?

RESPUESTA: Pues ahí está la sentencia, qué quiere que le diga. No me gusta porque no creo que lo hiciera, aunque el señor Ruiz es un tipo peligroso que seguramente debería haber pasado más tiempo en la cárcel por la muerte de su vecino y tendría que haber sido investigado a fondo por el probable feminicidio de su pareja, Elena Valishova, quien a estas alturas sigue desaparecida.

P: ¿Entonces?

R: El problema es que no se encontró ni un resto suyo de ADN en la casa ni ha podido localizarse el arma homicida ni es posible sustentar nada con las famosas botas que, por cierto, la propia acusación renunció a utilizar como prueba. Pero el daño ya estaba hecho. Tampoco tenía un motivo claro, pese a que existía un conflicto entre ellos. Abundio, al fin y al cabo, tenía conflictos con medio pueblo, y su misma impulsividad, demostrada en la desafortunada muerte de su vecino, difícilmente casa con el *modus operandi* de quien sea que haya matado a los Vila Martín, alguien que no solo se cuidó de entrar por la puerta principal, con toda probabilidad a invitación de Joaquín Vila, sino que no dejó prácticamente ninguna huella. Se ha hablado hasta de un amor no correspondido por Consuelo, cosa que no pasa de ser un rumor nunca comprobado. Por último, sé cómo lo interrogaron porque yo misma lo habría hecho así; sé que buscaron su complicidad, adular su inteligencia, minimizar el delito, dar a entender que los Vila Martín se lo habían buscado. Un interrogatorio de manual, vamos, y hay gente de mi confianza que me ha dicho que ni así soltó nada de nada.

P: Cualquiera que conozca la historia podrá decir que, tras el fracaso de la Operación San Frutos, no quiere reconocer que estaba equivocada porque lleva mal que otros lleguen a donde usted no pudo. Que se implicó demasiado.

R: Pues claro que sí me impliqué: era mi trabajo. Fue el caso más importante de mi carrera y tuvo consecuencias graves en más de un sentido…

P: Se refiere a…

R: No estoy dispuesta a hablar de las posibles consecuencias personales, pero en lo que toca a lo profesional, todo el mundo sabe que me costó mi carrera. De todas formas, no me guío por eso, que nadie se equivoque. Estuvimos meses detrás de Jaime y, aun dejando de lado las sospechas de los pobres familiares de Consuelo, nos encontramos con una coartada francamente endeble, que solo se puede creer echando mano de buena fe. Y teníamos el colgante de su madre que encontramos en su moto. Da igual que esa prueba

no sirviera en el juicio: estaba ahí y justificaba seguir con las investigaciones. Además, está claro que tenía llaves de la casa, al contrario que Abundio, de quien se tiene que creer algo tan inverosímil como que «tenía llaves de todas las casas del pueblo», o bien que habría podido acceder simplemente llamando. Y no olvidemos que Abundio no solo tenía muy mala fama, sino que ya había peleado con Joaquín. ¿Por qué iba a invitarlo a entrar? Jaime había escrito unos textos horribles que, sin probar nada en concreto, apuntaban a que, tras la timidez que proyectaba hacia fuera, tenía un interior violento, quizá hasta desequilibrado; y múltiples testigos apuntaban a que sentía una enorme inquina hacia su hermano. Y finalmente, está el hecho de que era el único beneficiario económico de los bienes de la familia. ¿Por qué se ha dejado de lado esa cuestión? Muchos han matado por menos.

P: Lo que dice es muy duro, y va contra alguien que, desde el punto de vista judicial, es una víctima más de ese crimen: un joven que ha perdido a su familia.

R: Yo no tengo nada en contra de Jaime Vila. Sí contra el hecho de que la Fiscalía de Menores cortara de raíz una investigación bien fundamentada y faltara al respeto a mi equipo.

P: ¿Qué cree que hubiera pasado de haber seguido adelante la acusación contra el hijo mayor de Joaquín y Consuelo?

R: No lo sé, no puedo saberlo. En todo caso, estaba convencida de la solidez de nuestros hallazgos.

P: Todo aquello se llevó por delante la carrera de una de las policías con más proyección de España. ¿Por qué se fue?

R: No podía seguir trabajando en algo en lo que ya no creía, y cuando pienso en cómo se construyó la acusación contra Abundio Ruiz siento que fue la decisión correcta.

P: ¿Y no echa de menos el servicio público y la posibilidad de ayudar a sus conciudadanos?

R: No se puede tener todo en esta vida. Además, continúo participando en investigaciones que ayudan a muchas personas.

P: ¿Hay algo de autocastigo, o de búsqueda de redención, en su actual dedicación a casos que llevan largo tiempo sin resolverse?

R: Esa pregunta se dirige, de alguna manera, al ámbito de lo personal, pero voy a contestársela igualmente. No veo mi trabajo como un autocastigo ni nada similar: siempre me ha gustado investigar, conocer los crímenes a fondo y buscar los fallos del perpetrador, acercarme a la verdad…

P: ¿No es una meta demasiado elevada?

R: No tiene por qué serlo: es tan solo una aspiración. Creo que se puede aspirar a contar con una versión plausible de la verdad obtenida con trabajo y rigor.

P: ¿Ha llegado a resolver algunos de los sucesos que estudia?

R: Ha pasado poco tiempo y son casos extraordinariamente complejos. Por lo pronto, me conformo con ayudar a que la investigación avance, aunque sea poco a poco.

P: De todos esos casos, ¿hay alguno que se parezca al triple crimen de Hontoria?

R: Hay un caso en los ochenta que en cierto sentido me recuerda a este: el del asesinato de la joven Denice Haraway, en Ada, Oklahoma, un crimen por el que fueron condenados dos chavales del pueblo, Tom Ward y Karl Fontenant, dos tontos útiles que se han pasado la vida en prisión por un crimen que casi con total seguridad no cometieron, como han demostrado los abogados y los expertos que han respaldado sus apelaciones. Pero pruebas y argumentos han sido rechazados de forma sistemática, pese a que la condena se basó en una simple confesión a todas luces forzada que, encima, no coincide en lo esencial con lo que más tarde se ha sabido que sucedió: ni la ropa que llevaba la víctima, ni la manera en que murió, nada. Y, como en tantos otros casos, lo peor es que el asesino de aquella joven puede andar suelto todavía. Sinceramente, me temo que con el triple crimen de Hontoria ha pasado lo mismo.

* * *

Hasta aquí llegó la conversación con Silvia Galán, muy estricta con el tiempo concedido a este pódcast. Está claro, queridos oyentes de *Píldoras criminales*, que la antigua inspectora es una mujer valiente y

no tiene reparo en dar titulares. Hay muchos elementos para la reflexión en sus palabras, y no hace falta creer en conspiraciones para al menos tener en cuenta sus sospechas respecto de la policía y el sistema judicial.

Esto ha sido todo en una nueva entrega de *Píldoras criminales*. Cualquier oyente atento se habrá sobresaltado al escucharla hablar de los «textos horribles» que escribía Jaime. En próximas fechas presentaré aquí más detalles sobre el asunto.

Si queréis seguir tras la verdad sobre este caso y conocer otros hitos de la historia criminal, seréis siempre bienvenidos. Contad con que leeré con atención vuestras sugerencias y vuestras críticas en Twitter, Facebook e Instagram. Ah, y por favor, compartid y puntuad alto este espacio. Ya sabéis: cuantos más seamos, menos posibilidades habrá de que la verdad siga oculta.

Píldoras criminales recibe el apoyo indispensable de Global Podcast. Podéis escuchar este capítulo y los anteriores en vuestra plataforma habitual.

Seguiremos preguntando porque esa es la esencia de la verdadera investigación.

Os dejo, sin segundas intenciones, con *Relative Hysteria* de Mogwai, un pequeño viaje de ida, o de vuelta, al cielo.

Gracias por estar ahí y hasta pronto.

Capítulo 27

LA NUEVA entrega del pódcast, que subí un lunes a las siete de la mañana, tuvo repercusión en radios y televisiones, aparte de la ya habitual en redes sociales, pero, sobre todo, afectó a mi posición en el periódico, y lo hizo casi de inmediato: a las ocho ya tenía el primer mensaje de WhatsApp de Gómez. «Espero que ya tengas el culo metido en un AVE camino de aquí. Tenemos que hablar.» A ese siguieron otros en un tono cada vez más exigente. Yo respondí ya desde el tren intentando no darle mucha cancha: «Estoy de camino. Te veo a las diez como cada día.»

Si uno consigue abstraerse de los ruidos (los trenes, parte de la flota más antigua de Renfe, atraviesan larguísimos túneles traqueteando a trescientos kilómetros por hora), las idas y venidas, las voces y las trastadas de los niños maleducados, los veinticinco minutos escasos del viaje en tren entre Segovia y Madrid constituyen un momento perfecto para trabajar o leer, con la bendición añadida de la falta de cobertura de internet en casi todo el trayecto. Es una especie de viaje en el tiempo a lo cutre: cierras los ojos en la estación de Guiomar, una mole en medio del campo castellano, y los abres ante las elegantes Cuatro Torres, algo huérfanas, pero fundamentales en el *skyline* del Madrid del siglo XXI. En los días despejados, durante el trayecto se puede ver un sol en forma de disco anaranjado que da paso al cielo pálido y contaminado de

Madrid, pero a mí me gustaba concentrarme en mis cosas y, por tanto, solía ponerme en los auriculares ruido blanco (sonidos de lluvia o incluso de tormenta sobre el techo de una tienda de campaña, cosas así). Aquel día me tocó compartir vagón con un grupo de vendedoras de Valladolid y Segovia que iban a una convención de Thermomix en Alcalá de Henares. Lo supe porque hablaban a voces, pero ni así consiguieron distraerme porque necesitaba pensar en lo que le diría a Gómez. Cuando el convoy llegó a Chamartín, seguía sin tenerlo claro.

—Yo no sé a qué coño aspiras, de verdad —me dijo en cuanto entré por la puerta—. Vas a tu bola y te montas una entrevista, que no quiero ni saber cómo has conseguido, con una mujer caída en desgracia que, encima, se caga en la sentencia.

—¿Me habría convenido venir a preguntarte qué te parecía? Me da que la habrías descartado o se la habrías pasado a Palacios y listo —respondí con algo de razón, pero nada de acierto.

—Definitivamente no te enteras, Ezequiel. ¿A ti quién te paga? Mira que te avisé.

—Entendí otra cosa, Juan, de verdad. Creía que tenía manga ancha para lanzarlo en el pódcast y esperar a ver qué pasaba.

—Eso fue la vez del colgante y lo habíamos hablado, pero esto… No me jodas, hombre.

—He trabajado mucho en el caso y aquí no he visto resultados.

—No me jodas, te lo he dicho ya.

—Pero es la verdad, Juan.

—A ti lo que te pasa es que estás que no cagas con el supuesto éxito de tu pódcast.

—No es eso, Juan, y lo sabes: me parecía que iba a ser imposible convencerte de que saliera en el periódico y, a la vez, me parecía que podría abrirnos algunas puertas.

—No entiendo nada, Ezequiel, de verdad; pero tienes una flor en el culo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues que no eres el único que ve esto como una oportunidad. Esta misma mañana me ha llamado el director y me ha dado la enhorabuena, ya me dirás tú por qué. Y me ha dicho que te cuide y que te dé cancha. ¿Qué te parece?

—Pues… ¿bien?

—Sí, cojonudo, pero cuando me ha llamado yo ni sabía de qué me estaba hablando. Imagínate el número. Anda, lárgate y que sea la última vez que te guardas algo así.

Capítulo 28

TRAS la sentencia contra Abundio Ruiz, los medios naturalmente habían abandonado el caso, pero mi insistencia había dado frutos, y eso que todavía tenía que revisar a fondo y decidir cómo cuadraba con el caso la información de la carpeta que me había dejado Silvia Galán. Prometía ser un verano interesante.

A mediados de junio me llamó Rodolfa Vals. Dijo que tenía algo para mí y quería quedar en algún lugar lejos del periódico. Intenté sonsacarle más información, pero no sirvió de nada: conocía bien su oficio. Le propuse que quedáramos una tarde en el Gallego, clásico bar de barrio situado justo enfrente de la antigua estación de ferrocarril, muy cerca de la casa de Mariano. Allí me reunía con él cuando El Caballo Blanco estaba cerrado, así que me parecía un refugio perfecto.

Llegué con tiempo, me senté a una mesa interior y pedí un café con hielo. Dos enormes televisores entretenían a los pocos parroquianos de la tarde, aburridos con sus copas y cafés a medio terminar, a la espera de que llegara la hora de la partida.

A la hora convenida, me asomé a la terraza y, a unos doscientos metros, reconocí a Rodolfa, caminando con su coquetería habitual y una elegancia nada provinciana. Aquella mujer seguía siendo un misterio para mí.

—Te gustan los escenarios tétricos —dijo nada más llegar a la mesa.

—¿Cómo? —respondí algo aturdido sin saber a qué se refería.

—La fábrica de Azasa —explicó señalando la mole desarrollista abandonada al otro lado de las vías. Un par de vagones de mercancías ya inútiles y llenos de grafitis tapaban parcialmente los bajos, pero el edificio seguía siendo imponente. A la derecha, un silo y algo de maquinaria oxidada completaban el paisaje. Podría haber sido el Detroit de principios del siglo XXI o la Asturias minera en proceso de demolición.

—A mí me gusta.

—No me refiero al paisaje, hombre. ¿No sabes lo que pasó allí?

—Ni idea, pero me parece que me lo vas a contar.

—No te pongas estupendo.

—Venga, Rodolfa, que sabes que me encantan esas historias.

—Está bien. —Aceptó complacida—. Pues resulta que hace unos años hubo varias violaciones en los vagones abandonados. La policía pensaba que eran obra de la misma persona, pero la investigación no llegó muy lejos y un día el criminal paró y nunca más se supo de él.

—Igual murió, o entró en la cárcel por otra cosa, o simplemente se detuvo por miedo a que lo pillaran…

—Fuera lo que fuera no lo cogieron nunca.

—Pues no lo sabía. De todas formas, podrías haber propuesto otro sitio cuando hablamos.

—¿Y haberme perdido la cara que has puesto hace un momento? De ninguna manera —zanjó divertida.

Yo no sabía si se me había puesto cara de tonto cuando me dijo que el lugar era tétrico o cuando me contó la historia. De hecho, ni siquiera podía estar seguro de la veracidad de su relato, pero preferí no quedar más en evidencia.

—Te he traído esto —dijo poniendo un sobre acolchado encima de la mesa—. Venga, ábrelo.

El paquete llevaba mi nombre escrito con rotulador negro y contenía un CD que ostentaba el membrete de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas de la UDEV y una pegatina que decía: «Declaración de Ramona Vila, 11 de agosto.» Al sacarlo se cayó una tarjeta en la que ponía, con letra mecanografiada:

Después de la entrevista con Galán, esto le puede interesar.

DAVE TOSCHI

—¡¿Cómo es que tú tienes esto?!

—Gracias, Rodolfa, qué generosa eres: has venido a sacarme de la mierda en que estaba con el caso que tanto me obsesiona —dijo con sarcasmo.

—Perdona, no lo quería decir así.

—No te preocupes. Pero ya que estamos, merezco una explicación. ¿Qué es esto? ¿Por qué llegan a la redacción de *El Ideal de Castilla* sobres a tu nombre con partes de un sumario? ¿Qué demonios quiere decir esa firma?

—Pues que quien quiera que me esté filtrando el material conoce mi pasión por *Zodiac*.

—No me basta como explicación, para eso solo hace falta haber escuchado tu pódcast, pero para que lleguen sobres al periódico tiene que ser alguien que, además, conozca nuestra amistad, y te aseguro que no es algo que yo vaya contando por ahí.

—¿Sabéis quién lo llevó?

—Sí, pero no tiene importancia: alguien le encargó al borrachín de Patricio que lo subiera a cambio de dos cartones de Don Simón. En fin, así por lo menos dejó de cantar un rato en la calle.

—Muy práctico y sencillo.

—Ya ves, quien sea que te esté ayudando no parece muy sofisticado.

—Pero hay algo más… El tipo firma con el nombre del policía que fracasó a la hora de descubrir al Asesino del Zodiaco —comenté sacando mi libreta de notas.

—Y dale. Para eso solo hace falta haber visto la película. Te quedan varias preguntas por responder. Y guarda la libreta, no seas indiscreto. ¡Qué manía de apuntarlo todo! Y encima en papel, pareces de mi generación. Insisto, ¿quién puede ser este tipo?

—Ah, sí. Es la misma fuente que me puso tras la pista de Ángel Bico.

—No sé quién es.

—Un policía que se tomó la justicia por su mano y asumió varias decisiones desastrosas para el caso. Pero da igual.

—Espera, que empiezo a entender cómo funciona: yo te hago de correo y me expongo con gente alucinada que vete a saber qué pretende para que tú luego juegues a los secretitos.

—No, no.

—Pues entonces…

—No te lo puedo decir: se trata de acusaciones muy graves y no puedo probarlas. Hagamos un trato.

—A ver.

—Te prometo que si algún día descubro la verdad serás la primera en saberlo.

—Mira que eres zalamero.

—En serio. Y te agradezco que no te hayas quedado el sobre y la información. Supongo que nos os habría venido mal en *El Ideal de Castilla*.

—Se llama «decencia», querido: decencia.

Capítulo 29

TRAS mi encuentro con Rodolfa Vals, tenía en mis manos dos materiales de primera: la declaración íntegra de Ramona ante la policía, con un fragmento faltante en la versión del sumario, y los diarios de Jaime: unos escritos adolescentes llenos de odio hacia su hermano y su padre y referencias sexuales sobre su tía.

Se los llevé a Juan Gómez, que me recibió en su despacho con el aire puesto al máximo. Mientras hablábamos, tenía un cigarrillo apagado en las manos, pero no me hizo acompañarlo para terminar de hablar bajo el calor del aparcamiento. Algo había cambiado.

Volvió a citarme al día siguiente, tras revisar lo que le había entregado.

—Esto sí es jamón del bueno, Ezequiel. Dos por uno, además. Si al final vas a valer y todo.

—Gracias.

—Me imagino quién te ha dado los diarios, pero ya me contarás cómo has conseguido la declaración de esta señora.

—No lo creo.

—Vale, está bien. De todas formas, yo mismo he hecho unas cuantas llamadas de seguridad, no se lo iba a pedir a Palacios, ¿verdad?, y, aunque han procurado negarlo todo, nadie se ha atrevido siquiera a sugerir que el contenido del CD pudiera ser falso. Ya sabemos lo que eso significa, ¿no? Por cierto, tampoco me han

explicado cómo puede ser que falte un trozo de la declaración voluntaria de Ramona en el sumario, así que cuidado con eso.

—Ya has oído la grabación, está claro que es auténtica, y no coincide con la transcripción.

—No te digo yo que no. Además, tampoco me parece a mí que ahí la tal Ramona se ponga en evidencia ni nada por el estilo. En fin, ponlo tal cual y listo.

—¿Y qué hacemos con los diarios? ¿Montamos un especial en la web para publicarlos completos?

—Ni de coña, Ezequiel, es morbo puro.

—Vaya.

—No te mosquees, que igual vas a triunfar. Tú redacta una nota larga. Olvídate de las mil doscientas palabras, que en papel irá en una doble con buenas fotos. Haz una entradilla y recuerda los grandes momentos del caso, luego metes la declaración íntegra y algunos de los mejores párrafos de los diarios. Y lo bordas.

—Perfecto.

—Y no cargues las tintas contra la investigación, que nos conocemos. Limítate a los hechos y a poner en valor lo que has conseguido, que no es poco. Lo quiero como tarde a las seis, así te vas pronto para Segovia y lo celebras en una terracita.

—Cuenta con ello.

—Pues venga.

Pasadas las cinco de la tarde le entregué el texto para que lo leyera. No cambió casi nada. Por fin iba por el buen camino.

LOS AGUJEROS NEGROS DEL TRIPLE CRIMEN de HONTORIA

JEAN EZEQUIEL. MADRID, 3 DE JULIO. A pesar de la condena a Abundio Ruiz, muchas dudas siguen planeando sobre el caso de los asesinatos de tres miembros de la familia Vila Martín en el barrio segoviano de Hontoria en 2016. Ahora, algunas informaciones y documentos a los que ha tenido acceso este diario

en exclusiva pueden volver a poner el foco en un asunto que se creía totalmente cerrado.

Desde un principio, el triple crimen adquirió una gran repercusión mediática. La policía no era capaz de establecer el quién, nadie entendía el porqué, todo el mundo estaba conmocionado por el cómo. El caso llenó miles de horas de televisión, cientos de páginas de periódicos, devoró recursos, agotó vías de investigación. La dificultad de aclararlo lo hacía irresistible. Luego, la condena contra Abundio Ruiz, vecino de la zona con antecedentes penales, le puso fin y exoneró definitivamente del parricidio a Jaime, el hijo mayor de la familia y único superviviente de la masacre, que llegó a estar investigado.

Sin embargo, sabemos que se cometieron errores en la escena del crimen y algunas pruebas determinantes quedaron excluidas por defectos de forma. Ahora este periódico ha tenido acceso a la declaración íntegra de Ramona Vila, hermana de Joaquín, la mujer que guio a la policía hasta los cuerpos de las víctimas aquel 8 de agosto de 2016. La reproducimos entera por su interés, y advertimos a los lectores de que contiene un fragmento que, quizá por error, no aparecía en el sumario:

—¿Está usted bien?

—No, ¿no ve que no?

—Tiene claro que esto es una conversación a la que ha acudido de manera voluntaria sin abogado, ¿correcto?

—Sí.

—Y que le agradecemos mucho que, en un momento tan difícil, nos ayude a intentar aclarar las cosas.

—Sí.

—¿Cuándo se dio cuenta de que algo podía andar mal en casa de su hermano?

—No sé. El sábado salí hasta tarde y el domingo lo pasé tirada en la cama, leyendo, sin ganas de hacer nada. De todas formas, era un día que normalmente no nos veíamos porque ellos siempre dedicaban muchas horas a cosas de la iglesia, de la que yo me he distanciado hace tiempo. El sábado… no… el domingo desayuné y

después me puse a cocinar, vi la tele un buen rato y a la cama. Pero el lunes a primera hora fui a su casa y me extrañó que no me abrieran: mi hermano a esa hora siempre estaba ya en el campo, pero mi cuñada se quedaba en casa limpiando y eso.

—¿A qué hora fue la visita?

—No sé. A las ocho y media o nueve. Pero ahí todavía no me puse nerviosa: pensé que Consuelo habría ido al médico a Segovia, o algo así, y que se habría llevado al chico pequeño, o que mi Jaime se habría puesto malo; qué sé yo: las cosas que nos preocupan normalmente. Sí recuerdo que las persianas estaban bajadas, pero no le di importancia.

El interrogatorio se detiene en este punto. Parece como si Ramona estuviera a punto de derrumbarse: se oyen hipidos y respiraciones entrecortadas pero, hasta donde puede oírse, no llega a llorar. Se sorbe la nariz y se recompone.

—¿Quiere un café, una infusión, algo?

—No, gracias.

—¿Necesita un pañuelo, quiere que abra la ventana o que ponga el aire?

—No, gracias.

—Me decía entonces que el lunes 8 entre las ocho y media y las nueve de la mañana fue a casa de su hermano y nadie le abrió, así que dedujo que no estaban.

—Correcto.

—Y luego ¿qué?

—A media mañana llamé por teléfono para ver si estaban bien, pero no contestó nadie. El móvil de mi hermano salía apagado o fuera de cobertura, lo normal cuando está en el campo; pero Consuelo simplemente no me cogía la llamada. Insistí e insistí y al final me acerqué de nuevo. Ya ha visto que vivimos al lado.

—Con «media mañana» quiere decir…

—Pues antes de mediodía, seguro, porque mi marido llega a esa hora para el almuerzo y todavía no había llegado.

—Entonces…

—Y entonces es cuando me puse nerviosa. Podría haber mil explicaciones, pero yo me puse nerviosa. Ya sabe, de esas veces que a uno le da el pálpito malo. Agarré las llaves y me fui allí. Llamé al timbre y nada…

A partir de aquí, el fragmento que falta en el sumario:

—… Entonces rodeé la casa y, por la ventana del pasillo del recibidor, al lado de la puerta, vi unas piernas como de alguien tirado y, claro, ahí ya me dio de todo.

—Un momento. ¿No dijo antes que las persianas estaban bajadas?

—Bueno, sí, pero no me había fijado la primera vez en que había una un poco subida. Entonces intenté entrar con la llave. Estaba aceleradísima, me temblaba la mano y no acertaba. Luego me entró miedo y volví a casa corriendo y les llamé a ustedes. Lo demás ya lo saben.

—¿Por qué tenía una llave?

—Vivo cerca. Es mi hermano. No me diga que le parece raro.

Aquí concluye el fragmento que no está en el sumario. El interrogatorio continúa:

—¿Qué tal se llevaba con él?

—¿A qué viene eso? ¿No decía que estaba aquí para ayudarles? ¿Tengo que llamar a un abogado?

—No, perdone. Llevamos tantos interrogatorios…

—Está bien.

—Todo el mundo dice que no se llevaban mal con nadie, que no tenían disputas, excepto con Abundio Ruiz, como medio pueblo. Nadie se lo explica. Dígame sinceramente, ¿tiene sospechas? ¿Algo, por insignificante que pueda parecer, que nos ayude?

—Ya me gustaría.

—¿No oyó nada la noche del sábado? ¿Gritos? ¿Golpes? ¿Algo? Vive usted muy cerca.

—Ya le he dicho que llegué tarde a casa. Pero ¿cree que si lo hubiera oído no les habría llamado enseguida?

—No sé, muchas veces se oyen cosas a las que no se da importancia hasta después; «a toro pasado», como quien dice. Por ejemplo, su vecina Emilia declaró que había oído gritos y que no era la primera vez; y otra señora, Conchita, aseguró que alguien pasó corriendo a altas horas frente a su casa la noche del domingo.

—Del sábado.

—¿Cómo dice?

—Que a mi hermano lo mataron el sábado, ¿no?

—Ah, sí, claro, perdone. Bueno, como le iba diciendo, sus vecinas…

—Esas son unas mentirosas. Y en los pueblos, además, ya sabe usted.

—No, no sé.

—Pues eso, que la gente cuchichea, rumorea, miente más que habla.

—Bueno, creo que eso es todo. Muchas gracias y que sepa que sentimos mucho todo lo que ha ocurrido.

—Ya, bueno, muchas gracias.

Este periódico también ha tenido acceso a los diarios de Jaime Vila, en los que ese joven, sobrino de Ramona, revela odios, envidias y rencillas familiares: «Hoy, mientras me dejaba el lomo en la parcela, mi tío Agustín me ha contado por qué mi madre no traga a Ramona. Al parecer, cuando mis padres comenzaron a salir, mi tía, que siempre había estado como muy encima de mi padre, dijo que su futura cuñada estaba muy por debajo de su nivel.» También su pésima relación con su hermano Sergio: «El otro día el subnormal se puso a contarme lo que habían hecho mi padre y él la mañana del sábado cuando se fueron a Segovia, y me dio tanta rabia que me pasé la tarde pensando en cómo hacerlo para que un día ya no volviera de la escuela…» O una clara fascinación sexual por su tía: «Esta mañana me invitó a la piscina y la vi en bañador y se le marcaban los pezones, y le vi el culo aún tieso y me imaginé cómo sería sin bañador y me empalmé como una bestia.»

Según se desprende del diario, Ramona malquería desde hacía tiempo a su cuñada y la culpaba de haber apartado a Joaquín de su

lado. Por el contrario, mantenía una estrecha relación con su sobrino mayor. Apenas unas horas después de haber encontrado los cadáveres se contradecía sobre el estado de las persianas de la casa de su hermano y era cuando menos imprecisa con sus actividades de la mañana del domingo. La policía ni siquiera le preguntó dónde había estado «hasta tarde» el sábado en que se cometieron los asesinatos. Era su coartada, pero nadie la puso en duda ni la comprobó. Esos detalles bastaban, a todas luces, para que esa vía no se cerrara, justo al contrario de lo que sucedió, y la estrecha relación de Ramona con Berta Ferrer debería haber supuesto un mayor compromiso, por ejemplo a la hora de redactar el sumario, en vez de una especie de salvoconducto para la señora Vila.

El artículo se situó enseguida entre lo más visto en la web y convirtió de nuevo el caso en tendencia en las redes sociales durante algunas horas.

Juan Gómez me convocó a una nueva reunión: quería establecer unas reglas del juego respecto del pódcast, al que había dejado de ver como un mero juguete con el que hacer ruido. Acordamos que el periódico tendría prioridad absoluta sobre el fruto de mis investigaciones y que el material que apareciera allí no podría usarse en el pódcast con el mismo enfoque o formato. De esta manera, el capítulo especial con los agujeros negros del caso quedó reducido a una selección de lo mejor de los diarios de Jaime, pero de todos modos fue devorado por los oyentes.

Capítulo 30

DESDE que me interesé por el triple asesinato de Hontoria había tenido muy en cuenta eso de que «el crimen es el mejor instrumento para conocer una sociedad», pero también lo contrario: que sin tener en cuenta el entorno social es sencillamente imposible entender no solo el crimen, sino la investigación y sus consecuencias. Lo cierto es que los hechos habían tenido lugar en un barrio de las afueras de Segovia, más puntualmente en un antiguo pueblo reconvertido en zona urbana, pero me parecía que tanto el asesinato como la investigación y el juicio estaban muy vinculados, en un doble sentido, con Segovia y su condición de ciudad de provincias. La cuestión era que, a partir de cierto momento, había empezado a frustrarme que, pese a dedicar tiempo a recabar por doquier datos más o menos inútiles (que Segovia tenía en el año 2018 una renta bruta media de 27.121 euros, mucho menos de la mitad que las poblaciones más ricas de España y más del doble que las más pobres; que había 3.614 empresas registradas y su alcaldesa cobraba 62.305 euros al año, cosas por el estilo), no conseguía mostrarles a mis oyentes casi nada sobre el día a día de un segoviano, mucho menos cuando se trataba de gente que ostentaba cierto poder económico y social (como por ejemplo Berta Ferrer), de quienes yo mismo sabía bien poco, salvo por lo poquísimo que conocía a mi suegro.

La gente con auténticos posibles en Segovia (quienes poseen la clase de dinero viejo que no se gasta) vive menos oculta que agazapada. Digamos que su vida se desarrolla en unos pocos lugares de referencia y en un puñado de casas ajenas a la rutina de la ciudad. Solo la intermediación de mi suegro me permitió dirigirme con Eulalia a uno de esos rincones privilegiados una tarde de principios de agosto, con el sol ya en retirada. La situación era incómoda, sin duda, pero merecía la pena aguantar si quería asomarme a aquella realidad.

Se trataba de la clásica fiesta de verano con buena comida, alcohol de calidad y gente importante: el presidente de la Diputación, el obispo de Segovia, empresarios, abogados y rentistas, algún deportista retirado, jueces (entre ellos el anfitrión, que era nada menos que el juez que había condenado a Abundio Ruiz) y otros representantes de los estamentos superiores de la sociedad segoviana. Tal como recogía la invitación, entregada en mano en la puerta de casa por un mensajero, el código de vestimenta era informal, así que las chaquetas de lino compartían espacio con las camisas remangadas de los más jóvenes. Nadie llevaba calcetines.

El espectáculo resultaba agradable; lo mejor, sin embargo, era el escenario. La casa del juez se hallaba en una esquina frente al Hospital de la Misericordia, guardada en secreto para unos pocos gracias a un sólido muro de piedra que rodeaba la inmensa parcela. Era triangular y se abría a uno de los jardines más bonitos de la ciudad.

Lo primero que hice, desde luego, fue quejarme del muro que impedía a la gente disfrutar ni siquiera de la vista de ese bello jardín, pero Eulalia me respondió:

—Qué te apuestas a que, un minuto después de hacerte con un lugar así, tú mismo te pondrías a levantar una valla aún más alta.

Igual no le faltaba razón.

El anfitrión no era el único juez presente, también estaba allí el instructor del caso de las ayudas a la PAC. Mi suegro era amigo de ambos. Solían jugar al golf una vez cada quince días en La Faisanera, un campo situado a las afueras de Segovia, en una finca

que antes fue patio de recreo de reyes e infantas y, en el franquismo, sede de un sanatorio psiquiátrico de ominoso recuerdo.

Si bien Eulalia no era una entusiasta de esas citas de sociedad, se manejaba de maravilla en ellas: al fin y al cabo, había crecido en esos ambientes. Nada más entrar, una figura principesca se nos acercó por un lateral.

—¡Vaya, Eulalia, tan guapa como siempre! —Era un hombre de porte elegante, bien asentado en la cincuentena y con una confianza en sí mismo casi grosera.

—Señor Barral, siempre tan adulador. Este es mi marido, Jean Ezequiel.

—Llámame Emiliano, por favor —pidió él, y enseguida se volvió hacia mí, pero sin dejar de dirigirse a Eulalia—. Jean Ezequiel, el periodista, ¿verdad? Vaya, vaya, tu padre ya me había hablado de este joven. En fin, tú siempre tan dispuesta a la aventura. Señor —dijo mirándome finalmente. Inclinó la cabeza a modo de saludo y un instante después se volvió de nuevo hacia Eulalia para dedicarle una sonrisa sucia y evaporarse.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté a mi mujer.

—¿No sabes quién es? Pues te puede ayudar mucho. Vamos a por una copa, nos escondemos debajo del sauce para evitar interrupciones y te cuento.

Según me relató Eulalia, los Barral eran una estirpe de abogados, además de una de esas grandes familias de Segovia que viven tras dos muros: el de su casa y el del silencio. Emiliano era el menor de seis hermanos, tres hombres y tres mujeres. Sobre ellas había poco que decir: fueron educadas para no molestar y «casarse bien», misión a la que se habían aplicado con ahínco. De hecho, los Barral habían establecido durante generaciones esa clase de vínculos con otras familias de notables que, por más que fueran invisibles para el ciudadano medio, resultaban esenciales para entender cómo funcionaba Segovia en realidad. Sin embargo, últimamente se había suscitado un grave conflicto en el seno de los Barral, entre el hermano mayor y el menor (el mediano era una figura discreta aplastada en medio de dos egos, y cuando los sables empezaron a

relucir, dejó la abogacía, vendió su parte de la empresa y se dedicó a estudiar la historia de Segovia). Ante el declive del padre, el hermano mayor, Fernando, había orientado las actividades del bufete hacia la ruinosa, aunque siempre loable, labor social. Ecologistas, feministas e inmigrantes se hicieron habituales en un despacho que hasta entonces se había limitado a defender, a ser posible sin publicidad alguna, los intereses de los potentados de la ciudad. Fue un terremoto social en ciertos ámbitos, si bien la mayoría de los segovianos no se enteraron nunca de nada.

Fernando estaba casado con Fuencisla Plaza, una niña bien sin oficio ni beneficio, pero conocida por su belleza. La ausencia de hijos suscitó comentarios desde muy pronto, y no tardó en propagarse el rumor de que él era homosexual. Fernando encajó mal esas habladurías y, poco a poco, fue autoimponiéndose un aislamiento radical que dio pie a una profunda depresión.

Emiliano consiguió que un juez declarara incapaz a su hermano mayor y se hizo con el control de todo. Con el padre en sus últimos años y el hermano mayor hundido por un rumor y unos corsés sociales de los que no conseguía librarse, tenía vía libre para devolver al buen camino el negocio familiar y hacerlo más grande y eficaz. Pero aún le quedaba una jugada pendiente: casarse con la que hasta entonces era su cuñada.

Fuencisla se divorció civilmente de Fernando, solicitó a las autoridades católicas la nulidad de su matrimonio aduciendo la homosexualidad de su marido (el rumor dejó de serlo) y, poco después, ante el asombro de muchos y el silencio de todos, se casó con Emiliano. Eulalia estaba segura de que llevaban liados mucho tiempo y de que ellos mismos estaban detrás del rumor que precipitó la destrucción de Fernando. Aquello tenía pinta de ser una muy buena historia, pero la familia no era gran cosa fuera del entorno segoviano y dentro nadie iba a publicar nada de eso, arriesgándose a perder por el camino no solo el dinero de los Barral, sino el de sus parientes, amigos y clientes, que sumaban a toda la clase alta de Segovia.

Para Eulalia, lo más fascinante de todo era, según me contó, que la mayor parte de los Barral seguían viviendo todos juntos en la mansión familiar, cerca de la puerta de Santiago, un enorme complejo en una zona privilegiada del casco antiguo, al lado de uno de los accesos al recinto amurallado más bellos y mejor conservados, no lejos del lugar en el que nos encontrábamos. Allí, Emiliano Barral compartía espacio con sus padres, ya muy mayores y enfermos, sus hermanos (Gabriel, recluido por voluntad propia en la casa de la piscina), una de sus hermanas, su cuñado y los dos hijos de estos: los sobrinos predilectos del nuevo patriarca. Estos impetuosos chavales habían recibido la mejor educación, o al menos la más cara, y como buenos miembros del clan estaban al acecho de una oportunidad para quedarse con el negocio, arrebatándoselo a un señor que había manejado los hilos con maestría, pero había cometido la imprudencia de no garantizarse un heredero.

—¡Vaya gente para irse de fiesta con ellos! —comenté fascinado por la historia.

—No sé por qué, pero nunca me habías pedido que te consiguiera una invitación. En todo caso, si no conoces a esta gente y sus vidas, jamás vas a poder hablar con propiedad de eso que tú llamas el «lado oscuro» de la sociedad segoviana. Esto es como una piscina, hay que saber observar a través del agua para ver la suciedad del fondo. Pero mira, esos dos, en cambio, sí sabes quiénes son —dijo mientras señalaba con los ojos hacia una mesa redonda donde un hombre achaparrado de pelo tupido y frente mínima con cierto aire de poder compartía espacio con otro de camisa de manga corta, rostro afilado y pelo canoso, un individuo sin rastro de elegancia. Al primero, obispo de Segovia, lo delataba la gruesa cruz que colgaba de su cuello para ir a reposar en su oronda barriga; por la apariencia del segundo, cualquiera habría dicho que era un miembro del servicio de jardinería, y no el presidente de la Diputación de Segovia. Los dos sudaban ostensiblemente.

—¿Qué estarán tramando? —pregunté.

—Nada, no le des muchas vueltas —me recomendó Eulalia—: estos están acabando con las reservas de fino y van por el segundo

o tercer plato de aperitivo. Han llegado al mismo punto, uno por el camino de la ostentación y el otro por el de la racanería. Mira, ven.

Me sacó del refugio bajo el sauce para ir a saludar a sus amigas. Los ochenta minutos siguientes fueron un desconcertante ir y venir de mujeres de distinta índole, cada una con un carácter, una conversación, un interés. Una de ellas era Clara, la de la tienda de interiorismo y decoración, que nos dejó al irse su tarjeta de visita: un pequeño cuadrado de gruesa cartulina negra con relieve en golpe seco, toda una declaración de estilo y clase. Isabel, la fisioterapeuta con clínica propia (como anunció nada más llegar), se lanzó sin disimulo a la captación comercial: «Eulalia, ya sabes adónde puedes mandar a tus pacientes de la Seguridad Social que puedan pagarse la rehabilitación y evitar así medio año de espera. Oye, y si al final te decides por lo privado, no te olvides de llamarme.» Marta, hija de una Barral, pensaba abrir un café de aires parisinos cerca de la plaza Mayor, pero no quería pedir dinero a su familia y andaba buscando inversores: «¿Te apuntas? Seguro que has heredado el buen sentido de tu padre, o igual se anima él mismo», soltó con descaro y simpatía. «Qué bien le podría ir a esta gente si tuvieran que trabajar de verdad», pensé. María, la yogui, le reprochó a Eulalia su ausencia de «la cita de los jueves» (no me quedó claro si era una clase o algún tipo de reunión de amigas): «Estáis todas igual con los niños», concluyó mientras se tocaba los abdominales con la mano morena de impecable manicura. Fernanda, una bella profesora de filosofía de aires distraídos y mirada huraña, no pidió ni ofreció nada, y nos dejó a los dos con ganas de más conversación. «No te engañes, tiene más dinero que todas las otras juntas», me comentó Eulalia, sin rastro de reproche, al detectar mi fascinación. Muchas veces, su seguridad me desarmaba.

Anochecía cuando entendí lo que pretendía con todas esas presentaciones, que aquello no era una forma de tortura por aburrimiento sino un manual de cómo se manejaban las cosas en una ciudad pequeña. Todavía faltaban Luisa, quintaesencia de la maruja visa oro hiperactiva, que intentó convencerla para formar una lista solo de mujeres y entrar en la junta directiva del gran club

deportivo y social de la ciudad, el Casino de la Unión, y María, artista elegante, algo mayor que nosotros, quien trataba a Eulalia como a una sobrina y solo quería invitarnos a la apertura de su galería en la Casa del Siglo XV, un discreto y valioso edificio en plena calle Juan Bravo y con una larga tradición como centro de arte y antigüedades.

Todo aquello resultó muy instructivo, y hasta agradable, comparado con lo que vino después.

—Ezequiel, hijo —oí a mis espaldas. Mi suegro siempre me llamaba por el apellido y añadía, con aquella voz cavernaria, el apelativo familiar para terminar de intimidarme. Yo había cometido el error de quedarme solo mientras Eulalia iba al baño, y ahora lo iba a pagar—. Ven, acércate —añadió estirando hacia mí su manaza—. Te quiero presentar a estos señores.

La estampa era muy parecida a la foto de portada de *El Progreso*, aunque sin las capas pesadas y negras, decididamente poco veraniegas. Eran varios hombres. Reconocí a algunos y supuse más o menos la identidad y la posición social de los demás. No creo que fallara mucho.

—Así que eres periodista en Madrid ¿eh? —me interpeló el que estaba más cerca, el fiscal que, paradójicamente, parecía defender la causa de los directivos jubilados de Caja Segovia. Por un momento pensé en el suicidio social, en soltarle algo sobre el mundo al revés y esas cosas, pero no llevaba suficientes cervezas encima.

—Benito, no te enteras. Este es el que está sacando todas esas cosas sobre el crimen de Hontoria, la conspiración del silencio y demás rollos —intervino el más gordo de todos, jefe de la Cámara de Comercio, antes de beberse de un trago medio combinado de color oscuro.

La verdad, no me imaginaba una emboscada así durante una fiesta. Afortunadamente, no había rastro del juez anfitrión y por un momento me sentí capaz de seguir con aquello.

—Bueno… —había empezado a decir cuando Eulalia me salvó del desastre.

—Qué, Jean, ¿te termino de presentar a mis amigas?

En ese momento me di cuenta de que aquellos señores estaban cebando la conversación para llevarme a su terreno y machacarme con la aquiescencia de mi suegro.

—Has llegado al rescate, hija —escupió Luciano sin ocultar su malestar por la carnicería frustrada, y luego añadió, dirigiéndose a mí—: Ten cuidado de que no se te acabe el chollo, muchacho. —No entendí bien qué pretendía decir con aquello. Más tarde comprendería algo más de los planes de mi suegro, pero su carácter, su forma de manejar a la gente y usarla a su antojo quedaban fuera de mi alcance.

—Iban a hacerte papilla —me comentó Eulalia divertida. Se le había subido el vino, pero no le faltaba razón, como de costumbre—. Ve al baño y te refrescas un poco. Yo estaré por aquí.

El camino era corto, pero no resultó sencillo de recorrer. Solo tras sacarme de encima como pude a un consultor menor de veinticinco años que tardó dos minutos en decirme a cuánto ascendía su bonus anual, y a una señora algo borracha que se empeñó en que yo era su sobrino Aniceto, pude encaminarme al refugio del lavabo. Después de franquear una primera puerta me encontré en un salón grande y fresco, y me entretuve mirando el arte segoviano que podía verse en las paredes, incluido un proyecto de vidriera dedicado por Muñoz de Pablos, un Alberto Reguera, un paisaje de Mayo Vega (*Segovia desde la Klein*) y una maravillosa perspectiva de la catedral de Coro López Izquierdo, entre otros.

Un letrero bien visible indicaba la dirección del baño, pero decidí ignorarlo y me metí en otra habitación que bien podría ser el dormitorio de aquellos señores. Era pequeña, sin embargo, lo que podría indicar que aquella no era su residencia habitual. Las cortinas que arrastraban por el suelo daban a la habitación un tono cálido. Dos camas solo un poco más grandes de lo normal se repartían gran parte del espacio enmoquetado. Además de las camas, con sus mesas de noche, solo había una bella cómoda de madera oscura, arrimada a una pared a la derecha de la puerta. Se me pasó por la cabeza abrir los cajones, pero justo entonces me fijé en una foto que colgaba en la pared, la típica orla de final de carrera, en este

caso de una promoción de E2 en ICADE. Empecé a mirar los nombres y pronto localicé a Berta Ferrer, junto a la esposa del juez: era todo obvio y descarado. Salí de la habitación sin ninguna precaución y la misma borracha de antes me miró sin entender nada.

Encontré a Eulalia en el jardín.

—Vaya cara que tienes, ¿estás bien? —me preguntó.

—¿Sabías que la esposa del juez estudió en ICADE?

—No me extraña, aunque luego no ha trabajado mucho que digamos. Pero ¿qué más da?

—¡Que es de la misma promoción que Berta Ferrer!

—Bueno, ¿y?

—No sé. Ella era subdelegada del Gobierno, amiga de Ramona Vila, y ahora resulta que también conoce a la mujer del juez…

—Mira, Jean, esto es Segovia ¿Qué te hubiera gustado que hiciera el juez, recusarse? Teniendo en cuenta el círculo de amistades de su esposa, este hombre no podría ejercer aquí.

—Ya, también es verdad.

—Ahora, si lo que quieres decir es que aquí todo el mundo se conoce y que muchos de estos señores, incluido mi padre, estaban en esa foto que tanto te gusta de los de la capa, o que en otoño la inauguración de no sé qué o el primer concierto de la filarmónica tendrá los mismos invitados que esta fiesta, pues sí. Pero no vayas más allá, ¡qué necesidad de complicarlo todo!

—Eres estupenda.

—Lo sé, aunque esta vez me lo hayas dicho para que te deje seguir dando vueltas a tu caso. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, vamos a aprovechar la hospitalidad del señor juez.

RADIOESCUCHA

23 dE julio de 2018

LOCUTOR: *RadioEscucha* en Radio Segovia, más de veinticinco años siendo el portavoz de sus desdichas. Al habla Paco Gilsanz, dígame.

OYENTE: Paco, qué bueno lo del cambio de horario.

LOCUTOR: Gracias. Aquí seguimos al pie del cañón, para servirles.

OYENTE: Mira que eres estirado, si yo lo decía sobre todo porque a estas horas de la noche ya casi nadie llama para que arreglen una mierda de alcantarilla, por ejemplo, y como no entran llamadas de marujas dejas que hable gente que tiene cosas más importantes que decir.

LOCUTOR: No sé si le sigo.

OYENTE: Sí me sigues, sí. Claro que sí. Que ahora se habla de crímenes. Aunque, como hay pocos, seguimos con la brasa de lo de Hontoria. ¿No está en la cárcel ya el que lo hizo? No necesitamos que vengan los de Madrid a decirnos cómo hacer las cosas. Que si «caso cerrado en falso», que si los «diarios secretos» del chaval… Mierda de Pumas.

LOCUTOR: ¿Pumas? ¿A qué se refiere?

OYENTE: Hay que ver lo bien que se te da eso de hacerte el tonto, macho. ¡¡¡Pues a los PUtos MAdrileñoS!!!, ¿a quién me voy a referir si no?

LOCUTOR: Ya. ¿Algo más?
OYENTE: Estás un poco apático, ¿no, Paco?

Capítulo 31

APARTE de aquella fiesta de altos vuelos, las vacaciones transcurrían sin la menor novedad, al ritmo letárgico de una ciudad de provincias en pleno agosto de cambio climático. El verano anterior había sido el segundo más caluroso de la historia y, en 2018, la cosa había empeorado aún más.

«Segovia no está preparada para el calor del siglo XXI», declaró un activista segoviano de Greenpeace en una entrevista para *El Progreso*. «Claro», me dije algo cansado: el clima continental siempre ha traído altas temperaturas en julio y la primera quincena de agosto, días abrasadores en los que sientes bajo los pies el calor seco de los adoquines y ves cómo las paredes de piedra de las iglesias, azotadas por el sol, pierden ese delicado tono arenoso y devuelven al exterior parte de la energía recibida, pero en los últimos años se nos niega el alivio de las noches frescas. Ya no tiene sentido ponerse la tradicional rebequita para ir al cine de verano, ni dejar una manta cerca de la cama por si acaso.

Con mínimas de veintiséis grados, yo no conseguía dormir, me despertaba empapado en medio de la noche y me iba al despacho a leer con la ventana abierta, aunque no corriera nada de aire. Allí sentado, a menudo distraído por un cielo que iba ganando claridad, miraba viejos archivos del crimen de Hontoria, repasaba mis alertas de Google por si había novedades en el caso Miyazawa, algo que

cada vez ocurría con menos frecuencia. Así esperaba el amanecer, mecido por el ruido de fondo de una bandada de pájaros que, agrupados un poco más abajo en los árboles de la plaza de la Merced, se desquiciaban al igual que los humanos con aquel calor sin tregua. En rápida sucesión, las campanas de las ocho primero y luego los ladridos agudos del perro del vecino, puntual los trescientos sesenta y cinco días del año, me avisaban del final de la noche.

Por la mañana, íbamos al Casino de la Unión, nos bañábamos, dejábamos que la niña se desfogase con su grupo de amiguitos o en sus clases de natación y nos volvíamos después de comer. Las tardes se fueron haciendo más intensas a medida que se acercaba el cumpleaños de Gabriela, el día 14. Mis suegros, empeñados como cualquier abuelo en malcriarla, pero con más dinero para hacerlo, estaban preparando algo parecido a una boda real. Eulalia se divertía mucho viendo cómo me exasperaba. Por las noches, alternábamos la terraza del Tuma, un magnífico restaurante sirio a los pies del Acueducto, con nuestro sitio reservado en La Concepción.

Había iniciado gestiones para entrevistar a Abundio Ruiz en el Centro Penitenciario de Torredondo, conocido por todo el mundo como la «cárcel de Perogordo», una población a cinco minutos en coche de Segovia. El asunto iba muy despacio y no dependía solo del condenado, pero confiaba en conseguirlo ayudado por el ego de Abundio. En los ratos muertos, volvía a ver los interrogatorios a asesinos en serie de *Mindhunter* en busca de un tono, un ambiente, una voz para mis artículos y el pódcast.

El 14 de agosto nada salió como esperaba: la llamada de mi jefe a última hora de la mañana frustró la mansa convivencia familiar de las últimas semanas y llevó de nuevo el crimen a mi vida, a nuestras vidas. Eulalia se enfadó, esta vez sí; Gabriela hizo un puchero, pero luego salió disparada a abrir sus regalos.

Mi jefe quería que fuera con la policía a un registro en una nave industrial de la calle Sebastián Gómez en Madrid.

—Juan, estoy de vacaciones y es el cumpleaños de mi hija.

—Ezequiel, te lo estoy pidiendo como un favor. No tengo a nadie más. Te coges el tren (nosotros lo pagamos, claro) y te plantas allí en taxi a toda leche. Puede ser importante.

—Pero ¿qué tiene de especial?

—¿Te suena de algo el nombre de César Román?

—Así de primeras, no.

—Vale, ¿y si te digo el Rey del Cachopo?

—Ah, claro, ya sé quién es. ¿Y qué tiene que ver él con esto?

—Resulta que el tipejo tenía deudas hasta el cuello. Hay mucha gente buscándolo y él lleva desaparecido desde julio… al igual que su novia, Heidi Paz.

—Pues se irían juntos.

—O no, Ezequiel, o no, y por eso te estoy llamando. La nave está a su nombre y los vecinos han avisado a la policía porque de ahí brota un olor insoportable.

—Estoy saliendo ya por la puerta —exageré antes de colgar.

Cuando pillé uno de los dos taxis que esperaban en la parada de la plaza Mayor, el conductor resultó ser el mismo de la persecución a Jaime. Flipó, y más cuando le dije que le pagaría el doble del importe si llegábamos a la estación a tiempo para que yo cogiera el tren de mediodía. El reto era mayúsculo, y no solo por la falta de tiempo. Una vez abandonada la circunvalación, el camino a la estación era una carretera estrecha, mal asfaltada y llena de badenes que el taxista pasó como si no existieran, como si el coche no fuera suyo (igual era el caso). Sea como fuera, lo conseguimos. Cuando bajé del coche, Alfredo, para siempre mi conductor preferido, negaba con la cabeza y murmuraba algo ininteligible.

Ya en Madrid, fui hasta el número 5 de la calle Sebastián Gómez en un Cabify con un chófer mucho menos amante de la aventura. Cuando llegué, la policía ya llevaba un rato en marcha, pero aún no había rastro de la competencia. Me encaminé hacia el agente que vigilaba la puerta de metal y cristal que daba acceso a la nave (respirábamos a duras penas: un olor a descomposición se extendía por la zona), pero el encargado de prensa de la policía me cortó el paso cuando no había avanzado ni dos metros. Me llevó al

montacargas de la nave y me contó que habían hallado una maleta negra de grandes dimensiones con el torso cercenado de una mujer, un cuchillo de despiezar y dos paquetes de sosa cáustica. Al torso le habían cortado los senos para extraer los implantes: alguien no quería que se reconociera a esa pobre mujer de ninguna manera.

El encargado de prensa me pidió que publicáramos una nota con algunos datos para tratar de sacar a César Román de donde sea que estuviera escondido. Así lo hicimos dos horas después del hallazgo del cadáver.

De todas formas, al final de la jornada no tenía nada sustancial con lo que montar una historia. Era probable que el cuerpo fuera de Heidi y que los análisis de ADN hicieran el resto, pero a esas alturas no se podía confirmar. De hecho, a pesar de la insistencia de la familia, que yo di a conocer en varios artículos publicados en la web, los resultados tardaron casi tres meses en conocerse: era Heidi Paz, y César Román la había matado.

Rechacé el ofrecimiento de Gómez para quedarme en Madrid y volví a Segovia en el último AVE. Hay tres maneras de llegar a la ciudad desde la estación de Guiomar, situada a menos de diez minutos y no lejos de Hontoria. La primera, en coche, estaba descartada; la segunda, en taxi, la reservaba para ocasiones urgentes o desesperadas; la tercera, en uno de los dos autobuses que bajaban hasta el centro, era siempre una experiencia cambiante: si coincidías con turistas parecía la lanzadera de un aeropuerto, llena de acentos e idiomas foráneos, de gente excitada y parlanchina; en un día normal, sin embargo, consistía en un puñado de trabajadores cansados que soñaban con ser los dueños de uno de los cientos de vehículos amontonados en el aparcamiento y sus zonas aledañas. Aquella noche de agosto, en el último autobús, solo tres personas compartieron el trayecto conmigo. Llegué solo a la estación de autobuses, desde donde me quedaba un pequeño paseo cuesta arriba hasta casa. No me apetecía atravesar por el Barrio de las Brujas, así que opté por una ruta más larga y noble, por el Azoguejo, con el Acueducto al fondo, y a lo largo de la calle Real hasta la plaza Mayor. Al llegar tan tarde, no me extrañó el silencio

total del lugar. Entré con cuidado en la casa, después de descalzarme, y fui a la cocina a por una cerveza. En la puerta de la nevera, una nota con la caligrafía redonda y equilibrada de Eulalia decía:

Hemos adelantado nuestro viaje a Pedraza para quedarnos con mis padres la segunda quincena del mes. Esperamos que, cuando volvamos, tengas tiempo para nosotras. Cuídate.

Un beso,

EULALIA

No podía decir si estaba enfadada, dolida o harta de tanto ajetreo; quizá todo a la vez. Le mandé un mensaje para avisarla de que ya estaba en casa y que esperaba que pudieran descansar. Cogí la cerveza y fui al despacho. Frente a mí, las piedras de la fachada de la catedral, amarilleadas por la luz de los focos, reposaban con una tranquilidad envidiable. Tendría que pasar mi último día de vacaciones solo.

Capítulo 32

DORMÍA mal en aquella casa vacía. De nada servía llegar reventado después de largas jornadas en un Madrid abrasador y en una redacción diezmada por las vacaciones que yo ya había agotado. Por las noches, me quedaba un buen rato en el despacho, mirando el cielo estrellado, atento al latido oculto de la ciudad, ansioso por intuir algo. Cualquier excusa valía para esquivar la ansiedad. La vibración del teléfono me sacó de la somnolencia de golpe. «Ven a Jimmy's.» Era Mariano, con un tono exageradamente seco.

Jimmy's era la típica taberna irlandesa de provincias. Es decir: madera de imitación, olor a cerveza pisada, decoración patrocinada con todos los tópicos y cinco grifos de cerveza industrial. Había muy poca gente. En una esquina del local, un grupo de amigos jugaba al mus entre pintas a medio terminar. Sus voces eran la única ambientación del local. Me paré a dos metros de la barra, donde se había acodado Mariano con sus hombros cargados convertidos ya en chepa y un dedo pegado a la nariz señalando la barra. Algo no marchaba bien. El camarero mostraba signos de estar harto. Me acerqué un poco más.

—Me has preguntado qué puedes hacer por mí —estaba diciendo Mariano— y ya te he contestado dos veces: me pones otro Chivas y quitas esa puta foto de ahí.

—Venga, Mariano, ya has bebido suficiente —repuso el camarero.

—¡Quita la puta foto!

—Sabes que es tradición: la gente viene aquí, celebra su cumpleaños, su divorcio, que ha aprobado una oposición, lo que sea, y nosotros ponemos la foto.

Mariano no tenía pinta de que fuera a ceder. En su rostro cansado había un gesto amargo que yo solo había visto el día que me contó cómo dejó de ser policía. Sus ojos estaban más vidriosos de lo habitual. Entonces me vio ahí plantado, espectador involuntario de su desdicha.

—Hooombre. El chico maravilla. Qué haces ahí parado. Ven, hombre, ven.

El camarero aprovechó para escabullirse.

—¿Qué tal, Mariano?

—Mal, chico, mal. Como si no se viera. A veces haces unas preguntas que… joooder.

Aproveché que me había acercado a la barra para buscar al camarero y, con esa excusa, mirar las fotos pegadas en la pared de forma aleatoria. No reconocí a nadie hasta que me crucé con los ojos de una joven que miraba de lado a la cámara mientras se morreaba con otra chica mayor tratando, divertida, de tapar con la mano el objetivo de la cámara. La mitad de esa pareja valiente que se besaba en uno de los bares de moda de una pequeña ciudad con su buena carga homófoba era Silvia Galán; la otra, deduje, era la hija de Mariano. Tenía los ojos algo acuosos de su padre, un rostro delgado y una vitalidad que el expolicía había perdido ya, si es que la tuvo alguna vez. Entonces creí entenderlo todo.

—No te creas que sabes una mierda —me apedreó Mariano en otra muestra de su habilidad para leerme la mente.

—Yo no…

—Ya, que aquí sois todos muy listos, joder.

Nicolás, el camarero (supe su nombre gracias a las letras grabadas sobre su polo azul), llegó al rescate. Le pedí una pinta mientras Mariano le tiraba las llaves del coche y le decía: «Y ahora, ponme otra.» Estaba desconocido, una extraña amargura lo invadía. No sé cuánto había bebido, pero todavía vocalizaba bien.

—Estarás contento, ¿no?

—Yo, ¿por qué?

—Ahora te cuento, pero antes prométeme que esto no saldrá de aquí —dijo algo más calmado al tiempo que paseaba su mirada por el local—. Se supone que estoy en una cena con unos antiguos compañeros y no emborrachándome solo en un irlandés de pega.

—No hay problema, Mariano. Ya lo sabes.

—Ya, ya. Bueno, en fin. Parece que te has pasado de listo con tu último reportaje sobre los fallos de la investigación, o has tocado la puerta que no debías o yo qué sé. Pero hay alguien molesto con toda la mierda esta de que el caso se cerró en falso. No sé en qué coño pensabas, joder. ¡Vaya manera de agradecerme la ayuda!

La borrachera, la tristeza, la frustración, el hartazgo, todas esas cosas juntas o quizá solo algunas habían trastocado la expresión corporal y oral de Mariano.

—Perdona, Mariano, pero no me entero. De eso hace más de un mes.

—Pues que me ha llamado Miguel María del Río. Sabes quién es, ¿no? ¡El comisario jefe de la Policía Nacional en Segovia!

—¿Y qué quería?

—Pues hablar contigo, qué iba a querer. Y, antes de que me preguntes, no por nada bueno.

—¿Y te dio un toque así, sin más?

—Chico, a veces no sé en qué mundo vives.

Yo no entendía nada. Antes de que pudiera reaccionar, Mariano se acabó el chupito de Chivas de un trago, recuperó las llaves y se encaminó hacia la puerta.

—Prepárate porque te llama mañana —se despidió.

Cuando pienso en una comisaría, mi mente viaja siempre a la hollywoodiense oficina de Homicidios de Los Ángeles donde Harry Bosch, protagonista de más de veinte novelas de Michael Connelly, trata de encontrar algo de justicia en un mundo que no comprende. Así, las pocas veces que mi trabajo me ha llevado a una he sufrido una decepción: la realidad se compadece mal con la ficción.

La comisaría donde me encontraba poseía el ritmo peculiar de las ciudades pequeñas. Allí nadie corría, todo iba muy despacio en las ventanillas de atención al público y la gente asumía el retraso sin quejas.

Subí a la planta superior del amplio edificio que en su día tuvo que causar cierta impresión, antes de quedarse completamente desfasado. Hacía calor y no corría nada de aire a pesar de que todas las ventanas estaban abiertas. «¿Qué pasa en todas partes con la climatización?», me pregunté. Al entrar, me había vuelto a poner la americana, ahora ya irremediablemente arrugada, y estaba nervioso. Varios agentes de uniforme pasaron por mi lado, absortos en su trabajo o indiferentes ante mi presencia.

El comisario, Miguel María del Río, se hizo esperar y me pilló desprevenido cuando salió él mismo a buscarme. Iba de uniforme, con las medallas, los galones y la insignia. Debía de tener unos sesenta años, las manos toscas, los ojos pequeños y un pelo escaso que le tapaba la mitad de la calva a modo de cortina, como si nadie fuera a darse cuenta. Olía a cigarrillos mentolados. Yo lo había visto en el vídeo de una rueda de prensa en la que anunciaba una «sustancial reducción de la criminalidad en Segovia» durante sus dos años al frente, pese a existir «las condiciones perfectas» para que ocurriera lo contrario y a pesar de no contar «con efectivos ni recursos suficientes». Estaba encantado de haberse conocido, pero no me llamó la atención nada más. Su rostro no me decía nada. Me estrujó la mano y me invitó a pasar, a sentarme, a tomar un café. Vi una Nespresso última generación con iluminación LED que desentonaba francamente con la minicadena con doble pletina y la pila de casetes de Raphael y del Nuevo Mester de Juglaría que tenía detrás; en la ventana había un enorme geranio.

—Bueno, ¿qué tal? Siéntate y hablemos, a ver si podemos abrir unos cauces de diálogo —dijo en un tono que me pareció en exceso campechano y confiado.

—Pues usted dirá.

—Verás, hijo, no es muy normal que alguien trabaje por aquí en casos policiales y no se digne a ponerse en contacto con nosotros

antes de inventarse una conspiración.

—Si es por lo de Hontoria, el caso lo llevan desde Madrid.

—Ya, pero tú hablas de la ciudad, de «cómo se mata por aquí», como decías en el pódcast, como si esto fuera un lugar de mala muerte.

—Bueno, la idea era justo la contraria —respondí. Seguía sin tener muy claro adónde quería ir a parar.

—Ah, ¿sí? ¿Y esto?

Sacó un periódico, lo desdobló con brusquedad, se chupó el dedo y empezó a pasar las páginas haciendo mucho ruido.

—Aquí está —dijo entre dientes antes de empezar a leer en voz alta—: «Esos detalles bastaban, a todas luces, para que esa vía no se cerrara, justo al contrario de lo que sucedió, y la estrecha relación de Ramona con Berta Ferrer debería haber supuesto un mayor compromiso, por ejemplo a la hora de redactar el sumario, en vez de una especie de salvoconducto para la señora Vila.» Tú has visto muchas películas.

Jugué la baza del silencio y esperé a que fuera él quien siguiera y se enredara.

—Eres un cabroncete engreído. Algo me había contado ya Palacios —dijo volviendo a la carga.

—¿Conoce a Julio?

—Claro. Julio es un mito del periodismo policial, uno de sus buques insignia. Nos conocimos antes de que tú nacieras, cuando yo me batía el cobre en Carabanchel, durante la epidemia de la heroína.

«Batallitas no, por favor», pensé mientras me preguntaba de nuevo qué hacía allí.

—¿Qué quiere de mí, comisario?

—Vaya, el chico está impaciente. Bueno, si te empeñas, vamos al tema. Mira, aquí en Segovia puede haber trabajo para alguien como tú: un joven impetuoso que ha tomado algunas decisiones lamentables, hablando claro, pero con ganas y capacidad de trabajo. Y de esos no hay tantos, ya te lo digo yo. Bueno, que me enredo. He conversado con el director de *El Progreso* y podrías empezar la

semana que viene de colaborador con sueldo fijo para cubrir la información de sucesos, todo lo que tenga que ver con la policía, y hacer un trabajo constructivo, que le sirva a tu ciudad.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Bueno, pues te lo acabo de decir: porque tienes futuro si quieres, hijo. Deja esas historias en las que andas metido, que los muertos descansen en paz.

—Ya.

—Ya, ¿qué? A ver por dónde sales ahora.

—Bueno, creo que no me interesa.

—Pues va a tener razón tu suegro. ¿Crees que me caes bien o que te mereces mi respeto? —reaccionó muy enfadado—. Te estoy ofreciendo esto porque por alguna extraña razón Mariano Larrea te tiene cariño o algo parecido, y fue un buen policía y un hombre honrado y respetable, y porque estás casado con la hija de Luciano Ramírez.

En ese momento todo cobró sentido: mi suegro había dejado de lado la sutileza para decirme, a través de aquel hombre, dónde me quería y en qué condiciones.

—Mi respuesta sigue siendo la misma. Si eso es todo…

—Te manda recuerdos Ángel Bico —me cortó el comisario. No me lo esperaba y creo que se notó—. ¿Qué pasa? —remató ante mi cara de desconcierto.

—Le pega mucho ser su amigo —me defendí.

—No soy su amigo, soy su jefe, y es un buen chico.

—¿Y qué le parece que ese «buen chico» plante pruebas en un registro para vengarse de un sospechoso con el que tiene una historia personal?

—Hijo, qué manera de complicarte la vida. Lo vas a pasar mal por aquí. En fin, no cuentes con hablar con ninguno de mis agentes ni para darle los buenos días, y si te quieres renovar el DNI te vas a Madrid; no te quiero volver a ver por este sitio en tu vida. Y si se te ocurre buscar a Ramona Vila o a Berta Ferrer, o tratar de hablar con alguien más sobre este asunto, me vas a tener encima, no lo olvides.

—Muy bien, muchas gracias —dije, y me marché.
El comisario Del Río había adivinado mis próximos movimientos.

Capítulo 33

EL ÚLTIMO fin de semana de agosto decidí quedarme en Segovia y dar un impulso al caso en vez de acudir a la gran comida que mis suegros convocaban cada final de verano en Pedraza. Se trataba de cubrir cada ángulo con insistencia y tesón. Además, desde que *Píldoras criminales* estaba en Global Podcast, su relevancia me servía de empuje, aunque pagara un alto precio por cada exclusiva. Por un lado, ganaba prestigio en el nicho de oyentes al que me dirigía; por otro, aumentaba la presión para conseguir más información de calidad. Así se lo expliqué a Eulalia para justificar mi ausencia, y ella entendió mis motivos, o al menos aseguró entenderlos. Sin embargo, los dos sabíamos que no me gustaba la casa de sus padres, que no sabía estar rodeado de servicio en aquel pueblo de postal, que me ahogaba en sus calles empedradas abarrotadas de turistas.

Fui a Hontoria como quien no tiene nada que perder. Me esperaban miradas inquisitivas y recuerdos amargos. El calor abrasaba las fachadas de las casas y el sol se ensañaba conmigo. No tardé mucho en llegar al hogar de Ramona, majestuosa mansión de pueblo, de nueva construcción, a la que se mudó meses después de la muerte de su hermano. Era una casa inmensa: tres niveles sobre una cuesta empinada con la que se integraba aprovechando el desnivel. Pura ostentación en piedra con tejados a dos aguas,

ventanas en madera marrón, un gran garaje, puerta de cristal opaco y enrejado en negro y oro para proteger la propiedad. El conjunto descansaba junto a la última rotonda del pueblo, en la parte de arriba, a mitad de la cuesta que llevaba al polígono, alejada tanto de los pastos como de los bares. A cierta distancia al otro lado de la carretera, descansa el esqueleto de hormigón del único intento de urbanizar las afueras del pueblo (proyecto que sí había triunfado en otros puntos de la provincia, como Espirdo o Palazuelos, más ruidosos y poblados que antes, pero no más bonitos), coronado por un enorme cartel oxidado y con las letras comidas por el sol. Me hizo gracia pensar en el enfado de Ramona ante esas ruinas de algo que nunca fue: un montón de materia inútil que estropeaba sus vistas a la nada.

Enseguida comprobé que no hacía falta acercarse a la enorme casa para ver que todo estaba cerrado, puertas, postigos y rejas. Era evidente que allí no vivía nadie desde hacía tiempo.

Me costó trece euros ir a la casa de domingo de Berta Ferrer, la clásica segunda residencia que tanto gusta a los segovianos emigrados. En cuanto llegué la vi en el balcón, achicharrándose, y dos segundos después me percaté de la furgoneta de seguridad aparcada en la puerta. Pedí al taxista que pasara de largo y volviera a donde me había recogido mientras el aire abrasador me golpeaba la cara a través de la ventana abierta.

—Es que eso del aire acondicionado es malísimo —había tratado de convencerme el taxista minutos antes, cuando el ambiente del maltratado Prius empezó a caldearse—. Pero quítese la chaqueta, joder; luego no diga.

No sé por qué le pedí que me devolviera a Hontoria, a la carretera del polígono, y no a mi casa. Pero allí estaba, sudado y algo deshidratado. Me acerqué a la puerta principal de la casa de Ramona, vi un buzón rebosante y, como un idiota, con la mano ya dentro, miré a uno y otro lado: ni visillos en movimiento a lo lejos, ni coches transitando ni una mísera vaca mirándome, nada. Saqué un puñado de cartas y repetí la operación dos veces más con cierta facilidad, sobre todo cuando me percaté de que el buzón, el típico

con forma de casita que se abre por el frente y tiene una ranura para meter las cartas por el tejado, tenía la cerradura rota. Mis manos no daban abasto y algunos sobres se desparramaron por el suelo. Salí de allí corriendo y me dirigí a la puerta trasera de la finca, opuesta a la carretera y fuera de la vista de las casas de los vecinos, medio kilómetro cuesta abajo. Allí, sentado en el suelo arenoso con la espalda apoyada en la valla de piedra que rodeaba la propiedad de Ramona, me dispuse a cometer mi primer delito de manera consciente y abrí los sobres.

Esto es lo que encontré:

- El catálogo de Venca (todavía existía).

- Las novedades en material de Álvarez Golf.

- Un ejemplar de julio de *Mundo Negro*, junto al correspondiente sobre para añadir una aportación a los Misioneros Combonianos.

- El informe de la junta general de socios del Casino de la Unión.

- Un recordatorio del Servicio de ITV del Polígono de Hontoria de que en agosto acababa el plazo de revisión del Q5.

- Una horrenda postal de Nueva York firmada «Ya tú sabes, BEXXX.»

- Dos facturas de luz y una de agua.

- Un sobre a punto de reventar con mi nombre impreso en él. Dentro, una historia y una verdad: las de Ramona.

Estimado periodistilla:

No estaba segura de que llegaras hasta aquí. Bien por ti. Para que luego digan de los jóvenes… Aunque, bueno, tú ya no eres tan joven, ¿verdad? ¿Que por qué tantas atenciones? Bueno, querido, eres el único que sigue el caso tanto tiempo después y con una sentencia firme, y eso me deja a medio camino entre la compasión y el asco. No eres el primer periodista que viene y sale escaldado. Mira ese amigo tuyo, el tal Antonio Jimeno, con aquello de la PAC. Claro que él fue mucho más listo, o menos tonto, y supo quitarse de en medio. Tengo entendido que ahora le va mejor que a ti, aunque eso tampoco es tan difícil. Estaba segura de que si

eras la mitad de lo pesado, o de lo idiota, que me habían dicho que eras terminarías olfateando mi propiedad (¿también olfateas bragas, querido? Porque tienes pinta), y que si te cebaba el asunto lo suficiente te pasarías la moral esa de la que me han dicho que presumes por la entrepierna y meterías la mano por la rajita (dejemos los símiles a un lado). Premio. Ahora vas a tener que leer mi historia, mi versión, la verdad que tienes en tus manos en estos folios que he escrito con mi Dupont (cómo somos los paletos con pasta, ¿eh?) y no vas a poder parar. ¿Preparado? Espero que sí porque voy a hacer pienso para las vacas con todo lo que has ido diciendo y publicando, y para cuando termine estarás deseando no haber nacido.

Pero no nos pongamos dramáticos, todavía no. Publica una rectificación de todas las barbaridades que has soltado, incluye de alguna manera lo que te voy a contar y te libras de las denuncias que tengo listas para ti.

Antes, eso sí, un poco de lujuria y misterio. ¡Que no! Dios, sí que eres crédulo. A ver, que empiezo. Mi hermano, que en paz descanse, y yo siempre nos quisimos mucho. Cuando conoció a Consuelo, él y yo éramos uña y mugre, misma sangre y mismo destino. Joaquín era listo y se quería comer el mundo, y a alguna amiga mía también, el muy sinvergüenza. Pero llegó la pazguata aquella y todo eso se acabó. Le metió toda la parafernalia cristiana y adiós muy buenas. Entiéndelo y no te embales todavía. Aquí, buenos cristianos todos, y más en aquellos tiempos de valores como Dios manda. Pero toda aquella beatería, toda aquella sosería, aquel decir que no a la diversión y a la vida porque sí, y «quédate en casa, dónde mejor», y «guarda para el diezmo», y «que se vea», eso sí, «que dejas el billete de 5.000 pesetas en la misa del domingo», y luego cásate y «ya eres mío», y los hijos, dos y ya porque con el segundo casi revienta, y «ponte a trabajar», pero ganando solo lo justo para vivir, y «no salgas al bar, que no hay más que pecado», y «ahorra,

ahorra, ahorra», no viajes si no es con la parroquia y los paletos, nueve horas en autobús a Lourdes y esas mierdas, «gánate el cielo con el sudor de tu frente, que ya te espero en casa», y «queda con tu hermana, muy bien, pero que no venga mucho por aquí, que no quiero que los niños oigan las barbaridades que dice, ni que vean a una mujer vestida así, qué mal ejemplo».

Y la distancia creció porque mi hermano se desvaneció: ella se lo comió. Eso sí, con la familia de ella, esos señoritos descastados de La Granja, lo que quieras. Qué pena. Y yo seguí con mi vida, pero qué pena ver crecer a mis sobrinos así, a lo lejos, a todo lo lejos que se puede estar en este pueblo, verlos marchitarse con esa pinta de curas en pequeño, la cabeza gacha, el jersey de cuello redondo zurcido en los codos, ¡por Dios! Y luego se metió donde no la llamaban cuando no debía. Mira que ha sido inoportuna. ¿Y todavía te parece un hecho publicable, algo relevante, que mi cuñada me cayera mal? No me caía mal: la odiaba, la odio. Y las dos nos esforzábamos en secreto en que se notara, cada una a su manera. Yo, con el sarcasmo y los comentarios que se me iban de las manos. Ella en silencio, ganando cada mano de la partida. La Navidad del año 2010 fue todo un festival, una clase magistral de superioridad moral y falsa modestia. Consuelo la perfecta. Discutimos, claro que sí, y fuerte. Mi marido, pobrecito, no sabía dónde meterse y se dedicó al vino. Mi hermano, o lo que quedaba de él, se hizo todavía más pequeño. Una hermana de Consuelo que se había acoplado, la ciega esa de los cojones, no paraba de santiguarse, y «los niños… ¡ay, los niños!». Luego hablamos de ellos, pero ya te digo que Jaime no dejaba de mirarme asombrado y el tonto de Sergio, porque ese niño era tonto desde que nació, no dejó de llorar en media hora. Una fiesta. Aunque nada fuera de lo normal: alcohol, envidias y unas cuantas verdades dichas a las claras. Nada que no se supiera por ahí, porque no había nada que saber. Unas cuantas

buenas palabras unos días después y a esperar a la siguiente. Eso sí, yo estaba desterrada de fiestas de cumpleaños y demás, aunque poco a poco dejaron de celebrarlas. Pura alegría, como ves.

Quieres que te hable de los niños, ¿eh? No te aguantas. Pues venga. Cuánta mierda se ha escrito, y tú no has sido el peor, sobre algo tan sencillo. Sergio era subnormal de nacimiento (ya no se puede decir así, ¿verdad?), el clásico niño de mamá débil, ñoño y pacato; un niño excelente en lo académico, pero muerto por dentro. Y Jaime, ¡ay Jaime! Él era el mismo espíritu libre que fue su padre, pero mezclado con todo lo que había mamado en casa: un chico más desorientado de lo normal a esas edades, una pequeña bomba. ¿Que estaba hecho un lío? Sí, ¿y? ¿Que se hacía pajas pensando en mí? Ah, señor policía de la virtud, detenga a ese joven que se ha excitado con las tetas, por aquel entonces todavía bastante firmes, de su tía. No era ni siquiera freudiano (fíjate cómo nos hemos vuelto los de pueblo) sino puramente hormonal, como si con eso no bastara. Y sí, cuando estaba solo y desamparado (Dios, qué cursi me pongo), cuando estaba jodido y hundido (y dale con los adjetivos, debe de ser el Campari) porque algún cabrón (ese va siendo más el tono) se había cargado a su familia, se vino a vivir a casa, que por dinero y sitio no iba a ser. Y todo lo demás son mentiras, insidias, insinuaciones deshonestas, cabronadas… pero nada comparado con decir que se llevó por delante a su familia para saciar su complejo de príncipe destronado o para quedarse con lo que de todas formas iba a ser suyo. Y, total, no era ni mucho menos para tanto. Sí, ya sé que mi periodistilla preferido no va por ahí, pero ya llegaremos a tus acusaciones más o menos veladas, ya llegaremos.

Ahora, entiendo que no quieras hablar mucho de Jaime visto cómo te han ido las cosas las dos veces que os habéis

encontrado. No sé qué comen los periodistas de Madrid, pero a tu lado mi sobrino parece de una raza superior.

Una cosa que me fascina es que a ti y a todos los flipados que te siguen en Twitter (confieso que me apunté con una cuenta falsa para ver qué tal) o a los que te leen y escuchan no os baste con un culpable condenado en sentencia firme a prisión permanente revisable. Algo habrán visto la policía y el juez, digo yo. Pero no: que si el juicio fue un circo mediático, que si la teoría se viene abajo, que si los agujeros negros. Qué manía. ¿Por qué no dejan a la gente de bien en paz? Al fin y al cabo, Abundio solo tenía motivos, oportunidad, antecedentes violentos de sobra (incluida una condena por homicidio… y allá que no sean dos: vete a saber qué pudo pasar con la pobre mujer aquella). Sí, yo sé, poca cosa para tu imaginación desbocada, pero qué le vamos a hacer.

Me han dicho que estuviste en una matanza aquí en el pueblo y que a punto estuviste de echar la papilla. Qué flojo. Y que no te gustó nada que yo fuera matarife, y de las buenas: como si por poder manejar un cuchillo con maestría fuera culpable de la muerte de mi hermano y su familia. Mira que eres…

Tampoco te gusta que tenga amigas, o al menos no que mi mejor amiga (mira, ahí acertaste) sea Berta Ferrer, y que encima haya hecho carrera. «Cherchez la femme», no serás de esos, ¿verdad? ¿Me hace eso intocable? Seguramente sí, si estuviéramos en una película de serie B. Espero que no estés sugiriendo (ahí te tengo que reconocer que estuviste hábil porque lo pusiste como sin querer, y nadie puede decir que estuviera ahí, en tu articulito), espero que no estés sugiriendo, te decía, que Berta Ferrer, mi amiga del alma (sí, y ¿qué?), no investigó algo, o frenó las pesquisas cuando se dio cuenta de que apuntaban a mí, hermana, cuñada y tía de las víctimas y, si no te importa, víctima también.

¿Qué queda por ahí, querido? Lo pregunto porque eres tú quien ha convertido el caso en su vida, en la obsesión de un

tipo obsesivo al que no le queda otra cosa. Porque nos hemos quedado un poco solos, ¿eh? ¡Ah! ¡Sí! ¡Mis olvidos en la declaración! Mis contradicciones. Eso sí lo decías, o al menos lo dabas a entender claramente. Declaré de forma voluntaria porque no tenía nada que esconder ni esa ni las otras veces que he hablado con la policía, oficialmente o no. Ya sé que mis declaraciones cuadran en cualquier versión conspiranoica que quieras, así que digamos de una vez que no valen nada ni mi coartada irreprochable, ni mi amor incondicional por mi hermano ni todas las incongruencias de tu teoría: no te fijas en ellas y haces bien, no seré yo quien te saque ahora del error.

Sigue investigando, no cejes en tu búsqueda de la verdad, de tu verdad; aprieta los dientes, no empines tanto el codo, sé fuerte y no descanses hasta que no te hundas definitivamente. Yo asistiré al espectáculo en primera fila, escupiendo con clase.

Atentamente,

RAMONA VILA

Inicié el regreso a casa al atardecer y me dediqué a dar vueltas por el casco antiguo desde la plaza Mayor, por la sombría calle Escuderos, hacia Velarde y sus portadas románicas; hice una parada en las vistas desde el jardín de Fromkes y luego todo cuesta abajo hasta el Alcázar, la puerta de Santiago, la casa de la Moneda y el paseo de la Alameda del Parral. Tuve suerte y el Jardín del Romeral de San Marcos, diseñado por el paisajista Leandro Silva, estaba abierto. Es uno de mis sitios predilectos de Segovia, un rincón olvidado, tranquilo, lleno de poesía. Allí pasaba largos ratos reconciliado con el silencio y con una versión de la naturaleza domesticada y adaptada al canon de belleza. Me quedé hasta la hora del cierre. Aquel día habría hecho cualquier cosa por no volver a mi casa vacía, al despacho, a las carpetas con información que no sabía

descifrar, a sentarme delante de un micrófono al que no tenía nada que decir.

Capítulo 34

PESE a la sorna y las amenazas de la carta de Ramona, una especie de certeza indefinida y una necesidad acuciante marcaron, para mí, las semanas siguientes. Sabía que terminaría llegando a la verdad y además necesitaba alimentar el pódcast con información de calidad sobre Hontoria.

A primeros de octubre alguien entró en casa. Cuando llegué, cientos de folios desparramados alfombraban el suelo del despacho y se movían lentamente, impulsados por el viento escaso que entraba por la ventana abierta. La caja de las libretas de notas estaba volcada y las portadas rectangulares de cartón coloreaban la estancia. Habían forzado sin ningún problema la cerradura de seguridad de la puerta principal. No sé qué buscaban, pero lo allí atesorado eran fuentes abiertas, material ya publicado. Fuera del despacho todo parecía en orden. «Deja de husmear, fisgón», decía la nota clavada en la pared con una de las chinchetas que sujetaba la foto de los Miyazawa. Nada más. Había algo de barro y pisadas de botas en el pasillo. También los cascos vacíos de un par de cervezas en el suelo de la cocina, pero ¿qué sentido tenía ir a denunciarlo a la comisaría de Del Río? Podrían haber sido Jaime y sus amigotes del pueblo, o alguien enviado por Ramona o incluso la propia policía.

Así se lo conté a Eulalia cuando llegó por la noche, tras una guardia de veinticuatro horas.

—Pero qué me estás contando, Jean. Pareces hasta emocionado —me dijo indignada.

—Es que significa que no estoy tan lejos, que alguien busca algo que yo tengo o que le da miedo que tenga. No es para ponerse así.

—¿Para ponerse cómo, Jean, para ponerse cómo? A ver, explícate. Porque esta es la casa donde viven tu mujer y tu hija. ¿Y si hubiéramos estado cuando entraron? ¿No te das cuenta, joder?

—Bueno, si hubierais estado… —empecé a decir, pero me interrumpí a tiempo para no empeorar más las cosas—. Me tengo que poner a grabar, perdona —añadí sin saber muy bien a cuál de la larga lista de pequeños errores acumulados me refería con mi disculpa.

Se me había ocurrido una entrega resultona y sencilla de hacer: el clásico «*what we know*» de la prensa anglosajona ante un gran atentado o una crisis, pero al revés. Es decir, un repaso exhaustivo que subrayara las lagunas de la investigación, lo que no sabíamos.

PÍLDORAS CRIMINALES

Once preguntas sin respuesta

BUENAS tardes, días o, más probablemente, noches a todos los oyentes de *Píldoras criminales*, una comunidad que crece cada día. De fondo suena la parte final de *Every Country's Sun* de nuestros amados Mogwai, cuatro chicos escoceses con la potencia guitarrera del fin del mundo y sostenidos por la batería monumental de Cat Myers.

Soy Jean Ezequiel y hoy os traigo algo que muchos de vosotros habéis pedido: una lista de preguntas sin responder quince meses después del triple crimen de Hontoria. Ya hemos dicho en otras ocasiones que aquí no caben las teorías de la conspiración, pero preguntarse qué ha fallado, hasta dónde no han llegado las pesquisas, puede ser una buena forma de acercarse a la verdad. El capítulo de esta semana es casi tan breve como una canción de amor punk.

Joaquín, Consuelo y Sergio Vila Martín, asesinados a puñaladas en su casa la noche del 6 de agosto de 2016, y sus familias merecen la paz que tantos piden y que muchos creen que han hallado ya, tras la reciente sentencia contra Abundio Ruiz, vecino del pueblo. Pero también merecen la verdad, y hay unos hechos que se compadecen mal con la versión oficial. Aquí van once preguntas todavía sin respuesta:

1. ¿Por qué se desestimaron cuestiones clave contra Jaime Vila Martín, hijo mayor y único superviviente de la familia, como la imposibilidad de que alguien confirmara su coartada para aquella noche, el colgante de su madre encontrado entre sus pertenencias en la caseta de Juarrillos (por mucho que esa prueba quedara invalidada) o el hecho de que mintiera acerca de su presencia en la casa después de los hechos?

2. ¿Quién iba en el Audi con matrícula 2803 BHL grabado por las cámaras de seguridad camino de Hontoria en la madrugada de aquel domingo?

3. ¿Dónde está el arma del crimen?

4. ¿Por qué se utiliza contra Abundio Ruiz la huella sobre el charco de sangre, el único rastro del asesino encontrado en la casa, si nunca se ha probado que tuviera unas botas Dr. Martens, ni consta en los registros un calzado de esas características?

5. ¿Qué ocurrió para que la madre del señor Ruiz cambiara su versión, dejara de apoyar a su hijo y declarara en su contra?

6. ¿Por qué se acepta la validez de la declaración de Benedicta Martínez, *la Bene*, la única que sitúa a Ruiz cerca de la casa, si cometió errores y su salud mental flaqueaba?

7. ¿Por qué se han obviado las contradicciones de Ramona Vila, la persona que alertó a la policía, y por qué en el sumario no aparecía completa su declaración? ¿No es cierto que el seminal *Crime Scene Investigation. A Guide for Law Enforcement* y todos los manuales que han venido detrás consideran siempre a quien ha encontrado a una víctima como persona sospechosa o, al menos, como alguien con información esencial sobre el lugar de los hechos? ¿Por qué la policía no insistió en esa vía?

8. Siguiendo esta vertiente, ¿no es significativo que Ramona Vila sea la única matarife de la zona? En un caso de asesinato a puñaladas, ¿la policía no consideró importante su habilidad con el cuchillo?

9. Por insistencia de la familia de Consuelo se sometió a su cadáver a una prueba en busca de huellas. Se trata de la aplicación de cianoacrilato, un derivado de un pegamento superadherente cuya

evaporación fija las crestas y surcos interpapilares en la piel. El cuerpo analizado ha de ser metido en una cámara hermética para que el proceso sea eficaz. De allí salieron huellas de Jaime y Ramona en el cuello y cerca del hombro de Consuelo. ¿Es normal que aquello no le dijera nada a nadie? Ciertamente, eran su hijo y su cuñada, pero ¿había que ignorarlo?

10. ¿Qué ocurrió para que Silvia Galán, una de las policías con más proyección de España, abandonara su carrera por la puerta de atrás después del fracaso de la Operación San Frutos, que planteaba una vía de investigación a la que se opuso la fiscalía?

11. ¿A quién podría parecerle mal que estas preguntas encontraran respuesta?

Si queréis seguir tras la verdad sobre este asunto y conocer otros hitos de la historia criminal, sed siempre bienvenidos. Contad con que leeré con atención vuestras sugerencias y vuestras críticas en Twitter, Facebook e Instagram. Ah, y por favor, compartid y puntuad alto este espacio. Ya sabéis: cuantos más seamos, menos posibilidades habrá de que la verdad siga oculta.

Píldoras criminales recibe el apoyo indispensable de Global Podcast. Podéis escuchar este y otros capítulos anteriores en vuestra plataforma habitual. En la web del programa hay, además, fotos e información complementaria.

Por mi parte, seguiré preguntando porque esa es la esencia de la verdadera investigación.

Gracias por estar ahí y hasta pronto.

Capítulo 35

LA EMISIÓN tuvo eco en redes sociales: pocas veces se me había nombrado tanto, y jamás me habían insultado así. Más de una televisión quiso entrevistarme para llenar unos minutos de sus programas, pero no acepté. Entonces utilizaron mi material sin permiso, gracias a una concepción muy laxa del derecho a cita. Un hilo elaborado por @sangreyverdad, una cuenta sobre crímenes y sucesos macabros con 300.000 seguidores y un tono lamentable, especulativo y conspiranoico del que nunca había salido nada bueno, me utilizó también, logrando convertirme en blanco del odio de muchos y del reconocimiento de unos pocos. Abrumado, diez horas después de publicar la entrega del pódcast deshabilité las notificaciones en todos mis dispositivos.

Vinieron luego unas semanas insulsas mientras el crimen de Hontoria perdía fuerza conmigo como único investigador. En el periódico, agitado como siempre por un ritmo infernal, ya nadie se acordaba, a excepción de Juan, que me preguntaba de tanto en tanto, con tono de reproche, qué pasaba con la entrevista a Abundio Ruiz. Yo me encogía de hombros por toda respuesta.

Andaba sumido en un juego a varias bandas que implicaba a Instituciones Penitenciarias, a la cárcel de Perogordo, en Segovia, donde el supuesto asesino cumplía la pena de prisión permanente revisable y, sobre todo, al propio Abundio Ruiz: la entrevista con

Silvia Galán, el capítulo del pódcast centrado en las zonas oscuras de Jaime Vila y el siguiente, con las once preguntas sin resolver, jugaban a mi favor espoleando el ego de un criminal atento a cualquier cosa que se publicara sobre él.

Solo los seguidores más fieles del pódcast se preguntaban por un caso que me había dado mis mejores índices de audiencia. El ruido que había generado a medida que me metía en el asunto y publicaba novedades amplificaba el eco de mi silencio cuando no conseguía avanzar. Pero me había quedado sin nada que decir.

El inicio del curso escolar primero y el otoño después trajeron cierta normalidad a mi vida. Con Eulalia y Gabriela de vuelta, desaparecieron los ataques de ansiedad ante la casa vacía. Había algo, sin embargo, que no funcionaba igual entre mi mujer y yo; cierta distancia, una pérdida de complicidad difícil de concretar. «Nada importante», me repetía a menudo, pero no tenía ni idea de si realmente era así.

Los últimos días de octubre me reservaban una sorpresa. Por decirlo de algún modo, el día 20 me tocó la lotería.

Estaba en la redacción un día gris, sin turno de web ni temas entre manos, sentado a la mesa de Antonio Jimeno, cuando el jefe me llamó al despacho. En toda redacción hay ciertos códigos y me pareció que su tono no anticipaba nada bueno. De nuevo, me equivoqué, estaba claro que no conocía a Juan tanto como creía.

—Vaya ojeras que tienes, Ezequiel —me dijo en cuanto me vio en el umbral del despacho.

—Gracias, Juan, así da gusto —repliqué con sarcasmo—. Es el AVE, que me está matando.

—Ya, el AVE y la manía esa de seguir con cosas que el resto del mundo ha dejado ya en paz. Seguro que continúas quedándote hasta las tantas. Tendrías que aflojar un poco.

—Bueno, tú dirás.

—A ver, Ezequiel. No quiero ni media sonrisa de esas que gastas cuando crees que has ganado porque no es así.

—Me tienes en ascuas.

—Mira, Palacios está jodido de nuevo. Supongo que saldrá de esta, pero estará fuera de juego un tiempo.

—¿Una resaca de récord? —pregunté haciéndome el listo.

—Muy gracioso. No, lo han ingresado con un cólico: tiene dos piedras como dos losas en el riñón.

—Entonces, ¿qué pasa con lo del juicio del cuádruple asesino de Pioz?

—Joder, Ezequiel, eres todo sensibilidad.

—¿Qué quieres que te diga?

—Vale, pues eso. No me vengas con triunfalismos ni con agobios. Tú te plantas en Guadalajara a cubrirlo a tope y a mandar desde allí información para el directo y yo pongo a transcribir el material a uno de los chavales de la web, uno que es rapidísimo tecleando. —Movió los dedos como si estuviera escribiendo en el aire. Yo no quise recordarle que esos jóvenes eran periodistas, no taquígrafos cuyo desempeño se midiera en virtud de sus pulsaciones por minuto. No quería enfadarlo justo cuando me estaba dando esa oportunidad.

—Vaya, estupendo. Gracias.

—Ni gracias ni historias. ¿Qué tipo de periodista engreído eres, que cuando consigues lo que crees que te mereces das las gracias? Siempre me desconciertas, Ezequiel.

—Lo siento. Gracias.

—Y dale. A ver, ya te dije que tuvieras paciencia. Cuando no te dejas llevar por tus ansias de protagonismo eres un tío sólido. En fin, ahora te pones a muerte. Una previa para mañana con todas las claves del caso y una crónica diaria desde el 25, que es cuando empieza el juicio. Llama a la agencia de viajes para que te den todos los detalles. Te quedas en un hotel, que si no te vas a pasar la vida en el camino. Sería mucho más fácil para todos sin esa puta manía tuya de no conducir.

—No es una manía.

—Bueno, una manía, un trauma, yo qué coño sé. Me da igual. Aprovecha la oportunidad. Quiero que pienses primero en el periódico, luego en el periódico y para terminar en el periódico. Deja en paz el pódcast y céntrate, por favor.

—No me des la lección, anda, Juan.

—Y tú no me toques la moral. Si te lo estoy diciendo es por algo, y lo sabes.

Se llevó una mano al bolsillo de su camisa de cuadros y manga corta, siempre la misma, o muy parecida, sacó el paquete de Ducados y se puso un pitillo entre los labios, un gesto que repetía al menos veinte veces al día. De hecho, llevaba unos meses intentando de todo para no fumar más de treinta cigarrillos diarios. El truco de tenerlo en la boca y esperar unos minutos antes de bajar a encenderlo era su última maniobra. Ya solo le faltaba masticarlos.

—¿Todavía estás ahí? ¡Aire! —gritó con una media sonrisa. Me molestaba su paternalismo, cómo utilizaba mi ambición en su beneficio, pero era un buen tipo y, mucho más importante, un buen jefe.

«Al que tiene un martillo, todo le parecen clavos», reza el dicho popular ruso. A mí me pasaba algo similar con el crimen de Hontoria: veía conexiones por todas partes, pero el cuádruple asesinato de Pioz no parecía un misterio sin resolver, sino todo lo contrario, y al principio no entendía qué podría decir de un crimen tan obvio. Había un asesino confeso, decenas de pruebas en manos de la fiscalía, fotos y mensajes inculpatorios… Sin embargo, pronto me di cuenta de que quedaban algunas grandes preguntas sin respuesta.

Patrick Nogueira mató a su tía, a sus primos de uno y cuatro años, y esperó durante horas a que llegara su tío para acabar también con su vida la tarde del 17 de agosto de 2016 en Pioz, una localidad de 3.500 habitantes en la provincia de Guadalajara. Después, troceó los cuerpos y los metió en bolsas de basura que selló con cinta americana y abandonó en la vivienda unifamiliar donde había ocurrido todo. Nadie los encontró hasta un mes después, cuando los vecinos denunciaron el hedor insoportable. Un día antes del juicio me pasé por allí para captar el ambiente, pero solo me encontré con puertas cerradas y caras largas. El adosado donde ocurrieron los hechos era uno más de las decenas de miles que hay en España. Un poco pequeño, algo tétrico visto *a posteriori*,

pero nada especial. Para no repetir la crónica de las televisiones y las radios, la foto de la puerta del chalet cerrada, el silencio del pueblo solo roto por cuatro declaraciones mal articuladas y llenas de tópicos, centré el artículo en un aspecto lateral y diferente: cómo Nogueira, en la prisión de Estremera donde esperaba el juicio, se hizo amigo de Sergio Morate, un asesino condenado por matar a su exnovia y a una amiga. Durante un año fueron íntimos. El primero en contármelo, antes de que saliera en ningún medio, fue mi amigo Simón, que mantenía una curiosa red de contactos con aficionados al crimen repartidos por toda España y se enteraba de estas cosas antes que yo, algo que nunca ha dejado de desconcertarme.

El primer día del juicio fue complicado. La sala de la Audiencia Provincial de Guadalajara era pequeña y estaba atestada de periodistas, fotógrafos y cámaras. Algunos familiares de las víctimas estaban en las primeras filas. Todos esperábamos a Nogueira, quien se presentó con camisa, gafas de pasta, pantalón de vestir, afeitado y sin rastro de las patillas que lucía durante la reconstrucción de los asesinatos en el chalet de Pioz. Estaba muy serio y se mantuvo quieto, con la mirada hacia el suelo. No parecía avergonzado ni aterrorizado ante lo que se le venía encima. A su derecha había unos cinco o seis magistrados. Detrás, unas cortinas blancas de tela sintética filtraban la luz que llegaba del patio.

La fiscal jefe de Guadalajara, Rocío Rojo, hizo un trabajo encomiable. Tras cada detalle de su exposición yo miraba hacia los asientos de los familiares de las víctimas unas filas más adelante, pero no conseguía ponerme en su piel, nadie habría podido. Rojo probó poco a poco cómo las acciones de Nogueira no habían sido fruto de un arrebato y estableció las bases para derribar, en los días siguientes, la teoría de la defensa, que alegaba que el joven allí sentado era poco menos que una víctima con un montón de sufrimiento a sus espaldas.

Pero, si el relato habitual en un juicio con jurado se centra en la lucha entre dos narrativas, allí solo había sitio para una: la que apuntaba al monstruo confeso. Era, por distintos motivos, lo que todos esperábamos en aquella sala, aunque también sabíamos que

no iba a proporcionarnos una explicación con efecto reparador, que nada podía arreglar lo sucedido. Yo escribía una crónica al día para publicarla poco después del final de la sesión y sustituir así al directo en la web del periódico. Luego, en el hotel, más tranquilo, ampliaba el contenido y podaba el texto de adjetivos, frases subordinadas e impresiones personales.

Según pasaron los días, el acusado fue teniendo el pelo un poco más sucio, la ropa un poco más arrugada, el gesto un poco más agrio. Empezó a refunfuñar y a hablar solo, a tocarse una muela como si el dolor lo torturara. Había decidido responder exclusivamente a las preguntas de su abogada, y en sucesivas intervenciones pidió perdón una y otra vez. «No he elegido funcionar de la manera en que funciono», aseguró. «Yo pido perdón, no lo niego, no lo cuestiono. He causado demasiado daño. Hice sufrir a gente que no conozco y a la que tengo cariño, mucho cariño […]. Yo sufro porque soy un hombre de un solo destino.» Hubo un bufido entre los periodistas ante esa última frase cargada de mala poesía. Algún miembro del jurado no pudo ocultar su cara de asco e indignación. Los familiares de los cuatro asesinados se removieron en sus asientos. El juez tuvo que llamar al orden en la sala. Para hacerlo todo más complicado, Nogueira hablaba casi en un susurro, mezclando portugués y español. Yo había enchufado una pequeña grabadora al hilo general y estaba encantado con aquello. La idea era hacer luego una selección sonora que alimentara el pódcast, un relato de ambiente naturalista, puro experimentalismo sonoro para el cual la voz confusa y lejana de Nogueira sería perfecta. El juez, molesto, le pidió en más de una ocasión que hablara más alto. Era difícil de seguir, pero básicamente intentaba dar pena. «Yo he cavado mi tumba de niño», declaró en su momento más patético, nada que explicara por qué mató a sus familiares y disfrutó contándolo. En días posteriores, la defensa fracasó con estrépito a la hora de intentar justificarlo todo por el estado mental de Nogueira. «Conoce perfectamente lo que está bien y lo que está mal», aseguraron los forenses. «Lo hizo consciente de lo que hacía y

porque quería hacerlo», fue su veredicto, y el titular de las crónicas más o menos clonadas de las horas siguientes.

Cada día llegaba más abatido al hotel de Guadalajara y pensaba menos en Pioz y más en Hontoria, atrapado de nuevo en aquel laberinto, en las redes de un caso con un culpable oficial que no me convencía. Estaba seguro de que se había cerrado en falso. Pero la vida me había llevado de nuevo ante un crimen brutal y sin sentido, y si aquel horror no iba a proporcionarme ninguna clave, al menos podía darme un tono. Había, además, un detalle que resonaba en mi cabeza, convencido todavía de que lo de Hontoria era, en última instancia, una cuestión filial.

Las audiencias del juicio llegaron a su final el 31 de octubre. Todos sabíamos que, tras perpetrar los primeros asesinatos y en espera de su tío, Patrick Nogeira había enviado cientos de mensajes de WhatsApp a Marvin Henriques Correira, su amigo del alma en Brasil. El secretario judicial los leyó pausadamente: «Qué risa, los niños no corren cuando les voy a matar», «Abrir a alguien por la mitad da demasiado trabajo», «Los dejo desangrándose y me hago un atún con pan porque me lo merezco», y así durante veinticinco minutos en los que todo el hartazgo ante el asesino y sus excentricidades, todo el sopor de días anteriores ante el vacío moral y los trucos de la defensa, se convirtieron en pasmo. Nadie entendía nada porque era imposible. Algunos cronistas veteranos recordaron aquel día los diarios de Javier Rosado, *el Asesino del Rol*, con su «es espantoso lo que tarda en morir un idiota». Las caras de los presentes tenían un gesto muy complicado de definir, entre el asco, la frustración y el dolor. Un crimen contado casi en directo en WhatsApp es puro siglo XXI.

Tras seis días de juicio, de leer cientos de documentos, escuchar horas de testimonios y redactar varias crónicas, yo mismo seguía sin entender nada. ¿Por qué un joven de diecinueve años mata con esa saña, disfruta de esa manera, se regodea así? Entonces, como en cada ocasión que pensaba en los Vila Martín, solo se me ocurría una respuesta: el odio. A veces creía que eso podía explicar algo; otras, sabía que solo ayudaba a ahuyentar el miedo.

El jurado declaró culpable al acusado un 4 de noviembre. Poco después, en una decisión inédita desde que se aprobara la ley en 2015, fue sentenciado a tres condenas de prisión permanente revisable, una por cada uno de los niños y otra por el cuádruple asesinato en su conjunto.

Capítulo 36

DURANTE la cobertura del juicio de Pioz, y ante la insistencia de Juan Gómez, que veía en todo aquello una oportunidad de aumentar la presencia del periódico en los medios, accedí a aparecer en un par de programas de televisión. No lo hice ni mal ni bien, pero aquello debió de inclinar la balanza a mi favor con Abundio Ruiz porque apenas una semana después recibí una notificación de Instituciones Penitenciarias otorgándome el permiso para entrevistarlo. El encargado de comunicación de la prisión de Perogordo me llamó para concertar la cita, no sin antes confesar sin rubor alguno que la dirección de la cárcel había adoptado en los últimos meses una posición más activa frente a las críticas negativas y que esperaban que yo contribuyera a mejorar su imagen.

Mi jefe abrió los ojos de manera exagerada cuando se lo comuniqué.

—¡Bien hecho! La verdad, creía que nunca lo conseguirías.

Empleé un par de días frenéticos en releer todo lo que pude acerca de Abundio Ruiz, incluidas las crónicas del juicio por el crimen de Hontoria, y también las del juicio por la muerte de su vecino en 1995. Aquello me obligó a desplazarme hasta el barrio de Nueva Segovia, donde hay una biblioteca enorme y moderna que vino a sustituir a la vetusta cárcel reformada en la que me adentré en el

mundo criminal junto con mi amigo Simón, porque ni los archivos de *El Progreso* ni *El Ideal de Castilla* habían sido digitalizados.

Preparado más o menos a conciencia, llegado el día llamé a Alfredo, mi taxista de cabecera, a quien le había pedido su tarjeta en nuestro tercer encuentro casual, para trasladarme hasta la prisión. Intenté entablar conversación contándole adónde iba, pero aquel conductor miope que me había ayudado a perseguir a Jaime por las calles de Segovia y a llegar a tiempo al AVE a costa de la suspensión de su taxi, no parecía interesado en mis andanzas, solo en llevarme de un lado a otro y cobrar.

Mientras nos acercábamos a la cárcel, no noté un gran cambio en el paisaje: tierras onduladas y secas, igual que en toda la zona, y allí, en medio, una alambrada y un edificio discreto. Aquella prisión española (inaugurada en el año 2000 a la altura del kilómetro 196 de la Nacional 110, en el camino de Perogordo, del que tomó el nombre oficioso), pese a que podría considerarse un paradigma en algunos sentidos, no era ni mucho menos la de San Quintín, donde Edward Bunker se pudrió durante quince años para publicar después un par de obras maestras, ni la de Angola, Louisiana, ni cualquiera de los enormes complejos penitenciarios que pueblan Estados Unidos; no, ni siquiera vista de cerca se parecía en nada a aquellos.

Cuando llegamos, Alfredo intentó sin éxito quedarse en la puerta a esperarme con el taxímetro funcionando, y no ocultó su malestar cuando le dije que ya vería cómo me las apañaba para volver.

El guardia encargado de acompañarnos, un hombre grueso y parlanchín que resultó ser primo de Jon Aguirre, mi colega de la universidad, me contó que Perogordo tiene 344 celdas más 73 complementarias, y una nutrida nómina de presos VIP que en su momento incluyó a gente como Rafael Vera y Jaume Matas, quienes pudieron disfrutar de un polideportivo, una piscina, una gran biblioteca y atención médica de primer nivel.

—Todavía hay médico, pero la piscina está cerrada porque era cara de mantener —aclaró el funcionario que marchaba con nosotros —, y a estos VIP no los ha visto ni Dios en el polideportivo o en la biblioteca, te lo digo yo.

En el edificio principal nos esperaba el encargado de comunicación de la cárcel, que quería darme «un pequeño tour» para que observara las excelencias del modelo antes de sumergirme en mi entrevista. Hacía mucho frío y yo tenía los pies congelados, así que habría aceptado cualquier oferta con tal de ponerme a resguardo. Además, de nada habría servido resistirme: dar una buena imagen del lugar en lo que escribiera era parte del trato que me había llevado hasta allí.

El paseo por aquellas galerías, luminosas y tranquilas a esas horas de la mañana, incluía una visita a la «celda piloto», «calcada» a la que tenía Abundio Ruiz, según me detalló mi anfitrión. Tenía suelo de hormigón pulido (frío y feo, pero resistente y fácil de limpiar), un lavabo metálico empotrado, estanterías tipo Ikea fijadas a la pared, un escritorio, una cama innecesariamente estrecha y una silla. Cruzamos de un lado a otro del complejo por una pasarela parecida a la de las películas sobre un jardín bordeado de árboles y macetas con flores que daban al conjunto un aire universitario.

—¿Ya no hay chinches? —pregunté con malicia para combatir el aburrimiento y, de paso, recordar uno de los episodios más controvertidos de la prisión, cuando una plaga, en 2017, obligó a desalojar una sección entera para desinfectar.

—Eso no tiene nada que ver con el motivo de su visita, si no me equivoco —me contestó el encargado de prensa.

—¿Y qué me cuenta de la falta de funcionarios?

—¿Le parece pertinente?

—Pues sí, es esencial para poder describir las condiciones de vida del señor Abundio Ruiz en el lugar en el que con casi total seguridad pasará sus últimos años.

—Las condiciones son las mejores posibles, se lo aseguro —me contestó enjugándose con un pañuelo blanco de hilo el sudor que, a pesar del frío, le brotaba de la calva y rodaba directo a sus ojos—. Bajemos a la zona de visitas.

La sala de encuentros de Perogordo era más luminosa y estaba más limpia y cuidada que la redacción de cualquier periódico de España pero, cuando pasamos de largo por la zona de las mesas y

las máquinas de refrescos, comprendí que iba a encontrarme con Abundio Ruiz en un lugar menos expuesto al cotilleo y fuera del horario de visitas.

Accedimos a un pequeño reservado, me senté y esperé. El hombre que se plantó delante de mí era la peor versión del monstruo de Hontoria. Allí estaba, desafiante, con su cara huesuda y la cicatriz en el pómulo izquierdo, una barba blanca de dos días y el cuerpo aún esbelto y fibroso. Ni rastro de aquella mirada perdida que lo sentenció ante la audiencia televisiva. El chándal no lo favorecía, pero en general se lo veía bastante bien, y conservaba el gesto brutal de un asesino consumado.

—Buenos días, señor Ruiz.

—Tienes huevos, chaval —me respondió con sorna, y luego se mordió los labios resecos (a lo largo de la entrevista repitió varias veces ese gesto y, hacia el final de la conversación, tenía en ellos un leve rastro de sangre. La foto quedó magnífica).

Nos miramos en silencio. Yo seguía las recomendaciones de Robert B. Caro, maestro de periodistas, y esperaba callado, la forma más eficaz de conseguir que alguien diga algo. Su mirada me intimidaba, pero aguanté. «O no habla o no hay manera de acallarlo», me había avisado el guardia. Parecía que no iba a ser mi día de suerte.

—¿No vas a preguntarme nada o qué? ¿Qué mierda psicológica es esta? —me espetó algo alterado. Había conseguido hacerlo hablar primero.

—Verá, señor Ruiz…

—Ni «señor Ruiz» ni hostias —me interrumpió—. A ver, ¿tú crees que maté a esa gente sí o no?

—Yo sé que no lo hizo —repuse para mi propia sorpresa—. Sé que es un individuo peligroso, puedo estar de acuerdo con quienes dicen que está mejor encerrado, pero sé que no mató a esa familia.

—«Puedo estar de acuerdo con quienes dicen que está mejor encerrado» —repitió con burla—. Mira que eres pedante. Pero vayamos al grano. ¿Tú qué coño sabes de todo este asunto? ¿Y si lo hice y quedas como el puto culo?

—Pero sé que no lo hizo —contesté coherente con mi nueva estrategia, nada acorde a lo que había previsto.

—Y sin embargo aquí estoy, y tú no has venido a sacarme.

—No puedo hacerlo, no soy abogado, pero sí puedo ayudar a que se sepa la verdad.

—¿Qué verdad? No me vengas con historias. —Miró a un lado y de pronto dio la impresión de que estaba muy lejos de aquella cárcel. Yo no entendía muy bien qué estaba sucediendo—. Durante el juicio me cambiaron la medicación y me dejaron bien jodido —contó tras volver a la realidad, mirándome a los ojos—. Cuando recuerdo aquellas imágenes, me revuelvo de la mala sangre que me crea todo. Parecía un chalado, joder.

—Pero usted no está loco.

—¿Eso es una pregunta? No, no estoy loco, aunque hay quien dice que la ira es una locura pasajera —me soltó con la mirada altiva.

—Buena frase. ¿Lee mucho aquí, en la cárcel?

—Oye, ¿a qué coño juegas? ¿Esto es ya la entrevista?

—La entrevista empezó en el momento en que usted entró en la sala y se sentó frente a mí —le expliqué mostrándole el iPhone. Me temblaba la mano.

—No me jodas, eh, plumilla, no me jodas.

—¿Mató a Consuelo, Joaquín y Sergio el 6 de agosto de 2016?

—Ya sabes que no, para qué preguntas.

—¿Dónde estaba esa noche?

—Ya se lo conté a la policía, al juez y al jurado: con mis padres, en su casa, en nuestra casa.

—¿Y por qué su madre lo desmintió en el juicio?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella.

—¿Se hablan después de aquello?

—Siguiente pregunta. No voy a responder a nada personal. Una más de esas y me largo.

—No era personal, está relacionada con el caso.

—Repito, una más de esas y me largo.

—¿Se considera una persona violenta, señor Abundio José?

Con un rápido movimiento, Abundio se levantó, impulsó la silla para atrás y se abalanzó sobre la mesa hasta poner su cara a un centímetro de la mía. El guardia de la esquina se movió hacia nosotros, pero yo levanté la mano para frenarlo. Podía sentir el aliento a regaliz de Abundio en mis narices, pero no moví ni un músculo. Al final, volvió a sentarse, levantó la barbilla, tensó los músculos del cuello y me dijo:

—No me vuelvas a llamar así, puto periodista.

—Es como le llamaba su madre, ¿verdad? Por su nombre completo.

—Nadie me llama así. Nadie. ¿Entendido?

—¿Se considera una persona violenta? —repetí ya sin la provocación.

—Es evidente que soy violento, sí. Me defiendo, defiendo lo que es mío, doy a cada uno su merecido. Pero yo no maté a esa gente. Yo ya había dejado claro a Joaquín que a mí no se me pueden tocar las pelotas. Se lo dije, movió la linde y ahí se acabó esa historia.

No se me escapó ese pequeño detalle en el que nadie parecía haber reparado hasta entonces: Joaquín había movido la linde. ¿Por qué no lo habían usado en el juicio? Era un dato relevante: Abundio se había salido ya con la suya tras amenazar a Joaquín. Podía ser un error más de una defensa errática y torpe, pero también podía ser una mentira, un as sacado de la manga de su chándal carcelario de tactel morado.

—¿Qué me dice del manojo de llaves que encontró la policía en el registro de su casa?

—Joder, ¿tú también con eso? Está claro que esas llaves las plantaron allí, hombre. A ver, yo tenía unas llaves de aquí y de allá, un manojo bien grande, pero todas mías. ¿Una bolsa llena de llaves de distintos vecinos? No me jodas. Un invento de esos cabrones de la policía que luego explotaron a tope los de la tele. Si no lo ves, no sé qué coño estamos haciendo aquí.

—¿Tiene unas botas Dr. Martens del 42? —dije rápidamente para cambiar de tema. Hablar de las llaves había sido un error de novato,

una pregunta para la que ya tenía respuesta y que solo podía alterar a Abundio.

—Por supuesto que no, ya lo sabes.

—¿Dónde está Elena Valishova?

—¿A qué viene eso? Siguiente pregunta.

—Insisto, esto no se sale de lo pactado: ¿qué pasó con Elena Valishova?

—Insisto, ¿a qué viene eso? Ya me buscaron las vueltas y no sacaron nada en claro. Yo quería a esa mujer.

—A la que llamó «zorra estúpida» en el juicio.

—Ya te he dicho que estaba jodido. Me jodieron bien con la mierda de la medicación.

—¿Entonces?

—¡¿Entonces qué, joder?! —gritó, otra vez muy alterado.

El ambiente se había enrarecido y el guardia parecía nervioso, pero yo estaba dispuesto a aguantar lo que fuera necesario para sacar al verdadero Abundio de las profundidades de su personaje.

—Respóndame, por favor.

—Trataron de dibujar un monstruo, y conmigo lo tenían fácil: no he parado de darles razones. ¿Ves esto de aquí? —me preguntó señalando la cicatriz que le recorría el pómulo—. Pues tendrías que ver al otro. Todavía está en el hospital.

—¿Cómo es su vida en la cárcel?

—Pues una mierda, como tu pregunta. Trato de sobrevivir, de no darme contra las paredes, de que no llegue un gitano o un moromierda de esos y me mande al otro barrio.

—También se entretiene leyendo, viendo y escuchando todo lo que sale sobre usted.

—Pues sí, qué coño. Duró poco, pero estuve un tiempo en el candelero. Aunque todo lo que se cuenta es mierda. Y no creas que tú te salvas con esa cruzada tuya en la que no soy más que un peón. Me usas como los otros, no creas que no te tengo calado.

—Entonces, ¿por qué me ha dejado venir?

—Pues no sé por qué, la verdad. Por hablar un rato, supongo.

Cruzó las piernas y se volvió hacia la derecha, como mostrándome la cicatriz. No era nada tranquilizador. Sabía, sentía que se me estaba escapando vivo, pero no encontraba la manera de sacarle algo más. «¿Y si no hay nada más?», pensé intranquilo. Quizá solo era una bestia aburrida, sin posibilidad ni deseos de redención.

—¿Usted cree en Dios?

—Siguiente pregunta.

—¿Cree en el perdón? ¿Ha pedido perdón a sus víctimas?

—¿Por qué coño hablas en plural? Yo solo maté a Andrés, y fue mala suerte, un mal golpe. Y él también tenía una herramienta en la mano con la que hubiera podido golpearme primero. Además, eso fue en el noventa y cinco, ya no soy la misma persona.

—¿Ah, no? ¿Es mejor o peor?

—Ni mejor ni peor, distinto. Pero insisto —dijo levantando la voz y dando golpecitos en la mesa con el dedo índice de la mano derecha—: yo no he matado a nadie más.

—¿Ni a Elena?

—No vuelvas por ese camino, que lo mismo te arrepientes.

—¿Qué busca en la vida? —repliqué rápido para cambiar de tema. Era la única manera de mantenerme más o menos fuera de peligro y al mismo tiempo hacerlo hablar.

—Y yo qué sé. Mira dónde vivo y saca tus propias conclusiones.

—¿Se arrepiente de algo?

—Desde hace un rato de haber aceptado esta entrevista. Pero en general no. ¿Qué coño de arrepentirse? Menuda mierda para perdedores. ¿Tú te arrepientes?

—Aquí las preguntas las hago yo, pero sí, me arrepiento de algunas cosas, claro.

—Claro, por qué no.

—¿Cree en la redención?

—¿Tengo pinta de creer en la redención?

—¿Sabe que muy probablemente morirá aquí?

—Sí, claro, y probablemente con violencia. Aunque confío en llevarme por delante a algunos enemigos antes de eso… y renacer de mis cenizas.

Soltó una carcajada, se levantó y extendió las manos para que se las esposaran, momento que aproveché para fotografiarlo. El periódico ya tenía su imagen y el espectáculo se había acabado.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Ruiz —dije cuando ya se alejaba. No se molestó en darse la vuelta ni en despedirse.

La entrevista no resultó, ni mucho menos, como yo esperaba. Intenté arrancar la mayor cantidad de matices posibles al material que tenía redactando el artículo en estilo directo, sin pregunta-respuesta, pero, como habría hecho casi cualquier otro redactor jefe, Juan Gómez eligió la frase final como titular, con lo que revivió la figura del monstruo de Hontoria durante unos días. A todo aquello también contribuyó la foto que acompañaba la pieza: la instantánea de un reo en plena forma, mirada asesina y sangre entre los dientes. De todas formas, había conseguido una exclusiva de peso, e hizo ruido. En Global Podcast estaban encantados con la versión en audio, uno de los programas más escuchados del año.

Por entonces, sin embargo, nadie sabía aún de qué manera tan horrible iba a cambiar el guion para el culpable oficial del crimen de Hontoria.

Capítulo 37

YO SIEMPRE he madrugado, pero lo de Rodolfa Vals era enfermizo. A las seis de la mañana me despertó el timbre que anunciaba la entrada de un mensaje de WhatsApp (no había apagado el móvil antes de acostarme). Eulalia abrió un ojo, me dedicó una mirada asesina y dio media vuelta. Yo cogí el teléfono y leí el mensaje. Decía: «Jean querido, mira esto: ¡tres de una tacada!», a lo que seguía un enlace a la página de EFE.

Empleé unos segundos en pensar si conocía a alguien más en el mundo que siguiera escribiendo en el móvil palabras enteras, signos de apertura y cierre en las exclamaciones, y sin emoticonos, pero del texto como tal no entendí nada hasta que abrí el enlace. Esto es lo que encontré:

> **SEGOVIA, 16 DE NOVIEMBRE DE 2018**. Tres internos del Centro Penitenciario de Perogordo (Segovia), de 25, 38 y 63 años, han sido encontrados sin vida en sus celdas entre la tarde del jueves y la madrugada de este viernes, según han informado a EFE fuentes de Instituciones Penitenciarias. Los funcionarios encontraron al primer preso sin vida sobre las 20.00 h del jueves, durante el turno de cena. Se trataba de un hombre de 63 años y nacionalidad española al que intentaron reanimar hasta la llegada de los servicios médicos, que solo pudieron certificar su fallecimiento. Presentaba

varias contusiones y marcas en el cuello, según ha podido saber EFE de las mismas fuentes.

Luego, la madrugada de este viernes, alrededor de las 4.00 h, los funcionarios han descubierto sin vida a otros dos individuos que compartían celda, un rumano de 25 años y un marroquí de 38. Instituciones Penitenciarias ha precisado que están investigando los hechos y que no consta que estos dos fallecidos hubieran recibido atención psiquiátrica.

Según han informado a EFE fuentes policiales, las primeras diligencias sobre la muerte de los dos presos apuntan a que uno de ellos habría acabado con el otro, asesinándole o ayudándole a suicidarse, y después se habría quitado la vida. Ambos mantenían una relación sentimental. El Juzgado de Primera Instancia e Instrucción n.º 2 de Segovia se ha hecho cargo de la investigación en espera de los resultados de las autopsias.

El portavoz de la Central Sindical Independiente de Funcionarios (CSIF) en Segovia, Fermín Pinto, ha manifestado a EFE que estas tres muertes se deben a motivos «multifactoriales»: a su juicio, no se trata de «una situación de causa y efecto», y ha denunciado que las deficiencias del sistema afectan gravemente a la calidad de vida de todos los internos y también de los trabajadores. Según CSIF, en la prisión de Segovia faltan por cubrir más de cincuenta plazas, entre ellas unas treinta de vigilancia, seis educadores, tres juristas, un psicólogo, dos médicos, una enfermera y un auxiliar.

No tardé mucho en darme cuenta de que aquella víctima española de sesenta y tres años podría perfectamente ser Abundio. Me levanté y fui al despacho a llamar a Rodolfa. Por suerte, tenía un rato para intentar aclarar aquello antes de que se despertara mi hija y nos preparáramos para ir al colegio.

—¿Crees que el muerto español es Abundio? —me precipité a preguntarle en cuanto contestó.

—Buenos días, Rodolfa, ¿cómo estás? Hace un día estupendo, ¿no es cierto? —respondió ella con sorna.

—Perdona, Rodolfa, todavía estoy medio dormido y me pierde la emoción.

—No te preocupes, ya nos conocemos, querido. Pues no sé si es o no, y no estoy en condiciones de averiguarlo, pero tú sí. La vieja prensa de provincias va al ritmo que va, pero tú te puedes adelantar.

—Nunca te podré agradecer todo esto.

—No digas tonterías. Es un teletipo, lo habrías visto tarde o temprano.

—Me temo que más bien tarde.

—Déjate de historias y mira a ver qué puedes sacar. Si lo confirmas, simplemente cuéntamelo para poder publicarlo antes que EFE. Una todavía tiene su orgullo.

—Claro, cuenta con ello. Te voy actualizando.

—Un abrazo.

—Hasta luego, Rodolfa.

Había dos maneras de tratar de llegar a buen puerto. La primera, oficial: contactar con la CSIF, donde no tenía fuentes de calidad. La segunda, extraoficial: llamar a algún conocido, en este caso, el guardia que era familiar de mi colega de la universidad. No tenía su teléfono, pero eso era fácil de solucionar, precisamente gracias a Jon Aguirre.

Pero antes escribí a Juan Gómez para contarle que estaba casi seguro de que Abundio Ruiz había muerto en la cárcel de Perogordo, y que en esos momentos trataba de confirmarlo. Me llamó a los dos minutos.

—Qué pasa, Ezequiel. ¿Esto que me cuentas es así? —me preguntó de mal humor. Mi jefe no era un hombre de madrugones.

—Estoy intentando comprobarlo. No sé cuántos presos más podría haber con ese perfil: español, sesenta y tres años…

—Hazlo, Ezequiel. Bien puede ser, pero igual da la casualidad de que se trata de otra persona, yo qué sé. De todas formas, voy

avisando a los de la web para que estén preparados con el urgente y todo eso.

—Muy bien. Te digo algo. Adiós.

Jon Aguirre me contestó enseguida, pero su primo Alberto no me cogió el teléfono hasta la tercera llamada. Estaba nervioso y hablaba bajo a pesar de que, como me dijo en dos ocasiones en menos de un minuto, ese día no trabajaba. No estaba en condiciones de confirmarme nada, según me explicó, pero tampoco negó que el muerto fuera Abundio, que era la manera más diplomática de admitirlo. Sin embargo, no me valía con ese reconocimiento implícito. Para mi sorpresa, me dio el número del presidente de la CSIF. «Allí hay gente con ganas de hablar», me dijo, y colgó.

En efecto, hartos de las condiciones de trabajo y de que ignoraran sus reivindicaciones, desde el sindicato de funcionarios de prisiones querían meter el dedo en el ojo a la dirección. Respondieron a todas mis preguntas y me dieron detalles. Eso sí: rigurosamente *off the record*. El muerto de sesenta y tres años era Abundio Ruiz y los otros dos, una pareja sin relación alguna con él.

Lo de *off the record* no le gustó nada a Juan Gómez, pero confiaba en mí y me dio media hora para redactar una pieza, preocupado porque la dejara cincelada, sin resquicios, pero también ansioso porque no echáramos a perder la primicia. Quince minutos después se leyó el artículo, me felicitó y, para mi sorpresa, incluso me dijo, *motu proprio*, que podía hablar del asunto en el pódcast si quería.

He aquí el artículo:

MUERE EN LA CÁRCEL DE SEGOVIA ABUNDIO RUIZ, CONDENADO POR EL TRIPLE CRIMEN DE HONTORIA

JEAN EZEQUIEL. 16 DE NOVIEMBRE DE 2018. Aún no ha habido una confirmación oficial, pero fuentes confiables han informado a este diario que uno de los tres presos que murieron ayer en la cárcel de Perogordo, Segovia, era Abundio Ruiz, de 63 años, quien cumplía prisión permanente

revisable en ese centro tras ser condenado por la muerte a puñaladas de dos padres y su hijo de doce años en agosto de 2016, el llamado triple crimen de Hontoria. No se conocen todavía las causas de su muerte, pero se sabe que su cadáver presentaba aparentes signos de violencia.

Hasta donde este diario ha podido averiguar, la policía no es proclive a pensar que la muerte de otros dos internos del mismo centro, de nacionalidad rumana y marroquí respectivamente, pudiera tener alguna relación.

La existencia de Abundio Ruiz estuvo jalonada de violencia. Tras multitud de denuncias por riñas, en 1995 fue condenado por homicidio involuntario después de matar con una azada a un vecino en medio de una disputa. Cumplió cinco años de prisión. Más recientemente, en 2005, se le acusó de estar detrás de la desaparición de Elena Valishova, su compañera sentimental, pero el Ministerio Fiscal no reunió las pruebas suficientes y fue absuelto. No ocurrió lo mismo con el triple crimen de Hontoria, un suceso por el que se convirtió en el decimoquinto condenado a pena de prisión permanente revisable en España.

Según nuestra fuente, que ha pedido permanecer anónima, el cadáver, que se encontró sobre las 20.00 h dentro de su propia celda, presentaba varios golpes en la cara y unas marcas en el cuello que parecían compatibles con un ahorcamiento. Ruiz era bien conocido en la cárcel por su altanería y agresividad, y no sería aventurado decir que tenía muchos enemigos.

Pero ni eso, ni la mala fama que acarreaba Abundio Ruiz antes de ingresar en la cárcel de Perogordo, releva a las autoridades de la búsqueda de las verdaderas causas de su muerte.

En esas pasé un buen tramo de la mañana. Entretanto, Eulalia entendió que su descanso tras una guardia de veinticuatro horas se había terminado e inició en silencio el día. No me di cuenta cuando

salió con la niña hacia el colegio, y hasta un par de horas después no me percaté de que no había vuelto.

Un comunicado oficial de la dirección de la cárcel de Perogordo hablaba al día siguiente de suicidio y hacía referencia a una depresión nunca consignada, por cierto, en los archivos del prestigioso servicio médico del penal. La dirección lamentaba la muerte del recluso Abundio Ruiz y aprovechaba para anunciar la contratación de más funcionarios y la mejora de las condiciones de los trabajadores.

Aquel suceso ponía mi investigación sobre el crimen de Hontoria en un momento muy delicado: con el responsable oficial muerto, muchos verían el caso más cerrado aún. Tal como había vaticinado en la entrevista, Abundio había perecido en la cárcel de forma violenta, aunque se equivocó en una cosa: no se llevó a nadie por delante. De todas formas, ya había hecho suficiente daño.

Pocas horas más tarde, mientras leía después de cenar con Eulalia, otra llamada a horas intempestivas iba a ponerme sobre la pista definitiva.

Capítulo 38

ESTABA en el despacho repasando notas, enfrascado en el guion del próximo capítulo de *Píldoras criminales*, cuando sonó el teléfono. Tras el sobresalto inicial (había vuelto a olvidarme de apagar o al menos silenciar el móvil), estiré la mano, cogí el teléfono y miré la pantalla. Eso me tranquilizó.

—Qué pasa, Jon —saludé a mi amigo—. Vaya horas, tío; por suerte me pillaste leyendo.

—Aúpa ese Jean. Jean y Jon, anda qué… —me respondió un poco más alto de la cuenta, con los signos de un buen copazo en su voz—. ¿Con qué andas? Espera, no me lo digas: con el triple crimen ese.

—Más o menos.

—Qué puntazo lo de la entrevista con el loco de Abundio, macho.

—Pues no has oído la grabación entera.

—¿De verdad crees que no lo hizo?

—Estoy cada día más convencido.

—Bueno, se nota que por Segovia no hay muy buenos abogados, o no son muy ambiciosos.

—¿Por?

—Porque si fuera yo la malencarada de Ramona o el hijo sobreviviente te planto un paquete por libelo que te dejo tieso.

—Tú siempre fuiste muy lanzado, Jon: la fiscalía se perdió a un gran penalista.

—Déjate, que en el sector privado se está muy bien. A ver cuándo venís por Donostia y os enseño la nueva casa, tengo una biblioteca acojonante. Oye, por cierto, ¿qué estabas leyendo?

—*A sangre fría*.

—¡¿Otra vez?!

—Siempre estoy en busca de un tono con que contar este asunto de Hontoria, y Capote es un maestro.

—La verdad es que cuando lo leí en la facultad flipé. Qué cabrón más oscuro. Y la peli está muy bien también.

—Pues sí. Hace poco estuve leyendo a algunos críticos que creen que *A sangre fría* fue la semilla de la que brotaron asesinos como Denis Rader y otros que vinieron después.

—¿Un libro? Venga ya. Menuda chorrada.

—No sé.

—Oye, ¿y andas ya tan desesperado? ¿Por qué no levantas tu culo de la silla y sales a llamar a unas cuantas puertas?

—Porque no soy Harry Bosch.

—Veo que sigues en forma.

—Esa era fácil: es el gran clásico contemporáneo.

—No, en serio. Seguro que quedan cosas por hacer, ángulos que cubrir.

—Bueno, nunca hablé con los hermanos de una de las víctimas, Consuelo. Dieron mucha guerra al principio: pidieron más investigadores, más exámenes, pero luego desaparecieron.

—Vale, muy bien. No parece que puedan contarte nada nuevo, pero ¿qué pierdes?

—Hay alguien con quien debería insistir…

—Venga, Jean, no juegues a los misterios, que no son horas.

—Eres tú quien llama tarde.

—Claro, pero al menos llamo. Venga, ¿quién?

—El cura del pueblo. Lo llamé varias veces hace meses, pero nada. Debería entrevistarlo.

—Ya, pero yo que tú me desentendería de las entrevistas formales y esa clase de cosas. En mi opinión, si quieres llegar al fondo de esta historia vas a tener que hacer movidas que igual no te interesa que se sepan o que nadie te iba a querer publicar.

—Bueno, tampoco exageres.

—Tú espera y verás. Si de verdad hay algo chungo ahí, tal como sospechas, y yo me fío de tu instinto, ya veremos cómo lo descubres y luego cómo lo cuentas. En resumen: que no creo que debieras ir a hablar con el cura del pueblo para publicarlo en el periódico o en tu pódcast, sino…

—Vale, creo que veo por dónde vas.

—Y luego machaca el sumario, expúrgalo, repasa hasta la última coma a ver qué hay ahí que no hayas visto.

—Otra vez Harry Bosch.

—Así es, amigo. De hecho, ¿por qué no me pasas una copia y te echo una mano?

—Eso estaría genial.

—Pues no se hable más, Jupiter Jones.

—Venga, Jon, gracias por todo.

—Siempre. Gracias por este rato. Cuando lo resuelvas, nos pillamos un buen pedo.

—Sea.

—Agur.

—Adiós —me despedí justo antes de que mi móvil se fundiera. Era la segunda vez en pocos días que la batería se gastaba mucho antes de lo normal. Tendría que llevarlo a arreglar o dejar de resistirme a la obsolescencia programada y comprarme otro.

No era la primera vez que mi amigo me sacaba de un atolladero intelectual, procedimental o personal, pero aquella noche sentí que el impulso recibido iba a ser crucial para resolver el crimen de Hontoria. Al día siguiente, aprovecharía el sábado para visitar a don Miguel. Sin avisar, sin cita, a traición, a por todas.

Pasada la medianoche, la catedral seguía imperturbable al otro lado del cristal, pero rodeada de oscuridad, ya con las luces

apagadas y los turistas de vuelta en sus hoteles y apartamentos. Me recosté en la silla, recliné el respaldo y me quedé dormido.

Capítulo 39

—HAS tardado mucho en venir.

—¿Cómo dice?

—Sé quién eres y por qué estás aquí.

—Le he llamado varias veces y he dejado mensajes en su buzón.

—Estas cosas no se tratan por teléfono.

—No sé si entiendo lo que quiere decir.

—Pasa, pasa, no te quedes ahí.

Agaché la cabeza para no darme con el dintel de piedra de la puerta de la vicaría de Hontoria. Bajé dos escalones y entré en una sala pequeña decorada con modestia y buen gusto. Un rayo de luz multicolor se filtraba por la vidriera de la única ventana de la estancia, situada casi en el techo.

—Es de Muñoz de Pablos, ¿verdad? —pregunté para romper el hielo—. Me refiero a la vidriera.

—Sí, es suya. Me sorprende que lo sepas.

—He visto otras —dije a modo de explicación.

—No hay muchas, además de las de la catedral. ¿Quieres algo de beber? ¿Una pasta?

Debería haber respondido que no, pero la verdad es que tenía sed y hambre. Había llegado al pueblo en el autobús urbano a media tarde, justo a tiempo para asistir a la misa y abordar a don Miguel.

Todas mis reticencias se esfumaron cuando el cura volvió con una bandeja plateada en la que traía una botella de Oremus Tokaji, dos copas perfectas para ese tipo de vino dulce y un plato de gruesas galletas de mantequilla: nada de vino barato y pastas llenas de manteca que se atascan en la garganta, como temía cuando acepté la invitación.

—Son mis pequeños lujos para agasajar a las visitas —se adelantó don Miguel.

—Gracias. No soy muy fan del dulce, pero las Walkers me vuelven loco.

—Están buenísimas, sí. Yo me aficioné cuando estudiaba en Dover, allá por el Pleistoceno. Bueno, ¿en qué te puedo ayudar? ¿Qué quieres saber? —me preguntó sin apartar la mirada. Sus ojos no habían perdido el brío que se revelaba en aquellas fotos en las que se le veía al frente de manifestaciones espontáneas poco después del crimen, pero el tiempo no pasa en vano y su cuerpo parecía desgastado, con menos ímpetu. Tenía la piel blanca y viscosa, y en general mantenía la elegancia del hombre de buena familia que era, a lo que se sumaba un cierto aire de intelectual. Me preguntaba cómo había terminado en ese pueblo.

—¿Cómo sabe a qué vengo?

—Hijo, has hecho suficiente ruido en el último año como para que cualquiera se entere de tus movimientos sin mucho esfuerzo. Segovia es un sitio pequeño, no lo olvides.

—Bueno, estoy tratando de desentrañar el caso, de averiguar la verdad de lo que pasó aquella noche de agosto aquí al lado.

—¿La verdad? ¿No te parece un poco presuntuoso?

—Con todos mis respetos, no sé cómo tomarme eso viniendo de un cura.

—Buen contraataque —dijo con una sonrisa, cómodo con la esgrima verbal—. Hubo un juicio y una resolución: Abundio Ruiz, que en paz descanse, fue condenado a prisión permanente revisable. Por algo sería, ¿no?

—Abundio Ruiz no era una buena persona, pero creo que usted sabe tan bien como yo que aquello fue un circo.

—Quizá, pero sigo sin entender qué quieres de mí; no soy el padre Brown —dijo y volvió a sonreír, orgulloso de la referencia literaria.

—Algo debe de haber rumiado en todo este tiempo. Conocía muy bien a la familia: era su párroco, su confesor, quizá incluso su confidente y amigo, y luego fue el portavoz de Jaime y Ramona… además, usted mismo ha dicho que esperaba mi visita.

—Sí, la esperaba. Me parecía un paso lógico. En primer lugar, habías llamado tantas veces que me extrañaba que no pasaras por aquí, aunque imaginé que lo habías hecho y no habíamos coincidido. Y luego te vi hace unas semanas rondando por el pueblo, cerca de la casa de Ramona: ahí es cuando me di cuenta de que estabas uniendo todos los puntos y de que terminarías llamando a esta puerta de nuevo.

—Pues acertó, aquí estoy. ¿Qué me puede contar de Joaquín y Consuelo?

—Poco que no sepa todo el mundo: se querían y eran buenos cristianos. Él era un poco obsesivo con el pecado, la virtud y la penitencia, muy insistente con la necesidad de confesarse continuamente. Demasiado, si me permites el comentario.

—Sabrá entonces que maltrataba a Jaime —afirmé dando por buenas partes nunca publicadas de los diarios del chaval.

—Yo no diría tanto, pero no esperarás que tenga el mal gusto de comentar el contenido de sus confesiones.

—Ya, perdone. ¿Y Consuelo?

—Consuelo era un tesoro, el alma de esta comunidad, la viva imagen de lo que Jesucristo vino a enseñarnos. Pero, claro, su familia la cegaba. Vivía entregada a Sergio y parecía ignorar a Jaime, defendía su relación con Joaquín con tanta energía que terminó enfrentada con Ramona.

—¿Ese pleito fue tan terrible como cuenta todo el mundo?

—Hombre, todo el mundo…

—A mí me lo ha reconocido la propia Ramona por escrito, y su hermano Ignacio, y un cabo de la Guardia Civil, entre otros.

—Ya. Bueno, hubo episodios muy desagradables, incluso en público, sí. Y otros en privado todavía peores.

—¿Como por ejemplo?

—Esto te lo cuento porque Consuelo no me lo dijo en confesión, sino en una charla amistosa, y no creo que contarlo ahora pueda hacer mal a nadie. —Mientras hablaba, don Miguel llenaba de nuevo las copas y dejaba que el penetrante aroma a miel y albaricoque producido por la podredumbre noble de ese vino llenara la estancia —. En una ocasión, Ramona le dijo que no estuviera tan tranquila con su hogar feliz y su familia perfecta, que la vida daba muchas vueltas y que igual que ella se había quedado sin hermano, tal cual, Consuelo se podía quedar sin hijo: que Jaime no era como ellos creían.

—Toma ya.

—Sí, Ramona puede ser tremenda, pero de ahí a insinuar otras cosas…

—Yo no insinúo nada, solo señalo defectos de la investigación, incluido un fragmento de declaración que desapareció del sumario, y apunto aspectos que no han sido investigados como debían y que ahora no me voy a poner a enumerar.

—Ya me habían avisado de que podías ser muy vehemente.

—Perdone, don Miguel, me dejo llevar con facilidad cuando hablamos de esto.

—No te preocupes, hay algo reconfortante en ver a un joven empeñado en un ideal, pero no creo que te esté haciendo bien. Si me permites, te diré que se te ve muy perdido. ¿Cuánto hace que no vas a misa, que no te confiesas?

—Mi fe no es asunto suyo, no intente ir por ahí.

—¿Y por dónde quieres que vaya? Es mi trabajo —respondió con algo de sorna, no sé si animado por la tercera copa de vino que acababa de tomarse—. Entiendo tu pasión y tu intensidad, hasta cierto punto incluso las envidio, pero permíteme que a estas alturas de la vida sea un poco escéptico con esa clase de cruzadas.

—Podría, por ejemplo, contarme algo de Jaime —reaccioné tratando de salir de su tela de araña retórica—, de lo que vivía y lo

que escribía en sus diarios, de su cambio… Durante gran parte de su niñez y juventud estuvo muy vinculado a usted, algo le contaría.

—No me contó nada que no sepas ya. Nada, al menos, que te pueda contar.

—Ya, otra vez con la confesión.

—Ya ves, soy un viejo sacerdote testarudo.

—¿Y qué le parece la vida que lleva Jaime ahora?

—¿A qué te refieres?

—A que dejara el Seminario, a su actitud errática tras la muerte de su familia, al hecho de que viva en la misma casa en la que los mataron…

—No sé qué insinúas, pero veo a un joven que ha podido rehacerse tras una terrible desgracia familiar.

—¿Sigue siendo su confesor?

Don Miguel se enfurruñó como un niño malcriado, se cruzó de brazos y guardó silencio. Estaba claro que por ahí no iba a conseguir nada, pero su actitud dejaba al descubierto mucho más de lo que él hubiera deseado.

—Lo entiendo, no voy a insistir, pero ¿me diría al menos si confesó alguna vez a Jaime después del 6 de agosto de 2016?

—No tengo por qué contestar a eso.

—¿Y a Ramona?

La mirada de don Miguel se nubló. Había dado en el clavo con la pregunta, pero tenía la sensación de que no iba a sacar nada más.

—Se ha hecho muy tarde —comentó con voz sombría mientras miraba su reloj—, creo que será mejor que demos por terminada esta conversación. Dejémoslo aquí: he pasado un rato agradable, mejor no estropearlo. Sal por la puerta lateral, por favor; imagino que don Pablo habrá cerrado ya la principal.

—Gracias por su tiempo, don Miguel. Volveremos a hablar.

—No lo creo.

—Que tenga buena tarde.

—Adiós. Buenas tardes.

Me despedí y salí a la plaza del pueblo. Se había hecho de noche y un ligero viento arrastraba el aroma de las tierras de alrededor. Era un olor corpóreo a vida y putrefacción, una mezcla a la que nunca me he acostumbrado.

La conversación había sido extraña y reveladora. La tensión final había disipado la niebla mental creada por el Tokaji y cualquier sensación de comodidad. Si don Miguel había tratado de emboscarme con alcohol y buenas palabras, había fracasado.

Me quedé de pie en la plaza del pueblo, frente al bar Javi, a esperar el autobús que me devolvería a Segovia. Faltaba media hora. Apoyado en el poste que hacía las veces de parada, me puse a repasar lo que había ocurrido en aquella estancia y a pensar por dónde podía atacar para averiguar qué le había confesado Ramona a don Miguel: tenía la sensación de que ahí estaba la clave de todo.

Capítulo 40

TAL COMO me había sugerido Jon, dediqué todas mis fuerzas a estudiar y colocar con esmero cada pieza del puzle para comprobar si, con la imagen completa, llegaba a descifrar el misterio. Adelanté varias entregas del pódcast gracias a un par de jornadas febriles en las que grabé varias horas seguidas sobre mis crímenes preferidos y pedí vacaciones en el periódico, donde había consolidado mi estatus a raíz de las exclusivas relacionadas con Abundio Ruiz. A Juan Gómez no le entusiasmó que desapareciera de nuevo los últimos veinte días del año, pero estaba en deuda conmigo y apenas tuve que insistir. Además, dejaba un par de reportajes atemporales ya preparados, lo que terminó de derribar su resistencia.

En casa, Eulalia celebró la iniciativa, pero me avisó de que, como todos los años, ella y la niña irían de vacaciones a Pedraza con sus padres, y que contaban con pasar tiempo conmigo. Tal como me ocurría a menudo desde el verano, no supe qué contestar.

Decidí visitar a Noelia Martín, hermana de Consuelo y la persona más comprometida en las primeras horas tras los asesinatos. En medio de un maremágnum de datos y especulaciones, ella trató sin éxito de imponer su carácter serio y solvente, y yo quería ver si conservaba algún rastro de aquella determinación.

Vivía en La Granja de San Ildefonso, un lugar por el cual siempre me había gustado pasear. Sitio de recreo de la alta burguesía de

Segovia y Madrid durante el franquismo (y antes, de reyes y nobles), mantuvo después una atmósfera señorial y palaciega, algún buen restaurante y maravillosos jardines. Es una especie de retiro a diez minutos en coche de Segovia y no muy lejos de la capital, un Versalles de andar por casa. Ahora bien, dos manzanas más allá de la Real Fábrica de Vidrio o del aparcamiento de disuasión montado durante la temporada alta de turistas se alzaban, pertinaces, las mismas calles y construcciones anodinas de cualquier parte.

Consuelo estaba enterrada en el panteón familiar junto a Sergio, separada de Joaquín tras una disputa de sus hermanos con Ramona. Su familia era de La Granja de toda la vida, más digna que pudiente, y seguían habitando en una casa grande a la entrada del pueblo, entre grandes árboles y huertas de judiones, justo pasado el Parque Robledo y el embalse. Allí vivían, en curiosa armonía, Noelia y sus tres hermanos sobrevivientes, dos solteras y un viudo, todos jubilados, maestras ellas y agricultor él. Y allí fui un día de diciembre en busca de ayuda.

Había conseguido que la «puta ciega», según la lengua viperina de Ramona, me recibiera. Yo quería hablar del caso, saber de su lucha por la verdad en los meses posteriores al asesinato, de su decepción con Jaime, del odio de Ramona. Ella no, y así me lo dejó claro desde la primera conversación por teléfono. Noelia solo quería rememorar a su hermana, mostrar a aquel entrometido quién era la verdadera Consuelo, recordar y verbalizar para que la herida sanara otro poco.

Desde el primer momento, mi incomodidad fue patente para ella. Me recibió sola, me hizo pasar al salón y adivinó enseguida mi inquietud ante su ceguera. «No se preocupe, que no me va a tener que recoger del suelo», me dijo la primera de las muchas veces que esa tarde se anticipó a mi pensamiento. El trato era de usted, respetuoso y algo distante, muy castellano y muy de esa clase media de provincias con recursos y tradición que quedó desclasada y desfasada en el siglo XXI. Su voz era segura y cálida, y sabía volverse autoritaria a la hora del reproche, como cuando me dijo que llegaba tarde, que hace años habríamos tenido una conversación

muy distinta y que ya no aspiraba a comprender nada. Solo quería honrar la memoria de su hermana, me insistió, y no iba a decir nada sobre los fallos de la investigación, la farsa del juicio ni las preguntas sin respuesta que todavía la mantenían en vela algunas noches.

Me llevó por la casa (amplia, luminosa, elegante, sin rastro de la rudeza rural propia de la zona), me enseñó fotos que ella no podía ver, pero que recordaba, de una juventud feliz. En una, Consuelo con el equipo de natación del Real Sitio; en otra, jugando al tenis, y en una tercera, remando junto al lago. «Era muy deportista además de muy religiosa, estábamos muy unidas», rememoró mientras tomaba entre sus manos una imagen de Consuelo con ella y Encarnación, la pequeña. «Fuimos educados en la libertad y el amor por la vida, pero cuando conoció a Joaquín su mundo se achicó. Era un buen hombre, pero ella se fue ahogando y refugiándose en Dios», me contó tranquila en el balcón del segundo piso donde su hermana se tumbaba a tomar el sol con el parque forestal bañado por las aguas del pantano al fondo. Su versión de la historia de amor desgastado y las vidas ensombrecidas de Consuelo y Joaquín era la misma que la de su odiada Ramona, pero vista desde la otra trinchera. A medida que me adentraba en el caso y sus complejidades me era más difícil saber cuál era el papel de cada uno y entender sus distintas verdades, pensé al escuchar a Noelia. Un par de graznidos rompieron el silencio del paisaje. Los recuerdos fabricados de un mundo que hacía tiempo había sido destruido se sucedieron durante un rato. Luego me preguntó, con tanta tranquilidad como firmeza, qué hacía realmente ahí y, sin dejarme responder, me ofreció bajar al salón porque el sol de la tarde se había ocultado tras unas nubes oscuras y no merecía la pena seguir fuera.

—No me mire así —dijo—, simplemente lo he notado en la piel.

Ya en el salón, con un café en la mano, le dije que no había acudido como periodista, que solo quería comprender, acercarme a la verdad.

—¿La verdad? Qué iluso o qué idiota, con perdón. Y yo que creía que los periodistas eran unos cínicos.

—Yo trato de no serlo.

—La verdad es que alguien mató a mi hermana, y no creo que fuera Abundio Ruiz, aunque eso ya nunca lo sabremos. La verdad es que Jaime me da miedo y Ramona odiaba a Consuelo, se moría de envidia, deseaba a su hermano para ella sola. La verdad es que nadie ha querido saber nada de nosotros ni de nuestro dolor. La verdad es que ahora es demasiado tarde para todo…

—¿Quién cree que lo hizo? —la corté.

—Ya le dije que no iba a hablar de eso.

—Y sin embargo…

—Muy listo. Pues no sé, durante mucho tiempo me negué a pensar que fuera Jaime, pero no veo otra alternativa. Y Ramona podría haberlo ayudado cobijándolo en su casa aquella noche, justo después de los asesinatos. Habría sido arriesgadísimo que volviera al Seminario justo después, agitado y lleno de sangre. Ya sabrá que ella vivía al lado de mi hermana y su marido, que todavía no se había trasladado al castillo hortera que tiene ahora. Sí, no se extrañe, no necesito verlo para saber cómo es. En ese pueblo todo se sabe. En fin, ya he dicho más de lo que quería, y total, ¿qué puede importar todo eso ahora? —remató mientras se levantaba del sofá y se dirigía a la puerta, que abrió con un ligero temblor de manos.

—A mí me importa.

—Ya. Ahora me gustaría estar sola. Buena suerte con su verdad.

—Adiós. Muchas gracias, señora.

RADIOESCUCHA

17 dE noviembre de 2018

LOCUTOR: Las mañanas de Radio Segovia abren como cada día sus micrófonos a los ciudadanos para que sean ellos quienes nos cuenten la ciudad. ¿Buenos días?

OYENTE: Sí, buenos días. Oiga, qué feo eso que le han hecho a Paco Gilsanz después de tantos años.

LOCUTOR: Como sabrá, se jubiló.

OYENTE: Ya, claro, con sesenta y uno. Seguro. Bueno, que por recuperar viejos hábitos: qué bueno que la haya palmado el Abundio ese, malo como el veneno. Uno menos.

LOCUTOR: No creo que este programa esté para esas cosas.

OYENTE: Otro igual. Pues nada, ¿puedo saludar?

LOCUTOR: No sé si…

OYENTE: ¡¡¡Un saludo a la Patri y a toda la peña y la buena gente de Hontoria!!! ¡Hala, buenos días!

LOCUTOR: Buenos días. Siguiente llamada, ¿sí? ¿Hola?

Capítulo 41

EN MOMENTOS de optimismo repasaba mis notas y lograba convencerme de que todo era fruto de mi trabajo y mi osadía. En otros, más pesimista, o quizá más realista, atribuía parte del mérito de las exclusivas y avances a fuerzas ajenas a mi voluntad, impulsadas por los intereses de otros. El caso es que nunca he sabido dónde situar el encontronazo que sufrí aquella mañana de diciembre.

Salía de casa con Gabriela para ir a hacer unas compras de Navidad cuando reconocí a la mujer que me esperaba con la mirada fija en la fachada esgrafiada. Estaba al otro lado de la pequeña carretera adoquinada solo para residentes de la zona y repartidores, apoyada en el muro de la catedral a la altura de un reducido caño de agua no potable. Era la hermana de Ángel Bico. Gabriela tiraba de mí hacia delante, pero yo estaba petrificado. Dejé que la mujer se acercara.

—Buenos días, señor inspector —me saludó con sorna—. Soy Patricia Bico, hermana de Ángel. Seguro que me recuerda, estuvo en mi casa.

—Disculpe, Patricia. Siento haberla engañado. Necesitaba saber hasta qué punto estaba implicado su hermano.

—No se preocupe, señor periodista, que lo va a saber pronto —añadió con el mismo tono de desprecio.

—¿Y eso?

Ese pequeño asalto me estaba poniendo nervioso. Justo en ese momento, Eulalia salió del portal y se encontró con la cita improvisada. No podía saber qué estaba pasando, pero su instinto la guio de nuevo por el buen camino.

—Buenos días, señora —saludó a Patricia con una inclinación de cabeza casi imperceptible—. Jean, querido, te esperamos en La Concepción tomando algo, que la niña se va a quedar helada con el viento. ¡Vaya sitio para quedarse hablando! —añadió antes de regalarme una mirada cómplice, coger a Gabriela de su mano enguantada y perderse entre los turistas por la calle del Marqués del Arco en dirección a la plaza Mayor.

—Bueno, pues usted dirá —lancé para recuperar el tono de la conversación y la atención de la hermana de Ángel Bico, paralizada ante la naturalidad y cordialidad de mi esposa, tan impostadas como eficaces.

—Sí, a ver —dijo algo más tranquila mientras estiraba su falta plisada, una vestimenta nada apropiada para aquella época del año —. Mi hermano le espera en la Venta Pinillos esta tarde a las tres. Pregunte en la puerta por la señora Mercedes y diga que va al reservado a nombre del señor Ángel. Ah, y vaya con hambre.

La Venta Pinillos era el último lugar imaginable para una cita secreta. Pequeño, ruidoso y siempre lleno hasta los topes, no parecía el mejor emplazamiento para ese tipo de encuentros. Situada a diecinueve kilómetros de Segovia, junto al cruce de Cantimpalos de la CL 603, esa casa de una sola planta, estructura robusta y paredes encaladas, lleva ciento cincuenta años llenando el estómago de viajeros y gourmets peregrinos y obstruyendo sus arterias con el plato estrella, y casi único, de su exigua carta: huevos fritos con puntilla, lomo adobado y chorizo de la olla (por alguna razón que no logré desentrañar en mi investigación posterior por los mundos de Google, se negaban a rematar esta oda a la proteína animal con un buen puñado de patatas fritas). En invierno, el menú se completaba con sopas de ajo; en verano, con un gazpacho o un salmorejo. Y si alguien quería engañarse, siempre se podía pedir una

ensalada de lechuga, tomate y cebolla. Nada de alardes en Venta Pinillos. A ese lugar se iba a morir con las botas puestas y, pese a que unas docenas de usuarios de TripAdvisor clamaban por un cambio, la gran mayoría de los comensales que pasaban cada año por allí (unos cuantos miles) parecían entenderlo a la perfección.

Llegué en el taxi de Alfredo (algo decepcionado con aquel paseo sin aventura de regalo) y pregunté por la señora Mercedes. En plena hora punta, con los gritos de los camareros, el estruendo de la cocina y las voces de las conversaciones, el ruido era infernal.

Una señora morena y de pelo corto, con un delantal rojo hasta los pies y andares decididos, se acercó a mí con una caja en la mano.

—Buenas tardes, ¿señor Ezequiel?

—El mismo —respondí a voces—. ¿La señora Mercedes?

—Sí, servidora. Si es tan amable de dejar aquí el móvil —pidió con educación.

—¿Cómo? —pregunté fingiendo no haber oído nada. Trataba de ganar tiempo y comprender aquella extraña petición, sobre todo teniendo en cuenta que allí todo el mundo conservaba el suyo.

—El móvil. Si quiere pasar al reservado con el señor Ángel tiene que dejar aquí el teléfono —me repitió muy despacio al tiempo que me acercaba la caja metálica de galletas.

—Aquí alguien ha visto muchas películas —refunfuñé antes de dejar mi iPhone en aquella lata. «Bueno, al fin y al cabo está en las últimas», pensé para consolarme.

El comedor estaba atestado, cada espacio aprovechado al milímetro y con gente comiendo casi en cualquier lado. El olor a frito era delicioso y devastador a partes iguales. En la pared se disputaban el sitio varios cuadros de escaso valor y dudoso gusto, anuncios de fiestas patronales y torneos de mus, y fotos de los clientes habituales. Un cartel con la oferta de Frigo al completo llenaba de color uno de los laterales, sobre las cabezas de dos señores que comían encima de la cámara de helados. Todo el mobiliario estaba gastado y rozado por los bordes, pero el conjunto mantenía su dignidad.

—Ya puede pasar, es ahí al fondo —me dijo la señora Mercedes —. No se preocupe por el móvil, se lo devolveremos —añadió. Estaba claro que era demasiado obvio o transparente para aquella gente de pueblo.

El reservado era pequeño, pero al menos las paredes amortiguaban algo el ruido y no había que gritar.

—Hola, Ángel —saludé sin estar muy seguro de qué esperar de él. Ya había experimentado en mi propia piel hasta dónde podía llegar su brutalidad.

—Hola. Siéntate y come antes de que se enfríe —me ordenó con un carrillo lleno.

Seguía llevando el pelo muy corto y rubio, pero había algún cambio físico, algo en su presencia, que lo hacía menos imponente. Me sorprendió que hubiera pedido ya, si bien es cierto que tampoco había mucho donde elegir. Imaginé que quería terminar rápido pero, como tantas otras veces a lo largo de esa tarde y de las siguientes horas, me equivoqué de principio a fin con mi interlocutor.

Me puse a comer con ganas, casi sin levantar la mirada del plato. Sabía que iba a pagar el exceso, pero aquello estaba de muerte.

—Rico, ¿eh? —preguntó Ángel.

—Sí, mucho —acerté a responder antes de centrarme y tratar de recuperar la iniciativa—. Ya me dirás qué hacemos aquí.

—Todo a su tiempo. Primero terminemos de comer —respondió dando al traste con mis esfuerzos de dirigir el asunto—. De postre hay un flan casero buenísimo. La señora Mercedes se lo toma como algo personal —me explicó tranquilo. En su voz no había rastro de la violencia contenida que tanto me impuso en anteriores encuentros.

Engullimos a buen ritmo, pero no empezamos a hablar hasta que la propia señora Mercedes nos trajo una cafetera, tazas, vasos anchos, hielo y una botella de anís Castellana con sus correspondientes copitas heladas.

—Espero que sea importante lo que me tienes que contar.

—¿No te lo imaginas?

—No, y después de la jugada contra Abundio no me fío nada de ti.

—Bueno, ya. A ver, Abundio era basura humana y nos jodió la vida a mi hermana y a mí. Estaba muy bien en la cárcel, pero todavía mejor muerto.

—Sí, pero plantaste pruebas en su contra.

—Habría hecho cualquier cosa para que lo encerraran después de lo que le hizo a Elena.

—Me lo contó tu hermana, pero eres policía.

—Mira, no he venido a hablarte de eso.

—Pues tú dirás, y que te quede claro que lo del móvil no me ha hecho ninguna gracia —dije algo envalentonado.

—¿Y qué esperabas? ¿Que admitiera que presté el coche a Jaime esa noche y dejara que lo grabaras todo? Igual no me ha ido del todo bien en la vida, pero tan tonto no soy.

—¿Cómo has dicho?

—Pues eso, que el coche que sale en el vídeo de las cámaras del cuartel, como bien sabes, es el mío, sí, pero no lo conducía yo. Jaime me lo pidió aquella misma noche. Me llamó desde un teléfono raro. Era tarde y sonaba un poco nervioso. Me dijo que era para ir a una fiesta antes de encerrarse definitivamente en el Seminario, o algo así. Me extrañó porque hasta entonces había presumido siempre de su vida tranquila y sin excesos. Intenté quedar con él, pero me dijo que no sabía a qué hora podría salir exactamente y que mejor le dejara las llaves en un bar cerca de casa. Me costó decir que sí: no imaginas lo que me duele prestar mi coche. Pero Jaime era muy amigo mío y me pareció una putada no prestárselo, así que lo aparqué cerca del edificio de la Universidad de Valladolid y le dejé las llaves en el bar, tal como me había pedido. ¡Yo no sabía que iba a ir a cargarse a sus padres, joder!

Había perdido la compostura en la parte final de la frase. Por un momento se pareció al Ángel Bico que yo había conocido, solo que la violencia se había convertido en un sentimiento de culpa que lo aplastaba.

—Bueno, todavía no puedo probarlo. Sin embargo, tú intuías que no había sido Abundio, y aun así…

—¿Y aun así, qué? No me arrepiento de nada, pero al final has llegado hasta aquí y esto es inevitable. Yo no podía más con tantas mentiras, no entré en la policía para esto. No podía más, tenía que contárselo a alguien.

Aproveché el silencio que produjo su confesión para terminarme el café con hielo y servir el anís. Ángel tapó su copa con la palma de la mano.

—Veo que buscas la redención —dije atreviéndome a contraatacar—, pero no será completa si la asunción de tus errores no sirve para hacer justicia.

—No me vas a liar con tus frases de pacotilla, periodista. Si lo que buscas es la verdad y no el protagonismo, llegar a comprender algo sin que te importe lo que puedes sacar de ello, aquí tienes mi trozo de verdad, pero nunca, bajo ningún concepto, vas a poder usarlo ni en tu periódico, ni en tu pódcast ni ante un juez.

La tontería de quitarme el móvil adquirió todo el sentido.

—No es suficiente, así no —dije casi para mis adentros.

—Pues es lo que hay. Y si lo cuentas, negaré haber dicho nada y te denunciaré. No tienes nada publicable y no lo vas a tener.

Era alucinante comprobar hasta qué punto mi amigo Jon estaba en lo cierto.

—Gracias, en cualquier caso, Ángel. Solo un detalle más para tratar de entenderlo todo. ¿Cuándo te devolvió el coche?

—No puedo decirte con precisión. Fui a comprobarlo por la tarde y ahí estaba, aparcado cerca de casa, tal como había quedado con él. Pero pudo haberlo dejado en cualquier momento de las dieciocho horas anteriores.

—Ya.

—Cuando me enteré después de los asesinatos… Dios mío. No quería pensar mal, pero desde aquella mañana me ha perseguido la idea, el run run, de que él había tenido que ver. Cuando quedamos la primera vez te mentí. Por entonces él y yo ya no nos hablábamos, ya no éramos amigos, y no he vuelto a llamarlo desde entonces. No podía, joder. No podía.

Dejé que se cociera un poco en el jugo del remordimiento con la esperanza de sacar algo más, pero se recompuso y perdí una oportunidad de oro.

—Ah. Y siento haberte agredido y amenazado, y haberte roto el móvil. Yo no soy así, ya no.

—Es agua pasada, no te preocupes. —Intenté aprovechar la confidencia para resolver una duda que me machacaba desde que lo vi plantar la bolsa con las pruebas—. ¿Fue idea tuya lo de las llaves en el chalet de la familia de Abundio?

—Claro, ¿de quién si no? ¿Por qué lo preguntas?

—No digo que no fueras capaz de hacer algo así ni mucho menos, pero me sorprende lo sencillo que resultó.

—¿Qué insinúas?

—Lo sabes muy bien: que todo cuadraría mejor si alguien de arriba te hubiera mandado hacerlo, si alguien te hubiera ofrecido una vía sencilla para olvidar tu desliz en la caseta de Jaime con el colgante. Porque fuiste tú ahí también, ¿verdad? Y, de paso, te vengabas de Abundio.

—Vete a la mierda.

—Ey, ey, tranquilo.

—Ya le dije a Patricia que eras un liante y que esto no era buena idea.

Decidí dejarlo ahí. Con las preguntas adecuadas, el antiguo Ángel resurgía inevitablemente, y no quería salir apaleado de aquel mini salón. Estaba claro que intentaba actuar de otro modo, pero le iba a costar mucho dejar atrás ese temperamento. En todo caso esa última respuesta, su lenguaje corporal y el regreso de esa violencia a duras penas contenida me revelaba mucho. Puede que no tuviera pruebas, pero sentía que había dado con otra pieza del puzle: alguien más había empujado para tratar de cerrar el caso con Abundio como culpable, y había usado para ello la rabia de un chaval perdido, desorientado y lleno de odio.

—¿Vas a seguir en la policía?

—No. No estoy expedientado ni nada, así que podría hacerlo, pero me he dado cuenta de que esto ya no es para mí. Buscaré otra

forma de seguir mi camino.

—Ya veo —repuse con el tono más neutro posible.

—Está todo pagado, propina incluida —dijo de repente, se levantó y arrastró la silla de madera por el suelo jaspeado de serrín para llegar al abrigo—. No salgas hasta dentro de cinco minutos. La señora Mercedes te dará tu móvil.

—Gracias.

—Espero que te vaya bien y, honestamente, también que llegues a saber qué pasó en realidad.

—Gracias.

Me quedé reflexionando en el reservado. El bullicio exterior servía de ruido de fondo y me relajaba. Me serví un poco más de anís y me lo tomé con calma. Mi investigación, emprendida contra el criterio de todo el mundo, avanzaba, ahora sí. Y, sin embargo, no podía usar nada de lo que sabía, y muy poco de lo que creía saber. En caso de que pudiera sustanciarlo, construir un relato fiable, no tendría pruebas en las que apoyarme: sería siempre mi palabra contra la de un montón de gente.

Pero, si una mezcla de trabajo y suerte me había llevado hasta ahí, el camino a seguir estaba claro. Si Jaime conducía el Audi A3 Coupé con matrícula 2803 BHL de Ángel aquella noche, si era él quien salía en el vídeo de las cámaras del cuartel de la Guardia Civil, con toda probabilidad había estado en Hontoria. Pero ¿había matado a sus padres y a su hermano? ¿Qué otra posibilidad había? ¿Se había ido realmente de fiesta y pasado por casualidad por el mismo camino que lo habría llevado a su pueblo? Y, si lo había hecho, ¿se había refugiado en casa de su tía, como sugería Noelia Martín, antes de partir al alba, de vuelta al Seminario, en ese mismo coche? ¿O había dejado el coche allí y su tía Ramona lo había llevado? Y, en ese caso, ¿había alguien más implicado, otros cómplices?

Estas y otras preguntas me asaltaron aquella tarde tras el encuentro con Ángel Bico, y luego por la noche. Permanecí en vela casi hasta el amanecer. Si había interpretado bien al personaje, no debía presionarlo más. Y tampoco tenía sentido: él ya había

cumplido, y gracias a su colaboración yo había reducido algo las zonas sombrías. Al día siguiente trataría de iluminar otra.

Capítulo 42

DESPUÉS de la visita a Noelia y el encuentro con Ángel Bico no me quedaban muchos implicados con los que hablar y tenía que evitar a toda costa el Efecto Pigmalión: ese veneno que se potencia con la obsesión y lleva a un investigador a encontrar una explicación que cuadre como sea con su versión de los hechos.

Antonio, hermano de Consuelo y Noelia, fue el rostro visible de la familia en los meses posteriores al crimen. Recuerdo su piel bronceada por el trabajo y el curioso toque de elegancia desfasada del pañuelo que siempre llevaba anudado al cuello. Durante meses gastó dinero e incontables energías en busca de la verdad. Yo sabía poco de aquella discreta cruzada. En todo caso, a principios de 2017 su mujer murió arrollada por un coche que se dio a la fuga, y la pena y la rabia le dejaron sin fuerzas. Después de aquello se transformó en un agricultor viudo que se limitaba a ir cada día de madrugada a sus tierras. «Es un muerto en vida», me dijo por teléfono Encarna, la hermana que nunca quiso recibirme, todavía angustiada por el sufrimiento de aquel hombre.

Ahora, Antonio estaba en una cama del hospital de Segovia, desahuciado. En una sociedad tan interconectada y con tanto empeño por hablar del prójimo no cuesta mucho enterarse de ciertas cosas, sobre todo cuando tienen que ver con la enfermedad y la muerte. Tenía cáncer de pulmón y no le quedaba mucho. Después

de pensarlo un tiempo, decidí que tenía que hablar con él y me dirigí andando al hospital, un trayecto de veinte minutos a buen paso, ideal para darle vueltas al asunto. ¿Querría hablar conmigo? ¿Qué me podría contar? Si hubiera descubierto algo (él o el detective al que podía haber pagado para investigar), ¿no lo sabría ya la policía? ¿Realmente no había nada que descubrir? ¿No le dio tiempo?

La parte final de la caminata era exigente, aunque en principio no lo pareciera. Dejé la comisaría a la izquierda y enfilé aquella cuesta algo empinada con el paisaje ralo y una carretera estrecha como únicas vistas. Tuve la sensación de que me dirigía hacia el fin del mundo. Desfasado y deteriorado casi desde el primer día, el hospital parecía una metáfora del sistema público de salud. Rebasé una rotonda en la que los autobuses escupían decenas de pasajeros cada quince minutos. «Paradojas de ciudad pequeña, todo está cerca hasta que deja de estarlo», pensé.

El cielo se había ido abriendo a lo largo de la mañana y a esas horas era un magnífico tapiz azul intenso con cúmulos aquí y allá. Subí rápido, y algo asfixiado, hasta la mole de cuatro pisos del aparcamiento que nivela el complejo, casi metido en un agujero, con los campos de labranza detrás. Era enorme, pero estaba lleno, y cientos de coches se amontonaban como podían por los alrededores, en la carretera, entre los cultivos, no siempre practicables, y se ahorraban de paso un par de euros. Desde la última planta, nivelada con el camino que rodea el complejo por detrás, la vista de la parte antigua de Segovia era imponente, pero quienes aparcaban allí no tendrían ganas de disfrutar del paisaje. Apoyado en el pretil invadido por el musgo, ya fuera del alcance de la protección de las planchas metálicas de gris granulado que servían de techo, me quedé como siempre paralizado ante el espectáculo: casi en el centro, la catedral con su estructura gótica para satisfacer a Dios; a la izquierda, el Alcázar, un castillo de dibujos animados con una historia terrible; a la derecha, el palacio de Arias Dávila, la elegancia de la torre mudéjar que corona San Martín, el torreón de Lozoya y, ya un poco más abajo, el Acueducto. Me quedé embobado unos minutos frente a

aquel conjunto monumental antes de coger fuerzas para enfrentarme a lo que me tuviera que contar Antonio.

Cuando llegué a la zona de hospitalización, caminé hacia las habitaciones por pasillos demasiado iluminados, atravesé salas de espera llenas de familiares, ruido y angustia, hasta que llegué por fin al área de la quinta planta donde estaba Antonio Martín, según me habían indicado en la recepción. Olía a caldo de pollo. Pasé por delante del control de enfermería como si supiera adónde iba. La puerta de la habitación estaba abierta para dejar salir el calor asfixiante. Al acercarme, oí el sonido rítmico de un respirador, el llanto apagado de una mujer y la voz astillada de aquel hombre enfermo tratando de decir algo.

Di un paso atrás y me quedé clavado en medio del pasillo mirando a la puerta. Una enfermera se acercó a ver si necesitaba algo. La miré como si no entendiera lo que me decía y me fui sin articular palabra, perdido. Enseguida supe que no quería llegar tan lejos: nada de lo que pudiera o no saber aquel hombre justificaba una invasión así de su vida privada. Bajé más tranquilo y a la vez frustrado con mi decisión. En la calle, unas nubes oscuras habían cubierto el cielo y una espesa cortina de agua me empapó nada más poner un pie fuera del hospital.

Capítulo 43

AQUELLA mañana de principios de diciembre, solo en casa, sentado en el suelo del despacho ante la caja con el sumario íntegro del crimen de Hontoria, yo aspiraba a lo mismo que Laurence Lacour en *Le bûcher des innocents*, el gran relato sobre el caso del pequeño Grégory Villemin, o Emmanuel Carrère en *El adversario*; es decir: a encontrar una verdad y poder contarla. Di un par de mordiscos al bocata de tortilla que había comprado en La Concepción y me puse manos a la obra. Comencé a mirar detenidamente cada carpeta y a comparar los subrayados de lecturas anteriores con otras notas. Tres horas más tarde, aún sin hallazgos relevantes, mis ojos se detuvieron en un dato secundario para la investigación, pero esencial para mí. ¿Cómo no lo había visto hasta ese momento?

Traté de mantener la calma y usé un programa que me había pasado Jon para hacer búsquedas cruzadas entre los cientos de noticias almacenadas en mi disco duro portátil sobre el triple asesinato. Él tampoco había encontrado nada todavía, pero era normal: su sagacidad y su experiencia con ese tipo de documentos no bastaban ante la inmensa cantidad de implicaciones. No valía con analizar el texto, había que buscar más allá de lo que las cosas parecían significar en un primer momento. Discriminé por fecha para que el programa solo analizara las noticias anteriores al juicio contra Abundio Ruiz. Había más de mil referencias a «puñaladas» que

incluían doscientas a «violentas puñaladas» y ochenta a «puñaladas sucesivas», pero no había rastro, en todo lo publicado en español, de la expresión «diez puñaladas» ni de ninguna otra similar. Me constaba que ese era un dato que la policía había ocultado hasta la primera sesión del juicio contra Abundio Ruiz, cuando el fiscal reconstruyó los hechos. Entonces, ¿cómo lo sabía Jaime aquel día en la caseta de Juarrillos, mucho antes de la vista pública, si la policía no se lo había dicho ni a él ni a nadie? Los nervios lo habían traicionado, pero el desliz no lo cometió con la policía sino ante mí, cuando me gritó aquel detalle a la cara.

¡Y yo había tardado meses en hacer la conexión! Si Jaime sabía cuántas puñaladas habían acabado con los otros tres miembros de su familia era porque había estado allí o porque había hablado con el asesino, no existían más posibilidades.

Me temblaban los dedos mientras desbloqueaba el teléfono para llamar a Eulalia y contárselo. No lo cogió, pero no me importó; estaba eufórico. Le escribí un mensaje para decirle que esa misma tarde iría a Hontoria a ver al cura. Supongo que lo vio después, cuando yo ya me había metido en un buen lío.

Teniendo en cuenta los datos que yo había recabado en los últimos días, don Miguel no tendría por qué violar el secreto de confesión. Solo necesitaba el reconocimiento implícito de mi acierto, su respaldo a mi versión. O eso creía. Me terminé el bocata sin tener ni la más remota idea de lo equivocado que estaba y salí a la calle. Un viento duro golpeaba las esculturas del vallado de la catedral. De no ser de piedra, habría jurado que aquellos leones desfigurados por el tiempo temblaban de frío.

Capítulo 44

ME FUI a Hontoria en uno de los primeros autobuses de la tarde. Para evitar entrar en la plaza Mayor, el transporte urbano de Segovia sale desde la calle Colón, a menos de cinco minutos andando desde la catedral. Allí, a los pies de la torre del palacio de Arias Dávila, una imponente casa fortificada del siglo XV, muchos segovianos esperan en las barriadas de San José o El Carmen el transporte público para volver a sus casas, para cruzar la ciudad camino del tanatorio o de la sede de la Seguridad Social; agobiados, cansados, aburridos, indiferentes ante tanto alarde histórico. Quién puede culparlos.

Yo tampoco estuve pendiente del trayecto por los mismos barrios deteriorados de siempre, de la estrecha carretera, de los esqueletos de la industria en descomposición, del paisaje que apenas ha cambiado en treinta años. Estaba nervioso y expectante. No había querido ir en taxi para ser lo más discreto posible, y por eso mismo me bajé antes de la entrada al pueblo, junto a la Venta Hontoria, donde me tomé un café doble con hielo antes de subir el puente que cruza la vieja vía de ferrocarril y tratar de llegar a la parte de atrás de la iglesia sin que me vieran. Era complicado y probablemente inútil: cualquiera de mis viejas amigas de otras veces, por ejemplo, podría estar emboscada detrás de un visillo y dar buena cuenta de mis andanzas. Para evitar una identificación positiva, llevaba los cuellos del Barbour subidos, el sombrero azul de ala calado más allá

de lo recomendable y una bufanda gris que me tapaba más de la mitad de la cara. No me di cuenta de que, vestido así, me hacía notar en vez de ocultarme, pero en aquel momento todo me pareció ideal.

La casa de don Miguel estaba detrás de la iglesia del pueblo, en un terreno que daba directamente a un descampado lleno de vacas zombis. Era una construcción sencilla, pero cuidada, con ciertos detalles de estilo y un grado de conservación que desentonaba en aquel contexto. Gracias a sus paredes de blanco impoluto, a sus ventanas en verde oscuro y al tejado de pizarra, la casa parecía arrancada de un idílico paisaje británico. Varias macetas con flores amarillas y moradas completaban la estampa.

Golpeé tres veces la puerta roja con la aldaba en forma de cabeza de perro. Nada. Lo intenté de nuevo. Nada. Parecía que no había nadie. Di una vuelta alrededor de la casa y encontré la puerta trasera, una especie de entrada de servicio que me descolocó por un momento. Miré por el cristal hacia una cocina impoluta. En la encimera frontal, una Thermomix y una cafetera Nespresso compartían espacio con un juego de cazuelas Le Creuset en color cereza. «Mucho nivel para un cura de pueblo, incluso para uno de buena familia», pensé.

Sin prever las consecuencias, cogí el pomo de la puerta y abrí. «Esta gente del rural…», me dije mientras entraba, tratando de ignorar la gravedad de todo aquello. Desde luego, ya no estaba para dar lecciones morales a nadie.

No tenía ni idea de lo que buscaba, pero atravesé la cocina sin pararme a mirar y me dirigí al salón. Gobernada por una imponente mesa de madera oscura, la estancia tenía libros por todas partes, dispuestos en un aparente desorden. En una mesita supletoria, obras de Jean-Jacques Rousseau y Jean-Paul Sartre en ediciones originales baratas. En la gran librería de la pared había un poco de todo: Vargas Llosa mezclado con Luca de Tena, Umberto Eco y Sánchez Dragó, una colección de premios Planeta, otra de premios Nadal y un lugar reservado para las obras completas de Dashiell Hammett. Ni una sola autora, tampoco textos sagrados.

Pasé a la habitación, cuya estética monacal contrastaba con la elegancia del resto de la casa. Un crucifijo de madera presidía la cama como única concesión decorativa. Abrí distraídamente el primer cajón de la cómoda y moví con cuidado la ropa. ¿Qué buscaba? ¿Qué hacía en realidad allí?

Salí de la habitación y me dirigí a la puerta de servicio, pero estaba empeñado en conseguir algo de valor, así que me puse a hurgar en los cajones de la cocina. Entre cucharones, pinzas y paños, me llamó mucho la atención un hermoso libro en francés con una naturaleza muerta en la cubierta. Se trataba de un enorme ejemplar que invitaba a perderse por sus páginas. Lo abrí y me sentí completamente confundido ante lo que apareció frente a mis ojos. Lo cerré y escruté la imagen en busca de algo que explicara aquello, de un detalle que probara que todo estaba en orden. Volví a abrirlo con cuidado sintiendo el pulso de mi corazón en las sienes.

Como la luz natural ya no alcanzaba a iluminar bien el interior, utilicé la linterna del móvil para analizar aquellas páginas que aún no comprendía. Maldije mi pereza para cambiar de teléfono mientras observaba cómo la batería se consumía a toda velocidad.

La cubierta de aquel libro escondía un registro contable con sus columnas de «Entradas» y «Salidas». Vi cifras redondas copiadas a mano con esmero, pero nada de eso me ayudaba a descifrar su sentido último. Aquel cuaderno era un galimatías para mí, por mucho que intuyera su importancia. Sin rastro de preocupación por el buen puñado de leyes que estaba violando esa tarde, y rezando para que la batería del teléfono aguantara, me lancé a desentrañar lo que contenía. «No te compliques innecesariamente», «mantén la cabeza fría», «no busques oro, fíjate en cada detalle por insignificante que pueda parecer», repetía en mi cabeza mi redactor jefe, y yo me aferraba a cualquier cosa que me permitiera avanzar.

La mayor parte de los movimientos correspondían al año 2005. Abrí Google Docs y busqué en mi cronología esencial del caso un documento que se remontara a aquella época, mucho antes de la fecha del triple asesinato. Así, descubrí que aquel año había estallado el escándalo de las ayudas de la PAC. No me lo podía creer.

Y las entradas eran, sobre todo, aportaciones realizadas por R. V. y B. F.: aquello confirmaba la existencia de la trama cerrada en falso y mostraba dónde había terminado el dinero.

Decidido a robar ese libro de cuentas, iba a bloquear y guardar el móvil para preservar la poca batería restante cuando toda la cocina se llenó de luz.

—Vaya, qué sorpresa, Jean Ezequiel —dijo don Miguel pronunciando mi nombre sin rastro de acento—. Hoy no se puede decir que te esperara.

—Verá… llegué… llamé… la puerta… yo…

—Ni te molestes —me cortó levantando una mano—. Veo que has encontrado lo que buscabas.

—¿Yo? No buscaba nada.

—Lo que no quiere decir que no lo hayas encontrado. ¿Lo has descifrado ya? Imagino que sí. Tampoco era muy complicado: nunca se me ocurrió adoptar medidas extraordinarias.

—Pero esto es demasiado evidente.

—No tanto, no te creas. Lo que pasa es que eres un entrometido, Jean.

Don Miguel usó un tono inquietante y oscuro para decir mi nombre. Me produjo una sensación inclasificable, una especie de intenso asco. Allí estaba, perfilado contra la puerta, la barba roja perfectamente recortada sobre su piel blanca.

—Una cosa que no entiendo —dije— es por qué anotarlo, para qué correr el riesgo.

—Ah, es muy sencillo, tiene que ver con lo poco que me fiaba de esas dos, y también con la idea de tener un arma contra ellas.

—Pues se ha vuelto en su contra.

—Eso ya lo veremos, Jean, ya lo veremos.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—¿El qué?

—Coger todo ese dinero de una estafa a un servicio público.

—¿La PAC? Eso sí que es una estafa, pero ¡qué vas a saber tú!

—Sé que no está bien que un cura le sirva de testaferro, blanqueador o lo que fuera a dos corruptas de primer nivel.

—No te apresures a emitir juicios. El dinero terminó en buenas manos: fue poco a poco a parar a una ONG, a la reforma de la iglesia, al colegio que hay aquí detrás y que ahora tiene un aula de educación especial. Buenas obras.

—¿Y a sus bolsillos no? —contraataqué mirando alrededor.

—A los míos poco, muy poco. Pero nadie hace nada gratis.

—¿Y el precio moral?

—Eso son pequeñeces, Jean. Ya deberías saberlo, no eres un niño.

—Prefiero pensar que importa, que en trabajos como el suyo y de alguna manera también el mío, es un asunto de primer orden.

—Te voy a demostrar enseguida que no, que te engañas o te repites cosas en alto por el placer de escucharte. Pero deja que me ponga cómodo primero.

Caminó hacia el interior de la cocina, se descalzó y dejó la bufanda y la chaqueta impermeable en la percha situada al lado del paragüero. Fuera llovía con fuerza y, siendo invierno, ya era noche cerrada. De repente se dio la vuelta y se dirigió hacia mí extendiendo apenas una mano blanca, blanda y pequeña.

—Mejor se queda donde está —lo avisé. Había algo en ese tipo que me cortaba la respiración.

—Tranquilo, hombre, tranquilo. No soy más que un viejo cura. Y no olvides que estamos en mi casa. Bueno, mejor dicho, que ya estabas en mi casa cuando entré. Y no recuerdo haberte invitado ni haberte dado una copia de las llaves. A la policía esto le puede parecer muy interesante.

Me lo quedé mirando de un modo tan firme y desafiante como pude. No tenía muy claro cómo iba a salir de aquella situación.

—Los grandes principios morales son pura palabrería.

—¿Qué intenta decirme?

—Tranquilo, ya lo verás.

Eché un rápido vistazo al iPhone, que había empezado a vibrar. Era una llamada de Eulalia, pero un instante después el teléfono quedó inerte, inservible, encima del libro de cuentas.

—Vaya, mala suerte —dijo el sacerdote—. Luego te dejo un cargador, pero antes permíteme que te demuestre el escaso valor que tú mismo das a esos grandes principios morales.

—Le escucho.

—Así me gusta. Esta es mi propuesta: me devuelves ahora mismo el registro contable, renuncias a la gloria de la exclusiva, a salir de aquí con esa prueba bajo el brazo, a la satisfacción del círculo cerrado, etcétera, etcétera, y yo, a cambio, te cuento lo que pasó con los Vila Martín.

—¿Y el secreto de confesión?

—No seas ingenuo, por favor.

—¿Y si me niego?

—Eso sería interesante. Si te niegas puedes intentar largarte… suerte con eso… y publicar tu exclusiva, hacer justicia, acabar con un cura corrupto, bla, bla, bla. A las dos semanas nadie se acordará y volverás a la casilla de salida. Ah, y por supuesto puedes olvidarte de averiguar la verdad sobre el crimen que te ha traído hasta aquí.

Bajé la mirada. La cabeza me daba vueltas. Alcé los ojos hacia él y sonrió: había comprendido.

—Qué, ¿comenzamos?

Asentí, cerré los párpados y me dispuse a escuchar la verdad sobre el triple crimen de Hontoria.

Capítulo 45

AQUEL mediodía decembrino, marcado por el frío, el viento y la aguanieve, yo no podía saber que en pocas horas iba a tomar varias decisiones cruciales en mi vida. Habían pasado siete días desde que don Miguel me contara todo lo que sabía sobre el crimen de Hontoria. Una vez completados ciertos huecos de mi investigación, confirmados varios temores y añadidos algunos secretos revelados, la versión más o menos definitiva que obtuve era aterradora: una verdad insoportable.

Tras el encuentro con el cura anduve varios días como un zombi; vacío, ausente. Me limité a cumplir en casa y aproveché las vacaciones para olvidarme del periódico. Sabía que tenía que contar a mi jefe lo que había averiguado e intentar publicar al menos lo que pudiera para que todo mereciera la pena, pero la llamada me aterraba. Para vencer el temor, ensayé mi relato con Mariano (al fin y al cabo me comprendía como nadie), Rodolfa (no solo se lo debía, sino que se lo había prometido) y Jon (siempre al quite con sus dosis de honestidad brutal). No quise complicar más a Eulalia en aquella historia de mentiras, celos y muerte.

Llegada la hora de la verdad, llamé a Juan Gómez. Le sorprendió que diera señales de vida durante mi retiro navideño. Intrigado, aceptó que quedáramos a comer en Segovia dos días después.

«Espero que no sea una de tus flipadas», se limitó a decirme antes de colgar.

«Dudo que no sepa más o menos a qué viene», me dije ya el viernes mientras llegaba al Almuzara tras recorrer los veinte metros escasos que lo separaban de mi casa. Era temprano, pero estaba repleto de turistas que, guiados por Google y TripAdvisor, encontraban allí una oferta de platos vegetarianos no muy habitual en Segovia. Solo algunos llegaban a descubrir el verdadero secreto de su cocina: unas soberbias pizzas de masa fina y crujiente y unos grasientos y excelentes salteados de arroz y carne.

El restaurante es pequeño y coqueto, con muchas mesas para dos comensales. Elegí una junto a la ventana para que estuviésemos un poco más tranquilos y esperé a Juan.

—¿En serio, Jean? ¿Me vengo a comer contigo a Segovia y me traes a un puto vegetariano? —me reclamó al entrar. Llegaba tarde, pero no necesitaba darme ninguna excusa: el olor a Ducados que desprendía su ropa era explicación suficiente.

—No todo es cochinillo en esta tierra. Calla y verás —le repliqué —. Me he permitido ir pidiendo —añadí mientras llegaba a la mesa una frasca de vino de la casa.

—Un plan impecable, vaya. Espero que lo que me tengas que contar merezca la pena. ¿Por qué coño no podías esperar a la vuelta, o al menos haberme dado pistas por teléfono? Ya estás mayorcito para estos juegos de espías.

—Cuando termine me dices si el viaje ha valido la pena o no.

—Pues venga, dispara.

—Pero primero comamos y bebamos un poco. Nos va a hacer falta —sugerí mientras reunía fuerzas.

—De acuerdo, pero no te enrolles. Te comes una porción de pizza y empiezas. A ver si ahora no vas a poder hablar y comer al mismo tiempo.

Momentos después miré a Juan, que peleaba con un hilo de mozzarella que colgaba de su porción de cuatro quesos y cogí aire.

—Bueno, allá voy —anuncié.

—Por fin.

—Creo que ya te he hablado alguna vez de don Miguel, el cura de Hontoria, muy próximo a los Vila Martín.

—No sé, no me acuerdo. Ten en cuenta que el único que tiene ese maldito caso entero en la cabeza eres tú.

—Igual, como no saqué nada en claro de mi primera conversación con él, ni te lo conté. Fue en noviembre. Tenía la intención de hablar con todos los implicados, por remota que fuera su relación con el caso. Así que, como te decía, no saqué nada, más allá de unas copas de Oremus Tokaji y unas galletas Walkers.

—Joder con el cura.

—El caso es que todo el buen rollo de la conversación y el vino se evaporó cuando le pregunté si Ramona se había confesado con él después del 6 de agosto de 2016. Prácticamente me echó, de modo que…

—¿Te echó de su casa?

—No, de su despacho en la iglesia. En su casa estuve la segunda vez, pero para poder contártelo necesito tu compromiso de confidencialidad absoluta.

—Mira, Jean. No sé qué has hecho o qué has dejado de hacer, pero a mí no me vengas con gilipolleces. Ante todo soy un profesional.

—Vale, perdona. Bueno, pues hace una semana volví al pueblo y, en vez de ir a la iglesia, me planté en su casa. No había nadie, así que entré por la puerta de la cocina y registré el sitio de arriba abajo.

—Joder, Jean —dijo mi jefe con una media sonrisa. No parecía indignado, sino más bien satisfecho, como si ese fuera el camino que había previsto para mí desde el inicio.

—No sabía muy bien qué estaba haciendo allí, ni qué me empujaba a pasarme tanto de la raya, pero encontré algo que lo justificó todo… y entonces llegó don Miguel y me pilló con aquellas pruebas en la mano.

—No me digas más: fotos de niños.

—No, qué va: un libro de cuentas que probaba sin lugar a dudas adónde había ido a parar gran parte de la pasta que estafaron a la

PAC en 2005 y, sobre todo, quién había movido ese dinero de una forma discreta y eficaz.

—No pretenderás que me acuerde de eso.

—No, para nada. Basta con que sepas que ese dinero provenía de unas ayudas cobradas ilegalmente. Pero imagina quiénes estaban detrás de todo el asunto.

—Y yo qué sé. Déjate de jueguecitos y ve al grano, anda.

—Vale. Pues el propio don Miguel, Ramona Vila, hermana de Joaquín y tía de Jaime y Sergio, y Berta Ferrer. Parte del dinero se usó en construir un aula de educación especial y otras obras sociales, pero no hay duda de que otra parte acabó en los bolsillos de esos tres.

—¡Joooder!

—Pues sí.

—Es un caso de corrupción que tuvo lugar en una ciudad de provincias y que ahora se vuelve contra una estrella emergente de la política española, pero no me has hecho venir aquí por eso, ¿verdad?

—Correcto.

—Pues venga, no sé a qué esperas. Si quieres que te pregunte, no me importa, lo hago: a ver, ¿qué te ha dicho el cura para que me pidas «confidencialidad»?

—Don Miguel me propuso contarme todo lo que sabía del crimen de los Vila Martín si olvidaba aquello y renunciaba a publicar cualquier cosa relacionada con la estafa.

—Y aceptaste, claro.

—Por supuesto.

—Y por eso estamos aquí.

—Correcto.

—Tú estás mal de la cabeza.

—¿Cómo?

—Pillas a un tío con un registro contable de un caso de corrupción, un librito que no creo que guardara porque es tonto del

culo, sino para tener bien quietas a las otras, no fuera a ser, pero que igualmente lo inculpa, con sus obras sociales y todo…

—Correcto.

—Y va y te cuenta una historieta sobre un caso que te obsesiona y tú renuncias a una buena exclusiva, cierras los ojos y se lo compras.

—Eso es.

—¿Por qué, Jean? ¿Por qué?

—Porque todo lo que me contó cuadra.

—Nos ha jodido, Jean. ¡¿Cómo no va a cuadrar, si estabas deseando que todo concordara con tu manera de ver las cosas?! El cura te caló y te dio lo que querías. En fin, sigue y, cuando termines, te digo hasta dónde estás de mierda.

—No te enfades, pero te he ocultado muchas cosas de este caso, detalles que he averiguado después de lo que publicamos. Nunca bajé la guardia y mi insistencia dio sus frutos. Según el cura, Ramona mató a su hermano, su cuñada y su sobrino tras una brutal discusión. Fue a casa de los Vila Martín para hablar de Jaime y convencerlos de que lo dejaran vivir con ella. Ya habían discutido muchas veces, incluso en público, y Joaquín debía de estar harto, así que, según ella, se le echó encima y le soltó un tortazo que casi la tumba. Entonces ella perdió los nervios y mató a su hermano con un cuchillo de matanza que cogió en la cocina. Insiste en que fue en defensa propia, que Joaquín se había puesto como un loco. Dice que incluso contraatacó, pero que ella, al final, lo remató en el recibidor…

—Parecen demasiados detalles para decirlos durante una confesión, ¿no crees? —me interrumpió mi jefe.

—Eso pensé yo, pero don Miguel tenía la sensación de que había un mensaje implícito en sus palabras, un «mira lo que soy capaz de hacer». Lo de la PAC no terminó bien y ella no quería flecos sueltos. El caso es que, después de matar a su hermano, Ramona fue a la habitación de su cuñada, fuera de combate por el Orfidal, y entonces se le ocurrió lo del asesinato «ritual», las diez puñaladas y todo eso. Por eso los cuerpos tenían heridas producidas después de la muerte.

No había habido ensañamiento, sino solo un montaje. Quería despistar a la policía, pero no hizo falta.

—¿Y el niño?

—Lo pilló en el pasillo cuando intentaba escapar.

—Dios.

—Don Miguel dice que no vio arrepentimiento en sus ojos. Supongo que no podía dejar testigos.

—La madre que la parió. ¿Y Jaime? ¿Qué pinta el chaval en todo esto?

—Él tenía un móvil de prepago que la propia Ramona le había dado y ella lo llamó para que le echara una mano con la escena del crimen. Ella ya debía de haber ido a su casa a cambiarse, había sustituido el cuchillo por otro idéntico que tenía en su propia cocina, pero necesitaba que Jaime le ayudara a limpiar las huellas, a bajar las persianas, a dejarlo todo preparado para poder «descubrir» los cadáveres horas después.

—¿Estaban liados?

—No lo sé. No creo. Era más bien una relación enfermiza. Como se ve en los diarios, él estaba fascinado, obsesionado, con su tía y ella lo usaba para herir a su cuñada, la madre del chico. Me da la impresión de que siempre ha hecho lo que ha querido con él. Y aquí tienes lo del coche —añadí, y le pasé varias hojas con las imágenes de las cámaras y un resumen detallado de la conversación con Ángel Bico en la Venta Pinillos. Se tomó unos momentos para leerlo.

—Pero insisto, ¿por qué contarlo todo en una confesión? —dijo al terminar.

—Ya te lo he dicho: para protegerse, y también probablemente para desahogarse, o incluso por un arrebato de fe, no lo sé. Ella no iba a misa, pero su educación había sido muy católica. Ya sabes, la culpa, el perdón… Lo que no podía sospechar es que alguien más se pusiera a juntar las piezas del puzle y que llegara el momento en que esa persona se cruzara en su camino.

—De todas formas, con lo que tenías jamás habrías llegado hasta ella, ni siquiera habrías sabido qué preguntarle al cura.

—No. Hacía falta lo que me dijo Jaime.

—¡¿Qué?! ¡¿Cuándo hablaste con él?!

—En la Navidad de 2017, pero «hablar» sería mucho decir. Me metió una buena tunda en la famosa caseta de Juarrillos. No obstante, mientras me gritaba en la cara me soltó un detalle: su padre, su madre y su hermano habían muerto de diez puñaladas, algo que nadie sabía, que nadie ajeno a la investigación supo hasta que no se reveló en el juicio.

—Todo esto explicaría lo del colgante de las narices, lo reconozco.

—Gracias.

—¿Y la famosa huella de la bota Dr. Martens?

—De eso Ramona no habló, pero el cura dice que el marido calza más o menos un 42 y tiene unas botas de trabajar en el campo con la suela igual. Ahora, si estuvo allí o si las botas las llevaba alguno de los otros dos…

Le hablé de mi cita con la hermana ciega de Consuelo e incluso de la fallida visita al hermano en el hospital, de Abundio y su muerte y de mi reunión con Ángel Bico, entre otras muchas cosas. Después respondí varias preguntas hasta que me paró con un gesto y se terminó lo que quedaba de la pizza. Entonces, volvió a la carga.

—Vale, a ver si me entero entonces: Ramona mata a su hermano tras una discusión, según ella en defensa propia, y de paso se lleva por delante al resto de la familia, por odio, por no dejar testigos, por la locura asesina del momento, por lo que fuera, y después llama a Jaime, el único sobreviviente de la familia, para que la ayude en virtud de ese odio compartido y la lealtad enfermiza que el chico le profesa. Este pide prestado el coche a un amigo que encima es policía, escapa del Seminario y ayuda a su tía a salir indemne del asesinato de su propia familia. —Bufó y se echó un poco para atrás en la silla en señal de disgusto; algo no marchaba bien—. Pero el muy idiota comete el error de quedarse con el colgante, fallo que resulta minimizado por la cagada de ese mismo amigo policía que lo anula como prueba. ¿Qué tal voy?

—Bien, bien.

—Luego detienen a Abundio Ruiz, un cabronazo con motivos y oportunidad y le organizan un proceso en contra; un montaje, llamémoslo si quieres, en el que participa el mismo amigo de Jaime que le había dejado el coche para ir a Hontoria, un señor que tenía razones de sobra para querer a Abundio en prisión de por vida. Lo juzgan y le cae la permanente revisable, pero como es mala hierba, como demostró de sobra en tu entrevista, se mete en un lío y alguien se lo lleva por delante sin que eso tenga relación con el caso.

—Así creo que fue, sí.

—Bien, pero tú sigues dale que dale, hablas con el cura, que te deja muy mosqueado; hablas con la hermana ciega de Consuelo, encantada de que alguien escuche y crea sus teorías de la conspiración y te relees el sumario hasta que se te caen las pestañas. Y *voilà*, das con la pieza que te faltaba. Luego vas a casa del cura, cometes varios delitos en nombre de la verdad, pero te pilla y, en vez de llamar a la policía, hundirte en la miseria o matarte, yo qué sé, te cuenta justo lo que quieres oír.

—Sí y no. Como he dicho antes, lo que me contó cuadraba con cosas que él no sabía, con partes de la historia que solo conocíamos los implicados y yo.

—Vale, aceptemos eso.

Un silencio incómodo por inusual se instaló entre nosotros pese al bullicio del salón, el llanto del bebé de los señores de la mesa de al lado, los gritos de los camareros y algún coche que pasaba por la calle cerca de la ventana. Cogí un trozo de pizza ya fría, como más me gustaba, pero no tenía hambre. Mordisqueé el borde por hacer algo y luego alcé la vista hacia Juan.

—¿Qué? —pregunté.

—Mira —empezó a decir mientras manoseaba un cigarrillo; el mono ya apretaba, no me quedaba mucho tiempo—. Te has agarrado a un caso en el que pocos creían y que a casi nadie le importaba y has luchado contra esa indiferencia, contra el paso del tiempo y contra intereses nada despreciables de quienes querían ver esto enterrado o resuelto, qué más da.

—Yo mismo no lo podría haber resumido mejor; no obstante, me temo que ahora es cuando viene el gran «pero».

—No esperes que nadie te dé una medalla.

—No quiero condecoraciones, me basta con verlo publicado.

—Venga ya.

—¿«Venga ya» qué?

—Mira, Jean, no me jodas. Supongamos que esto es más o menos verdad. Es una historia redonda, vale, solo que impublicable.

—No me jodas tú a mí, Juan.

—A ver si nos hemos enterado de algo en todos estos años que llevas conmigo. —Juan había destrozado el cigarrillo, cuyos restos habían quedado esparcidos por el mantel, y se agarraba al borde de la mesa, tenso—. Publicamos esto y nos cierran el periódico a demandas. No tienes nada, ni una puta prueba.

—Bueno, tengo los diarios de Jaime, la matrícula del coche de Ángel Bico…

—Todo circunstancial —me cortó—. Circunstancial y ensamblado gracias a la confesión de un cura corrupto que te ha jodido y que lo negará todo siempre, y al testimonio de un policía tarambana que me da que no anda muy bien de la cabeza y que también lo negará todo si lo llaman a juicio. ¡Y ni siquiera lo tienes grabado, hay que joderse! ¿Es que no lo ves? En realidad, yo creo que en el fondo sabes adónde has ido a parar, que eres perfectamente consciente de que no puedes publicar nada porque a esa publicación seguiría de inmediato una demanda de Ramona y otra de Jaime, al menos, demandas que no ganaríamos nunca, y eso sin contar la cantidad de mierda que caería sobre tu cabeza. Y no me vengas con que es la verdad y pamplinas por el estilo.

—Pero lo es.

—¿Y?

—También serviría para limpiar el nombre de Abundio Ruiz.

—Pero ¿te estás escuchando? ¿Quieres jugártela a una carta, publicar esto a riesgo de tu pobre prestigio periodístico a ver si, por casualidad, alguien se pone nervioso, la caga y confiesa? Adelante,

suicídate, pero no en mi sección ni en mi periódico. Y ahora no me tomes por subnormal y no me vengas con el cuento altruista.

—Yo…

Balbuceé consciente de que detrás del enfado de mi jefe había razones bien fundadas. La tensión había creado una especie de cúpula que me aislaba del ruido exterior; no oía ni veía nada, más allá de la cara de Juan.

—Mira dónde estabas en el verano de 2017, cuando empezaste con este caso, y dónde estás ahora gracias a tu trabajo y a tu cabezonería. Te hemos publicado buenas exclusivas, tu nombre empieza a conocerse y eso se refleja no solo en lo que haces, sino en el impacto que tiene. ¿Acaso crees que habrías cubierto lo de Pioz si no hubieras afilado el colmillo en los últimos meses?

—Vale, Juan, ya lo he cogido.

—No, majete, tú ya has soltado el rollo, ahora escúchame a mí. Olvídate de este caso, disfruta de lo conseguido, deja que sea otro el que publique la última línea y se estrelle. Mira hacia delante, capitaliza tu triunfo, no conviertas todo este esfuerzo en una derrota porque no lo es. Pero tampoco magnifiques lo conseguido. En tres días los lectores estarán a otra cosa. Dales todo lo que tienes, pero no más. Toma distancia, analiza todo esto, respira y lánzate a por el próximo caso, desde Segovia si quieres, a tu aire, con tu estilo. La vida ya es demasiado complicada.

—No pretenderás que te compre algo así.

—Ah, y no te hagas el héroe, no te pega —continuó, ignorando mi réplica.

—No es eso.

—Sí lo es, y no me mires con esa cara. Venga, paga y vámonos, que el mono del cigarrillo me está matando.

El hachazo final y las ganas de fumar de Juan me dejaron sin turno de réplica. Salimos a la calle en silencio y bajamos por Desamparados camino del aparcamiento de las Oblatas, donde él había dejado el coche. Podría haberle mostrado la Casa-Museo de Antonio Machado, su poeta preferido, pero no era el momento. Nos

despedimos fuera, con la aguanieve golpeándonos la cara. Nos dimos un abrazo en silencio, exhaustos después de tantas palabras.

—Te veo después de vacaciones —me dijo cuando pasó en el coche a mi lado.

Decidí atravesar el aparcamiento para no mojarme más innecesariamente y salir por la planta superior, al otro lado de la manzana, junto al Eurostars y detrás de la Academia de San Quirce. Atravesé la plaza de San Esteban para, de nuevo por Desamparados, llegar en menos de cinco minutos a casa. Cuando entré en el ático, y mientras me descalzaba, me cambiaba de ropa y me secaba, mi mente algo achispada se dio de bruces con una realidad que había tardado en asumir: Juan tenía razón, y tampoco podía ni debía contarlo en el pódcast, sería sacrificar con un tiro al aire todo lo conseguido hasta entonces. La verdad servía para bastante poco a la postre, y lo que había descubierto quedaría solo para mi propia satisfacción, una minúscula recompensa comparada con la frustración por no verlo publicado.

Consciente de que Eulalia celebraría mi decisión, me puse a preparar la maleta para irnos a Pedraza e intentar recuperar mi vida familiar. Me dirigí al despacho y, por primera vez en muchos meses, no fui directo al escritorio para coger la carpeta de Hontoria o mis cuadernos de notas para el pódcast. Con el crimen resuelto, o al menos explicado, esa parte de mi vida quedaba aparcada. Me limité a sentarme y mirar cómo la lluvia golpeaba los cristales mientras esperaba a que mi mujer llegara a casa de su última guardia del año. Desde la pared, frente a la ventana, Alain Delon me lanzaba una mirada indescifrable.

PÍLDORAS CRIMINALES

Una mirada y un adiós

BUENAS tardes, días o, más probablemente, noches a todos los oyentes de *Píldoras criminales*. Suena *What Are They Doing in Heaven* de Mogwai, un tema que os puede parecer menos oscuro, aunque más melancólico, que los que suenan en cada emisión de este espacio de Global Podcast, ahora entenderéis por qué.

Soy Jean Ezequiel y hoy traigo mi true crime preferido, una imagen y una despedida. Hoy me sincero con vosotros y os cuento los efectos del crimen de Hontoria, ese del que tanto os he hablado, en mi vida.

Primero, el true crime. De las muchas imágenes aportadas a la historia de la crónica negra por el *affaire* Grégory hay una que ha adquirido un significado especial en esta convulsa Navidad de 2018 para mí.

7 de abril de 1994. Estudios del canal francés TF1. En directo, sin haber cobrado nada a cambio, pero sin público y sin fotógrafos, Christine y Jean-Marie Villemin comparecen ante las cámaras por primera y última vez. El caso ya ha concluido, después de nueve años de dolor y persecución pública de los padres de aquel pobre niño. Hace poco, ella ha sido exonerada de la acusación de haber matado a su hijo Grégory en 1984 y han decidido responder a las preguntas del prestigioso y sobrio Jean-Marie Cavada en *La Marche du Siècle*. ¡Horario de máxima audiencia para el crimen sin resolver

más famoso de la historia de Francia! Un reportaje riguroso se intercala con la entrevista. En él, se repasan los hechos y se desmonta la campaña rastrera que una gran parte de la prensa organizó contra Christine para construir la imagen de un monstruo con la que alimentar a la audiencia y forrarse.

Ella y él llevan chaquetas demasiado grandes, un ligero cardado en el pelo, colores apagados que no los favorecen: es la larga sombra estética de los ochenta paseándose a sus anchas por los noventa. Ambos van respondiendo a las preguntas de Cavada, explican cuándo se dieron cuenta de que todo se volvía contra ellos, cómo el infierno se hizo cada vez más insoportable. En sus rostros hay cierta paz, no odio. En el acento de Jean-Marie no queda rastro de su origen obrero: aprovechó para estudiar Derecho durante los cinco años en prisión por matar a su primo Bernard Laroche, considerado el principal sospechoso de la muerte de Grégory. Conoce la terminología, maneja el lenguaje, pronuncia las palabras justas. Su esposa responde también con soltura y no duda en recurrir a su marido cuando cree que hace falta una explicación complementaria. Cuando ella habla, él la mira, y al revés. Son miradas distintas, más poderosa la de Christine, con unos ojos enormes enmarcados por unas cejas finas pintadas sobre la piel. Las raras veces que sus miradas se cruzan durante las dos horas de programa se observan casi con devoción: el suyo es un amor que puede, que ha podido con todo.

He visto muchas veces ese vídeo antes de grabar esto. Ya hablamos en su día de cómo el true crime, y más aún los casos sin resolver, pasan factura a quienes se dejan atrapar. Ojalá me hubiera hecho caso a mí mismo. Ahora, con el crimen de Hontoria fuera del radar, siento cómo mi vida personal se ha fracturado bajo el peso de mi obsesión por el trabajo, ahora temo no volver a tener enfrente una mirada como la que sostuvo a Jean-Marie y Christine en el infierno. Por eso me despido: hasta aquí hemos llegado.

Gracias a todos por estar ahí. Nos veremos en otro lugar para seguir achicando espacios a la verdad no revelada. Ha sido un placer. Os dejo con Mogwai. Adiós.

Capítulo 46

AGOTADO después de días de intensa convivencia navideña con mi familia política, de las cenas fastuosas, la mesa reservada a diario en el restaurante de Samantha Vallejo-Nájera en la plaza de Pedraza y, en general, la asfixiante atmósfera social de aquella hermosa villa medieval, celebré nuestra vuelta a Segovia. Habían pasado nueve días desde la cita con Juan Gómez, y yo había procurado no pensar en el triple crimen de Hontoria. Pero una apatía cercana a la depresión se había apoderado de mí desde el momento en que había decidido no dar batalla y, un año y medio después de haber empezado con el caso, esa actitud me frustraba. Ya no investigaba, no entrevistaba a nadie, no volvía una y otra vez al sumario, incluso había abandonado mi pódcast a la espera de un nuevo impulso que no sabía si llegaría.

Tampoco había vuelto a hablar con mi jefe, aunque, dada nuestra complicidad y el grado de confianza adquirido a lo largo de los años, deduje que había adivinado por dónde iba: que había entrado en razón y no iba a tirar todo por la borda.

Durante aquellos días, Eulalia me comprendió y soportó, y cuando ya no pude guardar más silencio me escuchó y me hizo ver el camino despejado hacia un futuro profesional sólido. Sus palabras me devolvieron al lugar en el que intenté situarme tras la conversación con Juan Gómez; sin embargo, la tranquilidad duró

muy poco. La tarde del 30 de diciembre, Rodolfa Vals me llamó para felicitarme el año, hablarme de un nuevo proyecto de periodismo en Segovia en el que quería implicarme y, de paso, darme lo que no dudó en calificar como un regalo de Reyes anticipado y con cierta carga venenosa.

—Ramona celebra una fiesta de Fin de Año mañana en su casa de Hontoria. Han invitado a todos los que son alguien en Segovia.

—Vaya, pues no me ha llegado nada.

—Mira que eres… Irá la prensa local, empresarios, políticos y jueces… ya sabes.

—Así, con todo el morro.

—Anda, mira tú. ¿Y qué quieres que haga Ramona? ¿Actuar como si hubiera matado a alguien?

—Muy graciosa.

—En serio, Jean. ¿Qué pretendes? ¿Que actúe como culpable?

—Pero es que lo es.

—Para ti solamente, Jean; para ti solamente.

—Y para los que sabéis la verdad.

—Y qué más da eso ahora.

—Pues sí, tienes razón, qué más da. Irá Jaime también, supongo.

—No lo sé. El rumor es que Berta Ferrer va a aprovechar para anunciar algo.

—Ya la veo de alcaldesa.

—Pues no lo descartes, aunque en mi opinión siempre ha aspirado a mucho más.

—Ser alcaldesa no es poca cosa. El poder local, ya sabes. En fin, gracias, Rodolfa.

—Nada, querido. Para eso estamos.

—Y acertaste al contármelo, aunque no sé muy bien de qué sirve.

—¿Qué haces con Eulalia mañana por la noche? —dijo para cambiar de tema.

—Este año no viajamos: vamos a la fiesta del Eurostars. La niña se queda con mis padres.

—Tú sí que sabes. Cena en el restaurante Villena y barra libre sin garrafón.

—No le voy a hacer ascos a esa parte, ya me conoces, pero es más el rollo social de Eulalia: estarán allí sus amigos, gente de colegio privado y esas cosas. Vamos, que me apetece igual que una patada en el hígado.

—Mira que eres amargado a veces. Cuídate, anda, y no le des muchas vueltas a lo que te he contado.

—A buenas horas.

—Bueno, el tiempo hará su trabajo. Paciencia.

—Gracias por todo, jefa.

—No seas idiota, ya sabes que no me gusta que me llames así. Te doy un toque después de Reyes y te cuento más detalles.

—Genial de nuevo. Un abrazo y feliz año.

—Igual, querido. Y no te intentes colar en la fiesta de Ramona.

—Muy graciosa.

—Es la primera vez que te veo con una copa de Pago de Carraovejas más de cinco minutos en la mano —me dijo Eulalia trayéndome de vuelta a la tierra—. Y eso que apenas es la segunda.

—Y encima es el reserva de 2012 —repuse tras apurar el vino de un trago.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó con un leve matiz de irritación en la voz. La sala principal del restaurante Villena en el hotel Eurostars Capuchinos, a quinientos euros el cubierto, estaba abarrotada de gente reunida bajo el falso pretexto de la solidaridad navideña, pero con el objetivo a duras penas oculto de figurar, salir bien en la foto, destrozar alguna reputación y emborracharse a conciencia. Eran los hijos de los señores de la capa dispuestos a perpetuar su estatus.

—Ya sabes, a mí esto de celebrar el Fin de Año me parece tan pagano…

—No me vengas otra vez con ese cuento del auténtico significado de la Navidad —me cortó con una sonrisa.

—La verdad es que el menú está de escándalo y el sitio es espectacular —continué, abriendo los brazos para abarcar con el gesto la iglesia de una sola nave del convento de las Oblatas, ya desacralizada y convertida en refugio gourmet y en uno de los grandes atractivos del hotel más lujoso de Segovia—. Esto del cochinillo confitado es tremendo.

—Y tampoco me cambies de tema. Sé lo que te pasa y tú sabes que lo sé.

—¿Sí? A ver —la desafié. La tensión se había disipado y estábamos otra vez como al principio de la noche: retadores, liberados, rejuvenecidos.

—¡Anda, mira quién está aquí! —gritó alguien detrás de nosotros. Me di la vuelta intentando ocultar la rabia por el momento robado.

—¿Qué tal, Margarita? —saludó Eulalia.

—Pero qué maravilla verte aquí, querida. Cuánto tiempo —respondió la amiga sin mirarme.

—Sí, mucho. Te hacía en Dubái —respondió Eulalia impertérrita.

—Ay, no. Volví hace un par de meses. Se estaba muy bien y todo es fácil para los europeos, pero me cansé del calor. Ya no podía más, de verdad: estaba harta, así que me volví y de paso me traje a este hombretón pegado al vestido. ¡Mira que estoy boba, no os he presentado! Eulalia, Jean, este es Antonio Pelayo de Boadilla —dijo mientras se apartaba para que pudiéramos observar al semental: planta impecable, traje a medida, gemelos de plata, riguroso moreno de esquiador.

Intercambiamos los besos y saludos habituales y yo me animé a preguntar si Pelayo era nombre o apellido, a lo que siguió un discreto codazo de mi mujer. Luego, Margarita me ignoró de nuevo y volvió a la carga.

—El hotel es fabuloso. En cuanto Antonio lo vio se quedó prendado y llevamos una semana en una suite, a todo trapo. ¡Y el servicio! Me recuerda a las filipinas de Dubái. Qué difícil es encontrar buen servicio en España, Eulalia querida. ¡Y es tan caro! Queremos celebrar aquí la boda. ¡Luisa! ¡Luisa! —le gritó casi sin aire a una mujer con un apretado vestido verde oscuro que pasaba cerca de

nosotros—. Bueno, chicos, os dejamos. Te mando la invitación, Eu. No hagáis mucho el loco. *Ciao*!

—¿Qué ha sido eso?

—Una exhibición del tipo de conocidos que te permiten calificar mi entorno social de frívolo y absurdo, y de paso ignorar a otras amigas mías, del mismo origen socioeconómico, que te dan mil vueltas.

—*Touché*.

—Todo dicho desde el cariño, ¿eh? —añadió riendo. Se lo estaba pasando en grande a mi costa y, después de los disgustos, las ausencias y los días grises, eso me gustaba.

—¡Ey! ¿Os venís fuera? —nos interrumpió otra de sus amigas—. Han contratado a un DJ de Ibiza para que pinche en el jardín. Dicen que antes, cuando vivían aquí todas esas monjas, era una huerta en terraza o algo así. Las luces son una locura, han puesto estufas gigantes y las vistas son increíbles.

—¡Ahora vamos! —gritó Eulalia antes de darse la vuelta hacia mí y comerse un buñuelo de crema de albaricoque sin apartar ni un momento sus ojos marrones de los míos. Después, bebió un gran sorbo de vino y lanzó el ataque—: Te diré lo que vamos a hacer, nos tomamos la última juntos y te marchas a escribir, a ver qué pasa en la fiesta esa de Ramona, lo que quieras. No hay problema.

—Pero… —empecé a decir.

—Nada de «pero». Estás en Hontoria, no aquí, tu mente sigue en ese espacio alternativo que te has inventado, un sitio donde solo cabéis tú y el misterio sin resolver, por mucho que lo hayas resuelto. Yo sé que se te pasará, pero ahora necesitas volver a eso. Puede que por última vez, puede que no.

—Reconozco que he estado un poco ido desde que Rodolfa me contó lo de la fiesta.

—¿Un poco? Mira, da igual. Vete, en serio, y expulsa el veneno. ¡Ah! Y no te asustes si cuando vuelvas de Hontoria, mental y físicamente, no hay nadie en casa. Dejemos a la niña con tus padres, yo hoy voy a darlo todo y luego me quedaré en casa de Laura y de ahí me voy a Pedraza hasta Reyes. Remató

acariciándome el brazo antes de dirigirse a la pequeña gramola dispuesta en un lateral del restaurante. La perdí entre un grupo de gente y, cuando divisé su espalda camino del jardín, en los altavoces sonaba Gun y su *Don't Say It's Over*.

Cuando salí del hotel, poco después de medianoche, Alfredo ya me esperaba en la puerta con el motor encendido.

—¿Usted nunca descansa? —le pregunté entrando en el Skoda y agradeciendo el calor del interior.

—Esa pregunta se la podría haber hecho antes de llamarme.

—También es verdad.

—¿Adónde vamos? —preguntó dándose la vuelta. Su cara, pequeña y terminada en una papada exagerada para su peso, estaba gobernada por unas gafas gruesas.

—¿Se rindió con las lentillas?

—¿A Hontoria, entonces? —preguntó a su vez, ignorándome. Le gustaba ir al grano.

—Pasemos antes por un chino a comprar cerveza.

—Allá vamos —repuso sin más tras teclear algo en el móvil, tan tranquilo como el día que lo conocí, cuando se lanzó a la caza de Jaime sin pestañear.

Salimos del recinto amurallado por la puerta de San Cebrián y, tras dejar las instalaciones del Instituto de Empresa a la izquierda de la rotonda, nos dirigimos hacia el Acueducto. Alfredo se detuvo en la parada de taxis, bajó sin pronunciar palabra y volvió a subir un minuto y medio después con una bolsa de plástico llena de latas de medio litro de Estrella Galicia al borde de la congelación.

—Hoy a esta hora no abren ni los chinos —explicó.

Le pedí que fuéramos a Hontoria, pero no por el inicio de la AP 61, ruta que nos llevaría directos por el polígono industrial a la casa de Ramona, sino por la carretera vieja, atravesando el estrecho puente, la plaza y la iglesia, el bar Javi y el cercano bar Rogelio, y luego todo cuesta arriba hacia la ostentosa propiedad de la hermana de Joaquín Vila, tía de Sergio, cuñada de Consuelo, asesina de los tres, anfitriona de la gran fiesta de consagración de Berta Ferrer, amiga del alma y cómplice de corruptelas.

Le pedí a Alfredo que me dejara cerca de la penúltima rotonda, a unos cien metros de la casa. El taxímetro marcaba veintidós euros.

—Cóbrese treinta por las molestias y sume lo de las cervezas.

—Eso corre por mi cuenta: servicio al cliente —repuso con tono peliculero— ¿Quiere que vuelva a por usted?

—No, gracias. No sé cuánto tiempo me quedaré. Ya me apaño luego para bajar.

—Como vea. Si se le hace tarde o pronto, según se mire, ya sabe que en la Venta Hontoria le ponen un desayuno que levanta a un muerto.

—Ya, gracias.

—Por cierto, no parece el tipo de fiesta en el que haya que llevar la cerveza —añadió señalando la casa, convertida en un efervescente cubo rojo y blanco por efecto de las luces que cubrían la fachada. En la puerta, un aparcacoches trajeado recibía a los invitados.

—En realidad no voy a la fiesta.

—Ah, muy bien. Bueno, feliz año —se despidió antes de arrancar y perderse por las calles del pueblo camino a Segovia.

Caminé cuesta arriba cargado con la bolsa hasta un parque situado a cincuenta metros de la finca, construido en medio de la nada en época de especulación ante la «inminente» urbanización de toda la zona. Dejé la bolsa en el suelo y abrí la primera lata mientras comprobaba en el móvil todas las notificaciones, memes absurdos y chistes de las últimas horas. Eulalia no me había escrito.

Con la segunda lata de cerveza y cierto entumecimiento de piernas y manos me pregunté por primera vez qué hacía allí, cuánto iba a durar aquello, qué pretendía. Sin embargo, en ningún momento consideré lo siniestro de mi aspecto: era un hombre de traje oscuro a rayas, pajarita roja rematada en plumas de terciopelo y abrigo de corte clásico oscuro plantado en medio de un parque abandonado en un barrio de las afueras de Segovia, hinchándose a cerveza y con la mirada turbia fija en una casa donde gente normal celebraba de manera normal la llegada de un nuevo año. Antes de abrir la siguiente cerveza, encendí la linterna para buscar un sitio

donde sentarme. Solo entonces me di cuenta de que el aparcacoches de la puerta y otro hombre trajeado con pinganillo y pinta de exmilitar me señalaban, se comentaban algo al oído y se dirigían al interior de la finca.

Un ladrido salido de la nada me dio un susto de muerte, y la cerveza y el móvil acabaron en el suelo. Me abrí la penúltima y me senté en un banco de hierro frío y duro a esperar sin saber muy bien qué. Igual mi torpeza había precipitado los acontecimientos, traté de consolarme, aunque estaba bastante claro que a esas alturas no me encontraba en condiciones de entrar en la fiesta. Supongo que nunca tuve intención de hacerlo.

A pesar del frío, empezaba a quedarme dormido. Quizá por eso y por la ligera borrachera que entorpecía mis sentidos, tardé en darme cuenta de quién era la mujer que, desde las escaleras de la puerta principal de la casa, fumaba a grandes caladas y miraba en mi dirección. Iba muy elegante, de negro como casi siempre, el vestido apretado contra las caderas y los pechos, el pelo recogido en un moño y unas pieles también negras dispuestas con estilo y descuido sobre sus hombros. El exmilitar se puso a su lado y le dio una bolsa con algo voluminoso dentro. Ramona se dirigió al extremo oeste de la finca, hacia la verja que daba con el parque, donde una gran hoguera esperaba ceremoniosa a que los invitados se atrevieran a desafiar el frío. Una pequeña carpa y lo que parecía un bufet completaban el despliegue preparado, imaginé, para seguir la fiesta al amanecer. Pero de momento el lugar estaba desierto. Ramona caminó despacio hasta el fuego y sacó algo de la bolsa. Era una carpeta grande de anillas de la que sobresalía un libro que no conseguía ver bien. Sin embargo, desde el primer momento supe lo que era. Ramona arrancó las hojas una a una y alimentó la lumbre con ellas. Me quedé petrificado, sin capacidad de reacción, con la boca un poco abierta: la única prueba física que las relacionaba a ella y a Berta Ferrer con la corrupción de la PAC ardía ante mis ojos. Berta Ferrer tendría el camino abierto a la cumbre de la política local, no había nada concreto que vinculara a Ramona con el cura al que había confesado sus pecados y el último eslabón de una historia

que ya solo podía funcionar contada como una ficción se volatilizaba en cenizas ante mis ojos.

Reconstruyo las últimas horas de mi investigación sobre el crimen de Hontoria recluido en el plácido refugio de mi despacho con la catedral impasible como paisaje, pero la mano me tiembla cuando recuerdo cómo Jaime Vila apareció de la nada, dio un beso en la mejilla a su tía y se marchó por el mismo camino. Ramona tuvo tiempo, antes de volver con sus invitados, para mirar hacia el parque y negar con la cabeza. Juraría que estaba sonriendo.

Agradecimientos

HACE unos años, en un bar de Barcelona con nombre de presidente de los Estados Unidos, un comisario y amigo me dijo con la tercera pinta en la mano: «Te necesitamos.» Sus palabras me dieron una confianza que no tenía para convertirme en escritor. Querido Duque: como puedes ver, estamos en ello.

Sin embargo, nada de esta historia hubiera sido posible sin la implicación esencial de Palmira Márquez, mi agente, y Anik Lapointe, mi editora. Palmira, cuya pasión es contagiosa y cuyo conocimiento del mundo del libro es alucinante, creyó en este proyecto antes y con más fuerza que nadie. Estar en manos de Anik es una suerte complicada de plasmar en unas líneas: basta con preguntar a una nómina impagable de autores que han tenido ese placer y de los que me encuentro a una distancia sideral. ¿Acaso no estamos todos de acuerdo? Gracias, amigas.

Pertenecer a Salamandra es un privilegio que se puede explicar de múltiples formas. Manel Martos, con su elegancia, bonhomía y sabiduría (y su paciencia) es solo una de ellas. Claudia Cucchiarato, después de tanto trato desde el otro lado, es otra.

Esta novela tiene título porque mi amiga y gran escritora Laura Fernández lo vio claro un día en una terraza en Madrid. Nunca un plato de carbonara me ha sabido tan bien.

Rafael Latorre es un tipo fundamental para mí. También fue un lector temprano de lo que ha terminado siendo *Hontoria*. Como en

cada cosa que hemos hecho juntos, he aprendido y disfrutado de su compañía.

En un momento clave de la escritura perdí a mi madre y a mi padre. Mis compañeros Guillermo Altares y Raquel Vidales se encargaron de que el trabajo diario no me aplastara. Sin ellos, no habría llegado hasta aquí.

Mi padre, Mariano, fue mi guía en la dignidad y el rigor. Su ejemplo camina conmigo. No tengo palabras para agradecérselo.

Mi estado cambió para siempre hace trece años, con el nacimiento de mi hija. Antes ya había dado un vuelco, cuando me encontré con aquella chica de las botas Dr. Martens que todavía comparte su vida conmigo. El equipo lo completó otra princesa hace once años. Este libro no es nada comparado con la novela de la vida que me estáis ayudando a escribir cada día. Gracias, Mercedes, Jimena y Mercedes.

Sobre el autor

JUAN CARLOS Galindo (Segovia, 1979) es redactor de *El País*, donde combina la dirección de la sección de Pantallas con entrevistas y críticas en el suplemento *Babelia* y la cobertura del mundo literario para Cultura. Desde 2010 escribe y coordina «Elemental», un blog de novela negra. En septiembre de 2022 empezó su andadura en la tertulia cultural de «La Brújula», en Onda Cero. Colaborador habitual de BCNegra, Hay Festival o Quais du Polar de Lyon, su vida profesional gira en torno a la literatura, mientras que la personal está consagrada a su mujer y a sus dos hijas. *Hontoria* es su primera novela, pero tiene pensadas al menos dos más.



Primera edición: junio de 2023
© Juan Carlos Galindo
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Pepe Medina, por el mapa
Ilustración de portada: © Borja Bonaque
ISBN: 9788419346261
Compuesto en leerendiggital.com

Table of Contents

Datos del libro
RADIOESCUCHA
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
PÍLDORAS CRIMINALES
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
RADIOESCUCHA
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
PÍLDORAS CRIMINALES
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
RADIOESCUCHA
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
PÍLDORAS CRIMINALES
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
PÍLDORAS CRIMINALES
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
RADIOESCUCHA
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
PÍLDORAS CRIMINALES
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
RADIOESCUCHA
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
PÍLDORAS CRIMINALES
Capítulo 46
Agradecimientos
Sobre el autor